

Biblioteca Austriaca

Lorenzo Infantino

Individualismo, mercado e historia de las ideas



Unión Editorial

BIBLIOTECA AUSTRIACA

Lorenzo Infantino

Individualismo,
mercado e historia
de las ideas



Unión Editorial

2009

Título original: *Individualismo, mercato e storia delle idee*

Rubbettino Editore, Soveria Mannelli, 2008

Traducción de JUAN MARCOS DE LA FUENTE

ISBN (ebook): 978-84-7209-510-6

ISBN (página libro): 978-84-7209-466-6

© 2013 UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid

Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212

Correo: info@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL.

Prefacio

Los ensayos reunidos en este volumen fueron escritos a lo largo de unos quince años. Flanquean el trabajo desarrollado con *L'ordine senza piano* (publicado originariamente en 1995, y ahora en su tercera edición)* y con *Ignoranza e libertà*.** Tres de ellos habían sido ya recogidos en *Metodo e Mercato* (1998), pero aquí se ponen al servicio de una idea más amplia, que se inscribe en la labor realizada con posterioridad a la publicación de ese volumen. Aunque engloba una parte del título anterior, éste es un nuevo libro, en el que se recogen los resultados de una fase ulterior de mi investigación.

La atención al método es en cierto modo el denominador común de los distintos ensayos aquí reunidos. Y no podía ser de otro modo. En efecto, la metodología incide en los resultados: puede hacer fecundo o estéril nuestro trabajo. Y ha sido este convencimiento el que siempre me ha impulsado a hacer de la cuestión metodológica la aguja magnética de mi actividad de estudioso.

El itinerario recorrido por mí es el del *individualismo metodológico*, una tradición de investigación muy articulada, que se ha construido a través de la aportación de Mandeville y de los moralistas escoceses (Hume, Smith, Ferguson, Millar), de pensadores políticos como Constant, Guizot y Tocqueville, de sociólogos como Spencer, Simmel y Weber, de los representantes de la Escuela Austriaca de Economía (Menger, Böhm-Bawerk, Mises, Hayek) y, *last but not least*, mediante el trabajo de Karl R. Popper.

«Sólo el individuo piensa. Sólo el individuo razona, sólo el individuo actúa»; y su acción produce consecuencias intencionadas y consecuencias no intencionadas. Tal es la enseñanza básica del individualismo metodológico, que reconduce siempre los fenómenos sociales a la acción de los individuos. Esto significa que, si en los eventos sociales no vemos realizados nuestros proyectos (y no sólo éstos), es porque nuestras acciones, agregándose, generan consecuencias no intencionadas, que en todo caso son siempre imputables a iniciativas emprendidas por otros actores. Pensar que tras los fenómenos sociales hay «fuerzas misteriosas» significa renunciar a la razón crítica y a la función misma que la investigación científica debe desarrollar.

Análogamente, faltamos a nuestros deberes si, renunciando al análisis de la acción individual, transformamos los conceptos colectivos (Estado, nación, clase, iglesia, partido, etc.) en sujetos dotados de una existencia autónoma y capaces de actuar prescindiendo de los actores individuales. Cometemos en tal caso un evidente error de «duplicación de la realidad». E invertimos el sentido de la dinámica social: no son ya las acciones individuales las que determinan los fenómenos sociales; son en cambio los conceptos colectivos, convertidos en sujetos, los que determinan los comportamientos humanos.

Al destacar el origen no intencionado de muchas de nuestras instituciones (lenguaje, familia, derecho, ciudad, Estado, mercado, dinero, etc.), el individualismo metodológico propina un duro golpe a nuestro orgullo, a la presunción de que todo lo que es social puede ser una creación inmediata de una mente humana cualquiera. He ahí por qué los individualistas metodológicos pueden colocarse dentro de la categoría en que Kant ponía con razón a Hume: la de los «geógrafos de la razón». Los representantes del método individualista han asumido la tarea, para impedir su «abuso», de trazar los límites de la razón humana. Por lo demás, se ocuparon de un actor que vive en una permanente condición de incertidumbre, que continuamente vacila a causa de su ignorancia y de su falibilidad.

El hecho es que el individualismo metodológico no tiene nada que ver con el psicologismo. Éste considera el yo de cada uno como pre-formado y lo que es social como directamente derivable de ese yo. Es el error que a menudo se encuentra en los presupuestos de las teorías económicas. Y es lo que Friedrich Hayek ha descrito como una auténtica «vergüenza de familia». Al contrario, el método individualista pone en el centro de su investigación el proceso intersubjetivo, ese desarrollo cumulativo del que depende la propia formación del yo y el nacimiento de las normas y de las instituciones sociales. Y esto, en otras palabras, significa que, si en el plano temporal el cuerpo existe antes que la mente, ésta se estructura posteriormente a través de las relaciones intersubjetivas. El actor es, pues, actor social.

Puede así comprenderse que el origen contractualista de la sociedad es, como justamente ha subrayado Popper, un mito metodológico, además de histórico. En efecto, cuando el individuo se plantea el problema de la convivencia colectiva, se beneficia ya de la condición social. No ha habido, pues, «tránsito», intencionadamente querido, de un estado de pre-socialidad originaria, ya sea contaminado o incontaminado, a una situación de

socialidad.

El individualismo metodológico, además, nos enseña que el «vínculo» social no es un vínculo externo, impuesto por un Gran Legislador o Planificador omnisciente (error que cometen los defensores del método colectivista). Si la idea es que *fabricando fabri fimus*, el proceso reclamado por cualquier forma de «constructivismo» social realmente desaparece. El psicologismo y el colectivismo metodológico son ambas expresiones del «abuso de la razón».

Todo esto demuestra que la propia acción individualista no se caracteriza por la falta de vínculo social. Indica ciertamente que cada uno actúa según la propia autonomía de elección, pero nunca fuera del proceso social. O sea: cuando prevalecen modelos prescriptivos de vida, el contenido de la acción se reconduce al querer de cierta autoridad; en el caso de los modelos individualistas, se da en cambio una elección del actor y una coadaptación realizada a través de la interacción. Además, hay que considerar también que la autonomía en la decisión se basa en específicas condiciones histórico-sociales (igualdad ante la ley, propiedad privada, etc.). La consecuencia es que la acción individualista es un tipo de acción social: los modelos individualistas de actuar son formas sociales de vida.

Los ensayos aquí recogidos se detienen sobre estos temas y van más allá. Explican el origen de la sociedad capitalista, evidencian sus presupuestos gnoseológicos y su *hábitat* normativo, ilustran el nexo entre falibilismo, mercado y democracia liberal, fijan el contenido de la actividad empresarial, clarifican las causas políticas de las crisis económicas. Lo hacen a través de la «relectura» de aportaciones realizadas por grandes «protagonistas» de las ciencias sociales. Y de este modo recorren algunas significativas etapas de la historia de las ideas (piénsese en la disputa entre Hayek y Keynes); lo cual permite trazar los límites entre tradiciones de investigación; ya que éstas no se constituyen por vagas asonancias, sino a partir de la teoría del conocimiento que está en su base.

L.I.

Roma, LUISS, diciembre de 2008

1. *El individualismo metodológico en las páginas de sus fundadores**

[...] el intercambio es una de las funciones que crean por la mera cercanía de los individuos unos lazos internos, esto es la sociedad. Esta no es una unidad absoluta que debe preexistir, para que las distintas relaciones de sus miembros (dominio, subordinación, cohesión, imitación, división del trabajo, intercambio, defensa y ataque comunes, comunidad religiosa, formación de los partidos y muchas otras) puedan formarse con su apoyo y dentro de su marco. La sociedad [...] es el término general para indicar el conjunto de estas relaciones de interacción particulares.

GEORG SIMMEL

La expresión «individualismo metodológico» fue acuñada en 1908 por Joseph Schumpeter, entonces bajo la influencia de Carl Menger y Eugen von Böhm-Bawerk.^[1] En 1945, Friedrich Hayek llamó la atención sobre las deudas contraídas por Adam Smith frente a Bernard de Mandeville y atribuyó a Carl Menger el mérito de haber hecho «revivir» el individualismo metodológico de Smith y de su Escuela.^[2]

La expresión «individualismo metodológico», o «método individualista», evoca pues una larga «tradición investigadora», que desde Mandeville y Adam Smith llega a Herbert Spencer, a Carl Menger y a toda la Escuela austriaca de economía.

Por su parte, Menger influyó también en Georg Simmel y Max Weber.

A pesar de las reticencias del interesado, la obra de Simmel muestra notables concordancias con la mengeriana, hasta el punto de que los economistas austriacos tienden a considerar su labor, «más que una fuente de nuevas ideas, un desarrollo paralelo de las propias».^[3] En cuanto a Weber, él mismo reconoció la influencia metodológica de Menger, que le llevó incluso a alinearse con el «venerado maestro» Gustav Schmoller^[4] y a hablar expresamente, en *Wirtschaft und Gesellschaft*, de «método individualista».^[5]

El individualismo metodológico de la Escuela austriaca de economía, llamado por Menger «método compositivo»,^[6] fue además el paradigma al que continuamente se refirió Karl Popper, quien declaró que su objetivo había sido el de

«generalizar el método de la teoría económica [...austriaca], de suerte que pudiera aplicarse a las demás ciencias sociales teóricas».^[7]

El método individualista se confunde a menudo con el psicologismo, y se le acusa consiguientemente de ser incapaz de captar el momento «social». La realidad es muy distinta. El individualismo metodológico no sólo se opone al método colectivista, sino que también rechaza enérgicamente el psicologismo, lo cual se desprende con toda claridad de los textos de sus fundadores.

1. *El yo nace siempre en medio de los otros*

Los partidarios del individualismo metodológico coinciden todos en el hecho de que la identidad de cada uno nace a través de la relación interindividual

Para Mandeville, el cerebro de un niño recién nacido es un *papel en blanco*: por eso «lo mejor que podemos hacer por los niños, después del primer mes, además de alimentarlos y mantenerlos alejados de los peligros, es hacer que en ellos nazcan ideas [...], disponerlos [...] a imitarnos»^[8] «El cerebro sirve al principio como un encerado para contar.»^[9] Y «cuanto más convencidos estemos de que las excelentes cualidades de que presumen los mejores de nosotros son adquiridas, más nos convenceremos de la importancia de una buena educación».^[10]

La cuestión que Mandeville quiere poner de relieve es la siguiente: «Si examinamos cada una de las facultades y cualidades en virtud de las cuales juzgamos y sostenemos que el hombre es una criatura más sociable que los

demás animales, veremos que la mayoría de tales cualidades, por no decir todas, son adquiridas y nacen en agrupamientos numerosos, como consecuencia de las relaciones recíprocas entre sus miembros. *Fabricando fabri fimus*. Nos hacemos sociables viviendo juntos en sociedad.»^[11]

Mandeville añade: «Es difícil pensar qué sería un hombre sin relaciones con sus propios semejantes.»^[12] Es la misma consideración que formula Adam Smith cuando escribe: si un ser humano «podiera hacerse adulto en un lugar solitario, sin comunicarse con criaturas de la propia especie, no podría pensar en el propio carácter, en el mérito o el demérito de los propios sentimientos y de la propia conducta, en la perfección o en los defectos de la propia mente, en la belleza o deformidad del propio rostro. Estos son objetos que él no puede descubrir con facilidad, que no ve naturalmente, porque no tiene un espejo que se los pueda presentar. Dentro de la sociedad ese hombre está inmediatamente dotado del espejo que buscaba.»^[13]

Lo que Smith quiere decir es que el hombre «sólo puede subsistir en sociedad»;^[14] es desde el nacimiento un ser social. El acuerdo con Mandeville es, pues, completo.

Sobre este punto conviene mencionar también lo que sostienen Georg Simmel y Ludwig von Mises. El primero escribe: «Si nosotros debemos juzgar por la analogía del desarrollo infantil y de muchos fenómenos psicológicos de los pueblos primitivos, la distinción entre el alma subjetiva y el mundo de los objetos que tiene enfrente debe pertenecer a un estudio relativamente tardío de la historia de la humanidad [...]. El dato de los sentidos, de la vista o del oído, existe como contenido, como mundo; pero sólo una larga actividad espiritual puede hacer que quien ve u oye sea un sujeto, y que el mundo así captado sea interno y que el ser existente, abstracción hecha de tal carácter subjetivo, posea también un carácter de autonomía.»^[15]

Por su parte, Ludwig von Mises afirma: «El hombre moderno es un ser social, no sólo porque es impensable que pueda satisfacer sus necesidades materiales aisladamente, sino también porque únicamente la sociedad ha hecho posible el desarrollo de sus facultades intelectuales y de percepción. El hombre es inconcebible como ser aislado, porque la humanidad no existe sino en cuanto es un fenómeno social, y el hombre ha pasado la etapa de la animalidad en la medida en que la acción en común ha estrechado lazos sociales entre los individuos. El paso del animal humano a la persona humana

sólo ha podido efectuarse mediante la formación de grupos sociales y en el seno de ellos.»^[16]

Las proposiciones de los cuatro autores mencionados merecen un comentario. Lo haremos, permaneciendo siempre dentro de la tradición individualista, de la mano de Karl Popper y Friedrich Hayek.

Según Popper, el pasaje de Smith sugiere que un niño crecido hasta la madurez en un desierto «no podría desarrollar un yo»^[17]. Esto significa que «no nacemos como yo, sino que [...] debemos aprender a serlo».^[18] Sucede, pues, que «mucho antes de llegar a la consciencia y al conocimiento de nosotros mismos, somos conscientes de otras personas, de ordinario nuestros padres»; es decir: la consciencia de sí comienza «a desarrollarse a través de la mediación de otras personas: del mismo modo que aprendemos a vernos a nosotros mismos en un espejo, así el niño se hace consciente de sí mismo intuyendo su reflejo en el espejo de la consciencia de sí de otras personas».^[19]

Popper añade también: «De todo esto se deriva mi rechazo a la teoría del “yo puro”. El término filosófico “puro” se remonta a Kant y sugiere algo como “antecedente a la consciencia”, o bien “libre” de la (contaminación de la “experiencia”), por lo que el término “yo puro” sugiere una teoría que considero errónea: es decir aquella según la cual el ego existe antes de la experiencia, de tal modo que todas las experiencias estuvieron acompañadas, desde el principio, por el “yo puro” cartesiano o kantiano».^[20]

Lo que conviene, pues, subrayar es que, «en el plano temporal, el cuerpo existe antes que la mente» y que «la mente es una realización posterior»;^[21] lo cual indica que el yo «se orienta y radica» en lo que Popper llama «Mundo 3» y que aquí podemos denominar simplemente mundo social.^[22]

Así pues, como bien ha visto Friedrich Hayek, «no fue esa realidad psíquica que denominamos mente lo que originó la aparición del orden civilizado [...], sino que tanto la mente como la civilización alcanzaron simultáneamente su potencial actual»: porque «lo que llamamos mente no es algo con lo que el individuo nace [...], sino una dotación genética (como un cerebro con una estructura y un volumen determinado) que nos permite aprender, y más tarde del entorno de los adultos, los resultados de una tradición que no se transmite por vía genética».^[23]

2. Contra el contractualismo y el psicologismo

Si la condición social es *a nativitate* la condición humana, es imposible que la misma pueda nacer de un «contrato», de un pacto suscrito por individuos carentes de todo vínculo anterior. Mandeville piensa que los hombres no tienen mayor posibilidad de estipular semejante pacto que la que tienen los «caballos».^[24] «Las sociedades nunca se han formado de este modo».^[25] Quien no se mueva por pasiones que no hayan sido ya reguladas por normas no puede «pensar ordenadamente y perseguir» proyecto alguno de cooperación social.^[26] Es decir: la condición social no pueden programarla individuos ajenos a esa misma condición. Nadie puede «razonar sino *a posteriori*, partiendo de algunas cosas reconocidas o que se suponen verdaderas»,^[27] nadie puede tener «necesidad de algo de lo que no tenga idea».^[28] No se puede hablar de la «diferencia entre justo e injusto» sino entre hombres que ya «viven en sociedad».^[29] Es decir, cuando el individuo se plantea el problema de la convivencia colectiva, se beneficia ya de la condición social.

El contractualismo cae pues en una gravísima contradicción: separa al individuo de la sociedad, colocándole en un «estado de naturaleza» en el que desarrolla aisladamente su propia vida; y sin embargo le reconoce una dotación de lenguaje y de razón que le impulsa a «crear» la sociedad mediante la estipulación de un pacto expreso. Pero el lenguaje y la razón son un producto social: si el individuo los posee, se encuentra ya en sociedad, y no tiene ya necesidad de recurrir a ningún «contrato» para constituirla; si no los posee, no pueden estos orientarle a suscribir el pacto social.

Las críticas que Mandeville hace al contractualismo no son distintas de las formuladas por David Hume: «El jefe, que probablemente había adquirido su influencia durante el periodo de guerra, gobernaba más con la persuasión que con la autoridad y, mientras podía emplear la fuerza para reducir a los refractarios y a los desobedientes, difícilmente se podía decir que la sociedad hubiera alcanzado una condición de gobierno civil. Es evidente que ningún pacto o acuerdo se había formado explícitamente para la sumisión general, idea con mucho muy superior a la comprensión de los salvajes.»^[30]

Por su parte, Adam Smith, después de exponer las críticas dirigidas a Hobbes por Pufendorf, precisa que no hay ninguna necesidad de discutir sobre el estado de naturaleza, porque «ese estado no existe».^[31]

Pues bien, los argumentos empleados por Mandeville, Hume y Smith contra el contractualismo pueden emplearse también contra el psicologismo.

Este sostiene que «*los seres humanos, reunidos en sociedad no tienen otra propiedad que las que se derivan de las leyes de la naturaleza del hombre individual, y pueden resolverse en ellas*». ^[32] Es esta una idea que llevó a John Stuart Mill a firmar que «la economía política considera la humanidad sólo en cuanto se afana en obtener y consumir riquezas [...]. Muestra la humanidad, bajo la influencia de este deseo, acumulando riquezas y empleando estas riquezas para producir otras». ^[33]

Comentando la posición de Mill, escribe Karl Popper: así es como «la institución característica que los economistas llaman “el mercado”, y cuyo funcionamiento es objeto principal de sus estudios, puede deducirse, en último análisis, de la psicología del “hombre económico” o, para usar las palabras de Mill, de los fenómenos psicológicos de la persecución de la riqueza». ^[34]

No sólo esto. Popper añade también: «El psicologismo se ve obligado, quiéralo o no, a operar con la idea de un *inicio de la sociedad* y con la idea de una naturaleza humana y de una psicología humana como existirían con anterior a la sociedad [...]. Es una posición desesperada, porque esta teoría de una naturaleza humana pre-social, que explica la fundación de la sociedad —*versión psicologista del contrato social*— no es sólo un mito histórico, sino, por decirlo así, un mito metodológico. Ni siquiera puede tomarse en consideración, porque tenemos buenas razones para creer que el hombre o, mejor, su antepasado fue social antes de ser humano (si se considera, por ejemplo, que el lenguaje presupone la sociedad). *Pero esto implica que las instituciones sociales y, con ellas, las típicas regularidades sociales o leyes sociológicas tienen que haber existido antes de la que a algunos les gusta llamar la “naturaleza humana” y antes de la psicología humana. En todo caso, si hubiera de intentarse alguna reducción, sería por tanto más prometedor intentar una reducción o interpretación de la psicología en términos de sociología en lugar de lo contrario.*» ^[35]

El contractualismo y su versión psicológica ponen como propia base exactamente lo que deben explicar. Los atributos y las facultades que reconocen a los hombres preexisten a la sociedad. Pero, si así fuera, no habría necesidad, en un caso del contrato social y, en ambas hipótesis, habría que admitir que «los eventos de la vida social, incluidas sus convicciones, deben ser resultado de causas radicadas en la mente de los individuos». ^[36] Se negaría así que los principales atributos del ser humano son producto de la

interacción, que sólo entre los otros el cerebro se ha transformado y se transforma en una mente.

Con razón afirma Mises: «Nada es más falso que suponer que el individuo aislado apareció en la historia como una individualidad autónoma [...]. La experiencia histórica y el estudio de los pueblos primitivos contradicen por completo una suposición semejante. El hombre primitivo carece de individualidad en el sentido que damos a esta palabra. Dos indígenas de la Polinesia se parecen más entre sí que dos ingleses del siglo XX. *La personalidad no se le ha dado al hombre desde su origen.* Es un producto de la evolución social.»^[37]

3. *La norma social como relación de prestaciones*

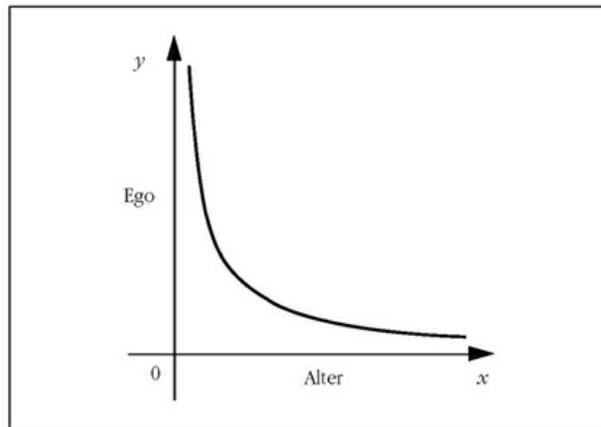
Hay, pues, un punto que conviene mantener firme: el individuo que el «método compositivo» maneja es *a nativitate* un ser social. Lo que es humano tiene su origen en la sociedad. La cualificación de «social» pertenece por tanto a la misma condición humana. Y, sin embargo, en la tradición individualista, el término «social» asume, además de un sentido lato, un sentido más específico y restringido. Veámoslo.

Tracemos un plano de ejes cartesianos. Dando valor positivo a la interacción entre dos sujetos, ya que ambos se benefician con el «intercambio», tenemos una ecuación cuyo valor es el producto de la propuesta y de Ego, comparada con la respuesta x de Alter. Por tanto: $a = xy$. Gráficamente esto da origen, siendo positivos los valores de x e y , es decir, tratándose de proyectos que Ego y Alter realizan por medio de la relación, a un ramo de hipérbola (Gráfico 1).

El lugar de Ego y de Alter pueden ocuparlo respectivamente la *autonomía* y las *condiciones* dictadas por el otro (empleo aquí el término «condiciones» no en el sentido jurídico, sino en el significado que tiene en la teoría evolucionista, como «condiciones» a las que la acción de Ego debe «adaptarse» para poder tener su curso). En este caso la curva significa que en la relación social no puede nunca eliminarse la autonomía en la que la propia acción nace (la autonomía debe por tanto asumir un valor superior a cero, pero no puede alcanzar la unidad, ser total, porque desaparecerían las limitaciones o vínculos impuestos por el Otro; o sea lo que el Otro no nos

permite hacer); y significa que las «condiciones» están presentes en toda acción; su valor es pues superior a cero, pero no puede alcanzar la unidad, ser total, porque desaparecería la autonomía de Ego. O sea: las «condiciones» son un «hacer» en beneficio del Otro. Si Ego fuera obligado sólo a esto, no tendría ningún «motivo» personal para obrar, no habría «partida doble», decisión voluntaria de prestar servicios a favor del Otro.

GRÁFICO 1



La hipérbola es un Jano bifronte, una «tercera persona» ideal que engloba los puntos en que la perspectiva de Ego y de Alter se encuentran. Se le puede, pues, dar el nombre de curva de lo «social». *Es una curva que define la identidad de los actores, la cual jamás está completa sin la intervención del Otro, sin las «limitaciones» y las «condiciones» a las que toda acción debe estar sujeta.* Y es una curva que no tiene puntos de *máximo* o de *mínimo*, sino «lugares de posible convivencia». Lo cual expresa bien la situación que viven los actores sociales, los cuales no se encuentran nunca en una posición de equilibrio y se ven por tanto impulsados incesantemente a proseguir la relación con el Otro, con el cual se ven obligados a buscar continuamente puntos de mediación y de co-adaptación, de aceptabilidad de la relación social. *De este modo, el nombre de sociedad es el nombre dado a la acción de individuos que se prestan recíprocamente medios y que por lo tanto son beneficiarios de la actividad ajena.* Esto significa que el acuerdo entre los actores se refiere al coste de los servicios que Alter presta a Ego y los que Ego presta a Alter, servicios que sirven a ambos para sus propias finalidades. De esto se sigue que la acción humana es siempre *económica*,

porque la escasez nos impele a buscar los medios; y al mismo tiempo *social*, porque a través de la cooperación obtenemos aquello que necesitamos (hay también una dimensión política de la acción, pero de este tema espero tratar en otra ocasión).

Sucede, pues, que todo intercambio implica para cada uno el papel de prestador de medios; y es producto de los planes que cada uno se fija *privadamente* alcanzar y a los que la contraparte coopera inintencionadamente, sin ninguna implicación específica. Sucede, pues, que la interacción genera las «condiciones» (lo social en sentido estricto) que hacen posible el «intercambio». La norma es por tanto la relación en que una prestación se intercambia con otra prestación: así como en el sector monetario el precio es la relación en que un bien se intercambia por otro bien (dinero), así también fuera de este sector la norma social no hace sino definir la relación entre una prestación y una contraprestación, no cuantificables monetariamente, pero cuyos costes los actores soportan en todo caso.

4. *El orden no intencionado*

El gráfico de páginas anteriores no hace sino «traducir» lo dicho por Mandeville en los siguientes términos: «Todos, convirtiendo los vicios y las debilidades de los demás en ventaja propia, [tratamos de] conseguir con qué vivir en el mundo más fácil y directamente de lo que [nuestro] talento y [nuestras] capacidades lo permiten.»^[38] Lo cual es lo que probablemente inspiró un pasaje clásico en Adam Smith: «No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de la que esperamos alimentarnos, sino de la consideración de su interés personal. No nos dirigimos a su humanidad, sino a su egoísmo, y partimos de sus ventajas y nunca de nuestras necesidades. A excepción del mendigo, nadie elige depender de la benevolencia de sus conciudadanos.»^[39]

Un concepto análogo expresa Menger cuando sostiene que «el valor de los bienes se fundamenta en la relación de los bienes con nuestras necesidades, no con los bienes mismos. *Según varíen las circunstancias*, puede modificarse también, aparecer o desaparecer el valor».^[40] O sea: «La cualidad de bien no es algo intrínseco de los bienes mismos, es decir, no es una propiedad de los bienes, sino que se nos presenta únicamente como una

relación que algunas cosas tienen con los hombres. Si esta relación desaparece, aquellas cosas dejan automáticamente de ser bienes.»^[41] Lo cual significa que el valor es la relación entre una prestación y una contraprestación.

Por su parte, Weber muestra cómo al mecanismo del intercambio también está sometida incluso la acción orientada según la «ética de la convicción», es decir una acción «racional respecto al valor». Según él: «Quien quiere instaurar con la fuerza la justicia absoluta, necesita un estado mayor de seguidores, o sea, un “aparato” humano, al que debe convencer de los seguros premios internos y externos —la recompensa terrena o celeste— para que pueda funcionar [...]. El éxito del jefe depende enteramente del funcionamiento de este aparato, y por tanto de los motivos que animen a este último y no de los suyos propios.»^[42]

Llevando a sus últimas consecuencias esta idea, Ludwig von Mises afirma: «Cada hombre ve primero en todos sus congéneres un medio que le sirve para alcanzar sus fines, en tanto que a su vez él representa, para el resto de los hombres, un medio al servicio de los fines de éstos; pero esta teoría prueba también que precisamente esta reciprocidad, que hace que cada uno sea a la vez medio y fin, permite alcanzar el propósito supremo de la vida en sociedad: asegurar una existencia mejor para todos los miembros. La sociedad no es posible sino porque cada individuo, al vivir su propia vida, mejora la de los demás, ya que cada uno es a la vez medio y fin, porque el bienestar de cada uno es al mismo tiempo la condición del bienestar de los demás.»^[43] Las cosas no se presentan «como si en mis acciones tuviera yo que escoger entre servir mis propios intereses o los de mis conciudadanos. Si así fuera, no sería posible la sociedad».^[44] Así pues, «no hay conflicto entre el deber y el interés, pues lo que el individuo da a la sociedad para permitirle que exista como sociedad no lo da para fines que le serían ajenos, sino por su propio interés».^[45]

¿De qué se trata? Hay en nuestra vida una inextinguible «partida doble»,^[46] activada por el «interés» de cada uno en orden a conseguir sus propios fines. Tales fines no se consiguen en el vacío social. Cada uno tiene necesidad de la intervención del otro. Y por tanto debe «servirla». De ahí que, para poder inscribir concretamente en el activo de la propia «contabilidad» existencial lo que él desea realizar, el actor deba someterse a las «condiciones» dictadas por el otro. Y éste puede, a su vez, poner como

propio resultado la prestación del primero. Nace así, *inintencionadamente*, sin una programación previa, una trama de «condiciones» que hacen posible el «comercio» social. O sea: la vida de Ego está interconexa con la de Alter por «condiciones» que producen la interacción, la cooperación necesaria para realizar iniciativas encaminadas a conseguir finalidades personales. Así pues, la compatibilidad de las acciones, es decir, el orden social, es un subproducto de la consecución de finalidades fijadas por el individuo; es una consecuencia no intencionada de acciones humanas dirigidas a otros fines.

Esto demuestra que el orden de una sociedad extensa no se fundamenta en un acuerdo relativo a los fines que hay que perseguir; se basa en cambio en una amplia gama de acuerdos relativos al uso de los medios disponibles, es decir, sobre el intercambio continuo de bienes y servicios. Escribe Friedrich Hayek: «La Gran Sociedad surgió del descubrimiento de que los hombres podían vivir juntos en paz y beneficiándose unos a otros sin tener que ponerse de acuerdo sobre los fines específicos que individualmente persiguen.»^[47]

El sentido de todo lo anterior se puede apreciar también en las siguientes afirmaciones de George Simmel: «Para el tejido de la vida social, vale más que nunca el dicho de que ni siquiera el tejedor sabe qué está tejiendo. Ciertamente las formaciones sociales superiores pueden surgir únicamente entre seres conscientes de sus fines; sin embargo, esas formaciones surgen, por decirlo así, *junto* a la consciencia teleológica de los individuos, en virtud de un proceso de formación que no radica en esa consciencia.»^[48] Así se explica el origen no intencionado del lenguaje, de la familia, del derecho, del Estado, de la ciudad, de la división del trabajo, del mercado. Ninguna mente ha programado tales instituciones, pero el obrar «segrega» *condiciones* que, coagulándose, crean nuestro *hábitat* institucional.

5. *Contra el «constructivismo» social: ignorancia y libertad*

La idea de que el orden social como producto «espontáneo», como consecuencia no intencionada de acciones humanas intencionadas, se opone al «constructivismo» utilitarista, ya sea que éste adopte la forma de contractualismo, o bien tome la del psicologismo.

Como ha explicado Friedrich Hayek, el «constructivismo» coincide con

la pretensión de plasmar y replasmar las instituciones sociales siguiendo un plan preestablecido, elaborado por la razón consciente.^[49] Sobre este punto la posición de Adam Smith adquiere un relieve paradigmático. «El hombre de sistema [...] tiende a pensar que es muy sabio; y a menudo está tan enamorado de la supuesta belleza del propio plan ideal de gobierno que no puede tolerar la más mínima desviación de cualquiera de sus detalles. Él lo defiende en todo y por todo, en todas sus partes, sin ninguna consideración hacia los grandes intereses o los fuertes prejuicios que se le pueden oponer. Imagina que ha de poder ordenar los miembros de una gran sociedad con la misma facilidad con que se disponen las piezas sobre el tablero de ajedrez. No advierte que, mientras estas piezas no tienen otro principio motor que el que les transmite la mano del jugador, en el gran tablero de la sociedad humana cada pieza posee su propio impulso, siempre diferente del que el legislador puede desear imprimirle.»^[50]

Surge aquí un interrogante: ¿por qué los movimientos decididos por el legislador y los decididos por los individuos pueden discordar? Ante todo, porque cada uno debe ser libre de determinar autónomamente los contenidos que hay que dar a la propia vida; es, en efecto, el individuo el que tiene que juzgar su propia felicidad. Relacionada con ésta, hay otra razón para que Smith critique al «hombre de sistema»: la dispersión social del conocimiento. Dice Smith: «Es evidente que cada uno, en su condición local, puede juzgar mejor que cualquier hombre de Estado o legislador [...]. El hombre de Estado que tuviera que intentar orientar a los privados [...] no sólo se echaría encima una preocupación innecesaria, sino que se arrogaría una autoridad que no sólo no se podría confiar tranquilamente a una sola persona, pero ni siquiera a un consejo o senado, y que en ningún lugar podría ser más peligrosa que en manos de un hombre tan insensato que se considerara capaz de ejercerla.»^[51]

Por su parte, Herbert Spencer afirma: «El modelo de República de Platón —su ideal de cuerpo político sano— debe ser construido conscientemente por los hombres, lo mismo que podría hacerse con un reloj; y Platón considera claramente a las sociedades en general como si hubieran tenido ese tipo de origen; de un modo completamente específico, Hobbes expresa una opinión semejante. En efecto, dice, se ha creado deliberadamente ese gran Leviatán llamado República.» Y llega incluso a comparar el supuesto contrato social, en el que la sociedad tendría origen, con la creación de un hombre por obra de un *fiat* divino [...]. Ambos imaginan la sociedad

como una estructura artificial.»^[52]

Pero las «sociedades no se han conjuntado artificialmente [...] parece extraño que los hombres lo hayan descuidado [...]. Basta sólo contemplar los cambios que se producen alrededor, u observar la organización social en sus caracteres fundamentales, para ver que éstos no son ni sobrenaturales ni determinados por valores de los individuos.»^[53] Nuestro *hábitat* institucional es, por tanto, según Spencer, un producto no intencionado de acciones dirigidas a conseguir determinados objetivos. Esto le induce a ser crítico no sólo respecto al contractualismo, sino también respecto al utilitarismo de Bentham, en el que el orden social está *construido* artificialmente por el Legislador.^[54]

Evidentemente, las críticas dirigidas por Spencer a Bentham alcanzan también a la posición de John Stuart Mill, porque su psicologismo conduce a la conclusión de que las instituciones sociales pueden ser la «proyección» directa de lo que proyecta la mente individual.

A las críticas dirigidas al «constructivismo social» por Smith y por Spencer se pueden añadir también las de Menger, el cual polemizó duramente contra el «racionalismo unilateral» e hizo propia la concepción evolucionista del derecho de Burke y Savigny.^[55]

Como subraya justamente Friedrich Hayek, el «constructivismo» presupone una condición de omnisciencia, que es de hecho una «omnisciencia que nunca se cumple en el mundo real y que, si alguna vez se cumpliera, tornaría los cuerpos de normas que denominamos moral y ley no sólo superfluos, sino inexplicables y contrarios al supuesto constructivista».^[56] Es decir, hay que comprender que el reconocimiento de la ignorancia humana hiere mortalmente al mito del Gran Legislador, es decir, la presunción de que la sociedad puede ser modelada según los planes conscientes de un «cerebro social» dotado de un conocimiento «superior» o «privilegiado». Lo cual es una manera de decir que la ignorancia es lo que hace necesario ser libres: «Si existieran hombres omniscientes, si pudiéramos conocer no sólo todo lo que afecta a la consecución de nuestros deseos presentes, sino también lo concerniente a nuestras necesidades y deseos futuros, existirían pocos argumentos a favor de la libertad [...]. Puesto que cada individuo conoce tan poco, y en particular, dado que rara vez sabemos quién de nosotros conoce lo mejor, confiamos en los esfuerzos independientes y competitivos de muchos para hacer frente a las necesidades

que nos salen al paso.»^[57]

6. *El «constructivismo» de la sociología positivista*

Con su ataque al mito del Gran Legislador, la tradición individualista se ligó fuertemente al «descubrimiento» de la sociedad. Esto lo comprendió perfectamente Werner Sombart, a pesar de no pertenecer a esta tradición.^[58]

En años más próximos a nosotros, Giovanni Sartori escribe: «La separación de lo social respecto a lo político pasa por la separación entre política y economía. Ésta es la vía maestra [...] Fueron los economistas — Smith [...], y en general los liberistas— quienes demostraron que la vida asociada prospera y se desarrolla cuando el Estado no interviene; demostraron que la vida asociada tiene en la división del trabajo su propio principio de organización: y por tanto demostraron que parte de la vida asociada es ajena al Estado. La sociedad no es sólo un *sistema* [...] distinto del sistema político. Es más: es el sistema social el que genera el sistema político.»^[59]

La tradición individualista concibe, pues, la sociedad como un sistema de cooperación que se mantiene unido por una trama de acuerdos relativos al empleo de los medios; en cambio, no hay acuerdo sobre los fines, si bien las limitaciones y las condiciones que los otros nos imponen activan un mecanismo de selección, eliminan muchas de las finalidades que quisiéramos alcanzar.

Por desgracia, la sociología positivista francesa emprendió una dirección opuesta. Sostuvo que ninguna sociedad humana puede existir «sin una inteligencia que la dirija». Saint-Simon invoca «la llegada de una dirección unitaria de la sociedad».^[60] Comte dice que «*no hay sociedad*» donde no «se ejerza una acción general, organizada» centralmente.^[61] Durkheim afirma que la autonomía individual no dirige las «voluntades hacia el mismo fin», y que se puede reprochar a quienes la teorizan que «disuelven la sociedad».^[62]

La sociología positivista nace por tanto con la idea de que la sociedad debe ser un *orden intencionado*, organizado y dirigido por una «inteligencia» específica. Como toda forma de «constructivismo», el sociológico muestra así una doble presunción. Considera que no se puede salir de la sociedad entendida como organización consciente de la vida colectiva. Y es víctima de

la ilusión de poder organizar conscientemente una sociedad compleja, cuya existencia en cambio está ligada a la posibilidad de un orden no intencionado, es decir, de una dinámica social que no debe depender de una «dirección unitaria».

Para poder organizar conscientemente la sociedad, Saint-Simon no duda en juzgar «vaga y metafísica» la concepción de la libertad individual y en considerarla como un «obstáculo a la civilización»;^[63] Comte tacha de «monstruosidad repugnante» al individualismo y a la libertad de conciencia;^[64] Durkheim equipara la autonomía individual al egoísmo, al que atribuye la única capacidad de crear anomia.^[65]

¿Cómo salir de tal situación? Según Saint-Simon, la «ciencia de la producción» no es la economía sino la política, porque sólo ésta sabe conseguir ese fin común al que todos los hombres deben tender.^[66] La política —precisa Comte— debe ser confiada a la «clase científica». Para reorganizar la sociedad es preciso confiarse a los hombres de ciencia. En efecto: 1) por el género de su capacidad y cultura intelectuales, son los únicos competentes «para realizar tal labor; 2) esta función se les asigna por la naturaleza de las cosas, constituyendo el poder espiritual del sistema a organizar; 3) sólo ellos poseen la autoridad moral hoy necesaria para determinar la adopción de la nueva doctrina orgánica».^[67]

Es decir, Comte apunta hacia un Reino sofocrático, en el que la política esté legitimada por la ciencia. El binomio política-ciencia es la variable independiente del sistema social. En las sociedades pre-modernas, la política recibía su legitimación de la religión. En la sociedad «positiva», la ciencia sustituye a la creencia religiosa y permite así restablecer el «punto de vista privilegiado sobre el mundo», al que todo debe reconducirse. Se reconstituye así, a través de una nueva fuente de legitimación, el orden intencionado.

También Durkheim, como Saint-Simon y Comte, confía a la política el papel de variable independiente. Hay una actividad que «no es económica o mercantil»; «es la actividad moral». «El ente que tiene la tarea principal de desarrollar esta actividad es el Estado [... éste] no está destinado a convertirse ni en un simple espectador de la vida social, en cuyo juego intervendría sólo negativamente, como pretenden los economistas, ni un simple engranaje de la máquina económica [...]. Es ante todo el órgano por excelencia de la disciplina moral.»^[68] «Es el centro organizador de los mismos subgrupos [...]. El Estado es, hablando con rigor, el órgano mismo del pensamiento

social»,^[69] es el «cerebro social».^[70]

Nos hallamos muy lejos de las posiciones expresadas por el individualismo metodológico. Los representantes de esta tradición piensan que, al estar disperso el conocimiento humano, no es posible organizar centralmente la sociedad: falta aquí, como dice Hayek, «la presunción de que la razón [...] consciente puede comprender todos los fines y todo el saber de la sociedad [...] y] queda sin fundamento la convicción de que estos fines se pueden alcanzar mejor por medio de una dirección central consciente».^[71] Los constructivistas en cambio presumen que hay individuos que poseen un saber «privilegiado»: los «hombres de ciencia», en el caso de Comte; los «funcionarios del Estado», en el caso de Durkheim. Y esto demuestra, como también subraya Hayek, que es la teoría del «constructivista» la que «exalta la razón de los individuos y pretende someter todas las fuerzas de la sociedad a la dirección de una sola mente soberana, mientras la teoría del individualista reconoce lo limitados que son los poderes de la razón de los individuos, y esto es lo que le lleva a defender la libertad, consciente de que ésta es el único medio capaz de garantizar la realización de toda la potencial riqueza del proceso interindividual».^[72]

7. Los errores de Durkheim

Durkheim mantuvo incansablemente una aguerrida polémica respecto a la economía política. Sus afirmaciones muestran sin embargo que tenía un conocimiento bastante pobre de esta disciplina.

Ante todo, Durkheim afirma: «Su error [de los economistas] depende de la manera en que conciben la génesis de la sociedad. Suponen que al principio hubo individuos aislados e independientes, que por tanto no habrían podido entrar en relación sino para cooperar: de hecho no tenían otro motivo para franquear el intervalo vacío que los separaba y para asociarse. Pero esta teoría, tan extendida, postula una auténtica creación *ex nihilo*. La misma consiste, en efecto, en la deducción de la sociedad a partir del individuo; y nada de esto que sepamos los autoriza a creer en la posibilidad de semejante generación».^[73]

Las proposiciones de Durkheim son realmente paradójicas. El individualismo metodológico, como ya sabemos, se opone con claridad y energía al contractualismo y a la versión psicologista del contrato social: el

yo es, en esta tradición, una lenta conquista, un «descubrimiento». No existe el problema del *comienzo* de la sociedad, como dice el propio Durkheim, no hay una «creación *ex nihilo*». Las críticas durkheimianas pueden, pues, dirigirse a las posiciones al estilo de Mill, pero yerran el blanco cuando se dirigen al individualismo metodológico.

Después de poner bajo un único denominador la tradición de Mandeville y Smith con la de Bentham y Mill, Durkheim cae en un segundo error. Acercándose peligrosamente a las posiciones psicologistas (que él justamente critica), escribe: «El hombre material es simplemente el hombre hecha abstracción de todo cuanto debe a la vida social, reducido a lo que sería si hubiera vivido aislado. El problema a resolver no se refiere, pues, a la historia sino a la psicología. Se trata de establecer la división entre los elementos sociales de la naturaleza humana y los que derivan de la constitución psicológica del individuo». ^[74]

Podríamos objetar que la «constitución psicológica» existe sólo en relación con el momento social. Lo cual es lo que Durkheim, precisamente porque renuncia a la «creación *ex nihilo*» de la sociedad, jamás debería olvidar. Y sin embargo es más importante notar que la aproximación a la posición abiertamente contractualista o psicologista sirve a Durkheim para dar un paso ulterior, también éste erróneo. Durkheim sostiene, en efecto, que «el todo [la sociedad] no es idéntico a la suma de sus partes [...]. Así, al reunirse [...], a través de vínculos duraderos, los hombres forman un ser nuevo que tiene una naturaleza y unas leyes específicas». ^[75]

Pero la cuestión es que los hombres *no* se reúnen, sino que están ya reunidos, es decir son ya seres sociales. Y sus continuas relaciones someten a un cambio las modalidades exclusivas a través de las cuales se expresa la socialidad; pero no hay, para emplear una expresión durkheimiana, una creación *ex nihilo* del elemento social. Para evidenciar más aún el error de Durkheim, conviene recordar que ya Rousseau había sostenido que la sociedad tiene que ser algo «más grande» que la suma de «los bienes y de los males privados». ^[76] Pero Rousseau se planteaba el problema del *comienzo* de la sociedad, operaba con un individuo que tenía que entrar en ella. Y no es esta la vía que Durkheim puede seguir.

Todo esto lo subraya también Talcott Parsons, el cual dice: «Las teorías atomistas son inadecuadas en el plano empírico [...]. Sin embargo, puede hacerse una objeción en relación con un punto que indudablemente

representa una interpretación errónea del pensamiento de Durkheim, al que él no prestó suficiente atención. Se trata de la opinión de que *el individuo* [...] y la sociedad [...] son entidades concretas, el ser humano concreto que conocemos y el grupo concreto. En este sentido, es prácticamente un truismo afirmar que la sociedad es simplemente un agregado de seres humanos en determinadas relaciones recíprocas. Pero *el individuo* de Durkheim, como se ha manifestado cada vez mejor con el desarrollo de su pensamiento, no es esta entidad concreta, sino una abstracción teórica; en el sentido más simple, el ser humano imaginario que nunca entró en relaciones sociales con otros seres humanos.»^[77]

Pero Parsons cae en una apresurada simplificación. Es cierto: es «un truismo afirmar que la sociedad es simplemente un agregado de seres humanos en determinadas relaciones recíprocas»; pero también es una tautología sostener que el individuo que vive en condiciones de presocialidad no es aún un ser social. Si nos liberamos del «ser humano imaginario», la sociedad no es una realidad *sui generis*, mayor que sus partes. Las acciones generan consecuencias intencionadas y no-intencionadas. Pero son los propios actores los que acumulan sobre sí los resultados —programados o no— de su actividad.

Sobre este problema vale la pena recordar la postura de Carl Menger y de Georg Simmel. Este último afirma: «así como la unidad vital de un cuerpo orgánico puede seguir existiendo, aunque cese una u otra de sus funciones, es decir de las relaciones de interacción entre sus partes, pero no puede hacerlo si cesan todas ellas, porque la “vida” no es sino la suma de las fuerzas interagentes entre los átomos de un cuerpo. Es, pues, una expresión ambivalente decir que el intercambio produce socialización; es, más bien, socialización, una de las relaciones cuya presencia hace que una suma de individuos forme un grupo social, mientras que la “sociedad” coincide con la suma de tales relaciones.»^[78]

Por su parte, Carl Menger había escrito con anterioridad: «Por el simple hecho de que muchas personas, hasta ahora económicamente aisladas, establezcan —sin renunciar a sus fines y a sus actividades económicas privadas— relaciones económicas de intercambio (por tanto, en realidad comienzan a perseguir sus propios intereses *individuales* de una manera más adecuada que antes), sus economías hasta ahora aisladas no se transforman en *una* economía común, ni una tal economía se añade a las anteriores. Por este

hecho las economías hasta ahora aisladas reciben tan sólo una organización por la cual pierden ciertamente su carácter de aisladas, pero no su cualidad de *economías singulares*. Esto sólo sucedería si todo sujeto económico renunciara a sus propios fines y a sus propias actividades económicas, a su *propia* economía.»^[79]

Las observaciones de Menger son muy importantes. Él nos explica que una nueva entidad, distinta de los actores individuales, nace sólo si éstos renuncian a sus fines y a su *composición espontánea*, para aceptar un plan centralmente decidido y gestionado. Resulta entonces claro todo el diseño de Durkheim: el «ser humano imaginario» le sirve para poner al individuo en una posición de «minoría» (de edad); condición que impone conferir a la política el rango de variable independiente, con el fin de convertir a la vida social en «una comunidad armónica de esfuerzos, una comunión de espíritus y de voluntades para un mismo fin».^[80] Pero esto coincide exactamente con lo que pretendía Rousseau: «pensamos el género humano como una persona moral que tiene [...] un motor universal, que hace que cada parte actúe por un fin general y relativo al *todo*»^[81]. Rousseau era todavía más explícito que Durkheim. Para dirigir el todo, para anular la voluntad particular o individual, invocaba la «voluntad general». Y añadía: «Se necesitarían Dioses para dar leyes a los hombres.»^[82] De donde se deriva que la «voluntad general» no es sino el «sustituto funcional» de la voluntad divina.

Y, sin embargo, ningún hombre puede ocupar el lugar de Dios; a pesar de las ambiciones rusionianas, no hay diferencia entre la «voluntad de todos y la voluntad general». Con la consecuencia de que cuantos pretenden liberar al individuo de la «minoría de edad» tienen que colocar en una posición privilegiada a otros individuos, a los cuales se les confiere la tarea de jerarquizar los proyectos personales. Y de este modo se elimina el principio de la igualdad ante la ley. Lo cual significa, en efecto, que no es la sociedad la que vale más que los individuos, sino que es el grupo privilegiado el que vale más que el resto de la sociedad. *Quienes piensan y actúan son siempre individuos, si bien aquí se trata de individuos privilegiados*. Y deificar conceptos colectivos como Estado, sociedad, clase, raza, partido, Iglesia, etc., es un gravísimo error.

Todo lo anterior confirma lo dicho por Schumpeter, según el cual el individualismo *político* y el individualismo *metodológico* «no tienen en común ni siquiera el elemento más insignificante».^[83] Y da la razón a Weber,

quien afirmaba: «Es preciso [...] eliminar la gravísima equivocación de que un método “individualista” significa una *valoración* (en *cualquier* sentido posible) individualista.[...].

Incluso una economía socialista debería ser *comprendida* por parte de la sociología, en virtud de un procedimiento interpretativo, de manera “individualista” [...], al igual que los procesos de intercambio que estudia la teoría de la utilidad marginal.»^[84]

8. *El mundo «objetivo» y la función de las ciencias sociales*

Podemos, pues, decir que quien va en búsqueda de un «punto de vista privilegiado sobre el mundo» es enemigo de la sociedad abierta, porque quebranta el principio de igualdad, es decir confiere un *conocimiento superior* a un grupo social particular, al que se le reconoce la única y exclusiva representación del *todo*. Es esta una manera de afirmar el monopolio de la verdad, que a su vez justifica el monopolio de las funciones autoritarias y la gestión política de los recursos colectivos.

Pero la cuestión más importante es otra. Es decir tiene que ser claro que cuando se afirma que la sociedad es una entidad superior a la suma de sus partes, se cae en la duplicación de la realidad: una cosa son los actores individuales y otra la sociedad. Refiriéndose a los peligros de esta duplicación, Eugen von Böhm-Bawerk subraya con energía que la sociedad consiste «en la totalidad de sus miembros», añadiendo que la misma actúa no como una entidad separada, sino como un conjunto de actores individuales.^[85]

Olvidar que la sociedad es el nombre y el estenograma con el que indicamos la cooperación entre varios actores sociales es una «operación» que produce graves consecuencias. Si se considera que la sociedad es una realidad «desdoblada» de la de los individuos, adquiere una existencia autónoma (separada de la de los individuos), que induce a considerar las acciones individuales como efectos y nunca como causas. No es ya la acción de los individuos la que explica la cooperación social, sino la sociedad entendida como un *todo* la que explica, eliminando la autonomía individual y el principio de responsabilidad, la acción de los individuos. La sociedad se convierte así en una fuerza misteriosa,^[86] cuya existencia, al igual que el

origen y el cambio de las instituciones sociales, se substraen a toda explicación racional.

El individualismo metodológico se opone a todo esto. Su objeto es el estudio de las consecuencias no intencionadas de la acción humana, estudio que se coloca, como en parte ya vimos, fuera del dominio de la psicología. Con razón escribe Max Weber: «la sociología no tiene con la ciencia psicológica ninguna relación más estrecha que con las demás disciplinas. El error radica en el concepto de realidad “psíquica”, según el cual lo que no es “físico” es “psíquico”. Pero el *sentido* de una operación de cálculo, que cada uno puede entender, no es en absoluto “psíquico”. Y la reflexión racional que un hombre realiza para establecer si una determinada acción puede o no, en relación con determinados intereses, promover las consecuencias que esperamos, y la decisión tomada en correspondencia con el resultado no resultan para nosotros en absoluto más comprensibles en virtud de consideraciones “psicológicas”.

Pero precisamente basándose en presupuestos racionales de este género la sociología (lo mismo que la economía política) constituye la mayor parte de sus “leyes”.»^[87]

Y Ludwig von Mises, después de recordar que «*la economía comienza allí donde termina la psicología*»,^[88] afirma: «El punto en que la ciencia de la acción comienza su labor es la recíproca incompatibilidad de los deseos individuales y la imposibilidad de su plena satisfacción. Puesto que no se concede al hombre satisfacer completamente todos sus deseos [...], debe elegir y valorar, preferir y excluir –en una palabra actuar.»^[89]

Junto a los fines que el actor se fija intencionadamente, y que pueden ser los más diversos, la acción produce una «cascada» de consecuencias no intencionadas. Entre estas, las que merecen la atención del científico social son las limitaciones o vínculos (un *no hacer* al que el proyecto de Ego debe atenerse) y las «condiciones» (un hacer adicional que Alter pide a cambio de sus propias prestaciones). Esto demuestra que las normas no son otra cosa que la relación en que determinadas prestaciones se cambian por otras prestaciones. Las normas se afirman, se generalizan, parecen estar inmóviles ante el individuo; pero son sólo un producto de su acción y que su propia acción modifica continuamente.

A pesar de su mutabilidad, el mundo de las reglas se presenta como «un mundo objetivo», porque es un mundo «transindividual», ocupado por la

norma agendi, dentro del que deben canalizarse todas nuestras iniciativas, y que constituye lo que, en correspondencia con todos nuestros actos, debemos hacer por los demás.

Según Georg Simmel, «el hombre ha sido definido como animal político, el animal que construye instrumentos, el animal jerárquico; mejor dicho, un filósofo serio le ha definido como un animal dominado por manías de grandeza. Acaso a esta serie de definiciones habría que añadir que el hombre es el animal que *practica* el intercambio. Y este es ciertamente sólo un lado o una forma de la característica del todo general en que parece consistir la especificidad del hombre: el hombre es el animal *objetivo*. En el mundo animal no encontramos ni siquiera rastros de lo que se llama objetividad, de un modo de considerar y tratar las cosas que esté más allá del sentimiento y de la voluntad subjetivos [...]. La etización producida por el proceso de la civilización consiste en que una cantidad cada vez mayor de contenidos vitales se objetiva en forma transindividual.»^[90]

Simmel afirma también: «es cierto que no existen sino individuos, que los productos humanos tienen realidad fuera de los hombres sólo si son de naturaleza material, y que las creaciones de que hablamos, al ser espirituales, no viven sino en las inteligencias personales. Si sólo existen los seres individuales, ¿cómo explicar el carácter sobre-individual de los fenómenos colectivos, la objetividad y la autonomía de las formas sociales? No hay más que un modo de resolver esta autonomía. Para un conocimiento perfecto, hay que admitir que sólo existen los individuos. Para una mirada que penetrara a fondo en las cosas, todo fenómeno que parece constituir por encima de los individuos alguna unidad nueva e independiente, se resolvería en las acciones recíprocas que intercambian los individuos. Por desgracia, este conocimiento perfecto nos está vedado [...]. Así, pues, sólo por un procedimiento de método hablamos del Estado, del derecho, de la moda, etc., como si fueran seres individuales [...] Así se resuelve el conflicto suscitado entre la concepción individualista y la que podría llamarse concepción monista de la sociedad; aquélla corresponde a la realidad, ésta al estado limitado de nuestras facultades de análisis.»^[91]

El «mundo objetivo» nace, pues, inintencionadamente del intercambio. Pero hay más. Aunque sea producido por exigencias originarias de los actores sociales, resulta «disponible para una serie de aplicaciones que no pueden fijarse previamente».^[92] El mejor ejemplo nos lo proporciona el dinero: «Este

es el instrumento en el que la posibilidad de las aplicaciones no previstas ha llegado al máximo y que ha alcanzado el máximo valor alcanzable de este modo. La mera posibilidad de infinita utilización que el dinero, a causa de la absoluta falta de contenido propio, no sólo posee sino que es, se expresa positivamente en el hecho de que no puede estar parado, sino que casi por sí mismo impele continuamente hacia su propia utilización.»^[93]

Sin entrar en el mérito de su validez, la tesis weberiana de la influencia de la religión reformada en el desarrollo del capitalismo ejemplifica el mismo fenómeno: el de «instrumento» que se disocia del objetivo para el que originariamente había sido concebido.

Ampliando el discurso, vale la pena recordar la «mano invisible» de Smith. La trama de los precios puede utilizarse para las más variadas finalidades personales. Lo cual puede expresarse a través de la fórmula de los juristas, según la cual, en el negocio jurídico, los motivos son normalmente irrelevantes, y por tanto cambiantes. Pero podemos añadir que toda sociedad basada en acuerdos sobre los medios, no sobre los fines, permite una continua disociación del instrumento social respecto a las razones que originariamente dieron lugar a su nacimiento.

Es el mismo problema que Karl Popper planteó en el ámbito del conocimiento científico. Popper rechaza el «expresionismo epistemológico», es decir la idea de que el conocimiento es una «relación entre la mente del sujeto y el objeto conocido».^[94] Subraya también que la «estructura teleológica de los animales o de los hombres no está “dada”, sino que se desarrolla con ayuda de una especie de mecanismo de *feed-back* por los objetivos originarios y los resultados que fueron o no queridos».^[95] Y demuestra que «lo ineludible respecto a la vida, la evolución y el crecimiento de la mente, es exactamente este método de intercambio recíproco, esta interacción entre nuestra mente y sus resultados, interacción mediante la cual nos trascendemos continuamente a nosotros mismos, nuestros talentos y nuestras cualidades. Tal autotrascendencia es el hecho más extraordinario e importante de toda la vida y de toda la evolución, y especialmente de la evolución humana [...]. Con nuestras teorías sucede como con nuestros niños, que tienden a hacerse ampliamente independientes de su padres. Y, como puede suceder con nuestros niños, también puede suceder con nuestras teorías: nosotros podemos aprender de ellos una cantidad de conocimiento superior a la que originariamente les hemos impartido.»^[96]

Es casi superfluo añadir que, para los individualistas metodológicos, la función de las ciencias sociales consiste en el estudio prevalente (Spencer, Menger, Popper) e incluso exclusivo (Hayek) de las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas intencionadas. La razón es sencilla: «Si los fenómenos sociales no mostraran ningún otro orden sino en el caso de que fueran conscientemente planeados, no habría lugar para las ciencias sociales teóricas y sólo existirían, como con frecuencia se aduce, problemas concernientes a la psicología.»^[97] No sólo esto: «también las normas y las instituciones que surgen como resultado de acciones humanas conscientes e intencionadas son por lo regular *subproductos indirectos, no intencionados y a menudo no queridos de tales acciones* [...]; y podemos añadir que también la mayor parte de las pocas instituciones que fueron proyectadas conscientemente y tuvieron éxito (por ejemplo, una universidad de nueva fundación o un sindicato) no resultan plenamente conformes al proyecto, también en este caso a causa de las repercusiones sociales no intencionadas resultantes de su creación intencionada.»^[98]

*2. Ecología de la racionalidad: en economía, en política y en la investigación científica**

... Nuestro conocimiento tiene fuentes de todo género, pero ninguna tiene autoridad.

KARL R. POPPER

Lejos de discutir la apelación a la autoridad en cuanto tal, la filosofía moderna simplemente ha propuesto [...] la alternativa [...] de basar [las opiniones] en una autoridad racional.

WILLIAM W. BARTLEY

La modernidad es un fenómeno sobre el que disponemos de una vastísima literatura. Acaso esto, o tal vez una metodología incorrecta, induce a menudo a hablar del «modo de producción», de los sistemas políticos y de los modelos de investigación científica adaptados por nuestras sociedades como una consecuencia de ese fenómeno. Y, sin embargo, los modos en que la dimensión económica, política y científica se articulan son también aspectos de lo que llamamos modernidad. Ésta no preexiste a lo que la compone. Por eso es preciso evitar someterla a «reificación», es decir, hay que evitar dar a la modernidad una existencia separada y autónoma respecto a las modalidades a través de las que se expresa. Lo cual permite ver que la modernidad no es la causa de los modos en que en nuestras sociedades la economía, la política y la investigación científica se articulan, sino que es el

resultado de esos modos, con la consecuencia de que, para comprender el despegue y el desarrollo hay que descubrir el *hábitat* que ha hecho y hace posible el «crecimiento» de estas «dimensiones».

1. *Anarquía feudal y mercado*

No se puede distinguir la modernidad del mercado. Las razones de esta imposibilidad las veremos cuando hayamos evidenciado el proceso a través del cual nace el mercado.

El mercado es una institución que se formó de un modo no-intencionado, es decir, una institución que no fue programada por mente alguna. Los primeros que tuvieron conocimiento de esto fueron los moralistas escoceses. Ya en 1776, Adam Smith llama la atención sobre la «anarquía feudal».^[1] Escribe Smith: se puede pensar que «la introducción de las leyes feudales fuese causa de que se extendiese la autoridad de los señoríos alodiales o libres de forzoso servicio, puede considerarse como una máxima dirigida a moderar aquel poder. Aquellas leyes establecieron una subordinación regular, acompañada de una larga serie de servicios y obligaciones al rey y a la patria que debían prestar los señores desde el mayor al menor. [...] Tan incapaz de sujetar la procacidad y las violencias de los magnates quedó el rey, después de introducida la subordinación feudal, como antes. Los señores continuaron todavía haciendo paz y guerra a su discreción, las más de las veces unos contra otros, y muchos contra sus mismos soberanos, de modo que las campañas eran siempre perpetua escena de violencias, devastaciones y desórdenes.»^[2]

La oposición de los grandes señores respecto a la corona produce efectos no previstos. Como dice Adam Ferguson, «los barones de Inglaterra [...] no sabían que las concesiones [*charters*] arrancadas al propio soberano se convertirían en la base de la libertad del pueblo al que ellos querían tiranizar».^[3]

En las palabras de Ferguson se encuentra el nacimiento del «burgo libre» y la afirmación de la ciudad. Sobre esta última, Smith observa que las ciudades «llegaron a hacerse tan respetables, que sin el expreso consentimiento de éstas no podían los príncipes imponerles contribuciones, ni exceder de aquellas que con sus representantes se hubiesen estipulado al principio. Por cuya razón se las convocaba para que enviaran sus diputados a

las asambleas o cortes generales del reino, donde junto con el clero y los barones o ricos-hombres solían conceder a sus reyes, en ocasiones urgentes, algunos subsidios extraordinarios. Y como que estos diputados eran más favorables al poder real, y resultaba más ventajoso tenerlos de su parte que a los mismos barones, los príncipes solían en tales ocasiones valerse de ellos para contrarrestar el poder de los otros, habiendo sido éste el origen de los representantes de las ciudades de voto en cortes o estados generales de todas las grandes monarquías de Europa».^[4]

Smith añade: «De esta suerte se estableció en las ciudades el buen orden y el gobierno, y con ellos la libertad y seguridad de sus individuos, al mismo tiempo que los habitantes de los campos u ocupantes de las tierras se hallaban expuestos a todo género de insultos y violencias. Los campesinos, en tan mísero estado de indefensión, habían de contentarse naturalmente con el simple alimento, pues toda pretensión de adquirir algo más hubiera sido tentar la codicia de sus opresores; pero, por el contrario, cuando el hombre goza seguro del fruto de su industria, se esfuerza naturalmente en mejorar de condición y en adquirir no sólo lo necesario, sino lo útil y lo cómodo para la vida.»^[5]

Smith observa aún: «No se conocía, en consecuencia, entre los habitantes del campo, aquella industria que aspira a más que a la adquisición del simple sustento de la vida, cuando ya estaba establecida en las ciudades. Si un pobre colono hubiese llegado a juntar una corta porción que pudiera llamarse caudal, como se sentía oprimido por el peso de su servidumbre, naturalmente hubiera tenido que ocultarlo a su señor, en quien se suponía el derecho exclusivo de percibirla, y hubiera esperado la primera coyuntura para huir de sus distritos, refugiándose en cualquier ciudad. Las leyes eran a la sazón tan indulgentes para los habitantes de éstas, y deseaban tanto disminuir la autoridad y el poder de los ricos-hombres sobre los de los campos, que como el rústico refugiado tuviese maña para ocultarse de la vista o noticia de su señor por espacio de un año, quedaba ya libre para siempre.»^[6]

Smith llega a continuación a un punto que merece ser puesto de relieve: *«Por tanto, cualquier fondo o caudal que llegaba a adquirirse en la campiña, venía por último a parar a las ciudades en busca de un asilo, que se le dispensaba asegurando un goce pacífico al adquirente.»*^[7]

La actividad económica de las ciudades produjo a su vez consecuencias. También lo señala Smith: «Pero lo que no pudo hacer por sí sola toda la violencia de las leyes feudales, lo consiguió en parte y gradualmente la

insensible y lenta operación del comercio y las manufacturas. Estos artículos ofrecían continuamente a los Grandes cosas apetitosas con que cambiar el producto sobrante de sus rentas [...]. Cuando los dueños de grandes territorios invierten sus rentas en mantener de todo lo necesario a sus colonos, dependientes y criados de su comitiva, cada uno sostiene a los suyos y no más: pero cuando las gastan en negociantes y artesanos, aunque ninguno de éstos depende enteramente de cada uno de los señores en particular, todos ellos juntos pueden sin duda mantener el mismo o mayor número de gentes que antes [...]. Hechos independientes los colonos, y despedidos del lado de los magnates los siervos de superflua comitiva, ya estos señores no se hallaron capaces de trastornar la ejecución regular de la Justicia, ni de perturbar la pública tranquilidad del país [...]. Establecióse un gobierno regular, tanto en los campos como en las ciudades, porque ninguno tenía poder bastante para turbar sus operaciones en los unos, ni sus negociaciones en las otras».^[8]

He aquí la conclusión de Smith: *«Obróse, pues, en parte, una de las revoluciones más importantes hacia la prosperidad económica de los pueblos, por clases de gentes a quienes jamás ocurrió la idea ni el meditado fin de prestar semejante servicio al público [...]. Ninguno de ellos previó ni pudo imaginar la gran revolución que fue obrando, insensiblemente, la vanidad de los unos y la industria interesada de los otros.»*^[9]

2. La política no puede hacer de variable independiente

Lo expuesto permite desarrollar numerosas consideraciones. Nos fijaremos ante todo en la variable política, que es aquella de la que arrancó el proceso genético de la economía de mercado.

Lo que aquí es relevante es que la «anarquía feudal» modificó el *hábitat* en el que hay que resolver el problema económico; y así es como cambió el «modo de producción». Como hemos visto, Smith subrayó que las ciudades se convirtieron en «santuarios» del capital y que luego también en el campo los grandes propietarios no estuvieron ya «en condiciones de interferir en la normal administración de la justicia o de perturbar la paz del país». Pues bien, todo esto pudo suceder a causa de la «anarquía feudal».^[10] O sea: la falta de un fuerte poder central permitió el nacimiento de la «sociedad civil», permitió que sectores de la sociedad cada vez más amplios conquistaran

autonomía y se afirmaran nada menos que como sujeto controlador del mismo poder político.

La política ha perdido aquí el rango de variable independiente del sistema social. Una posición que siempre —incluso en los intentos de oponerse al avance del mercado— ha reivindicado sobre la base de la afirmada titularidad, *justificada* de diversas formas, de un «conocimiento superior».

Es éste un punto muy importante que nos permite comprender que la teoría económica moderna, que es teoría del proceso de mercado, nace exactamente como «teoría de los límites de la política de intervención de los gobiernos»;^[11] es decir, nace como crítica a la pretendida omnisciencia a través de la cual el poder político ha intentado en todas las circunstancias «justificarse» a sí mismo.

Esto significa que no están en el territorio de la teoría política moderna las doctrinas mercantilistas. Para darnos cuenta de ello basta mencionar lo que, a propósito de las mismas, escribe en una obra clásica Jacob Viner: «El concepto de *homo oeconomicus* no fue, como a menudo se afirma, una invención de la escuela clásica del siglo diecinueve, sino un importante elemento de la doctrina mercantilista [...]; los mercantilistas [...] deploraban el egoísmo del mercado y sostenían que el único modo de impedir que arruinaran a la nación era someter su actividad a un riguroso control [...]. En casos extremos la denuncia del comerciante tendía a asumir un carácter general, y la convicción de que los comerciantes eran guiados sólo por su interés egoísta está en la base de la doctrina fundamental mercantilista de la necesidad de una regulación estatal del comercio. Como dijo Fortrey: “las ganancias públicas deberían estar dirigidas por un poder único, cuyo interés sea sólo el beneficio de la comunidad”, o sea por el hombre político.»^[12]

El interés de la parte política se identifica aquí con el interés de todos los actores sociales. Tenemos la «presunción» de que el poder político, fundamentado de maneras diversas, representa el «bien común» y por tal razón debe ser la variable decisiva de todo acontecimiento social. Lo cual no sólo es incompatible con la autonomía de la sociedad civil, sino que niega la evidente circunstancia de que dicha autonomía, al permitir poner en marcha un *proceso competitivo* abierto a la contribución de todos, es capaz de movilizar un conocimiento muy superior al que puede tener la clase política.

Se comprende así por qué Friedrich Hayek escribiera: «Nos hallamos

evidentemente ante un problema de *división del conocimiento*, totalmente análogo y de igual importancia que el de la división del trabajo [...] creo que constituye el problema realmente central de la economía como ciencia social.»^[13]

Todo esto lo comprendió Adam Smith. Sabemos que además de dirigir su atención a la división del trabajo,^[14] a la pretendida omnisciencia de la política opuso la idea de la dispersión social del conocimiento: «Cuál sea la especie de industria doméstica más interesante para el empleo de un capital, y cuyo producto puede ser probablemente de más valor, podrá juzgarlo mejor un individuo interesado que un ministro que gobierna una nación. El magistrado que intentase dirigir a los particulares sobre la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible a su atención, impracticable por sus fuerzas naturales, y se arrojaría una autoridad que no puede fiarse prudentemente ni a una sola persona ni a un senado, aunque sea el más sabio del mundo, de manera que en cualquiera que presumiese de bastarse por sí solo para tan inasequible empeño sería muy peligrosa tan indiscreta autoridad.»^[15]

En consonancia con esto, Smith llega a desconfiar del hombre político, que considera un «insidioso y astuto animal»;^[16] y, sobre todo, desconfía de todos aquellos que pretenden «promover el interés público».^[17] Como veremos más detenidamente, para quien acepta la idea de la Gran Sociedad el bien común o público no es creación de una mente iluminada, sino que coincide con las condiciones jurídico-normativas que permiten a cada uno realizar sus propios proyectos, emplear por tanto el conocimiento y los recursos que posee.

3. *Derecho y libertad*

Lo expuesto nos permite ver la afirmación de la sociedad de mercado como la transición desde el monopolio político de la verdad a un proceso abierto de permanente confrontación y crítica; el conocimiento de cada uno es *parcial y falible*. Falla así el «punto de vista privilegiado sobre el mundo». Y nace la autonomía de la sociedad civil, que es tanto más fuerte cuanto mayores son sus capacidades de sustraer los procesos competitivos que alberga, y de los que depende su ulterior desarrollo, de intervenciones que alteren el desarrollo

y el resultado de dichos procesos. El *hábitat* de la sociedad de mercado está entonces constituido por las limitaciones impuestas al poder político y a cualquier otro sujeto que quiera interferir con la fuerza y el fraude en las relaciones voluntarias.

Es una situación que podemos expresar con palabras de Adam Ferguson: «La libertad no es, como puede sugerir el origen del término, una ausencia de cualquier restricción, sino más bien la aplicación más eficaz de toda justa restricción a todos los miembros de un Estado, ya sean gobernantes o súbditos. Sólo con justas restricciones toda persona está segura, y no puede ser violada su libertad, en su propiedad o en las acciones que no provoquen daño alguno a los demás. Si la acción de un individuo cualquiera no estuviera circunscrita y éste pudiera hacer cualquier cosa, cualquier otro estaría expuesto a sufrir lo que el hombre libre de nuestra descripción quisiera infligirle [...]. La aplicación de un gobierno justo y eficaz a la represión de los crímenes es, entre todas las instituciones de la sociedad civil, la más esencial para la libertad: porque cada uno puede considerarse libre, en la medida en que el gobierno a que está sometido tiene poder suficiente para protegerle, pero tal poder debe ser al mismo tiempo contenido y limitado para evitar todo abuso del mismo.»^[18]

El sentido de todo esto ya lo había captado Cicerón cuando afirmaba: «*Omnes legum servi sumus ut liberi esse possimus*». Como si dijéramos que «la libertad no es sólo un concepto económico o político, sino también, y probablemente por encima de todo, un concepto jurídico».^[19]

De esto se desprende, en primer lugar, que no puede haber libertad sin derecho. Y se deriva que sólo es posible realizar *opciones voluntarias*, y poner en práctica esa trama de intercambios a la que damos el nombre de mercado, dentro de un ordenamiento jurídico capaz de liberar a los actores sociales de las «interferencias arbitrarias (esto es repentinas e imprevisibles) de las autoridades o de cualquier otra persona».^[20]

El mercado precisa, pues, de un *hábitat* normativo propio, que es el de la certeza del derecho, la cual a su vez se nutre de la igualdad ante la ley. Como hemos visto, no es casual que Adam Smith subrayara que, cuando esto falta, «poseer más sólo puede provocar la injusticia» de los opresores.

Podemos ahora dar un ulterior paso adelante. Es también Adam Smith quien escribe: «De un comerciante se dice vulgarmente, y con verdad, que no es un ciudadano fijo y necesario de país alguno en particular: por su

profesión, le es casi indiferente cualquier lugar de residencia, con tal de que tenga en él algún giro, bastándole un breve disgusto para trasladar su capital de un país a otro.»^[21] Esto significa que el mercado es el lugar en el que deben poder convivir actores que, sin pertenecer a la misma comunidad o al mismo grupo social, tienen concepciones del mundo, filosóficas y religiosas, muy distintas. Por eso, siguiendo a Mises, sugiere Hayek dar a la ciencia que estudia los fenómenos de mercado el nombre de «catalaxia»; y nos recuerda que este término, que deriva del griego, no tiene sólo el significado de «intercambiar», sino también el de «admitir en la comunidad», y «convertirse de enemigos en amigos».^[22]

La cuestión ahora es: un *hábitat* normativo, abierto también a la convivencia entre «extranjeros», ¿qué características debe tener?

En una situación en que existe el monopolio de la verdad, las normas de conducta no son sino *prescripciones* emanadas y aplicadas por quien posee ese monopolio; quien no comparte tales prescripciones es considerado un enemigo. Si esta situación no existe, es decir, si todo actor (también extranjero) se encuentra en condiciones de utilizar su propio conocimiento y sus propios recursos, no hay posibilidad de que los contenidos de las acciones sean *prescritos* por una autoridad cualquiera. El *objetivo del derecho* no puede ya coincidir con la *prescripción* de lo que los sujetos individuales deben hacer. Y debe ceñirse, en cambio, a trazar los límites entre las acciones, de tal manera que los distintos conocimientos, los diferentes valores y las diversas concepciones del mundo no entren en conflicto. El *hábitat* normativo de la Gran Sociedad debe pues estar integrado por «reglas de recto comportamiento»,^[23] es decir, por reglas que, para evitar la «injusticia», expresen negativamente lo que el actor no debe hacer o indiquen, en términos positivos, sólo el «procedimiento» al que el actor debe someterse. Los fines en cambio se deciden autónomamente.^[24]

Así pues, cada uno *elige* ser vendedor, comprador, consumidor, católico, judío, etc.; lo cual da contenido a la vida de cada uno y permite «pertenecer a» o «atravesar» una multiplicidad de «círculos sociales»^[25]. O sea: el contenido de las acciones puede decidirse individualmente. Sin embargo, una vez elegido el contenido de la acción, el «procedimiento» o la «forma» es la establecida normativamente, que es igual para todos y que tiene como objetivo salvaguardar la autonomía de la elección del otro.

Esto puede resultar más claro si nos referimos, a título de ejemplo, al caso del negocio jurídico. En tal caso, los juristas dicen que los *motivos* del negocio son «normalmente irrelevantes»; lo cual equivale a decir que los fines que el actor persigue no están prescritos por alguien, sino que pertenecen al ámbito de la elección individual. Establecidos los fines personales, el negocio jurídico, con sus elementos, se presenta como una «encrucijada» que en modo alguno se puede «saltar» o «forzar», con la consecuencia de que, si se viola el «procedimiento», desaparece la posibilidad de perseguir las finalidades programadas.

Escribe Max Weber: «Desde el punto de vista técnico-jurídico, el derecho moderno está formado por “principios jurídicos”, es decir, por normas abstractas que establecen que una determinada *situación* debe producir determinadas consecuencias jurídicas.»^[26] Las normas de «recto comportamiento» regulan «circunstancias», es decir, se aplican a *todos* los actores que con sus decisiones autónomas producen ciertas «situaciones». Tales normas no se dirigen, pues, a ningún individuo en particular. Son *abstractas, formales, vacías*. Son como expresiones algebraicas que están ante nosotros con sus valores conocidos (los procedimientos) y sus valores desconocidos. Nuestras elecciones y nuestras acciones se colocan dentro de tales expresiones, dan valor concreto a los valores ignotos y vacíos.

Weber intentó describir todo esto afirmando que «toda decisión jurídica concreta es la aplicación de un principio jurídico abstracto a un “caso” concreto».^[27] Tal vez sería más correcto decir que «toda decisión nuestra concreta» se *inserta* en un «principio jurídico abstracto». Lo cual nos proporciona la justa lente para observar cómo en todo acto de intercambio hay, además de un contenido económico, un esquema normativo en el que ese contenido se engloba. Y podemos comprender que el «principio jurídico abstracto», igual que la prestación y la contraprestación económica, es una «secreción», el punto de mediación de *intereses típicos* que se confrontan y que en él encuentran «composición» y tutela. Con la consecuencia de que, cambiando los intereses, cambian el punto de mediación y los modelos (las «expresiones algebraicas») a través de las cuales los propios intereses son transformados en actos de cooperación social.

4. Intercambio monetario, libertad, innovación

Como hemos visto, las normas abstractas, formales, vacías, son un elemento irrenunciable de la autonomía de la elección. Regulan situaciones típicas en las que todo actor puede encontrarse, pero no se dirigen a ningún individuo en particular. De aquí su consiguiente *impresonalidad*, que es cabalmente el producto de un ordenamiento jurídico que se expresa a través de normas de «recto comportamiento».

Pues bien, el intercambio que se produce en el mercado «es la más impersonal de las relaciones pacíficas de la vida que diversas personas pueden mantener entre sí». [28] Esto significa, como también dice Weber, que lo que se perfecciona en el mercado es «el arquetipo del contrato de fin, como estipulación específica en su esencia y función, determinada y delimitada cuantitativamente, con independencia de características cualitativas, abstracta y normalmente condicionada sólo por motivos económicos [...], éticamente indiferentes». [29] La persona, el estatus, las ideas políticas, el credo religioso de los vendedores y de los compradores son irrelevantes. El panadero no hace pan para fulano, mengano o perengano, ni para una u otra clase social o para los que pertenecen a esta o aquella confesión religiosa; lo hace para todos cuantos desean su pan. Del mismo modo, a los compradores no se les obliga a dirigirse a un proveedor específico, con un determinado estatus, credo político o religioso; pueden dirigirse a cualquiera.

Podemos, pues, decir que el mercado no sólo precisa de un *hábitat* normativo hecho de reglas, sino que también él es una regla de «recto comportamiento», un lugar en que se afirman los que mejor saben servir a los destinatarios finales de la producción, o sea los consumidores. Y esto arroja luz sobre el hecho de que «un objeto asume la «cualidad de bien» no por algo intrínseco al objeto mismo, sino por la razón de ser considerado, por parte del actor, idóneo para satisfacer una necesidad propia. Lo cual se reveló con total claridad sólo con la «revolución marginalista». Fue en particular Carl Menger quien precisó que la «cualidad de bien» es «una relación que algunas cosas tienen con los hombres. Si esta relación desaparece, aquellas cosas dejan automáticamente de ser bienes». [30]

La falta de una adecuada teoría del valor no impidió a Adam Smith comprender el significado del proceso de mercado. Como es sabido, consideraba el trabajo como «la moneda de adquisición originaria que se pagó en el mundo por todas las cosas permutables». [31] Sin embargo, a diferencia de Marx, que atribuirá en exclusiva al trabajo «obrero» la

capacidad de crear valor,^[32] Smith subraya que, cuando hay división del trabajo, debe haber división del producto y, sobre todo, atribuía la determinación del valor al mercado,^[33] es decir, a los consumidores. Tanto es así que, en polémica con los mercantilistas, escribía: «*El consumo es el único fin, el objeto único de toda producción* en que interviene la industria del hombre, y por tanto no existe otro medio de mirar por los intereses del productor que atender a los del consumidor. Esta máxima es por sí misma tan evidente que excusa pararse a demostrarla. No obstante, en el sistema mercantil vemos constantemente que se sacrifica el interés del consumidor en favor del productor [...]. En las restricciones establecidas sobre la introducción de aquellos géneros procedentes de aquellos reinos, que pueden entrar en competencia con los de igual especie de producción interior, se sacrifica evidentemente el interés del consumidor nacional al del productor. El que consume se ve obligado en este caso a pagar el encarecimiento de precio, que motiva aquel monopolio.»^[34]

Volvamos al mercado como regla de «justo comportamiento». Éste es posible gracias al sistema monetario. En efecto, el pago en dinero es la forma más completa de *obligación genérica*, que como tal libera la relación de un objeto específico o de una persona específica: mediante ese pago, el deudor se libera de cualquier prestación de carácter personal; y el acreedor empleará el dinero cobrado para obtener en el mercado, de quien está voluntariamente disponible, los servicios que necesite.

Tal es la razón de que Georg Simmel viera en el dinero el «medio por excelencia», dotado de aquella «propiedad muy positiva que se indica con el concepto negativo de la falta de carácter».^[35] O sea: su «abstracción» deriva del hecho de que no tiene «relación alguna con un objetivo determinado», sino con la totalidad de los mismos; y por esa razón satisface al acreedor y «libera» al deudor, produce la obligación «más compatible con la libertad personal».^[36] Empleando el lenguaje del párrafo anterior, podemos decir que el intercambio monetario es una expresión algebraica en la que los valores desconocidos son los bienes y los objetivos que de vez en vez se asignan al dinero y que se deciden individualmente. De donde algunas consecuencias que merecen ser puestas de relieve.

A. Si no tiene «relación alguna con un solo objetivo», sino con la «totalidad de los mismos», el dinero es ante todo, entrando en todo intercambio propiamente económico, «expresión y medio de la relación, de la

recíproca dependencia de los hombres, de su relatividad, que hace siempre que la satisfacción de los deseos de los unos dependa de la interacción con los otros».^[37] Y, sin embargo, tal «dependencia», sobre la cual se desarrolla un sistema de cooperación social, precisamente porque puede articularse a través del dinero, es de carácter «abstracto» y no involucra los fines que las partes pretenden perseguir. Como vimos en el párrafo anterior, los «motivos» del negocio jurídico son «normalmente irrelevantes». Pero esto es posible porque el sistema monetario proporciona el precio de todo bien. No es entonces necesario que quien cede un bien encuentre inmediatamente (como en el caso del intercambio *in natura*) exactamente aquello de lo que tiene necesidad y, sobre todo, puede emplear lo obtenido para cualquier otra finalidad; la misma libertad la consigue simétricamente el comprador, que obtiene lo que precisa y para los fines que desea, en el mismo momento en que puede pagar el precio exigido por el mercado.

Así pues, los fines de los actores no están en juego. Por eso, comentando todo esto, escribe Friedrich Hayek: «La Gran Sociedad surgió del descubrimiento de que los hombres podían vivir juntos en paz y beneficiándose unos a otros sin tener que ponerse de acuerdo sobre los fines específicos que individualmente persiguen.»^[38] Esto significa que colaboramos a la «realización de los objetivos de los demás, sin compartirlos y ni siquiera conocerlos, solamente para poder alcanzar nuestros propios fines».^[39] colaboración social se desarrolla por tanto a través del acuerdo sobre los medios. Lo cual, aun no excluyendo que voluntariamente se puedan compartir metas a perseguir, no impone una jerarquía obligatoria de fines, y permite la convivencia de una pluralidad de valores y de concepciones filosóficas y religiosas del mundo.

B. Decir que el dinero no tiene «relación alguna con un particular fin», sino con la «totalidad» de los mismos, equivale a afirmar que es el denominador común de todos los intercambios propiamente económicos. Toda transacción se expresa monetariamente. Y esto hace posible el cálculo de costes y beneficios. También es cierto que autoritariamente se pueden establecer «equivalencias» entre bienes. Pero los precios son exclusivamente producto del mercado, es decir, de una situación abierta a la competencia tanto por el lado de la oferta como por el lado de la demanda. Tal es la razón por la que Ludwig von Mises, ya a comienzos de los años veinte, diagnosticaba la caída de los regímenes socialistas. En efecto, una vez

eliminados la propiedad privada y el mercado, desaparece el sistema de precios y, con él, la posibilidad del cálculo económico.^[40]

La cuestión no es sólo técnica. El hecho es que los precios de mercado son el punto de «coagulación», si bien provisional, de las informaciones que orientan la acción de una multitud de actores sociales. Y son por tanto ellos mismos un mecanismo de transmisión del conocimiento. Este mecanismo «informa a los individuos de que cuanto hacen o pueden hacer es objeto de mayor o menor demanda».^[41] El mercado es, pues, un «método de descubrimiento», que señala «qué bienes son escasos o valiosos, o qué cosa son bienes, y en qué medida son escasos o valiosos».^[42] Es un proceso de permanente corrección de los errores, que se obtiene movilizando conocimientos «ampliamente dispersos que ningún órgano central de planificación puede conseguir enteramente poseer o controlar».^[43]

Este proceso explica, entre otras cosas, la Revolución Industrial. No fue ésta la que produjo el mercado, sino que fue el mercado el que generó la Revolución industrial. La afirmación de Marx de que «el molino a mano os dará una sociedad con el señor feudal; el molino a vapor, la sociedad con el capitalismo industrial»,^[44] no nos dice de dónde vienen el molino a mano y el molino a vapor. Éstos son producto de dos «modos de producción» distintos.

A propósito de este problema, escribe Ludwig von Mises: «Los progresos técnicos son posibles únicamente donde la división del trabajo ha creado las condiciones necesarias para su realización.»^[45] Pero es una idea que ya se encuentra en Smith y Ferguson:^[46] sin un sistemático «método de descubrimiento», no puede haber un elevado desarrollo de la técnica, ya que ésta es exactamente una consecuencia de la afirmación del mercado.

5. *El «bien común» es la posibilidad de un proceso abierto*

Basar la convivencia social en reglas de «recto comportamiento» significa entregarse a un *orden abstracto que, no prescribiendo* el contenido de la acción humana, moviliza el conocimiento disperso en la sociedad y convierte a cada uno en beneficiario de lo que los otros saben, pero que él no sabe. El sistema social está así *abierto* a un permanente flujo de nuevos conocimientos y de nuevas informaciones, que permite explorar lo

desconocido y alcanzar objetivos no previsibles. La libertad de movilizar los conocimientos de cada uno hace que el orden concreto sea muy indeterminado, y no imputable al proyecto o a la voluntad de un individuo particular (ateleológico).

Se trata, pues, de un *proceso evolutivo*, en el que las expectativas puestas en la movilización de los conocimientos y en la exploración de lo desconocido convierten al *orden abstracto*, es decir, al conjunto de normas de «recto comportamiento» en que se basa la convivencia, en el único verdadero «bien común». Y éste, dejando indeterminada su futura configuración concreta, no consiste en una meta específica o en un «estado de cosas particular», sino en una «condición» que incrementa «lo más posible las oportunidades de cada uno, no en cada momento sino sólo “en conjunto” y a largo plazo»,^[47] por eso Adam Smith recomendaba basar las deliberaciones del legislador en «principios generales»,^[48] y consideraba la certeza del derecho como principal pilar de la Gran Sociedad.^[49]

La demolición del «monopolio de la verdad» niega la posibilidad del «finalismo como plan [humano] preestablecido»^[50] y pone en su lugar un proceso evolutivo que afecta a todos los aspectos de la vida social. Es éste un «pasaje» que podemos expresar con palabras de Hayek: «Puesto que todo individuo sabe poco, y en particular raramente sabe quién de nosotros sabe hacerlo mejor, confiamos en los esfuerzos independientes y concurrentes de los muchos, para propiciar el nacimiento de lo que desearemos cuando lo veamos.»^[51] O sea: reconocer la ignorancia que todos los hombres padecen, rechazar el «monopolio de la verdad» equivale a poner en marcha, como ya vimos, un permanente proceso de descubrimiento y de corrección de errores, cuyo resultado ninguno de nosotros conoce. Acaso sea útil detenerse sobre lo que esto propiamente significa en la teoría de la ciencia y en la política.

A. Con específica referencia a la ciencia, William W. Bartley III afirma: «Son relativamente pocos los que se complacen en recibir críticas y que se proponen un fin distinto de dominar. Y, sin embargo, a pesar de esto, en los últimos cuatrocientos años ha surgido y se ha desarrollado la ciencia, la cual depende completamente de la actitud crítica, de la imparcialidad y de reflexiones realizadas por amor a la verdad más bien que por amor al dominio. ¿Cómo puede suceder todo esto? Lo debemos, *para bien y para mal*, a la competencia.»^[52]

Como si dijéramos que «el problema fundamental del crecimiento de la

racionalidad —y de la teoría de la racionalidad— es [...] un problema ecológico».^[53] Y si, con Bartley, decimos que «*un metacontexto se refiere a la manera en que y por qué se sostienen los contextos*»,^[54] debemos definir el del «monopolio de la verdad» como el «metacontexto que pretende justificar la verdadera creencia», de donde se desprende que la función de la razón es «justificar, verificar, confirmar, afianzar, reforzar, convalidar, legitimar, asegurar [...], permitir la supervivencia, *defender* determinados contextos y posiciones».^[55]

Pero no se sale de semejante metacontexto sustituyendo una autoridad racional que se considera falsa por otra autoridad racional que se considera verdadera. Como ya había escrito Popper, el fin no debe ser «salvar la vida a sistemas insostenibles, sino, por el contrario, seleccionar el que parece más indicado, después de haber sometido a todos a la más feroz lucha por la supervivencia».^[56] Se formula así «una regla suprema que sirve como una especie de norma para decidir sobre el resto de las reglas [...] Es la regla de que las demás reglas del procedimiento científico deben proyectarse *de tal modo que no se proteja de la falsación a ningún enunciado de la ciencia*».^[57] O sea: debemos abandonar la idea de que existen «fuentes ideales del conocimiento», ya que todas «pueden una vez u otra llevarnos al error».^[58] No podemos preguntarnos: «¿Cuáles son las mejores fuentes de nuestro conocimiento —aquellas de las que más podemos fiarnos—, que no induzcan a error, y a las cuales podamos y debemos dirigirnos, en caso de duda, como al último tribunal de apelación?»^[59] Debemos, en cambio, preguntarnos: «¿De qué modo podemos esperar descubrir y eliminar el error?»^[60] Lo cual, inspirándose en la fórmula (de la que nos ocuparemos enseguida) adoptada por Popper en el campo de la política, lo expresa Bartley en los siguientes términos: «¿*De qué modo podemos organizar nuestra vida intelectual y nuestras instituciones a fin de que nuestras creencias, conjeturas, deliberaciones, posiciones, fuentes de ideas, tradiciones, etc. [...] estén expuestas al máximo de la crítica, de manera que se pueda obstaculizar y eliminar lo más posible los errores intelectuales?* »^[61]

El problema del aumento de la racionalidad es por tanto *ecológico*: podemos resolverlo, si volvemos la espalda al metacontexto justificacionista y si, en su lugar, adoptamos otro posibilista. Es decir, necesitamos un ambiente que permita el máximo de la crítica, porque esto es «letal» para

nuestros errores. Este ambiente es el de la competencia. Con razón William Bartley escribe también que «el conocimiento es un componente primario del capital y *la epistemología es la economía del conocimiento*»,^[62] queriendo con la parte final de su afirmación hacer una referencia específica al hecho de que la competencia de mercado institucionaliza el descubrimiento y la mejora de los paradigmas productivos.

B. Rechazar el «monopolio de la verdad» equivale a rechazar la creencia de que «el conocimiento puede legitimarse a sí mismo mediante su *pedigree*»^[63] porque, aparte la consideración de que las fuentes posibles son muchas y que a menudo ni siquiera somos conscientes de ellas,^[64] «no existen fuentes puras, incontaminadas y ciertas». Lo que entonces importa no es el origen del conocimiento, sino el proceso *abierto a la corrección de los errores*, del que brota el propio conocimiento.

Trasladada a la política, es ésta una idea que impide *justificar* el poder en razón de la superioridad del saber de un determinado grupo social, es decir, atribuyendo a una categoría particular de sujetos la titularidad de un «punto de vista privilegiado sobre el mundo».

Bernard de Mandeville advertía: «Infeliz es el pueblo, y siempre precaria su constitución, si su bienestar tiene que depender de las virtudes y de los conocimientos de ministros y políticos.»^[65] Y Hume precisaba: «Los escritores políticos han establecido como máxima que, para idear y fijar los muchos frenos y controles de la Constitución, se debe suponer que todo hombre es un *malhechor*.»^[66] Se comprende así por qué Karl Popper insistió sobre la necesidad de sustituir el viejo interrogante «¿quién debe mandar?» por la pregunta: «¿cómo podemos organizar las instituciones políticas de modo que se impida que los gobiernos malos o incompetentes hagan demasiado daño?»^[67]

El primer interrogante es «irracional», ya que no existe un portador «privilegiado» del conocimiento. Es un interrogante que, precisamente por confiar en una categoría de individuos considerados «superiores», no se preocupa de cómo limitar los poderes de quien gobierna; deslegitima e impide la crítica, crea un metacontexto justificacionista.

Además, a este interrogante, todo individuo puede responder con una preferencia propia: el técnico, el santo, los ricos, los filósofos, esta o aquella raza, esta o aquella clase. Existe, pues, la necesidad «tribal» de que gobierne uno de los «nuestros», de que cada uno de «nuestra» parte presenta, incluso a

sí mismo y a menudo de forma engañosa, como justo, bueno, santo, noble, sólo porque espera que la consecución de los propios fines concretos se facilite de este modo. Pero en la gran sociedad «vivir y trabajar con éxito con los otros exige más que la simple fidelidad a los propios fines concretos. Exige un compromiso moral hacia un tipo de orden en el que, incluso sobre los problemas que para uno son fundamentales, se permite a los otros perseguir fines distintos».^[68] Lo cual sólo es posible en un metacontexto falibilista, donde cabalmente no nos preguntamos, en el plano político, «¿quién debe gobernar?», sino que organizamos las instituciones de tal manera que puedan detectarse los errores y corregirse mediante la pacífica y periódica sustitución de los gobernantes.

6. *La difícil comprensión de la cultura de la Gran Sociedad*

La falta de *fundamentos ciertos* y la necesidad de configurar la ciencia, la política y la economía como procesos siempre abiertos a la corrección de los errores se han hecho camino con dificultad.

Escribe Popper: «Nuestro conocimiento tiene fuentes de todo género, pero *ninguna autoridad*».^[69] Sin embargo —precisa aún Popper—, «no pienso que Bacon y Descartes hayan conseguido liberar sus epistemologías de la autoridad; y no tanto porque apelaran a una autoridad de carácter religioso —la Naturaleza o Dios— sino por una razón más profunda. A pesar de sus tendencias individualistas, no osaron apelar a nuestro juicio crítico —al nuestro y al mío; acaso porque se daban cuenta de que esto podía llevar al subjetivismo y a la arbitrariedad. Sin embargo, al margen de la que pueda ser la razón, no estuvieron seguramente en condiciones de renunciar a pensar en términos de autoridad, por más que lo quisieran. Sólo fueron capaces de sustituir una autoridad —la de Aristóteles o de la de la Biblia— por otra autoridad. Cada uno de ellos apeló a una nueva autoridad: el primero a la *autoridad de los sentidos, el segundo a la autoridad del intelecto.*»^[70]

El hecho es —añade Bartley— que «*la tradición filosófica occidental presenta una estructura autoritaria, aun en sus formas más liberales*. Esta estructura la han mantenido oculta las tradicionales y simplistas interpretaciones del origen de la filosofía moderna como aspecto de una rebelión general contra la autoridad. En realidad, la filosofía moderna es la

historia de la *rebelión de una autoridad* contra otra autoridad y del conflicto entre autoridades rivales. Lejos de poner en cuestión la apelación a la autoridad en cuanto tal, la filosofía moderna ha simplemente propuesto una alternativa a la costumbre de basar las opiniones sobre una autoridad tradicional y acaso *irracional*: es decir, la alternativa de basarlas en una autoridad racional.»^[71]

O sea, «la Iglesia tenía que ser sustituida por la intuición intelectual, la intuición intelectual por la experiencia sensorial, la experiencia sensorial por un determinado sistema lingüístico, etc. La historia es siempre la misma: se da una explicación convincente de los errores filosóficos pasados, atribuyéndolos a la aceptación de una falsa autoridad racional.»^[72] Pero, como ya hemos observado, el problema no consiste en sustituir una *autoridad* que se considera falsa por una *autoridad* que se considera verdadera. Es decir, no se sustituye un *fundamento* por otro *fundamento*. Es necesario en cambio renunciar a la pretensión de poder disponer de él y comprender que el único instrumento con que enriquecer nuestra racionalidad es un meta-contexto falibilista, un ambiente que sea «letal» para nuestros errores.

Lo sucedido en filosofía ha sucedido también en política. Tras la rebelión contra la tradición, se trató de diversas maneras mantener la «presunción» de un conocimiento privilegiado, atribuyendo directamente a la política una condición de superioridad gnoseológica (baste pensar en la «voluntad general» de Rousseau) o invocando, según el modelo sofocrático de Platón, la necesidad de confiar la dirección política a determinadas clases sociales, a las que se consideró portadoras de un conocimiento superior. Baste mencionar los «industriales» de Saint-Simon, la «clase general» de Hegel, la «clase científica» de Comte, el proletariado de Marx, la clase «sui generis» de Durkheim, la «raza» de Hitler. Cada una de estas posiciones se basa en la «presunción» de una verdad poseída de forma monopolística, y de una vez por todas.

No es, pues, extraño que tampoco en economía las cosas estuvieran completamente tranquilas. Es cierto que

Adam Smith fue darwiniano antes de Darwin.^[73] Pero la nostalgia del «*fundamento incuestionable*» no dejó de producir sus «frutos»: la planificación y el intervencionismo, que son la negación del proceso abierto y de la cooperación voluntaria.

En el intento de revestir con ropa científica la propia posición, Marx

atribuyó al trabajo obrero en exclusiva la capacidad de producir valor. Pero basta la simple constatación de que donde el trabajo está dividido también debe estarlo el producto para refutar esta afirmación. Y lo que queda, desde el momento en que el trabajo no puede ser una medida de valor, ya que el propio trabajo debe ser valorado, es una situación en la que toda decisión de producción y distribución es tarea únicamente del planificador. La demanda y la oferta no se articulan ya sobre bases competitivas. La Autoridad toma el puesto del proceso de mercado.

Conocida es la posición de la Escuela histórica alemana de economía, que negó la posibilidad de formular leyes económicas, para afirmar la primacía de la política y la legitimidad de una forma generalizada de intervencionismo. No es casual que el jefe de esa Escuela, Gustav Schmoller, llegara a perpetrar el elogio del mercantilismo.^[74] Y con toda razón Ludwig von Mises detectó en las enseñanzas de esta Escuela los presupuestos culturales de aquel sistema de intervención generalizado en el que la propiedad privada lo es sólo de nombre, propio del régimen nazi.^[75]

Lo que hizo la Escuela histórica de economía puede ayudarnos a comprender el significado de la obra de John Maynard Keynes. Éste escribe en particular: «Lo importante no es que el Estado asuma la propiedad de los instrumentos de producción. Si el Estado es capaz de determinar el montante total de los medios destinados a incrementar los instrumentos de producción y el tipo base de remuneración para quienes los poseen, el mismo habrá satisfecho todo lo que es necesario.»^[76] Y, sin embargo, si las autoridades públicas hacen exactamente lo que Keynes sugería, la propiedad privada de los medios de producción y el proceso de mercado se convierten en una mera ficción.

Si ampliamos el campo de observación, también es preciso formular observaciones críticas contra la tradición utilitarista, que desde Bentham llega a la teoría del equilibrio económico general. Aquí hay que recordar ante todo que Bentham aspira a una «maximización» que presupone el conocimiento de los datos relevantes. Pues bien, como Hayek ha demostrado, refiriéndose a la teoría del equilibrio económico general, ésta opera con la hipótesis de que todos los miembros de la colectividad, aunque no omniscientes en sentido estricto, conocen por lo menos lo que es relevante para sus decisiones. Y, «si los sujetos lo conocen todo, encuentran el equilibrio»:^[77] porque «ninguna decisión dejará de ponerse en práctica y ninguna oportunidad se perderá».^[78]

Esto significa que, si no somos conscientes de la imposibilidad de colmar el desequilibrio, la teoría walrasiana puede hacernos perder de vista la razón de ser del proceso de mercado. O sea: es preciso tener siempre muy presente que a través del mercado todo actor trata de colmar su propia situación de desequilibrio, sin conseguirlo nunca; lo cual no es imputable al mercado, sino a la condición humana (ignorancia, falibilidad, escasez de recursos materiales, obvia y necesaria mutabilidad de los proyectos). Comparar el desequilibrio en que el mercado se encuentra permanentemente con el equilibrio de la teoría y «justificar» sobre esta base intervenciones limitativas e «integradoras» de la operatividad del mercado conduce por tanto a la «restauración» de las *prescripciones* de una Autoridad presunta portadora de un conocimiento superior; y es lo que impide movilizar los conocimientos dispersos en la sociedad y que genera, en poco tiempo, un empeoramiento del propio desequilibrio.^[79] Es decir, se abandona el territorio del *orden abstracto*, ampliamente indeterminado, para entrar en el de un orden concreto, impuesto autoritariamente y definido por el limitado nivel de los conocimientos que posea quien se encuentra en el poder.

7. Algunos interrogantes

Ya hemos visto que, refiriéndose a Bacon y Descartes, Popper se pregunta cómo éstos han sustituido una autoridad por otra, sin poder dar una solución a la cuestión de la teoría del conocimiento. La idea de Popper es que estos autores tuvieron miedo de aceptar que «nuestro conocimiento» es asunto humano —incluso demasiado humano— para no «insinuar, al mismo tiempo, que el mismo se resuelve todo él en el capricho y en la arbitrariedad individual».^[80] Es ésta una tesis que comparte Bartley, quien escribe: «Quienes desafiaron a las autoridades eclesiásticas y políticas tenían necesidad de demostrar que las controversias pudieran resolverse de un modo disciplinado, o sea, que las tradicionales autoridades políticas, religiosas e intelectuales pudieran ser destituidas sin causar anarquía social, puesto que serían sustituidas por la autoridad de la razón.»^[81]

Las preocupaciones señaladas por Popper y Bartley no se referían sólo a Bacon y Descartes o al campo exclusivo de la teoría del conocimiento. Son preocupaciones difusas, que han acompañado al avance del mercado y al desciframiento de su mismo significado histórico-sociológico. Sabemos que

la Gran Sociedad es la negación del *fundamento cierto*. Pero también sabemos que esto no produce «anarquía social» y «caos intelectual». Para poder ser un proceso siempre abierto, la sociedad debe basarse en un orden abstracto, o sea, un conjunto de reglas de recto comportamiento o de procedimiento que deja ampliamente indeterminado el orden concreto. Esto significa que el resultado del proceso social no puede conocerse por anticipado, pero significa también que el respeto a las reglas de procedimiento producirá en todo caso un orden.

Llegamos así a plantearnos este interrogante: con el término modernidad ¿queremos referirnos a las «preocupaciones» por el avance del mercado y por la pérdida del fundamento cierto? ¿O se quiere en cambio indicar la afirmación del mercado y la renuncia al fundamento seguro?

Fredric Jameson escribe que el «postmodernismo» es «la lógica cultural del último capitalismo».^[82] Pero esta afirmación se presta a equívocos. Si por postmodernismo se quiere entender la renuncia al fundamento cierto, hay que decir que la sociedad libre cumple inmediatamente esa renuncia, no espera fases altas o maduras. En efecto, el mercado pone en marcha un proceso evolutivo al que acompaña un metacontexto falibilista. O sea: si la lógica competitiva es el ácido que disuelve el metacontexto justificacionista, es decir, si es el mercado el que expulsa el fundamento cierto, con el término modernización no podemos menos de indicar ese proceso. Es cierto: es un proceso que avanza entre las «preocupaciones» y la nostalgia por el *fundamento incuestionable*. Y, sin embargo, desde el primer momento, ese proceso tiende claramente a desarraigar la «certeza», la «premura»; y llega a su plena afirmación con la aceptación generalizada del metacontexto falibilista. De ello se sigue que con el atributo «postmoderno» no se puede indicar algo sobrevenido dentro de la sociedad libre, sino la consecución de la necesaria sintonía entre la estructura productiva y el *hábitat* cultural que ésta necesita.^[83]

Vayamos a una segunda pregunta: ¿qué relación hay entre la modernización y la secularización? Gino Germani describe el proceso de modernización como un proceso en el que: 1) la acción electiva prevalece sobre la prescriptiva,

2) la institucionalización del cambio prevalece sobre la de la tradición, 3) la diferenciación y la especialización prevalecen sobre las instituciones indiferenciadas.^[84] Pero a Germani se le escapa totalmente que la matriz de

todo esto es el mercado. Dirige en cambio su atención a la «secularización», considerada una «condición necesaria» aunque no suficiente de ese proceso. ^[85] Pero la propia secularización es una consecuencia de la afirmación del mercado y de la necesidad de abrirse al intercambio, renunciando a un único credo filosófico o religioso impuesto como fuente de legitimación del poder político y como obligación inderogable.

Hay un ulterior interrogante: ¿tiene la modernidad una variante capitalista y otra socialista? En realidad, se ha sostenido que al proceso de modernización se puede llegar tanto por vía capitalista como por vía socialista. ^[86] Pero la idea subyacente es que la simple industrialización puede ser equiparada a la modernización. No se cae en la cuenta de que la planificación es un sistema de prescripciones, que nace de la eliminación del mercado y que tiende a hacer imposible la generalización de la acción electiva. Además, se olvida que la Revolución industrial fue un producto del avance del mercado. Esto significa que la industrialización realizada en los países de planificación económica tiene un carácter imitativo, en el sentido de que fue importada de los países capitalistas. Sin el mercado, no habría habido desarrollo y aplicación de la técnica en Occidente: y los países carentes de un sistema competitivo no habrían podido desarrollar autónomamente lo que sólo han intentado imitar. O sea: la industrialización por sí sola no da la modernidad; y en todo caso, no puede ser un producto *original* de la planificación.

3. *John Stuart Mill: economía y ciencias sociales**

La suposición de una cadena de acontecimientos intermedios, aunque invisibles, que se siguen en un curso semejante a aquel en que la imaginación se ha movido, y que une esas dos apariencias incoherentes, es el único medio con que se puede colmar ese intervalo, es el único puente que, si así puede decirse, puede facilitar el paso de un objeto a otro.

ADAM SMITH

Este volumen inaugura una nueva colección editorial, dedicada a los «problemas epistemológicos de la economía». No es, pues, extraño que el primer texto que aquí se recoge sea el conocido ensayo de John St. Mill *On the Definition of Political Economy (And on the Method of Investigation Proper to it)*, al que se ha considerado oportuno añadir el libro sexto del *System of Logic, Rationative and Inductive*, que tiene por objeto la «lógica de las ciencias morales» y que de diversas maneras está ligado a aquel ensayo.^[1] El lector dispone así en un único volumen de los textos en que Mill formuló prioritariamente sus reflexiones sobre la metodología de las ciencias sociales, lo cual permite dar a los mismos una circulación separada de las obras en que se encuentran normalmente incluidos y cuya extensión, sobre todo la del *System of Logic*, no animan precisamente a un conocimiento directo.^[2]

1. *Las ciencias sociales son ciencias hipotético-deductivas*

Mill no ocultó sus propósitos. Los declaró abiertamente, casi como si quisiera dar a sus contemporáneos y a la posteridad la llave precisa para entrar en su

obra. Y, por lo que se refiere en particular a sus aportaciones metodológicas, afirmó que éstas proporcionan «aquello de lo que había una gran necesidad, es decir [...una] doctrina [...] que deriva de la experiencia todo el conocimiento y todas las cualidades morales e intelectuales principalmente de la orientación que se da a las asociaciones [..., ya que] la tesis según la cual las verdades externas a la mente pueden ser conocidas [...] con independencia de la observación constituye [...] el gran apoyo intelectual de las doctrinas falsas y de las malas instituciones».^[3]

Sucede, sin embargo, que la «llave» que nos dejó Mill no permite entrar en las «estancias» que el autor reservó a las ciencias sociales. En efecto, ya en el ensayo sobre la definición de la economía política escribe el autor: «Por método *a priori* entendemos aquel que se ha entendido comúnmente, es decir, el razonamiento que desciende de una hipótesis, práctica esta que no se limita a la matemática, sino que forma parte de la esencia de toda ciencia que admite razonamientos generales.»^[4] Y precisa que la economía política es una ciencia *abstracta* y que su método es el «método *a priori*».^[5]

Mill añade: la economía «razona y, sostenemos nosotros, debe necesariamente razonar, partiendo de hipótesis y no de hechos. Las conclusiones de la economía política, por consiguiente, son verdaderas sólo, según la expresión común, *in abstracto*; es decir, son verdaderas exclusivamente bajo determinadas hipótesis [...]. Esto el economista no debe negarlo. Si lo niega, pierde toda la razón. El método *a priori* que se le reprocha, como si el empleo de este método probase la inutilidad de toda su ciencia, es [...] el único método con el que puede alcanzar la verdad en cualquier campo de las ciencias sociales.»^[6]

Esta posición se reafirma en el libro sexto del *System of Logic*, donde se confirma que la misma vale para las ciencias sociales en general. La «ciencia de la sociedad», dice Mill, «debe necesariamente ser una ciencia deductiva».^[7] Para llegar a esto, Mill excluye que el «método químico o experimental» pueda ser utilizado en el campo de dichas disciplinas. Porque «la primera dificultad con que nos topamos cuando intentamos aplicar los métodos experimentales a la comprobación de las leyes de los fenómenos sociales es que nos faltan los medios para hacer experimentos artificiales. Aunque pudiéramos intentarlos sin límite, sólo podremos hacerlo en condiciones de inmensa desventaja, ya sea por la imposibilidad de comprobar y registrar todos los hechos de cada caso, ya sea porque, desde el momento en que estos

hechos se encuentran en un perpetuo estado de cambio, antes de que haya pasado un tiempo suficiente para verificar el resultado de la experiencia, alguna circunstancia más bien importante habrá dejado ya de ser la misma.»^[8]

Podría, sin embargo, suceder que «casos espontáneos constituidos por acontecimientos contemporáneos a nosotros y por las sucesiones de los fenómenos registrados por la historia proporcionen una variación suficiente de las circunstancias».^[9] En tales situaciones, es «posible una inducción que parta de experiencias específicas; en otro caso, no».^[10] «La cuestión que hay que resolver —sostiene Mill— es por tanto si los requisitos de la inducción relativos a las causas de los efectos políticos, o las propiedades de los agentes políticos, se pueden encontrar en la historia (comprendiendo bajo este término la historia contemporánea). Y con el fin de hacer fijar nuestras concepciones, será aconsejable suponer que esa cuestión se formula con referencia a algún objeto especial de investigación o de controversia.»^[11]

Pero Mill procede con mucha cautela. El tema en que centra su atención es el relativo a las consecuencias producidas sobre la «riqueza de una nación» por una «legislación comercial restrictiva y proteccionista».

A. Escribe Mill: «Con el fin de aplicar a este caso el más perfecto de los métodos de la investigación experimental, es decir, el *método de la diferencia*, debemos encontrar dos casos que coincidan en todos los detalles excepto aquel que constituye el objeto de nuestra investigación. Si es posible hallar dos naciones que sean semejantes desde el punto de vista de todas las ventajas y desventajas naturales; cuyos habitantes se parezcan en todas las cualidades físicas y morales, innatas y adquiridas; cuyas costumbres, usos, opiniones, leyes e instituciones sean los mismos en todo y por todo, excepto que una de estas naciones aplica una tarifa más proteccionista, o interfiere más, en otros aspectos, en la libertad de la industria; si se observa que una de estas naciones es rica y la otra pobre, o que una es más rica que la otra, tendremos un *experimentum crucis*: una auténtica prueba experimental de cuál de los dos sistemas es más favorable a la riqueza de una nación. Pero la hipótesis de que se puedan encontrar dos ejemplos del género es manifiestamente absurda, y un concurso de circunstancia del género no es posible ni siquiera en abstracto. Dos naciones que coincidan en todo y por todo, excepto en su política comercial, coincidirían también en esta última.»^[12]

Se podría entonces recurrir a aquel «recurso suplementario que es el *método indirecto de la diferencia*». ^[13] «En lugar de dos casos particulares que no difieren sino en la presencia o en la ausencia de una determinada circunstancia, este método compara dos *clases* de casos que no concuerdan, respectivamente, sino en la presencia de una circunstancia por un lado y en la ausencia de esa circunstancia por otro. Para elegir el caso más ventajoso que podemos concebir (y es un caso demasiado ventajoso para que pueda realizarse), supongamos que comparamos una nación que ejerce una política comercial restrictiva con dos o más naciones que no concuerdan sino en el hecho de permitir el libre comercio». ^[14]

Mill se pregunta: «¿Por qué la nación próspera debería considerarse exclusivamente por una sola causa?» ^[15] Y explica: «La prosperidad de una nación es siempre el resultado colectivo de una gran cantidad de circunstancias favorables; y, de estas circunstancias, es posible que la nación de régimen proteccionista reúna en sí un número mayor que cualquiera de las otras, aunque acaso luego esta nación tenga en común todas las circunstancias con una u otra de estas últimas. Es posible que su prosperidad se deba en parte a circunstancias que tiene en común con una de estas naciones y, en parte, a circunstancias que tiene en común con la otra, mientras que estas dos naciones, al tener cada una sólo la mitad del número de circunstancias favorables, resultan ser inferiores.» ^[16]

De esto se deduce que «la imitación más exacta que se pueda hacer, en la ciencia social, de una inducción legítima basada en la experiencia directa, no puede dar otro resultado que una apariencia engañosa de deducción, apariencia carente de todo valor real». ^[17]

B. Por tanto, en cada una de sus formas, el método de la diferencia «está completamente fuera de cuestión». ^[18] Queda entonces por examinar el *método de la concordancia*. Y aquí Mill no duda en subrayar «el poco valor que tiene este método en los casos que admiten la pluralidad de causas, y los fenómenos sociales son aquellos en que esta pluralidad predomina de manera más amplia». ^[19] Se puede también suponer que al observador «le toque la mayor suerte en que puede tropezar con una cualquiera combinación concebible de casos: es decir, supongamos que el observador encuentra dos naciones que no concuerdan en ninguna circunstancia a no ser por el hecho de tener un sistema proteccionista y ser ambas prósperas; o que se encuentre un número de naciones, todas ellas prósperas, que no tienen en común

ninguna circunstancia a no ser la que consiste en ejercer una política comercial restrictiva».^[20] Evidentemente, «es superfluo profundizar en las consideraciones acerca de la imposibilidad de averiguar históricamente, o también observando la historia contemporánea, que las cosas son realmente así, es decir, que ambas naciones no concuerdan en ninguna otra circunstancia que pueda ejercer alguna influencia en el caso en cuestión».^[21] Aun admitiendo que tal «imposibilidad ha sido superada, y que resulte verificado el hecho de que las naciones concuerden sólo en tener como antecedente un sistema proteccionista y como consiguiente la prosperidad industrial», ¿hasta «qué punto todo esto legitima la presunción de que el sistema proteccionista es la causa de la prosperidad?»^[22]

La respuesta de Mill es tajante: «En un grado tan despreciable que equivale prácticamente a cero».^[23] «Que un cierto antecedente sea la causa de un efecto dado porque se ha encontrado que todos los demás antecedentes pueden ser eliminados, sería una inferencia correcta sólo si el efecto no pudiera tener más que una causa». Y, sin embargo, «en el caso de los fenómenos políticos, la hipótesis de que exista una unidad de la causa no sólo es algo que está lejos de la verdad, sino algo que está a una distancia incalculable. Las causas de todos los fenómenos sociales en los que estamos interesados [...] son infinitamente numerosas».^[24]

C. Por las mismas razones, debe rechazarse el *método de las variaciones concomitantes*, ya que «todo atributo del cuerpo social obedece a innumerables causas».^[25]

D. Queda el *método de los residuos*. Pero también aquí Mill presenta sus reservas: «Podemos tan sólo separar el efecto de una, dos, tres o cuatro causas, pero jamás conseguiremos apartar el efecto de todas las causas excepto una.»^[26]

Siendo esto así, Mill llega a decir que la propia química, cuando ha intentado «tratar las secuencias más complejas», ha «visto que es necesario transformarse (o ha conseguido transformarse) en una ciencia deductiva».^[27] De esto se sigue que ninguna «persona de hábitos científicos y que haya seguido el progreso general del conocimiento de la naturaleza puede correr el peligro de aplicar los métodos de la química elemental a la exploración de las secuencias del orden más complejo de fenómenos que existe», es decir, a la exploración del orden de los fenómenos sociales.^[28]

2. *Contra el método geométrico*

Así, pues, la ciencia de la sociedad debe ser «necesariamente deductiva». Pero no hay que cometer el error de seguir el «método geométrico o abstracto». Los defensores de este método comprenden ciertamente que la ciencia social debe ser una ciencia deductiva. Pero como «parten de una consideración insuficiente de la naturaleza específica de la materia —y a menudo porque su educación científica se detuvo en un estadio demasiado primitivo y conciben la geometría como el tipo de todas las ciencias deductivas—, asimilan inconscientemente la ciencia deductiva de la sociedad a la geometría más bien que a la astronomía y a la ciencia natural».^[29]

Mill afirma: «Entre las diferencias que subsisten entre la geometría (ciencia de hechos coexistentes, absolutamente independientes de las leyes de la sucesión de los fenómenos) y aquellas ciencias físicas de la causalidad consideradas como deductivas, la diferencia siguiente es una de las más evidentes: la geometría no deja el mínimo espacio para aquel caso que se verifica con tanta frecuencia en la mecánica y en sus aplicaciones: el caso de fuerzas en conflicto, de causas que se oponen o se modifican una con otra».^[30] En tal situación, «lo que una fuerza hace, la otra lo deshace, del todo o en parte», mientras que en la «geometría no se encuentra ningún estado de cosas comparable a esto.»^[31]

Mill polemiza con los «geómetras de la política», en particular con Hobbes y Bentham, en cuanto incapaces de ver la complejidad de los fenómenos sociales, de comprender que no hay un fenómeno social sobre el que «no ejerzan su influencia innumerables fuerzas, y que no dependa de la conjunción de muchísimas causas».^[32] El hecho es que los fenómenos de la sociedad «no dependen, en cosas esenciales, de este o aquel otro agente, de esta o de aquella otra ley [...] con sólo pocas e insignificantes modificaciones procedentes de otras partes».^[33]

La ciencia social, que es «ciencia deductiva», no puede por tanto inspirarse en el modelo de la geometría, sino en el de las «ciencias físicas más complejas».^[34] «Todas las proposiciones generales que puede formular la ciencia deductiva son hipotéticas, en el sentido más riguroso de esta palabra. Se basan en algún conjunto hipotético de circunstancias, dando por supuesto que con éstas no se combinan otras.»^[35] De modo que «si el conjunto de circunstancias cuya existencia se da por supuesta se han tomado

de las de una sociedad existente, las conclusiones serán verdaderas para esa sociedad, con tal de que y en la medida en que los efectos de aquellas circunstancias no estén modificados por otras circunstancias que no han sido tomadas en consideración».^[36] Y, «si queremos aproximarnos más a la verdad concreta, podemos hacerlo sólo teniendo en cuenta, o esforzándonos por tener en cuenta en nuestro cálculo, un número mayor de circunstancias individuales».^[37]

Sucede entonces que «la incertidumbre de nuestras conclusiones crece a medida que en nuestros cálculos nos esforzamos por tener en cuenta un número mayor de causas concurrentes».^[38] Si no queremos condenar la investigación a la «inutilidad», es, pues, preciso limitarse a tratar «aquella clase de hechos sociales que, aun estando influidos como los otros por todos los agentes sociológicos, están, al menos en general, bajo la influencia *inmediata* de sólo algunos de tales agentes».^[39]

Podemos aclarar mejor todo esto diciendo que el *hábitat* de los fenómenos está constituido por las leyes relevantes y por las condiciones iniciales que explican los fenómenos mismos. O sea: las leyes y las condiciones son el *hábitat* de los fenómenos. Con razón escribe Mill que «nuestra libertad» llega hasta la «exageración de algunas propiedades que la cosa posee (exageración que consiste en asumir que la cosa es en todo y por todo lo que, en cambio, es sólo muy aproximadamente) y en la supresión de otras, bajo la obligación indispensable de restaurarlas siempre que, y en la medida en que, su presencia o su ausencia representa alguna diferencia significativa para la verdad de nuestras conclusiones».^[40] Esto significa que «cuando nos hallamos ante fenómenos muy complejos, el *reconocimiento* de la presencia de las condiciones a las que se aplica la teoría puede a menudo requerir la pronta percepción de esquemas o configuraciones que exigen una capacidad especial que pocos poseen».^[41] Y «la selección y la aplicación del esquema teórico apropiado se convierte en algo parecido a un arte».^[42]

Queda por señalar el juicio sobre la metodología baconiana. En las páginas dedicadas a la crítica del «método químico o experimental en las ciencias sociales», afirma Mill: «Una discusión tan prolongada no habría sido necesaria, si la pretensión de decidir autorizadamente a propósito de las doctrinas políticas se hubiera confinado a personas que hubieran estudiado con competencia uno cualquiera de los departamentos superiores de la ciencia física. Pero, como en general quienes razonan sobre temas políticos, de un

modo que ellos y un cuerpo más o menos numeroso de sus admiradores juzgan suficiente, no conocen en absoluto los métodos de la investigación física, si se exceptúan ciertos preceptos que siguen repitiendo como papagayos imitando a Bacon (aun siendo totalmente inconscientes de que *la concepción de la investigación científica sostenida por Bacon ha pasado ya y que la ciencia ha progresado ahora pasando a un estadio más elevado*), hay probablemente muchas personas para las que observaciones como las anteriores pueden aún resultar útiles.»^[43]

No sólo esto. Conviene también subrayar que el rechazo por parte de Mill a utilizar el método baconiano en el campo de las ciencias sociales se expresa también en otras partes del *System of Logic*. Por ejemplo, en el capítulo décimo del libro tercero (en el que trata de la inducción), Mill dice: «La noción vulgar, según la cual los métodos seguros en el campo de la política son los de la inducción baconiana —según la cual la verdadera guía no está constituida por el razonamiento general sino por la experiencia específica— será citada un día como uno de los signos más inequívocos de que la facultad especulativa de la época que les prestaba confianza se encontraba en un estadio de desarrollo muy primitivo. Nada puede ser más cómico que esa especie de parodia del razonamiento experimental contra la que estamos acostumbrados a toparnos, no sólo en las discusiones populares, sino también en grandes tratados que se ocupan de los asuntos de las naciones.»^[44]

La crítica que Mill dirige a Bacon es en varios aspectos sorprendente, porque el propósito del propio Mill era afirmar enérgicamente la metodología inductivista. Y esto se hizo a veces de una manera tan rígida que indujo al propio Mill a considerar también los principios de la aritmética y los axiomas de la geometría como generalizaciones de hechos captados por los sentidos.^[45]

3. De Adam Smith a la Escuela del Oriel

No se puede valorar lo que Mill dice a propósito de la economía política y de las ciencias sociales sin tener en cuenta las «coordenadas» dentro de las cuales se mueve. Conviene sobre todo fijarse en las orientaciones metodológicas que ya se habían formulado al respecto. Como es sabido, en *Wealth of Nations* Adam Smith declara no tener

«mucha confianza en la aritmética política».^[46] De una manera hoy más directa, podríamos decir que no tenía mucha confianza en la estadística y, en particular, en la estadística económica. Lo cual es ciertamente comprensible. En efecto, Smith desarrolla toda su obra a partir de algunos principios de carácter general: el primero de todos es el de la dispersión del conocimiento, cuyo lógico corolario asigna a cada uno, en su propia «situación local, una capacidad de valorar su propio interés superior a la de cualquier hombre de Estado o legislador».^[47] De donde su búsqueda de las *condiciones* capaces de hacer posible la movilización de los conocimientos de tiempo y de lugar pertenecientes al dominio de cada individuo.

Hay más. En el ensayo *History of Astronomy*, Smith insiste en la función de la imaginación en el desarrollo de la ciencia. Es la imaginación la que nos ayuda a leer «dos apariencias incoherentes»: es el único medio que puede colmar «el intervalo», el único «puente» que «puede facilitar el [...] paso de un objeto a otro».^[48] Y, refiriéndose a Copérnico, Smith escribe que ha «desplazado la tierra de sus fundamentos».^[49] Añade que nada puede mostrar mejor que la empresa copernicana la «desenvoltura con que los sabios abandonan el testimonio de los sentidos para conservar la coherencia de las ideas de la imaginación»: «La paradoja más violenta de toda la filosofía [...] la adoptaron muchos astrónomos de genio, a pesar de su incompatibilidad con todos los sistemas de física entonces conocidos.»^[50] Por lo que respecta a la obra de Newton, Smith subraya también la función desempeñada por la imaginación y por las hipótesis adoptadas.^[51]

Comentando las «reservas» de Smith respecto a la «aritmética política», Dugald Stewart escribe: «Estoy de acuerdo con él hasta pensar que poca o ninguna consideración debe tenerse por un fenómeno particular, cuando afirma una objeción a conclusiones que se basan en leyes generales [...]. Aun admitiendo que el fenómeno en cuestión haya sido cuidadosamente observado y fielmente descrito, es posible estar imperfectamente informados sobre la combinación de circunstancias que ha modificado el efecto; y que, si tales consecuencias fueran plenamente comprendidas, la aparente excepción podría ser una ilustración adicional de la verdad que con ella se pretendía invalidar.»^[52]

Stewart añade lo siguiente: «Si mis observaciones son correctas, en lugar de apelar a la aritmética política como a un medio de control de las conclusiones de la economía política, con frecuencia sería más razonable

recurrir a la economía política como medio de control de las extravagancias de la aritmética política.»^[53]

Stewart dedica un capítulo de sus *Elements* a la imaginación y considera esta facultad como «la gran fuente de la mejora humana».^[54] No duda en afirmar que «sin teoría», la experiencia es una «guía ciega e inútil».^[55] Sostiene también que «el celo indiscriminado contra las hipótesis, tan generalmente confesado por los seguidores de Bacon, ha sido muy impulsado por los fuertes y decididos tonos con que Newton, en varias ocasiones, las ha condenado»;^[56] y, sin embargo, «cuando sucede que toca cuestiones de lógica, el lenguaje de este gran hombre [Newton] no debe ser siempre interpretado demasiado literalmente»: «Debe ser cualificado y limitado, de suerte que se armonice con las ejemplificaciones que él mismo ofrece de las reglas generales.»^[57] De donde la pregunta: «la propia teoría de la gravitación ¿no nació acaso de una afortunada conjetura?»^[58]

Por tanto, sin rechazar nunca explícitamente el baconismo, Stewart pone en primer plano el método hipotético-deductivo.^[59] Método bajo cuyo dominio, exactamente como en Smith, se encuentran la economía política y las ciencias sociales en general. Es precisamente Stewart quien define la investigación smithiana como una «historia teórica y conjetural».^[60]

Si Stewart se benefició del trabajo de Smith, no han faltado quienes se hayan beneficiado de la labor de ambos o acaso, más directamente, sobre todo del trabajo de Stewart. Son los representantes de la llamada *Escuela del Oriel*, es decir, algunos estudiosos del *Oriel College* de Oxford, entre los cuales destacan los nombres de Edward Copleston, Richard Whately y William Nassau Senior.^[61] Copleston fue el primer defensor de la introducción de la economía política como disciplina académica. Y afirmó claramente la primacía de la teoría en la construcción de la ciencia.^[62] Sin embargo, no dejó ninguna formulación sistemática de sus ideas. Se puede más bien decir que confió a sus alumnos la tarea de completar sus proyectos. Incluso los *Elements of Logic* de Whately se beneficiaron de los apuntes de Copleston, al que se dedica la obra.^[63]

Whately fue quien inicialmente propuso para la economía política el nombre de «cataláctica». En la primera de sus *Lectures* escribe: «Adam Smith no dio a su libro más que el título de tratado sobre la “riqueza de las naciones”: pero esto equivalía sólo a dar el nombre a la materia en discusión,

no a la ciencia misma. El nombre que yo habría preferido, como el más descriptivo y el menos sujeto a objeciones, es el de *cataláctica* o *ciencia de los intercambios*.»^[64] Whately añade a continuación: «El hombre puede definirse como “un animal que intercambia”; ningún otro, incluso entre aquellos animales que en otros puntos más se acercan al ser humano, posee la mínima noción, por lo que sabemos, del trueque o de cualquier intercambio de una cosa por otra. Es en este aspecto como el hombre ocupa el centro de la economía política. Una perspectiva que sustancialmente no difiere de la de Smith; porque en esta ciencia la palabra “riqueza” se reserva a las mercancías *intercambiables*, y trata de ellas tan sólo en cuanto son, o deben ser, objeto de cambio.»^[65]

Whately confía también en el método hipotético-deductivo. Y explica: «Sea cual fuere el cuidado que se tenga en abstenerse de hacer jugar en la propia mente los principios de la ciencia», se llega a formarse, «sin darse cuenta de ello y sin quererlo, una especie de teoría tosca, que luego influirá sobre las [...] reflexiones futuras [...]; los hechos se van ordenando en la mente del hombre bajo determinadas clases dadas, sin que él se proponga expresamente hacerlo.»^[66] Y, contra los inductivistas, Whately se pregunta polémicamente: «¿Debemos, pues, comenzar nuestro estudio recogiendo por todos lados —en la historia, en las informaciones estadísticas, en los viajes, y en todas las demás fuentes— la mayor cantidad de hechos que, al parecer, tengan alguna relación con nuestro tema? ¿Y tras emplear muchos años en recoger un gran número de datos, debemos, sólo entonces, ocuparnos de ordenar esos materiales y deducir de ellos algunos principios generales?»^[67]

Senior coincide con Whately en que la economía política debe ser ciencia de los intercambios.^[68] Considera que la misma debe dividirse en «dos grandes ramas, una teórica y otra práctica».^[69] Y precisa que el primero de esos campos debe basarse en «muy pocas proposiciones generales».^[70]

Hay, sin embargo, un punto particular sobre el que los representantes de la Escuela del Oriel se distinguen de Adam Smith: es cuando opinan que pueden convertir la economía política en una «ciencia axiomática».^[71]

4. *Psicología asociacionista y «orden sensorial»*

Los «maestros» —cuyos nombres invoca Mill a veces como punto de

referencia— pensaban, pues, que la economía política tenía que ser una ciencia hipotético-deductiva. Lo cual podría inducir a pensar que entre Mill y esos maestros existe una perfecta continuidad. Pero no es así. *Duo, si idem dicunt, non est idem.*

Mill permaneció durante toda su vida ligado a la psicología asociacionista. Escribe en su *Autobiography*: «La diferencia entre estas dos escuelas filosóficas, la de la Intuición y la de la Experiencia y la Asociación, no es una simple cuestión de especulación abstracta, sino que es rica en consecuencias prácticas y constituye el fundamento de todas las máximas divergencias de opinión sobre cuestiones prácticas en una época de progreso.»^[72]

¿Cuál es la cuestión? El asociacionismo es el «subsuelo» sobre el que Mill se propuso edificar su obra metodológica. Y la psicología asociacionista y el inductivismo van al unísono, porque esa teoría psicológica concibe nuestra mente como un «recipiente vacío», que se llena a través de nuestros sentidos.^[73] La mente desempeña así una función de recepción pasiva y nuestras expectativas nacen a través de la *asociación* entre presente y futuro, es decir, proyectando los datos presentes sobre el futuro.^[74]

Así las cosas, conjugar una psicología sensista con una metodología de tipo hipotético deductivo es una evidente contradicción.^[75] Si se toma como base de partida el asociacionismo, no es posible adoptar el método de la hipótesis; si se adopta ese método, hay que abandonar la psicología asociacionista. Mill jamás renunció al asociacionismo, si bien en particular en el campo de las ciencias sociales hizo propia la metodología hipotético-deductiva. De este modo, cayó en la misma contradicción que su padre, James Mill. Éste, aun identificándose a sí mismo con la psicología asociacionista, no dudó nunca en exaltar los «méritos» de los fisiócratas y de su método.^[76] O sea: invocó los «principios esenciales» como punto de partida de la economía y de la ciencia política.^[77]

La adhesión al asociacionismo e, inversamente, su abierto o tácito rechazo, dan origen a una notable línea de demarcación. Para arrojar luz sobre esta frontera, puede ser útil recordar aquí un juicio procedente de la misma tradición en que se movió John St. Mill. Jeremy Bentham escribió: «Entre los principios contrarios al de utilidad, el que hoy parece tener más influencia sobre los asuntos de gobierno es el que puede definirse como principio de la simpatía y antipatía. Por principio de la simpatía y antipatía

entiendo aquel principio que aprueba o desaprueba ciertas acciones, no por su tendencia a aumentar o por su tendencia a reducir la felicidad de las partes cuyo interés está en cuestión, sino sólo porque un hombre se encuentra disponible a aprobarlas o desaprobarlas».^[78]

Liquidar así el «principio de simpatía» es un burdo error, porque dicho principio es el instrumento a través del cual nos colocamos en la posición del Otro, para intentar ver cómo él juzga nuestras acciones. La «simpatía» no es un concepto sentimental; es simplemente un mecanismo que nos ayuda a dar cierta «fisonomía» a las expectativas de otro. Lo cual, en la relación social, es una «migración» irrenunciable. Sin el individualismo y el respeto a la expectativa del Otro, ninguna relación intersubjetiva es posible. Como si dijéramos que nuestra identidad se define no sólo por lo que deseamos perseguir, sino también por lo que estamos dispuestos a hacer por los demás, sin cuya cooperación es imposible la realización de nuestros propios proyectos.^[79] De esto se deriva que la *utilidad* de una acción no puede medirse por lo que la misma da inmediatamente, sino por lo que permita conseguir en un contexto de prolongado intercambio social, es decir, dentro de un sistema de expectativas y de normas institucionalizadas.^[80]

Todo esto no es una digresión inútil. Si los estándares normativos son producto de las interrelaciones sociales, no podemos menos de aceptar lo que sostiene Adam Smith: si un ser humano «pudiera hacerse adulto en un lugar solitario, sin comunicarse con criaturas de su propia especie, entonces no podría pensar en el propio carácter, en el mérito o demérito de los propios sentimientos y de la propia conducta, en la perfección o en los defectos de la propia mente, en la belleza o deformidad del propio rostro. Éstos son aspectos que no puede captar con facilidad, que no ve naturalmente, porque no tiene un espejo en el que pueda mirarse. Al entrar en esta sociedad, este hombre dispone inmediatamente del espejo que buscaba.»^[81] Y esto sugiere que un niño que ha crecido hasta la madurez en un desierto «no podría desarrollar un yo»:^[82] «No nacemos como yo, sino que debemos aprender [...] a ser yo.»^[83] O sea: nuestro cerebro debe transformarse en una mente, es decir, debe estructurarse dentro de cada uno de nosotros un «orden sensorial».

Si es así, hace bien Hayek al afirmar que el «proceso de la experiencia no se inicia con las sensaciones o percepciones, sino que necesariamente las precede: opera sobre acontecimientos fisiológicos y los ordena en una

estructura u orden que se convierte en la base de su significación “mental”; y la distinción entre las cualidades sensoriales, que constituyen los últimos términos en que la mente consciente puede captar algo del mundo exterior, es el resultado de dicha experiencia pre-sensorial».^[84]

Dicho en otros términos: «Al menos una parte de lo que sabemos sobre el mundo externo en un momento concreto no es, por tanto, resultado de la experiencia sensorial, sino que más bien está implícito en los medios a través de los cuales podemos obtener dicha experiencia; está determinado por el orden del aparato de clasificación que los “eslabonamientos” presensoriales han construido.»^[85] Y «lo que experimentamos conscientemente como atributos cualitativos de los acontecimientos externos está determinado por relaciones de las que no somos conscientes, pero que están implícitas en estas distinciones cualitativas, en el sentido de que influyen sobre todo lo que hacemos en respuesta a esta experiencia.»^[86]

Este proceso sólo puede tener lugar en un contexto social; entre otras cosas, porque la capacidad de reprimir los instintos es modelada por la respuesta recibida por los efectos sobre los demás y por tanto por la «frontera» que el ambiente nos opone. De suerte que «la tesis de fondo del fenomenismo (y del positivismo) según la cual “todos los *fenómenos* están sujetos a leyes invariables” es simplemente falsa, si el término fenómeno se toma en su sentido estricto de algo que se nos presenta».^[87] Y «el ideal de la ciencia como mera descripción completa de fenómenos, que es la conclusión positivista derivada de una aproximación fenomenista, resulta pues irrealizable».^[88] Es decir, sucede que «toda sensación, incluso la “más pura”, debe considerarse como una interpretación de un acontecimiento a la luz de la experiencia pasada del individuo o de la especie».^[89] Por tanto: «La famosa máxima fundamental del empirismo, formulada por John Locke, *nihil est in intellectu quod non antea fuerit in sensu*, no es exacta si se refiere a una experiencia sensorial consciente.»^[90] Y esto equivale a decir que es preciso someter al análisis crítico todas las teorías del conocimiento (incluida la de marca kantiana) que se basan en la idea de un «yo» *pre-formado*, «antecedente a la experiencia o bien ausente de la (contaminación con la) experiencia».^[91] Si no nos percatamos de los límites de tales teorías, se cae en aquel error metodológico que toma el nombre de «psicologismo», entendido como una teoría que opera con «la idea de una naturaleza humana

y de una psicología humana como existirían anteriormente a la sociedad».^[92]

Según Popper, el psicologismo «ni siquiera puede tomarse en consideración, pues tenemos buenas razones para pensar que el hombre o, mejor, su antepasado, fue social antes de ser humano (si se considera, por ejemplo, que el lenguaje supone la sociedad). Pero esto implica que las instituciones sociales y, con ellas, las regularidades sociales típicas o leyes sociológicas tienen que haber existido antes de aquella que algunos gustan llamar la “naturaleza humana” y antes de la psicología humana. *Si en todo caso se hubiera de intentar una reducción, sería pues más prometedor intentar una reducción o interpretación de la psicología en términos de sociología en lugar de lo contrario*».^[93]

Pues bien, Mill cae propiamente en tal error metodológico. No es casual que afirme que «los seres humanos reunidos en sociedad no tienen otras propiedades que las derivadas de las leyes de la naturaleza del hombre individual, y pueden resolverse en ellas».^[94]

Una observación de Bertrand Russell puede ayudarnos. Russell escribe: «Es bastante sorprendente que Mill haya sido tan poco influido por Darwin y por la teoría de la evolución. Esto es tanto más curioso si se piensa que cita frecuentemente a Herbert Spencer. Parece que Mill aceptó la teoría darwiniana, pero sin tomar conciencia de sus implicaciones. En el capítulo sobre la “clarificación” en su *System of Logic* habla de las “especies naturales” de un modo totalmente pre-darwiniano, e incluso sugiere que las especies reconocidas de los animales y de las plantas son *infimae species*, en el sentido escolástico de la expresión, si bien el libro de Darwin sobre el *Origin of Species* demuestra que semejante punto de vista es insostenible. Era natural que la primera edición del *System*, publicada en 1843, no pudiera tomar en consideración la teoría de la evolución, pero es extraño que en las ediciones posteriores no se hiciera modificación alguna.»^[95] Russell añade: «No creo que él [Mill] concibiera nunca, aunque sólo imaginariamente, al hombre como un animal entre los demás, que jamás se liberara de la creencia del siglo XVIII que ve el hombre como un ser fundamentalmente racional.»^[96]

La observación de Russell corrobora lo que hemos dicho. Sin embargo, no se puede considerar «sorprendente» el hecho de que Mill no tuviera en cuenta la teoría darwiniana: porque, como el propio Russell subraya, la concepción del hombre en el siglo XVIII no es una «hipoteca» a cuya

cancelación aspire Mill, sino que es la base misma o el alimento de su aventura intelectual. Refiriéndose a su padre, afirma: «En psicología, su doctrina fundamental sostenía que el carácter humano se forma por obra de las circunstancias y de conformidad con el principio universal de la asociación de las ideas; contemplaba por consiguiente la *posibilidad ilimitada de mejorar las condiciones morales e intelectuales de los hombres por medio de la educación*. De todas sus doctrinas ninguna fue más importante que ésta y más digna de la mayor consideración.»^[97] Mill es también consciente de que ninguna teoría «es más contraria que la asociacionista a las tendencias dominantes en la especulación» en tiempos de su padre y «posteriormente».^[98] Pero el asociacionismo es para él irrenunciable; en efecto, configurar la mente como un «encerado vacío», en el que se pueda escribir cualquier cosa, es lo que «legitima» a desarrollar una profunda labor de pedagogía social.^[99]

Vale la pena a este respecto mencionar cómo Mill y los representantes de su «círculo» se percibían a sí mismos: las teorías asociacionistas «fueron aceptadas con juvenil fanatismo por el pequeño grupo del que también yo formaba parte. Pero nosotros añadimos un espíritu sectario del que mi padre, al menos en las intenciones, estaba totalmente libre. A nosotros (o más bien a un ser imaginario puesto en nuestro lugar) se nos llamaba a veces por los demás, con ridícula exageración, una “escuela”; algunos de nosotros, por otra parte, durante algún tiempo, nutrimos esperanzas de este tipo y aspiramos a ser semejante “escuela”. Los *philosophes* franceses del siglo XVIII constituían el ejemplo que tratábamos de imitar y esperábamos obtener resultados no inferiores a los suyos.»^[100]

Dadas las premisas de que partía, Mill no habría podido nunca renegar del asociacionismo. Lo cual explica la caída en el psicologismo. Y explica también la idea de una «ciencia de la naturaleza humana» y de una «ciencia de la formación del carácter» o «etología». Se trata de una posición teórica tras la cual se oculta permanentemente la presunción de modelar a los individuos mediante una profunda labor pedagógica. Es un horizonte de «constructivismo» social, que simplemente borra, sin más, el problema de la dispersión de los conocimientos y de los resultados no intencionados de las acciones humanas intencionadas.^[101]

La concordancia con Augusto Comte es consecuente. Es cierto que Comte, como observa el propio Mill, «atribuye exclusivamente a los

fisiólogos el derecho a presumir de una competencia científica sobre los fenómenos intelectuales y morales».^[102] Pero también es cierto que la comtiana «ley de los tres estadios», al no precisar las condiciones que harían posible e imposible el paso de la humanidad a través de esas tres fases, es también producto de actitudes psicológicas no explicadas. Y Mill no deja de darle su aprobación: «Según Comte, la especulación sobre todo objeto de la investigación de los hombres pasa a través de los tres estadios sucesivos; en el primero de esos tres estadios esa especulación tiende a explicar los fenómenos recurriendo a agentes sobrenaturales; en el segundo tiende a explicarlos recurriendo a abstracciones metafísicas, mientras que en el tercer estadio, o estadio final, se limita a verificar las leyes de sucesión y de semejanza de los fenómenos. Me parece que esta generalización posee ese alto grado de evidencia científica que deriva del concurso de las indicaciones de la historia y de las probabilidades tomadas de la constitución de la mente humana [...]. En adelante, con la ayuda de esta ley, conseguiremos no sólo echar nuestra mirada sobre el futuro de la historia de la raza humana, sino también determinar qué medios artificiales se pueden emplear, y hasta qué punto se puede emplearlos, para acelerar el progreso natural [...]. Tales instrucciones [...] formarán la parte más noble y benéfica del arte de la política.»^[103]

5. *La definición de la economía política*

No es, pues, casual que el psicologismo domine también la concepción milliana de la economía política. Mill afirma: «Hay una gran clase de fenómenos [...] en que las causas inmediatamente determinantes son sobre todo las que actúan a través del deseo de riqueza, en que la ley psicológica principalmente interesada es la bien conocida según la cual a una ganancia menor se prefiere siempre otra mayor.»^[104] Esta afirmación se encuentra en el *System of Logic*, en el mismo capítulo en que se demuestran los méritos del «método físico o deductivo concreto» y además se subraya la complejidad de los acontecimientos sociales. Para ilustrar mejor lo que pretende sostener, Mill transcribe dos páginas ya contenidas en su *Definition of Political Economy*.^[105]

¿De qué se trata? Como hemos visto, en la «lógica de las ciencias

morales» Mill critica el «método geométrico o abstracto» por su simplismo. Condena por tanto a los «geómetras de la política». ^[106] Pero esto no le impide inmediatamente después proponer la concepción de la economía que en la *Definición* hace de «preámbulo» a la idea de que esta ciencia «se basa en hipótesis totalmente análogas a las que, bajo el nombre de definiciones, son el fundamento de las demás ciencias abstractas». ^[107] Mill añade: «La geometría presupone una definición arbitraria de recta “que tiene longitud pero no anchura”. Del mismo modo, la economía política presupone una definición arbitraria del hombre [...]. La economía política razona por tanto partiendo de *supuestos*, de premisas que podrían carecer de cualquier fundamento real y que no se pretende que estén universalmente de acuerdo con la realidad.» ^[108]

Los problemas aquí son dos. Tenemos ante todo la cuestión del «vínculo parental» que Mill quiere establecer entre la economía política y la geometría; tenemos también la cuestión de la «definición arbitraria del hombre». Sobre el primer punto, Mill trata en particular de buscar un apoyo en Dugald Stewart, cuyos *Elements of Philosophy of Human Mind* cita. Y es cierto: Stewart había escrito que «formulando una serie de definiciones arbitrarias, sería posible generar una ciencia que, aunque comprometida con la moral y la política [...], había podido tener la certeza de la geometría». ^[109] Pero esto se decía con referencia exclusiva a la coherencia que debe existir, también en economía, entre premisas y conclusiones. A Stewart no se le escapaba que en las ciencias sociales hay algo más que una «conexión entre ciertas hipótesis y ciertas consecuencias». ^[110] Adam Smith era bien consciente de ello. ^[111] También lo era Burke. Con este último, Stewart repetía que «una definición puede ser muy exacta y ser poco útil para proporcionarnos informaciones sobre la naturaleza de lo que se define». ^[112] Y añadía, también según Burke, que la definición «debe más bien seguir que preceder a nuestras preguntas». ^[113]

Todo esto puede recibir una clarificación decisiva. Escribe Hayek: «Mientras que en el ámbito de la lógica pura de la elección nuestro análisis puede ser exhaustivo, es decir, podemos desarrollar un aparato formal capaz de cubrir todas las situaciones imaginables, los temas suplementarios deben necesariamente ser selectivos; es decir, debemos elegir, entre la infinita gama de situaciones posibles, aquellos tipos ideales que, por alguna razón, consideramos particularmente relevantes respecto a las condiciones del

mundo real.»^[114] Y, apenas queremos explicar un proceso social, debemos «utilizar, de un modo o de otro, los tipos ideales».^[115] O sea: es preciso definir las condiciones o el *hábitat* tras el cual operan los actores.

Así, pues, la economía política no puede ponerse en el mismo plano que la geometría y no puede partir —y éste es el segundo problema— de una «definición arbitraria del hombre»,^[116] de «captar» algo particularmente relevante respecto a las condiciones del mundo real. Mill piensa que la economía debe tratar solamente de «aquellos fenómenos del estado social que tienen lugar en consecuencia de la búsqueda de la riqueza», haciendo «abstracción de cualquier otro motivo y de cualquier otra pasión humana».^[117] Precisa que «hay ciertos departamentos de los asuntos humanos en que la adquisición de la riqueza constituye el bien principal y reconocido»,^[118] y concluye: «La manera en que la misma necesariamente procede es la que consiste en tratar el fin principal y reconocido como si fuera el único fin, y, entre todas las hipótesis igualmente verdaderas, ésta es la más próxima a la verdad.»^[119]

Se podría observar que Mill cree que ha dado una «definición arbitraria del hombre» y al mismo tiempo presume de que tal definición es «la más próxima a la verdad». Pero no es esto lo que merece nuestra atención. Lo que caracteriza su planteamiento es el hecho de que ve la actividad económica como un fin, es decir, como una acción encaminada a satisfacer el mero «deseo de riqueza». Lo cual conduce a convertir la acción económica en un tipo particular de acción. Y la consecuencia es que el objeto de la economía política es el hombre en cuanto se ocupa de la «búsqueda de la riqueza». Nace así el *homo oeconomicus*, el sujeto de una teoría que representa un *sistema cerrado*.^[120] El actor se halla desvinculado de cualquier otra dimensión social. Su acción puede prescindir de ella. Pero la realidad es muy distinta. El «deseo de riqueza» ¿puede ser considerado un fin último? Mill dice también: «Las ciencias morales o psicológicas son aquellas que tratan las leyes de la mente y todos los fenómenos complejos en cuanto dependientes de la mente.»^[121] ¿De dónde, pues, viene la ley de la mente? ¿Por qué una ley de la acción debe tener naturaleza atomística y no más bien una naturaleza social?

El hecho es que no existen sistemas cerrados. Los «puntos de contacto a través de los cuales el resto del universo actúa sobre el sistema que tratamos

de aislar (y que se convierten en los datos para la teoría) son pocos o muchos». ^[122] Pero los hay. Para convertir la economía en una ciencia social es, pues, preciso liberarse de las «angosturas» del *homo oeconomicus*, ^[123] y comprender que el punto de contacto entre el sistema (económico) que creemos aislar y el ambiente circunstante reside en la condición de escasez de recursos y de conocimientos que sufre todo actor. ^[124] Esta escasez impele a la búsqueda de los medios, es decir, a la acción y a la cooperación. Y de este modo la economía política se convierte en ciencia social.

Al contrario de lo que sostiene Mill, no es el fin el que da a la acción la calificación económica, ya que los fines últimos nunca son económicos. Económicos son los medios. Y éstos sirven todos a los fines. De esto se desprende que, sea cual fuere la finalidad perseguida, toda acción tiene una dimensión económica. ^[125] La economía política tiene por objeto aquellas particulares acciones económicas que, desarrollándose en el territorio en que las relaciones de intercambio se expresan monetariamente, pueden llamarse económicas en «sentido estricto». ^[126]

«Cataláctica» —el nombre dado por Whately— vuelve así al primer plano. Whately hablaba de «ciencia de los intercambios». Más correctamente, habría que llamarla, en consonancia con el sentido restrictivo del originario término griego, «ciencia de los intercambios monetarios». ^[127] Pero Mill rechaza la idea de Whately por considerar que se trata de una «concepción demasiado limitada» de la economía política. ^[128] Según él, el intercambio no puede ser una «ley fundamental de la distribución del producto». ^[129] Sostiene la «justa distinción entre leyes de la producción de la riqueza, que son leyes efectivas de naturaleza dependiente de la propiedad de los objetos, y los criterios de su distribución que, sometidos a condiciones determinadas, dependen de la voluntad humana». ^[130] Así, pues, no se da cuenta del carácter cultural del propio concepto de naturaleza y de que las mismas leyes de la producción son leyes sociales. No acepta que las rentas estén ligadas a las condiciones de la producción. Y no comprende que, si se interviene en la distribución, se interfiere también en la producción. ^[131]

Tras el rechazo de la economía política como «ciencia de los intercambios» está la idea de la economía como «ciencia de la distribución», ^[132] donde domina el afán de un planteamiento de carácter holístico. Esto revela toda la distancia que existe entre el utilitarismo en «sentido estricto» y

el utilitarismo en «sentido lato». El primero se propone cubrir el territorio de los distintos actos. Como ya escribiera Dugald Stewart, «la frecuente apelación a la utilidad como medida de la acción tiende a introducir incertidumbre respecto a la conducta de los hombres»,^[133] ya que una acción a la que se le atribuye una utilidad menor es sostenida continuamente por otras a las que se atribuye mayor ventaja. Y esto mina el propio proceso de interacción, que resulta imprevisible.^[134] La utilidad de los actos permite «excepciones a las reglas más importantes»; sanciona demasiado benévolamente, cuando el fin tiene cierto atractivo, el «recurso a medios de dudosa aceptabilidad»; y «permite una latitud demasiado extensa a la discreción y a la intervención de los poderes políticos»,^[135] que ascienden al rango de variable independiente del sistema social.

El segundo tipo de utilitarismo es el de las reglas, defendido sobre todo por los moralistas escoceses. Éstos, basándose en particular en los límites del conocimiento humano, demostraron que sería peligrosamente presuntuoso pensar en las reglas de la convivencia como en un producto intencionado del hombre. Las reglas de moralidad y justicia «no son decretadas divinamente, no son parte integrante de la naturaleza humana originaria, no son reveladas por la razón pura».^[136] Son resultado de la misma interacción social y «el único banco de prueba del tiempo es la utilidad que toda regla moral puede mostrar en la promoción del bienestar humano».^[137] Empleando una expresión de Sir Frederick Pollock, se puede decir que, en el campo de las reglas sociales, los moralistas escoceses (y Manderville) fueron «darwinianos antes de Darwin».^[138] Pero este es exactamente el territorio en el que Mill, dado su psicologismo, no entró. Si las reglas de la convivencia son producto de la mente humana, todo se reduce a mera psicología. Si son resultado del proceso social, a lo que hay que mirar es a ese proceso. Y las condiciones que lo hacen posible (normas e instituciones), y que son sobre todo un resultado no intencionado de las acciones a través del cual cada uno trata de realizar sus propios proyectos, se convierten en el objeto de las ciencias sociales.^[139]

Fijándose en la posición de Mill, Schumpeter observa la falta de homogeneidad política en ese grupo de estudiosos conocidos como «economistas clásicos».^[140] Y, sin embargo, se puede decir al respecto algo más: porque la falta de homogeneidad es ante todo metodológica. El hecho es que en el ámbito de ese grupo se pueden distinguir dos paradigmas: uno perfectamente utilitarista y otro utilitarista en «sentido lato» o evolucionista.

Y lo mismo puede hacerse con referencia a aquellos estudiosos conocidos como «economistas neoclásicos». O sea: hay un vínculo metodológico que mantiene unidos a los representantes del radicalismo metodológico, a los defensores del equilibrio económico general y sus epígonos; y hay un vínculo que une a los moralistas escoceses y a la Escuela austriaca de economía.^[141]

6. Observaciones finales

En su introducción a sus «reglas del método», Émile Durkheim escribe que John St. Mill «se ocupó ampliamente de la cuestión, pero no hizo otra cosa que pasar por la criba de su dialéctica lo que ya había dicho Comte al respecto, sin añadir nada realmente personal».^[142] Durkheim dice más. Reprocha a Mill el que admita que «una consecuencia» puede no resultar siempre «del mismo antecedente» y que puede «derivar bien de una causa o bien de otra».^[143] Y concluye: «Esta concepción del vínculo causal, quitándole toda determinación, lo hace casi totalmente inaccesible al análisis científico, porque introduce tal complicación en el conjunto de causas y efectos que el espíritu se pierde para siempre.»^[144]

La realidad es muy distinta de lo que Durkheim sostiene. Ante todo, Mill tiene el mérito de haber anticipado el modelo de explicación nomológico-deductiva. Afirma en su *System of Logic*: «Se dice que un hecho individual se explica cuando se indica su causa; es decir, cuando se enuncian la ley o las leyes de causación de las que el hecho en cuestión constituye una ejemplificación. Así, una conflagración se explica cuando se demuestra que tuvo origen en la caída de una chispa en un montón de combustible.»^[145]

Es sabido que este modelo se encuentra en Carl Menger.^[146] Y también es sabido que tuvo su reconocida formulación en la *Logik der Forschung* de Popper, donde el autor, entre otras cosas, sostiene: «Dar una *explicación causal* de un suceso significa deducir un enunciado que lo describe, empleando como premisa de la deducción una o más *leyes universales*, junto con algunos enunciados singulares de las *condiciones iniciales*.»^[147]

No sólo esto. El hecho de que Mill evidenciara que no siempre una «consecuencia» puede resultar «del mismo antecedente» debe adscribirse también a su mérito y al de su actuación hacia la complejidad de los

fenómenos, de la que siempre tenemos un conocimiento parcial. Por lo demás, el propio Durkheim, en su estudio del suicidio, empleó un análisis multivariante.^[148] Y hoy tenemos plena consciencia de que la complejidad nos apremia con frecuencia a recurrir a «explicaciones de principio».^[149]

Aclarado todo esto, conviene decir que Mill habría podido evitar dar su aval a las ilaciones inductivas de sucesión y coexistencia, que valen «en todas aquellas cosas que entran en los límites de nuestra observación, pero que no [...] son de naturaleza tal que nos proporcione la más mínima seguridad de que [...] valen dentro de estos límites».^[150] Una vez aceptado el método hipotético-deductivo, se desvanece el espacio de tales ilaciones. Al respecto escribe Popper: «No creo que hagamos nunca generalizaciones inductivas en el sentido de partir de las observaciones tratando de derivar de ellas nuestras teorías. Creo que la idea preconcebida según la cual obramos de este modo es una especie de *ilusión óptica* y que no existe fase de desarrollo científico en la que no empecemos por algo parecido a una teoría que podría ser una hipótesis, o un prejuicio, o un problema [...] que de algún modo guíe nuestras observaciones y nos ayude a elegir entre los innumerables objetos de observación que puedan interesarnos.»^[151]

Más aún. Bajo la evidente influencia comtiana, Mill llega a afirmar: «El carácter progresivo propio de la raza humana es el fundamento sobre el que se ha edificado, en estos últimos años, el método de filosofar en las ciencias sociales; método con mucho superior tanto a uno como a otro de los dos modos anteriormente en boga: el método químico o experimental y el método geométrico. Este método, que ahora adoptan generalmente los pensadores más ilustrados del continente, consiste en tratar de descubrir, mediante un estudio de los hechos generales de la historia, lo que los filósofos en cuestión llaman leyes del progreso.»^[152] Mill dice también: «Según estos filósofos, esta ley, una vez verificada, debe permitirnos predecir los acontecimientos futuros cabalmente como, dados algunos términos de una serie algebraica infinita, podemos captar el principio de regularidad en la formación de las series y predecir su remanente para un número cualquiera de términos, a nuestro agrado.»^[153]

Hay aquí una proyección historicista. Las «leyes del progreso» de que habla Mill, como no precisan las condiciones que hacen posible o imposible un determinado evento, no son leyes científicas condicionadas, sino más bien profecías historicistas incondicionadas.^[154] No es casual que Mill identifique

su ley del progreso con la «tendencia a la mejora». Él afirma: «Creo que la tendencia general es una tendencia a la mejora y que tal seguirá siéndolo salvo excepciones ocasionales y temporales; es decir, que es una tendencia a un estado de mayor bienestar y de mayor felicidad. Pero ésta no es una cuestión de método de la ciencia social, sino un teorema de la misma.»^[155] Y esto confirma exactamente que la tendencia no es una ley, porque no identifica las condiciones que hacen posible o imposible el acontecimiento o los acontecimientos de que se trate.^[156]

Queda por último señalar la ambición con que Mill concluye el prólogo a la primera edición de su *System of Logic*: «El último libro [el dedicado a las ciencias morales y sociales] es un intento de aportar una contribución a la solución de una cuestión [...]: es decir, la cuestión de si los fenómenos morales y sociales constituyen realmente una excepción a la certeza general y a la uniformidad general del curso de la naturaleza, y hasta qué punto los métodos por medio de los cuales tantas leyes del mundo físico se han colocado entre las verdades irrevocablemente adquiridas y universalmente admitidas, pueden emplearse como instrumentos para la formación de un cuerpo análogo de doctrinas en la ciencia moral y política.»^[157] Esta ambición, de la que la «ley del progreso» es manifestación y de la que cuanto el autor dice a propósito de «libertad y necesidad» es un intento de «debilitar» las propias premisas, desaparece cuando, en una época posterior, en *On Liberty*, Mill llega a escribir: «Los hombres no son infalibles; sus verdades son en su mayor parte medias verdades; la unanimidad, a no ser que sea resultado de la más completa y libre confrontación de opiniones opuestas, no es deseable, y la diversidad no será un mal sino un bien.»^[158] Sostener esto significa reconocer la necesidad del *proceso social* como instrumento de crecimiento del conocimiento. Exactamente lo que Mandeville y los moralistas escoceses habían hecho. Pero aquí, como hemos subrayado repetidas veces, estamos lejos de las «leyes de la mente».^[159] Estamos en el territorio de una «tradición investigadora» distinta.

4. *Tocqueville: problemas gnoseológicos y democracia liberal**

El reconocimiento abstracto de la soberanía popular no incrementa en nada la libertad de los individuos. Si atribuimos a la soberanía una extensión que no debe tener, la libertad puede perderse a pesar de ese principio o incluso en razón del mismo.

BENJAMIN CONSTANT

La vida de cada uno de nosotros se desenvuelve dentro de aquel *habitat* político que conocemos con el nombre de «democracia». Es un marco institucional que, aunque complejo, damos a menudo por descontado y sobre el que sólo nos detenemos a reflexionar cuando no se cumplen las expectativas que despierta en una medida que consideramos insoportable. Es el momento en que, en el intento de descubrir los motivos que han producido las «decepciones» o los «fracasos» que lamentamos, tratamos de someter a análisis los presupuestos, el significado, las ventajas y los inconvenientes del sistema democrático. Así es como la democracia se convierte en problema.

1. *La herencia de la Revolución Francesa y la «vocación» de Tocqueville*

Cuando nos encontramos en una tal situación, es decir cuando «tropezamos» con el problema de la democracia, podemos encontrar ayuda en numerosas obras. Entre los autores que pueden proporcionarnos un auténtico alimento, ocupa un lugar destacado Alexis de Tocqueville. Lo cual no es fortuito. Como manifiesta en una carta a Henry Reeve, él había «venido al mundo al

término de una larga Revolución que, tras haber destruido el Estado antiguo, no [... había] creado nada duradero».^[1] Es evidente que Tocqueville, representante de la primera generación que siguió a la Revolución francesa, recibió del pasado una herencia inquietante: rica en interrogantes y pobre en respuestas. Él la acepta, hace del empeño en responder a esos interrogantes la «vocación» de su propia vida.

Lleva, pues, razón Ortega y Gasset cuando, con su característica agudeza, observa que Tocqueville «era incapaz de escribir por escribir».^[2] Y subraya que «sus dos únicos libros se ocupan de un mismo tema, tomado primero por un lado y luego por su contrario».^[3] Como si dijéramos que el tema exclusivo de las meditaciones de Tocqueville es el de la democracia. Es el propio Tocqueville quien lo confirma cuando dice que «la institución y la organización de la democracia en el mundo cristiano es el mayor problema político de nuestro tiempo».^[4] Y lo es porque puede ser la base tanto de la libertad como del despotismo.^[5] La democracia es, pues, una auténtica «encrucijada» que puede conducir en direcciones opuestas. Tal es el drama político con el que se enfrenta Tocqueville y que coincide con un drama personal, por la opción que él toma a favor de la libertad.^[6]

Conviene precisar que Tocqueville es plenamente consciente de que el proceso democrático es imparable, sobre lo cual se expresa en los siguientes términos: «El gradual desarrollo de la igualdad [...] es universal, duradero, se sustrae a diario al poder del hombre; todos los acontecimientos, lo mismo que todos los hombres, favorecen su desarrollo. ¿Sería, pues, razonable que los esfuerzos de una generación detuvieran un movimiento social que tiene orígenes tan lejanos? ¿Hay acaso alguien que pueda pensar que la democracia, después de liquidar al feudalismo y de vencer a los reyes, retrocederá ante los burgueses y los ricos? ¿Es posible que se detenga precisamente ahora que se ha hecho tan fuerte y sus adversario tan débiles?»^[7]

Tocqueville comprende también que el desarrollo de la igualdad no es sólo un proceso imparable, sino también un mecanismo capaz de movilizar las más amplias energías: «Por doquier se ha visto cómo los diversos acontecimientos de la vida de los pueblos contribuirán al destino de la democracia. Todos la han ayudado con sus esfuerzos, los que se proponían contribuir a su éxito y los que en absoluto pensaban servirla, los que combatieron por ella y los que se declararon enemigos suyos: *todos se*

agolparon en el mismo cauce y trabajaron juntos, unos a su pesar, otros sin que se dieran cuenta.»^[8]

Así, pues, Tocqueville, en un momento particularmente difícil de su vida y de su país, repite que la alternativa es entre una articulación «liberal» y una articulación «opresiva» de la democracia.^[9] Lo cual suscita un «terrible problema, cuya solución no afecta sólo a Francia, sino a todo el mundo civilizado».^[10] Y aquí Tocqueville explica: «Si nos salvamos, salvaremos al mismo tiempo a todos los pueblos que nos rodean. Si nos perdemos, arrastraremos a todos a la ruina junto con nosotros. Según que tengamos la libertad democrática o la tiranía democrática, el destino del mundo será distinto.»^[11]

El objetivo es, pues, librarse de la «tiranía democrática». Francia había experimentado esta situación, a la que parecía estar fatalmente condenada. En su lugar había que construir una democracia liberal. Por eso, como oportunamente ha puesto de relieve Ortega y Gasset, «antes que todo y sobre todo —sobre el subsuelo de fe cristiana heredada— Tocqueville fue liberal. Lo fue en forma más consciente y depurada que solían serlo sus contemporáneos. Creía que si la historia en cuanto acontecimiento intrahumano tiene un destino y si la evolución de las sociedades tiene una meta, esta meta y aquel destino sólo pueden consistir en establecer una armazón de instituciones políticas y de usos cotidianos que hagan posibles existencias libres.»^[12]

2. Tocqueville contra la Restauración

La percepción del imparable avance de la democracia permitía a Tocqueville comprender además en qué medida la Restauración fue un fenómeno «artificial».^[13] En una carta de agosto de 1829 a su hermano Eduard, refiriéndose al gabinete Polignac, afirma Tocqueville: «¿Cómo podrá mantenerse? Sólo Dios puede saberlo. O, más bien, sabe ya aquello de lo que nosotros no hacemos más que dudar: que no se mantendrá en modo alguno. Parece que el gobierno quiere inicialmente estar de acuerdo con la Cámara actual, pero es poco probable que pueda encontrar un punto en que apoyarse. Convocar otra Cámara sólo significaría, si la ley electoral sigue siendo la misma, excluir todas las probabilidades de ganar. Cambiar esta ley, con la Cámara actual, no es ni siquiera imaginable. He aquí, pues, al nuevo gobierno

lanzado al sistema de los golpes de Estado, de legislar mediante órdenes: de donde el desafío lanzado entre el poder real y el poder popular, una lucha entablada en campo cerrado, una partida en la que, a mi entender, el poder popular sólo se juega su presente, la autoridad real su presente y su futuro. Si este gobierno cae, la monarquía tendrá que soportar sus consecuencias, porque ese gobierno no es más que una emanación directa de la misma [...]. ¡Quiera Dios que la casa de los Borbones no tenga que arrepentirse un día de lo que hoy ha hecho!»^[14]

El 6 de mayo de 1830, escribe también a su hermano Eduard: «consideremos fríamente el callejón sin salida en que se metería el Rey si decidiera obrar fuera de la ley. ¿Dónde podría encontrar apoyo? No, desde luego, en la opinión pública: no habría nadie dispuesto a aprobar su comportamiento, sino que más bien con ello reuniría a casi toda la nación en una actitud de condena. ¿En los tribunales? Pero el día en que el Rey reinara por medio de ordenanzas, los tribunales se negarían a aplicarlas [...]. Sería entonces necesario reinar mediante comisiones, avanzar cada vez más por la vía de la ilegalidad por medio de la fuerza militar, mantener continuamente a los soldados en pie de guerra [...]. Nadie en Francia quiere que se gobierne mediante ordenanzas: hay que tener esto muy en cuenta, pues a nadie beneficia. Los cuerpos judiciales perderían con ello su importancia, los Pares su rango, la mayor parte de los hombres de talento sus esperanzas, las clases inferiores sus garantías, la mayoría de los oficiales sus ocasiones de promoción.»^[15]

Era una visión certera. Carlos X y Polignac son barridos por la «monarquía de julio». Y Tocqueville, a diferencia de sus familiares y de muchos de sus amigos, jura fidelidad a Luis Felipe. En una carta a Charles Stoffels, explica así su juramento: «Al obrar de este modo, he considerado que cumplía con mi estricto deber de francés. En el Estado en que nos encontramos, si Luis Felipe fuera derrocado, ello no redundaría ciertamente en favor de Enrique V, sino [...] de la anarquía. Quienes aman a su país deben, pues, unirse francamente al nuevo Rey, ya que sólo Él puede salvar a Francia de sí misma. Yo desprecio al nuevo soberano y pienso que su derecho al trono es más que dudoso; sin embargo, le apoyaré con mayor firmeza, creo, que quienes le han preparado el camino de la conquista del poder y que no tardarán en aparecer como sus amos y sus enemigos. He tomado mi decisión con absoluta tranquilidad de conciencia, porque tengo la convicción de que no obtendré con ello ninguna ventaja.»^[16]

Así, pues, Tocqueville despreciaba a Luis Felipe y pensaba también que su derecho al trono era dudoso. Temía también que una recuperación del poder por parte de los legitimistas podría expulsarle de la magistratura en la que por entonces prestaba servicio. Escribe: «El movimiento de reacción que ya se está manifestando me echará o me pondrá en tales condiciones que el disgusto me obligará a dimitir.»^[17] A pesar de todo, no se adhiere a la postura de quienes pensaban que Francia podía volver atrás. Si Luis Felipe no es la solución, menos aún lo será una restauración legitimista.

¿Qué hacer? Tocqueville confía a su amigo Beaumont que «es preciso estudiar la historia de los hombres y sobre todo la de aquellos que nos han precedido más inmediatamente en este mundo».^[18] Afirma que conoce los acontecimientos, pero admite que no sabe «qué es lo que los ha provocado, los recursos que los hombres han proporcionado a quienes los han gobernado desde hace doscientos años, el estado en que las revoluciones encontraron a los pueblos de entonces, y en el que los dejaron, su clasificación, sus costumbres, sus instintos, sus recursos actuales, la división y la disposición de estos recursos».^[19] Y llega luego al punto decisivo: «Existe una ciencia que en otro tiempo desprecié y que ahora reconozco no sólo que es útil sino absolutamente esencial: la geografía. No el conocimiento del meridiano exacto de una determinada ciudad, sino el conocimiento de todo lo que se refiere a lo que hace poco mencionaba [...]. Admito que no es esta la geografía que se aprende en la escuela, pero imagino que es la única que podemos comprender y recordar.»^[20]

La geografía a que se refiere Tocqueville es el instrumento con el que podemos contemplar el horizonte histórico del propio tiempo. En este horizonte, los Estados Unidos son el país en que el problema de la democracia se ha planteado con más fuerza y donde se le ha dado la respuesta más adecuada. Y Tocqueville dice: «Hace mucho tiempo que tengo un gran deseo de visitar América del Norte: iré, pues, para ver de cerca cómo funciona una gran república. ¡Lo único que temo es que mientras tanto se forme una en Francia!»^[21]

3. La lección de Constant y Guizot

Tocqueville va a los Estados Unidos con una penetrante dotación teórica. Los excesos y crímenes de la Revolución francesa y del régimen napoleónico

habían evidenciado que, para resolver el problema de la democracia, no basta sustituir el principio de la soberanía monarcoaristocrática por el de la soberanía popular. Benjamin Constant había proyectado una poderosa luz sobre el hecho de que, sin una adecuada limitación del poder, no es posible la libertad. En sus *Principes de Politique*, Constant había escrito que «el reconocimiento abstracto de la soberanía popular no incrementa en nada la libertad de los individuos».^[22] En efecto, «si atribuimos a la soberanía una extensión que no debe tener, la libertad puede perderse *a pesar de ese principio o incluso en razón del mismo*».^[23]

Constant también había precisado: «Cuando se establece que la soberanía de ciertos individuos es ilimitada, se crea y se echa a la ventura, dentro de la sociedad humana, un coeficiente de poder que es en sí mismo demasiado elevado y que está destinado a ser un mal, sean cuales fueren las manos en que se encuentre. Confiarlo a un hombre, a diversos hombres o a todos es igualmente malo. Acaso se piense que ello se debe a la imperfección de quienes detentan ese poder, y, según las circunstancias, se acusará a la monarquía, a la aristocracia, a la democracia, a los gobiernos mixtos o a los sistemas representativos. Y será un error, pues no hay que denunciar a quienes ejercen el poder sino su extensión.»^[24]

El diagnóstico de Constant iba aún más lejos al añadir: «El error de quienes, de buena fe y por amor a la libertad, han otorgado un poder ilimitado a la soberanía popular deriva del modo en que se han formado sus ideas políticas [...] su cólera se ha dirigido contra los ejecutores del poder más bien que contra el poder mismo. En lugar de destruir este último, han pensado sustituir a sus poseedores. Ha sido una lástima, pues en ello han visto una conquista. Han entregado el poder a la sociedad en su conjunto. Y de la sociedad en general ha pasado necesariamente a la mayoría, y de la mayoría a las manos de unos pocos y a menudo de uno solo. Y de este modo se han producido los mismos males que antes.»^[25]

Basándose en esto, Constant pudo refutar fácilmente la posición de Rousseau, considerándola el apoyo más formidable a todo tipo de «despotismo».^[26] En el contrato rusioniano cada uno adquiere sobre los demás los mismos derechos que él cede en favor de los otros. De este modo obtiene el equivalente de lo que pierde y consigue además una fuerza mayor para preservar lo que le queda. Pero Rousseau olvidaba que «en el momento en que la soberanía tiene que hacer uso del poder que posee o, en otras

palabras, apenas es preciso proceder a la organización práctica del poder [...], la acción iniciada en nombre de todos es necesariamente, nos guste o no, la acción de un determinado individuo o de unos pocos, y sucede que, al someterse a todos [...], cada uno se somete a quienes actúan en nombre de todos.»^[27]

Asustado por el inmenso poder social que había creado, el propio Rousseau no sabía en qué manos poner «tan monstruosa fuerza» ni pudo encontrar otra cosa que un expediente que hacía «imposible» el ejercicio de la soberanía.^[28] Por eso afirmaba que la propia soberanía no puede ser «enajenada, delegada o representada».^[29] Que es como decir que «no puede ejercerse», es decir se destruye el «principio que apenas había sido proclamado».^[30]

Constant también había explicado que «la generalidad de los ciudadanos es soberana, en el sentido de que ningún individuo, ninguna facción, ninguna asociación parcial puede, sin haber recibido la oportuna delegación, pretender la soberanía. De lo que no se deriva que la generalidad de los ciudadanos, o quienes han sido investidos de la delegación, puedan disponer soberanamente de la existencia de los individuos. Por el contrario, hay una parte de la existencia humana que por necesidad permanece como individual e independiente y que por derecho está fuera de toda competencia social.»^[31]

En la concepción de Constant, la soberanía debería tener sólo una «limitada y relativa existencia», porque en el punto en que «comienza la autonomía individual, acaba la jurisdicción de la soberanía».^[32] Tampoco el consenso de la mayoría puede legitimar la violación de esos límites. La soberanía tiene que ser limitada. Tal es, precisa Constant, el «eterno principio que debemos afirmar».^[33]

Todo lo anterior coloca a Constant dentro del restringido círculo de quienes han contribuido a destruir el mito del Gran Legislador. Veamos por qué.

A. La libertad nace de la limitación del poder político. Aun cuando los titulares de las funciones autoritarias se proponen como objetivo hacer que la vida de los ciudadanos sea libre, el poder ilimitado que se les ha otorgado no permite alcanzar esa finalidad, ya que los conocimientos de cada uno son parciales. Y a conocimientos limitados debe corresponder un poder también limitado. Comentando la obra de Filangieri, Constant afirma que este escritor italiano cae en el imperdonable error de considerar al legislador «como un ser

aparte, por encima del resto de los hombres, necesariamente mejor y más iluminado que los demás». ^[34] Así es como Filangieri, «entusiasmándose con un fantasma creado por su imaginación», le atribuye una autoridad que sólo raramente piensa limitar. ^[35] En efecto, según Filangieri, puede aceptarse que la ley procede «del cielo, pura e infalible, sin necesidad de recurrir a intermediarios, cuyos errores la falsean, cuyos cálculos personales la desfiguran, cuyos vicios la surcan y la hacen perversa [...] la ley es obra de los hombres [... y] la obra no merece más confianza que sus actores [...] una terminología abstracta y oscura ha confundido a los publicistas. Podría decirse que han sido engañados por los verbos impersonales [...]. Es necesario, se debe, no se debe, ¿acaso no se refieren a hombres? Se llega al punto de creer casi que se trata de una especie distinta». ^[36]

Son los individuos los que actúan. Y el hecho de que gocen de una legitimación política no significa que desaparezca su ignorancia y su falibilidad y, con ellas, la necesidad de poner límites precisos a su poder. Sean cuales fueren las manos en las que éste se encuentre, una ilimitada extensión del mismo produce, inevitablemente, consecuencias desastrosas para la libertad.

B. De ahí que no podamos detenernos en las intenciones de los actores. Estas intenciones, por más rectas que puedan ser, no garantizan por sí mismas resultado alguno. Es decir, hay que valorar las consecuencias de las acciones. El principio de soberanía popular puede incluso ser el instrumento para conculcar la libertad. Resulta por tanto importante el modo en que se organiza ese principio.

C. Utilizando una fórmula sobre la que ha insistido Popper y que está ampliamente presente en la tradición liberal, se podría decir que el viejo interrogante sobre «quién debe mandar» debe ser sustituido por la pregunta: «¿Cómo podemos organizar las instituciones políticas para impedir que malos o incompetentes gobernantes hagan demasiado mal?» ^[37]

Los tres puntos señalados sitúan a Constant dentro de aquella metodología que ya observamos en Mandeville y en los moralistas escoceses, que en años más próximos a nosotros ha tomado el nombre de «individualismo metodológico». ^[38] Por lo demás, como es sabido, Constant vivió en Edimburgo, donde tomó parte activa en la vida de varias asociaciones literarias y culturales y en particular estuvo en contacto con James Mackintosh. Una relación que, recuperada posteriormente, se

prolongará durante toda su vida.^[39]

No menos importante fue la lección que Tocqueville recibió de Guizot, de quien había sido alumno en la Sorbona.^[40] La metodología adoptada por Guizot no era diferente de la de Constant. Guizot no pensaba que la civilización fuera producto de las intenciones o del diseño humanos. Según él, el régimen de libertad instaurado en Europa era el resultado de una singular constelación de acontecimientos. Escribe Guizot: «Allí donde, en las demás civilizaciones, el dominio exclusivo, o al menos la preponderancia excesiva de un solo principio, de una sola forma, fue causa de tiranía, en la Europa moderna la diversidad de los elementos del orden social, la imposibilidad en que han estado de excluirse entre sí, han generado la libertad que hoy reina. Al no poderse exterminar unos a otros, los principios tuvieron por necesidad que convivir, haciendo entre ellos una especie de transacción. Cada uno ha permitido tener tan sólo la posición de desarrollo que podía corresponderle y, mientras que en otras partes el predominio de un principio producía la tiranía, en Europa la libertad fue producto de la variedad de los elementos de la civilización y del estado de lucha en que han vivido constantemente.»^[41]

Dicho sin rodeos, Guizot sostenía que la libertad europea debía atribuirse a la circunstancia de que la «idea del imperio» y la «Iglesia cristiana» habían constituido un límite recíproco: un resultado evidentemente ajeno a las intenciones de los actores.

Guizot comprendió también la importancia de la interacción humana en el desarrollo de la civilización. Afirma: «si las facultades y la existencia de los individuos se desenvuelven y se agotan aisladamente, sin actuar unos sobre otros, sin dejar huella», las «generaciones sucesivas dejan a la sociedad en el mismo punto en que la recibieron.»^[42] Y, sin embargo, «cuando se pronuncia la palabra *civilización*», se piensa inmediatamente en «relaciones sociales que se amplían, que se hacen más activas».^[43] Lo cual «subsiste bajo dos condiciones y se manifiesta a través de dos síntomas: el desarrollo de la actividad social y el de la actividad individual, el progreso de la sociedad y el progreso de la humanidad».

Por lo tanto, la limitación del poder crea el *habitat* de la libertad. Y ésta amplía los horizontes de cada uno, nutre la civilización. De donde también la hostilidad de Guizot a las rupturas revolucionarias. Es cierto: «amaba el 1789», que percibía como «la gran fecha de la emancipación social de su

clase», pero «odiaba la interminable sucesión de desórdenes políticos a los que aquel famoso año había abierto el camino».^[44] Tanto es así que, en las jornadas de julio de 1830, se mantuvo aparte y orientó su entrada en escena hacia una política lo más respetuosa posible del pasado. Sabía muy bien que el extremismo revolucionario no puede generar libertad.^[45]

Tales son las enseñanzas que Tocqueville recibió de Guizot. Elementos extraordinariamente fecundos, que el propio Guizot no siempre supo tener en cuenta en su actividad política. Pero su obra teórica, como subraya Ortega y Gasset, viene del «profundo pasado de Europa», donde «ha sabido sumergirse».^[46] El pensador español llega a decir que es «increíble que en los primeros años del siglo XIX, tiempo retórico y de gran confusión, se haya compuesto un libro como la *Histoire de la Civilisation en Europe*».^[47]

Ortega amplió su juicio a todo el grupo, el de los llamados «doctrinarios», cuya influencia enriqueció a Tocqueville y al que Guizot pertenecía. El propio Ortega añadía: «quiero tener el valor de afirmar que este grupo [...], de quienes todo el mundo se ha reído y ha hecho mofas escurridas, es, a mi juicio, lo más valioso que ha habido en la política del continente durante el siglo XIX. Fueron los únicos que vieron claramente lo que había que hacer en Europa después de la Gran Revolución, y fueron además hombres que crearon en sus personas un gesto digno y distante, en medio de la chabacanería y la frivolidad creciente de aquel siglo.»^[48] Y también: «Había llegado en ellos a convertirse en un instinto la impresión radical de que existir es resistir, hincar los talones en tierra para oponerse a la corriente [...]. Los doctrinarios son un caso excepcional de responsabilidad intelectual; es decir, de lo que más ha faltado a los intelectuales europeos desde 1750.»^[49]

Así, pues, Tocqueville partía para los Estados Unidos con un buen bagaje teórico.^[50] Si no hubiera sido así, *La Démocratie en Amérique* no habría sido una aguda obra de teoría sociológica y política.

4. *Contra la «tiranía de la mayoría»: el falibilismo gnoseológico*

Que Tocqueville va en búsqueda del *habitat* de la democracia liberal, es un motivo recurrente de sus apuntes de viaje, de su correspondencia y de sus escritos. Perfectamente consciente de la lección de Constant, Tocqueville

considera «impía y detestable» la máxima según la cual «en materia de gobierno la mayoría de un pueblo tiene derecho a hacerlo todo».^[51] Y escribe: «hay quienes han osado afirmar que un pueblo [...] no puede nunca, por definición, desbordar los límites de la justicia y de la razón, y por lo tanto no se debe temer dar todo el poder a la mayoría que le representa.»^[52] Pero esto, precisa Tocqueville, «es un lenguaje servil».^[53] Es el camino que conduce a la «tiranía de la mayoría».

¿Qué es lo que sucede en Estados Unidos? Tocqueville observa: «he notado que el pueblo muestra a menudo, en la conducta de los negocios, una gran mezcla de presunción y de ignorancia, de lo que he concluido que en América, como entre nosotros, los hombres están expuestos a las mismas imperfecciones y a las mismas miserias.»^[54] A pesar de todo, ¿hay algo distinto? «Las costumbres y las leyes de los americanos no son las únicas que pueden convenir a los pueblos democráticos; pero los americanos han demostrado que no hay que perder la esperanza de regular la democracia con la ayuda de las leyes y de las costumbres.»^[55]

Veremos más adelante que, con referencia específica a la democracia americana, Tocqueville atribuirá mayor importancia a las costumbres que a las leyes. Pero para llegar a esto conviene seguir su itinerario.

Tocqueville afirma: los anglo-americanos «no siempre están de acuerdo sobre los medios que hay que adoptar para gobernar bien y se diferencian en algunas formas que conviene dar al gobierno, pero están de acuerdo sobre los principios generales que deben regir las sociedades humanas. Desde el Maine a la Florida, desde el Missouri al Océano Atlántico, se cree que el origen de todos los poderes es el pueblo. Se tienen las mismas ideas sobre la libertad y la igualdad; se profesan las mismas ideas sobre la [función de la] prensa, sobre el derecho de asociación, sobre el jurado, sobre la responsabilidad de quienes ocupan posiciones de poder.»^[56]

La observación de Tocqueville es muy profunda. El acuerdo no puede referirse sino a los principios. En efecto, como el propio Tocqueville no deja de observar, sucede a menudo que los hombres que viven en los Estados Unidos son «todavía ingleses, franceses, alemanes, holandeses».^[57] El desacuerdo sobre los medios es frecuente, pero no afecta a los fines. Tocqueville explica luego lo que quiere decir: «Lo que más os sorprende al llegar a Estados Unidos es una especie de movimiento tumultuoso en el que se halla sumergida la sociedad política. Las leyes cambian continuamente y a

primera vista parece imposible que un pueblo, tan poco seguro en sus voluntades, no llegue pronto a sustituir la actual forma de su gobierno por una forma enteramente nueva. Estos temores carecen de fundamento. En lo que atañe a las instituciones políticas existen dos especies de inestabilidad que no hay que confundir: una se refiere a las leyes secundarias, y esta puede abundar en una sociedad muy sólida; la otra sacude continuamente las bases mismas de la constitución y ataca a los principios generales de las leyes: esta es siempre origen de desórdenes y revoluciones, y la nación que la sufre vive en una situación violenta y transitoria. La experiencia enseña que estas dos especies de inestabilidad no tienen entre sí un vínculo necesario, pues han estado unidas o separadas, según los tiempos y lugares. En Estados Unidos encontramos la primera, pero no la segunda. Los americanos cambian frecuentemente las leyes, pero respetan el fundamento de la constitución.»^[58]

Pues bien, como se desprende claramente de los apuntes de viaje,^[59] Tocqueville atribuye al segundo tipo de conflicto, el que afecta a las «bases mismas de la constitución», la responsabilidad de lo que estaba ocurriendo en Francia, país sometido a permanentes convulsiones sociales, precisamente a causa de la falta de un acuerdo generalizado sobre los «principios generales». De donde la consiguiente conclusión de que la sociedad, es decir la cooperación pacífica entre los ciudadanos, sólo es posible si existe ese acuerdo.

Con ayuda de Ortega y Gasset, podemos detenernos en esta cuestión. Manifiestamente influido por Tocqueville, el pensador español imagina el «cuerpo de las opiniones que alimentan la vida de un pueblo constituido por una serie de estratos. Divergencias de opinión en los estratos superficiales e intermedios producen disensiones benéficas, porque las luchas que provocan se mueven sobre la tierra firme de la concordia subsistente en los estratos más profundos. La discrepancia en lo somero no hace sino confirmar y consolidar el acuerdo en la base de la convivencia.»^[60]

Se comprende así por qué el propio Ortega critica duramente a Ferdinand Tönnies. Dice: «Mi idea principal en sociología es que sociedad no es, en verdad, ni *Gesellschaft*, ni *Gemeinschaft* en sentido de Tönnies. La distinción de éste me parece falsa y además pueril [...]. Tönnies presenta estas dos formas de convivencia o agrupación humana como coordinadas y además cree que son realidades sociales plenas, subsistentes. Ahora bien, yo pienso —y ello me parece evidente— que toda *Gesellschaft* en sentido de Tönnies,

por tanto toda agrupación que proviene de las voluntades deliberadas, es sólo una asociación particular que supone una *Gemeinschaft* dentro de la cual se produce. Si por *Gemeinschaft* se entiende un grupo social no originado en voluntaria asociación y al cual el individuo pertenece quiera o no [...], diría que *Gemeinschaft* es el fenómeno social básico, que es supuesto de todos los demás.»^[61]

Las observaciones de Ortega son totalmente pertinentes, si bien precisan de algunas puntualizaciones. Aunque es cierto que no puede haber sociedad alguna sin la base de un núcleo de creencias compartidas, ello no significa que las reglas fundamentales de una sociedad libre deban dictar específicos contenidos existenciales obligatorios, ya que en tal caso no existiría libertad individual de elección. No es casual que, crítico para con Esparta, Constant recuerde que, en aquella ciudad, Terprando no pudiera añadir una cuerda a su lira sin provocar la reacción de Éforos.^[62] Es decir, no había elección personal.

Las reglas que constituyen la base de una sociedad libre, en la que conviven sujetos portadores de concepciones filosóficas y religiosas diferentes, deben ser *vacías*, carentes de un contenido existencial específico; deben ser auténticos principios procedimentales, cuya función se resuelva en la fijación de los límites de las acciones, sin imponer a éstas un contenido obligatorio. La democracia americana se caracterizaba precisamente por esto, como lo demuestra palmariamente lo que sucedía en el campo religioso.

Tocqueville escribe: «En Europa el cristianismo ha estado íntimamente ligado a los poderes terrenales. Hoy estos poderes se derrumban, y él queda sepultado bajo sus ruinas. Es un vivo que han querido atar a los muertos.»^[63] Muy otra es la situación en Estados Unidos. Aquí hay una «completa separación» entre Estado e Iglesia.^[64] Esto significa que ningún credo religioso ocupa una posición privilegiada. Ninguna confesión puede valerse de la alianza con la política para imponer sus propios preceptos, ni el poder político puede justificar a través de la religión sus particulares imposiciones. Y así, sostiene Tocqueville, la «ley permite al pueblo americano hacerlo todo, la religión le impide concebirlo todo y le prohíbe atreverse a todo».^[65] Es decir, el derecho sólo prohíbe lo que invade la esfera de la autonomía de los demás y deja un amplio campo a la libertad individual y a la innovación; está por lo tanto formado por una constelación de normas vacías. La orientación moral y el contenido existencial vienen, en cambio, sugeridos por las distintas

confesiones religiosas. «No se puede, pues, decir que en Estados Unidos la religión ejerza una influencia directa sobre las leyes, ni sobre las opiniones políticas, sino más bien que la misma dirige las costumbres.»^[66]

La separación entre religión y política es un principio sobre el que todos están de acuerdo. «Aunque los anglo-americanos tengan muchas religiones, todos ellos tienen el mismo modo de considerar la religión.»^[67] Ésta, pues, no puede convertirse en instrumento de atropello. Las innumerables sectas conviven en la tolerancia recíproca.^[68] «No hay odio religioso.»^[69] Por otra parte, afirma también Tocqueville, quien en una situación de elección libre «sigue creyendo, no teme exponer su fe a todas las miradas. En quienes no comparten sus esperanzas ve personas infelices, pero no adversarios; sabe que puede conquistar su estima sin tener que seguir su ejemplo; no está, pues, en guerra con nadie y, al no considerar la sociedad en que vive como una palestra en la que la religión tiene que luchar sin tregua contra mil enemigos enfurecidos, ama a sus contemporáneos al mismo tiempo que condena sus debilidades y se duele de sus errores.»^[70]

Por lo que respecta a los sacerdotes americanos, éstos «se pronuncian a favor de la libertad civil».^[71] Y Tocqueville añade: «Los oí lanzar el anatema contra la ambición y la mala fe, al margen de las opiniones políticas en que tuvieran que ampararse. Pero aprendí, oyéndoles, que los hombres no pueden ser condenables a los ojos de Dios a causa de estas opiniones, cuando son sinceras, y que no es pecado equivocarse en materia de gobierno, como tampoco lo es equivocarse sobre la manera en que conviene edificar la propia casa o trazar el propio surco.»^[72]

Sin embargo, la separación entre costumbres y derecho, entre religión y política, una vida social inspirada en la tolerancia recíproca no son posibles sin algo más profundo. Tocqueville no lo duda. Y da perfectamente en el blanco cuando dice: «*Hasta hoy, nadie en los Estados Unidos ha osado proponer esta máxima: que todo está permitido en interés de la sociedad. Máxima impía, que parece haber sido inventada en un siglo de libertad para legitimar la llegada de los tiranos.*»^[73]

Como ya sabemos, Constant había puesto en guardia contra el mecanismo que implica esta máxima. Recordaba que las acciones son siempre ejecutadas por los individuos concretos. Y la consecuencia es que, si a un individuo se le permite representar a *la sociedad*, se le concede que encarne un «punto de vista privilegiado sobre el mundo», postura que está en

abierto contraste con la idea de igualdad. Con razón, pues, años más tarde, escribirá Tocqueville a Henry Reeve: «El gran peligro [...], tened la seguridad, es la destrucción o el debilitamiento *de las partes* del cuerpo social frente al *todo*. Lo que en nuestros días da fuerza a la idea del individuo es sano. Lo que da una existencia aparte a la especie y amplía la noción del género es peligroso. El espíritu de nuestros contemporáneos va espontáneamente en esta dirección. La doctrina de los realistas, introducida en el mundo político, impele a todos los abusos de la democracia; esa doctrina concilia el despotismo, la centralización, el desprecio de los derechos particulares, la doctrina de la necesidad, todas las instituciones y todas las doctrinas que permiten al cuerpo social pisotear a los hombres y que hacen que la nación lo sea todo y los ciudadanos nada.»^[74]

Tocqueville comprende que considerar la sociedad como algo separado y distinto de los individuos equivale a duplicar la realidad. Y comprende que la introducción del «punto de vista de la sociedad» conduce a la destrucción de la libertad individual. Por lo tanto, la democracia liberal debe ser la negación de todo esto. Hay que reconocer que un «pueblo o un individuo, por más iluminado que pueda estar, *no es infalible*».^[75] Más exactamente, los hombres son todos falibles y ninguno puede pretender ser el único conocedor y portador de los intereses del *todo*.

Así, pues, la falibilidad es lo que más nos une. Esto significa que en el estrato más profundo de los principios que hacen posible la democracia liberal se coloca el falibilismo gnoseológico.^[76] Por lo demás, Tocqueville se pregunta: «¿Dónde hallar la verdad absoluta?»^[77] Y no duda en aclarar: «La omnipotencia es en sí algo malo y peligroso. Su ejercicio me parece que está por encima de las fuerzas del hombre, sea el que fuere; y no veo que Dios pueda sin peligro ser omnipotente, porque su sabiduría y su justicia son siempre iguales a su poder. No hay, pues, sobre la tierra autoridad tan respetable en sí misma, o revestida de un derecho tan sagrado, que yo quisiera dejar sin control y que dominara sin obstáculos. Cuando veo que se concede el derecho y la facultad de hacerlo todo a cualquier poder, llámese pueblo o rey, democracia o aristocracia, ya se ejerza en una monarquía o en una república, yo afirmo que allí está el germen de la tiranía; y trato de irme a vivir bajo otras leyes.»^[78]

5. *La doctrina del interés «bien entendido» y la autonomía de la sociedad civil*

¿En qué se apoyan los principios de la democracia americana? Tocqueville piensa que el lazo que mantiene unida a la sociedad americana, y que por lo tanto alimenta los principios reguladores de la vida social, es el «interés».^[79] Es interés de todos y cada uno rechazar el absolutismo gnoseológico, basado en la presunción de «promulgar leyes eternas»:^[80] reconocer nuestra «naturaleza imperfecta» abre en efecto el camino al ejercicio de la «ilimitada facultad de perfeccionamiento» humano.^[81] Y es interés de todos y cada uno vivir en la tolerancia, pues de este modo se amplía el ámbito de la cooperación humana.

Dice Tocqueville: «Las conciencias y las ideas sólo se renuevan, el ánimo sólo crece y el espíritu sólo se desarrolla a través de la acción recíproca de los hombres, de unos sobre otros.»^[82] Los americanos son plenamente conscientes de esto. Piensan que «han descubierto que el hombre, sirviendo a sus propios semejantes, se sirve a sí mismo».^[83] Es esta una doctrina mucho «menos difundida en Europa».^[84]

Conviene seguir aquí más directamente una observación de Tocqueville. Escribe: «Osaré decir que la doctrina del interés bien entendido me parece, entre todas las teorías filosóficas, la más apropiada a las necesidades de los hombres de nuestro tiempo, y que veo en ella la garantía más sólida de que disponen contra sí mismos. A ella debe pues dirigirse principalmente el espíritu de los moralistas de nuestro tiempo. Y, aunque la juzgáramos imperfecta, habría que aceptarla igualmente como necesaria.»^[85]

La invitación de Tocqueville no era necesaria. Los moralistas escoceses ya habían fijado su atención en la doctrina del interés «bien entendido». Esta doctrina había tenido en Adam Smith su más insigne defensor. Como es sabido, su expresiva fórmula era: «No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de la que esperamos nuestro sustento, sino de la consideración de su interés personal.»^[86] De aquí se sigue que en nuestra vida existe una inestimable «partida doble»,^[87] activada por el interés de cada uno en conseguir sus propios fines. Estos no se persiguen en el vacío social. Cada uno tiene necesidad de la intervención del otro. Y por ello debe «servirle». De ahí que, para poder poner corrientemente en el activo de la propia «contabilidad» existencial lo que él desea realizar, el actor tiene que

someterse a las condiciones dictadas por el otro. Y éste, a su vez, puede poner como resultado la prestación del primero.

Todo esto nos permite comprender que, en el ámbito de la conducta, ninguno de nosotros tiene la posibilidad de realizar lo que sólo le beneficia a él mismo. Para conseguir nuestros fines, debemos «servir» a los demás; es así como obtenemos su cooperación. Si tuviéramos la posibilidad de elegir, la propia sociedad humana sería imposible.^[88] No sólo esto. Comprendemos además que la cooperación social no debe regirse necesariamente por acuerdos referentes a los fines. Puede basarse en la exclusiva negociación de los medios que recíprocamente nos prestamos.^[89] De este modo, los fines se dejan a la libre decisión del actor. No existe una jerarquía obligatoria de los mismos. Y este es el único modo de articular una sociedad libre.

Es, pues, perfectamente comprensible el énfasis que Tocqueville pone sobre la «doctrina del interés bien entendido». Esta doctrina era ajena a la cultura francesa.^[90] Pero no lo era a la cultura anglosajona y a las sociedades basadas en dicha cultura. Como es sabido, en la Advertencia a la segunda *Democratie*, Tocqueville dice que quiere ocuparse, en esa parte de su obra, de la «sociedad civil».^[91] Y es precisamente aquí donde analiza la «doctrina del interés bien entendido». Lo cual no es accidental, pues es esta doctrina la que muestra cómo la interacción social puede desarrollarse entre individuos portadores de distintas concepciones filosóficas y religiosas del mundo. De aquí la autonomía de la sociedad civil, la restricción de la esfera de la intervención de la política.

En una sociedad así orientada, no sorprende la destacada presencia de asociaciones libres. No es casual que no haya iniciativa para la que «los americanos no se unan».^[92] Sucede que, en un «pueblo aristocrático», los poderes están «en manos de un grupo muy restringido de personas», de tal modo que cada una de ellas puede obrar «por propia cuenta».^[93] Y en todo caso, como los «ciudadanos más importantes» se «reconocen a distancia», «si desean reunir sus fuerzas, unos buscan a otros, arrastrando consigo a las masas».^[94] En cambio, «en los países democráticos sucede que a menudo un gran número de individuos, que tienen necesidad de asociarse, no pueden hacerlo porque, al ser todos tan pequeños y estar dispersos en la multitud, no consiguen verse ni saben dónde encontrarse».^[95]

Surge entonces un problema de «dispersión del conocimiento» en el interior de la sociedad y una espera de coordinación.^[96] Hay que poner en

contacto a individuos entre sí desconocidos, pero que ya son potenciales co-operadores. «Aparece de pronto un periódico que ilustra a todos el sentimiento o la idea que, simultánea pero separadamente, se les había ocurrido a cada uno. Todos se dirigen inmediatamente hacia este faro, y estas almas errantes que se buscaban desde hacía tiempo en la oscuridad, finalmente se encuentran y se reúnen. El periódico las ha acercado.»^[97]

Por lo demás, aclara aún Tocqueville, «un periódico no puede mantenerse sino a condición de presentar una doctrina o un sentimiento común a un gran número de personas. Un periódico representa, pues, siempre una asociación, cuyos miembros son sus lectores habituales. Esta asociación puede ser más o menos definida, más o menos restringida, más o menos numerosa; pero existe, por lo menos en germen, en las mentes: sólo por eso el periódico no muere.»^[98]

Por eso Tocqueville llega a afirmar: «Lo que mejor me explica el extraordinario desarrollo en Estados Unidos de la prensa diaria es ver que entre los americanos la máxima libertad nacional se combina con libertades locales de todo tipo.»^[99] Esto significa que en una democracia el «número de periódicos disminuye o aumenta» en «proporción a la mayor o menor centralización administrativa».^[100] Pero un país que haya hecho suya la «doctrina del interés bien entendido» es un lugar en el que se reconoce la autonomía de la sociedad civil y se ponen las condiciones para convertir la política en el recurso extremo. Lo cual impide que se produzca el proceso de centralización administrativa.

Así es como los «americanos de todas las edades, condiciones y tendencias se asocian continuamente. No sólo poseen asociaciones comerciales e industriales de las que todos forman parte, sino que también las tienen de otras mil especies: religiosas, morales, graves, baladíes, generales y específicas, amplias y restringidas. Los americanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, construir hoteles, levantar iglesias, difundir libros, enviar misioneros a los antípodas; crean así hospitales, prisiones, escuelas. Por todas partes, donde a la cabeza de una nueva institución veis, en Francia, al gobierno [...], estad seguros de que en Estados Unidos veréis una asociación.»^[101]

La consecuencia es que la «confederación de todos los Estados americanos no presenta los normales inconvenientes de los grandes aglomerados humanos. La Unión es una gran república respecto a su

extensión; pero, en cierto sentido, se la podría parangonar a una república pequeña, a causa de las pocas materias de que se ocupa su gobierno. Sus actos son importantes pero raros. Puesto que la soberanía de la Unión es limitada e incompleta, el uso de esta soberanía no es en modo alguno peligrosa para la libertad. No suscita esos deseos desmedidos de poder y de gloria que no han faltado en las grandes repúblicas. Desde el momento en que no todo depende necesariamente de un centro común, no surgen [...] revoluciones imprevistas. Las pasiones políticas, en lugar de extenderse en un instante, como lenguas de fuego, sobre toda la superficie del país, van a romperse contra los intereses y las pasiones individuales de todo Estado» y de una infinidad de asociaciones.^[102]

Relegando el poder político al rango de recurso extremo, la doctrina del interés bien entendido acaba con el mito del Gran Legislador. La autonomía de la sociedad civil está garantizada, en principio y de hecho, por esta doctrina y por la densa trama de asociaciones que de este modo se generan. Da, pues, en el blanco Tocqueville cuando escribe que «las causas de la suavidad del gobierno [americano] hay que buscarlas en las circunstancias y en las costumbres, más bien que en las leyes».^[103]

6. La cuestión del individualismo

La autonomía de la sociedad civil nos defiende de la «tiranía de la mayoría». Y esto obedece a que dicha autonomía coloca al margen de la política un amplísimo territorio propio, sobre el que operan una miríada de «asociaciones intermedias», que nacen de la libre iniciativa de los ciudadanos. Todo esto defiende a su vez nuestra libertad de otra grave amenaza. Tocqueville la llama «individualismo», un fenómeno que él define así: «es un sentimiento ponderado y tranquilo, que impulsa a todo ciudadano a apartarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos: de suerte que, tras haberse creado una pequeña sociedad por cuenta propia, abandona de buena gana la gran sociedad a sí misma.»^[104] Tocqueville dice también: «veo una multitud innumerable de hombres semejantes e iguales que no hacen sino dar vueltas sobre sí mismos, para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que saciar su espíritu. Cada uno de estos hombres vive por su cuenta y es como ajeno al destino de todos los demás: los hijos y los amigos constituyen para él toda la raza humana; en cuanto al resto de los

ciudadanos, vive a su lado pero no los ve; los toca pero no los siente.»^[105]

Los jefes de esta «muchedumbre», precisa Tocqueville, «no serán tiranos sino tutores».^[106] Así es como los «gobiernos democráticos pueden hacerse violentos y crueles en ciertos momentos de gran agitación y de gran peligro; pero estas crisis serán raras y pasajeras».^[107] Más exactamente, Tocqueville piensa que la «especie de opresión que amenaza a los pueblos democráticos no se asemejará a ninguna de las que la han precedido en el mundo; nuestros contemporáneos no pueden encontrar ningún antecedente en sus recuerdos».^[108] Y aquí Tocqueville manifiesta: «Busco inútilmente yo mismo una expresión que traduzca exactamente la idea que tengo y que la contenga; las viejas palabras como “despotismo” y “tiranía” no son las más adecuadas. Se trata de algo nuevo.»^[109]

¿Qué es lo que caracteriza a esta situación? Tocqueville nos proporciona una descripción detallada: «Por encima [...] de los individuos] se yergue un poder inmenso y tutelar que se encarga de asegurar por sí solo el disfrute de los bienes y de velar por su suerte. Es absoluto, minucioso, sistemático, previsor y bondadoso. Se parecería a la autoridad paterna si, como ésta, tuviera el fin de preparar al hombre para la edad viril; pero lo cierto es que sólo busca detenerlo irrevocablemente en la infancia; está contento de que los ciudadanos se distraigan, con tal de que no piensen más que en distraerse. Trabaja de buena gana por su felicidad, pero quiere ser el único agente y el único árbitro; provee a su seguridad, prevé y garantiza sus necesidades, facilita sus placeres.»^[110] Y Tocqueville se pregunta: «¿Por qué no habría de liberarles totalmente de la molestia de pensar y de la fatiga de vivir?»^[111]

Pues bien, como hemos visto, Tocqueville hace referencia a momentos «violentos y crueles» de «gran agitación» y momentos anodinos de tranquilidad. Ambos se caracterizan por el «despotismo administrativo» y por el recurso a la soberanía popular como principio de legitimación política. En los momentos del primer tipo, aprovechando el hecho de que son muchas las personas «cansadas de la libertad» y que «quisieran por fin descansar lejos de sus tempestades», se llegaría a un «poder absoluto» que, dice Tocqueville, «tomaría una forma nueva y que se mostraría bajo aspectos desconocidos a nuestros padres».^[112] Porque, observa Tocqueville, «hubo, en Europa, un tiempo en el que tanto la ley como el consenso popular invistieron a los reyes de un poder casi ilimitado. Pero los reyes no se sirvieron de él casi nunca», por no hablar de las prerrogativas de la nobleza, de las autoridades de los

tribunales soberanos, del derecho de las corporaciones, de los privilegios de las provincias, que, amortiguando el impacto de la autoridad, mantenían en la nación «un espíritu de resistencia».^[113]

Aquí parece tomar cuerpo, con dramática fuerza anticipadora, el triste perfil del totalitarismo. No sólo esto: hay también momentos de un segundo tipo, aquellos en que los hombres no renuncian expresamente a la libertad, pero la confían, perpetrando así un engaño que a menudo es autoengaño, al «poder nacional».^[114] En este caso, tras «atrapar en sus poderosas manos a todo individuo particular y plasmarle a voluntad, extiende sus brazos sobre toda la sociedad; cubre su superficie con una red de pequeñas normas complicadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más originales y las mentes más enérgicas no pueden abrirse camino para superar la multitud; no quiebra la voluntad, la debilita, la pliega y la domina; raramente la obliga a la acción, pero también raramente se opone a que se actúe; no destruye, impide que se nazca; no tiraniza, pero obstaculiza, comprime, apaga, entonetece».^[115]

Tocqueville habla con absoluta claridad: «Toda medida que fundamente la asistencia pública sobre una base permanente y que le dé una forma administrativa crea [...] una clase ociosa y perezosa [...]. Y este es, si no un resultado inmediato, al menos su consecuencia inevitable [...]. Semejante ley es un germen envenenado, colocado en el seno de la legislación [...] y, si la generación actual se libra de su influencia, devorará el bienestar de las generaciones futuras.»^[116]

Así, pues, los resultados del primer tipo y los del segundo tipo tienen lugar cuando no hay autonomía de la sociedad civil, cuando la política se convierte en la variable crucial de la vida individual y colectiva y sustituye a los «cuerpos intermedios» generados por la libre interacción social.

Surge aquí la pregunta: ¿Por qué Tocqueville define como «individualismo» la situación caracterizada por la falta o escasa presencia de «asociaciones intermedias» libres?

Cuando Henry Reeve traduce al inglés *La démocratie en Amérique* se excusa ante el lector de haber empleado el término francés «individualisme». Y afirma que no conoce «ninguna palabra inglesa exactamente equivalente» a la idea que Tocqueville quería expresar.^[117] En efecto, con el término «individualisme», Tocqueville quiere referirse a una situación de «aislamiento», de ausencia de cooperación social libre.^[118] Sin embargo, al

recurrir a esa expresión, en cierto modo confunde a sus lectores. Por eso Albert Schatz, en su clásica obra sobre el individualismo, pone de manifiesto que Tocqueville emplea ese término en una «acepción especial y totalmente arbitraria».^[119] En esto se basa Ortega y Gasset para hablar, sin haber examinado suficientemente la cuestión, de un liberalismo no individualista:^[120] un equívoco absolutamente insostenible.

Como subraya el propio Schatz, lo que «se ve inmediatamente es lo que el individualismo no es. Lo que precisamente se cree de ordinario que es: un sistema de aislamiento de la vida y una apología del egoísmo».^[121] Por lo demás, cuando acepta la doctrina del «interés bien entendido», Tocqueville la pone como base de la autonomía de la sociedad civil, y con toda intención afirma que, «en los países democráticos, la ciencia de la asociación es la ciencia madre». Añade que «el progreso de todas las demás [ciencias] depende de los progresos de esta».^[122] Y llega a sostener que, «si el gobierno acabara sustituyendo por doquier a las asociaciones, también la moral y la inteligencia de un pueblo democrático correrían peligros no menores que el comercio y la industria».^[123]

Al aceptar todo esto, Tocqueville es plenamente *individualista*, en el sentido de que niega la existencia de toda fuente privilegiada del conocimiento y confía a un proceso social abierto a la contribución de todos, la búsqueda de las respuestas capaces de afrontar los infinitos problemas de la vida humana.^[124] Y siguiendo exactamente esta línea, Friedrich A. Hayek escribe incisivamente: «Si fuéramos omniscientes, si pudiéramos conocer no sólo todo lo que afecta a la consecución de nuestros deseos presentes, sino también lo concerniente a nuestras necesidades y deseos futuros, existirían pocos argumentos en favor de la libertad [...]. La libertad es esencial para dar cabida a lo imprevisible e impronosticable: la necesitamos, porque hemos aprendido a esperar de ella la oportunidad de llevar a cabo muchos de nuestros objetivos. Puesto que cada individuo conoce tan poco, y, en particular, dado que rara vez sabemos quién de nosotros conoce lo mejor, confiamos en los esfuerzos independientes y competitivos de muchos para hacer frente a las necesidades que nos salen al paso.»^[125]

El verdadero individualista es, pues, aquel que, reconociendo la propia insuficiencia, busca sistemáticamente la cooperación social. Lo cual es exactamente lo opuesto a lo que normalmente se entiende por tal. Por otra parte, durante su segundo viaje a Inglaterra, Tocqueville anotaba: «Me siento

inclinado a creer, si bien me fijo, que el individualismo es el elemento base del carácter inglés. La asociación es el medio que la necesidad y la cultura han sugerido para obtener objetos fuera del alcance de las fuerzas individuales.»^[126]

7. *Tocqueville y Stuart Mill*

Así entendido, el individualismo no tiene nada que ver con el racionalismo utilitario de Bentham y de su escuela. No es sólo la obra de Albert Schatz la que nos proporciona claras indicaciones en tal sentido. Leslie Stephen y Elie Halévy habían ya ofrecido elementos suficientes para comprender que la posición hiperracionalista de los utilitaristas es muy distinta de la evolucionista de Mandeville y de los moralistas escoceses.^[127] Y, en tiempos más cercanos a nosotros, Friedrich Hayek y Karl Popper han marcado con mayor energía los límites que separan las concepciones sociales de tipo utilitarista, que conciben las normas y las instituciones como un exclusivo producto intencionado de la acción humana, de las concepciones de tipo evolucionista, que insisten en cambio sobre el origen no intencionado de las principales normas e instituciones.^[128]

La obra de Tocqueville se enmarca en el ámbito de las concepciones evolucionistas. De donde las críticas a los fisiócratas, de los que dice: «En lo que constituye un obstáculo para sus planes, los economistas no tiene otra cosa que proponer que arramblar con todo. Es claro que no profesan el culto de los contratos, ni el de los derechos individuales; mejor dicho, a decir verdad, lo que cuenta y lo que existe a sus ojos no son los derechos individuales, sino la utilidad pública.»^[129]

En esta perspectiva podemos tratar de «leer» la relación que se estableció entre Tocqueville y John Stuart Mill. Este último era, entre otras cosas, defensor de la generalización del derecho de voto. Lo cual le indujo a acoger con entusiasmo la primera *Démocratie*.^[130] Mill no podía menos de compartir la idea, sostenida por Tocqueville, del carácter imparabile del proceso democrático. Sin embargo, los puntos de vista que uno y otro adoptaron eran muy distintos. También a este caso puede aplicarse el dicho de que a menudo *duo, si idem dicunt, non est idem*.

Como es sabido, tras la publicación de la primera parte de *La*

Démocratie in Amérique, Tocqueville realiza su segundo viaje a Inglaterra. Ambos se encuentran, y en la conversación con Tocqueville el 26 de mayo de 1835, Mill declara: «La mentalidad política inglesa ha consistido hasta ahora en permanecer lo más posible libre de hacer lo que se considera oportuno. El gusto de obligar a los otros a un cierto modo de vivir considerado más útil de lo que estos puedan creer es poco común en Inglaterra. Atacamos las instituciones municipales y provinciales actuales porque son instrumentos de la aristocracia; privando del poder a los adversarios, pensamos naturalmente ocupar su puesto en el gobierno, pues ninguna de las instituciones actuales está dispuesta a heredar ese poder. Pero si la democracia estuviera *organizada* en los municipios y en los condados de manera que pudiera gobernar, estoy convencido de que les concederíamos una gran autonomía frente al gobierno central.»^[131]

Oyendo a Mill (y a John Arthur Roebuck), Tocqueville llega a pensar que «una persona instruida, de buen sentido y bien intencionada puede hacerse radical en Inglaterra».^[132] Y opina que, por el contrario, las «tres cosas» no se «juntan» en el radical francés.^[133] Pero lo cierto es que lo que Mill muestra de sí a Tocqueville, es decir el hecho de compartir el ideal democrático, oculta un fondo «constructivista». Con toda intención, ya en la conversación que mantendrán el 29 de mayo, Tocqueville replica a Roebuck y a Mill —que opinaban que los *whigs* tenían que ser reclutados de entre los *torys* y que las ideas de reforma tenían que ser impulsadas exclusivamente por los radicales— que «querer hacer una revolución total con la espontánea participación del pueblo, contra todas las clases cultas y ricas reunidas, ha sido siempre una empresa desesperada y de infausto resultado».^[134] Y considera la preocupación manifestada por sus interlocutores a propósito de una posible absorción de los mismos por parte de los *whigs*, como algo seguramente «agudo» pero no «cierto»: «un razonamiento de personas más impacientes por disfrutar que de hacer lo necesario para asegurar el disfrute».^[135]

Se publica luego la segunda *Démocratie*. Como es sabido, la segunda parte de la obra tocquevilliana no tuvo el mismo éxito que la primera. Mill la recensionó en la *Edinburgh Review*. Y Tocqueville le manifestó su agradecimiento con estas palabras: «Entre los artículos escritos sobre mi libro, el suyo es el *único* en que el autor ha comprendido perfectamente mi

pensamiento y ha conseguido exponerlo al público.»^[136] Pero sigue en pie un profundo equívoco, que traslucen las siguientes palabras de Mill: «Aunque sus [de Tocqueville] teorizaciones trazan un cuadro de imparcialidad sin precedentes y las conclusiones operativas propenden hacia el radicalismo, algunas de sus afirmaciones pueden articularse en sentido conservador: por ejemplo, la expresión “tiranía de la mayoría”, inmediatamente confiscada por la jerga tory y pregonada por Sir Robert Peel en el discurso de Tamworth, donde dirigió una llamada individual al público en favor de “una lectura seriamente comprometida” del volumen.»^[137]

Mill añade: «El malgobierno que amenaza permanentemente a la civilización moderna toma la forma de malas leyes y malos tribunales: el gobierno del *sic volo*, ya sea de un soberano o de la multitud, pertenece a épocas pasadas

(si se exceptúa cierta barbarie asiática) y probablemente ya no volverá. De lo dicho anteriormente se desprende que el despotismo de la masa, en el ámbito de la vida civil, es sin duda un mal real, pero ya no más peligroso que en el pasado. La tiranía que nos asusta, y que tanto teme Tocqueville, es de otro género, y no actúa sobre el cuerpo sino sobre el espíritu.»^[138]

Grave error comete aquí Mill al pensar que el «despotismo de la masa» *no* es ya más «peligroso que en el pasado». Y es poco profundo e insincero cuando deja de poner de manifiesto que las razones por las que Peel pone en guardia contra la tiranía de la mayoría son las mismas que las que están detrás de la tiranía que actúa «sobre el espíritu». Si Mill hubiera concretado tales razones, habría desconfiado de su propia posición, o por lo menos tomado en seria consideración los peligros ligados a las mismas reformas que él solicitaba. En la conversación del 26 de mayo de 1835, frente al temor de que también Inglaterra pudiera sufrir un proceso de centralización, respondía a Tocqueville que la centralización era «totalmente ajena a la mentalidad inglesa».^[139] Y en 1840, frente a los prolijos y alarmantes argumentos de Tocqueville, Mill sigue ignorando el problema.

No es, pues, extraño que las relaciones entre ambos se fueran debilitando, para interrumpirse posteriormente durante nueve años. Y si, ya en su *Mémoire sur le pauperisme* de 1835, Tocqueville denuncia los peligros de un asistencialismo omnipresente por obra del «poder nacional»,^[140] Mill llegará a teorizar, en perfecta consonancia con el racionalismo utilitarista de su tradición, la separación entre producción y distribución, creando así un

amplio territorio para la intervención del poder político, y delinearé la posible propiedad común de los medios de producción.^[141]

Por otra parte, sobre los acontecimientos franceses de 1848, Tocqueville y Mill adoptan posturas diametralmente opuestas. El primero percibe claramente los resultados liberticidas que se esconden en aquella «parodia» revolucionaria.^[142] Y critica duramente la idea de proclamar en el preámbulo de la nueva constitución el «derecho al trabajo»: porque, como consecuencia de ello, el gobierno estaría «obligado a eliminar el paro, lo cual le llevaría necesariamente a distribuir los trabajadores de tal modo que no se hagan competencia, a regular los salarios, a moderar a veces la producción, a veces a acelerarla, en una palabra a convertirse en el gran y único organizador del trabajo».^[143]

Al contrario, Mill escribe una *Vindication of the French Revolution of February 1848*, en la que defiende la actuación del gobierno provisional y también las medidas económicas adoptadas por éste, inspiradas en la lógica de la intervención estatal.^[144]

Las relaciones entre ambos se reanudarán más tarde. Después de leer *L'ancien Régimen et la Révolution*, Mill escribe a Tocqueville: «En cuanto a las críticas, no tengo ninguna que hacer. Existen ciertamente diferencias generales, y a veces de fundamental importancia, entre su manera de ver y la mía, debido a que usted está ligado mucho más que yo al pasado, sobre todo en los aspectos religiosos.»^[145]

El problema, sin embargo, no es el que Mill señala. Se puede no estar ligados al pasado y comprender que el presente proviene de un largo proceso histórico, que no puede ser manipulado a placer. Aquí radica la diferencia fundamental entre Tocqueville y Mill. El primero reconoce la importancia del proceso histórico y los peligros ligados a su radical ruptura. El segundo es víctima del psicologismo utilitarista, que contempla las instituciones como una simple proyección de planes intencionados.^[146]

Es oportuno hacer aquí una ulterior aclaración. Refiriéndose a Mill, Joseph Schumpeter escribe: «Mill ha cambiado varias veces de posición en cuanto a los detalles, pero en lo esencial ha sido desde sus veintitantos años un socialista evolucionista de corte asociativista.»^[147] Y también: «J.S. Mill fue exactamente lo que se dice un socialista reformista.»^[148]

Schumpeter afirma también que el caso de Mill «refuta la absurda acusación de que los economistas “clásicos” creían en el orden capitalista

como en la última y más alta palabra de la sabiduría, destinada a subsistir *in saecula saeculorum*». ^[149] Y añade: «Si se replica a esto que Mill ha sido una excepción solitaria, habría que contestar que eso no es verdad.» ^[150] Pero lo que también aquí explica la cuestión es la distinción entre concepciones utilitaristas y concepciones evolucionistas. La expresión «economistas clásicos», como si incluyera ambas posturas teóricas, es engañosa. Como también lo es la expresión «economistas neoclásicos». En efecto, la primera mete arbitrariamente en el mismo saco a los moralistas escoceses y a los utilitaristas de la escuela de Bentham; la segunda mezcla a Jevons y Walras con la Escuela austriaca de Menger. Y de este modo se borran inaceptablemente insalvables distancias teóricas. ^[151]

8. *La Revolución francesa y el nacimiento de los «revolucionarios profesionales»*

En el conocido ensayo que le encargó John Stuart Mill, «Political and Social Condition of France», publicado en 1836 en la *London and Westminster Review*, Tocqueville pone como antecedente de la Revolución francesa y de sus trágicos resultados el largo proceso de centralización administrativa que había sufrido la sociedad francesa. Escribe: «cuando [...] la fuerza preponderante se encuentra en el poder ejecutivo, puesto que el hombre que manda tiene al mismo tiempo la facultad de hacer ejecutar sin esfuerzo y hasta el fondo su voluntad, este poder central puede extender gradualmente su acción a todas las cosas, o por lo menos no encuentra en su constitución nada que lo limite. Si este poder ejecutivo preponderante se sitúa en medio del pueblo, en el cual todo se dirige naturalmente hacia el centro; donde cada ciudadano no se encuentra en condiciones de poder resistir individualmente, donde, al ser muchos, no son capaces de concertar sus resistencias, donde finalmente todos, teniendo al principio los mismos hábitos y las mismas costumbres, se pliegan sin dificultad a una regla común: no se descubre el punto en el que puedan ponerse límites a la tiranía administrativa, ni se ve por qué, tras regular los grandes intereses del Estado, la misma no deba llegar a adueñarse también de los asuntos de las familias.» ^[152]

Tal es, según Tocqueville, la situación francesa. A ella se opone todo lo sucedido en Inglaterra, donde la centralización administrativa era «poco

conocida» y el «poder nacional» dejaba a la «voluntad de los individuos una gran independencia».^[153]

Ya en una carta de 1828 a Gustave de Beaumont, Tocqueville había afirmado: «imagina dos hombres que luchan obstinadamente juntos desde hace tiempo, aunque uno sea algo más débil que el otro; llega al lugar del combate una tercera persona más débil que los dos combatientes, pero que, uniéndose a uno de ellos, inclinará necesariamente la balanza a favor de éste; pero ¿quién tiene la idea de llamarle en su ayuda, quién le llama con más vehemencia? Sin duda el combatiente que se sentía más débil; al unir estos dos hombres su debilidad, acabarán venciendo al adversario más fuerte. Pero ¿quién de los dos amigos conservará la primacía? La lucha se reanuda con una victoria completa o parcial de los dos. He aquí toda la historia de Francia y de Inglaterra en la historia de estos tres hombres [...], pero con esta diferencia: en Francia el menos fuerte de los dos combatientes era el rey, quien llamó a los comunes en su ayuda, se unió a ellos, los condujo de la mano, destruyó con su ayuda el feudalismo, y acabó siendo devorado cuando se encontró cara a cara con ellos en 1789. En Inglaterra, en cambio, el menos fuerte de los dos pretendientes era el feudalismo, quien llamó en su ayuda al Parlamento, que todos los años defendió sus intereses como si fueran los suyos, que le fortaleció, le levantó y le sostuvo en toda ocasión. Destruído el poder real, fue el tercer estado el que derrocó al feudalismo en 1640.»^[154]

En *L'Ancien Régime et la Révolution*, Tocqueville retoma y desarrolla el tema de la centralización administrativa, deteniéndose sobre los resultados que en este proceso produjo la aristocracia francesa: «Cuando la nobleza mantiene no sólo los privilegios sino también los poderes, cuando gobierna y administra, sus derechos específicos pueden ser a la larga mayores y menos evidentes. En tiempos del feudalismo se miraba a la nobleza más o menos como se mira hoy al gobierno; se soportaba su peso en razón de las garantías que ofrecía. Los nobles poseían privilegios molestos, hacían gala de facultades que eran onerosas para los demás: pero garantizaban el orden público, hacían justicia, hacían cumplir la ley, acudían en ayuda del débil, gestionaban los asuntos comunes. Poco a poco la nobleza fue abandonando estas tareas, el peso de sus privilegios parece hacerse mayor, e incluso acaban pareciendo injustificados e incomprensibles.»^[155]

Resumiendo, la opinión de Tocqueville queda perfectamente reflejada en las siguientes palabras: «El feudalismo permaneció como la mayor de nuestras instituciones civiles, dejando de ser una institución política. Así

mutilado, excitaba odios aún mayores, y con razón puede decirse que, con la parcial destrucción de las instituciones medievales, se había convertido en la parte mil veces más odiosa de las que sobrevivieron.»^[156]

O sea: «Bajo el “antiguo régimen” [...] no existía, en Francia, ciudad, pueblo, aldea, por más pequeña que fuera, hospital, fábrica, convento o colegio, que pudiera tener una voluntad propia en la administración de sus asuntos y en la gestión de sus intereses [...] la administración mantenía a todos los franceses bajo tutela; y, si bien la insolencia de la palabra aún no se había manifestado, existía ciertamente la sustancia del hecho.»^[157]

Refiriéndose a este análisis, escribe François Furet: «No es que Tocqueville se abandone a un monismo causal completamente ajeno a la naturaleza misma de su pensamiento, ya que más bien considera atentamente el nudo de razones y consecuencias que resulta de la observación empírica de las fuentes; pero es un hecho que la sociedad civil, en su último libro, más que una causa, aparece como consecuencia de la sociedad política y moral: y ésta es, probablemente, la originalidad intelectual del *Ancien Régimen*, tanto respecto a las obras anteriores de Tocqueville, como de la sociología política del siglo XIX.»^[158]

Furet quiere decir aquí que, para Tocqueville, «el aspecto esencial del cambio histórico es [...] el desarrollo del poder monárquico y de la concentración del gobierno».^[159] No se puede menos de estar de acuerdo con Furet. En efecto, ya fuera que la nobleza, como sostenía Guizot, no fue capaz de oponerse al rey, o que, como afirma Tocqueville, fuera confinada por la corona al papel de “odiosa” comparsa, el resultado fue en todo caso la falta de autonomía de la sociedad civil, el que no se constituyera como poder de control del ejecutivo. Y cuando tal es la situación, la variable política conserva el rango de variable independiente, es ella la que tiene bajo control toda articulación social.^[160]

Así, pues, el naufragio de la Revolución no fue casual. Según Tocqueville, el proceso histórico no sólo no dio a Francia una adecuada autonomía de la sociedad civil, sino que también impidió que en la cultura política francesa naciera «la idea de las libertades públicas».^[161] Una idea que era ajena a Voltaire: «tres años de permanencia en Inglaterra le permitieron entreverla, sin llegar a amarla. Le fascina la filosofía escéptica libremente profesada entre los ingleses; sus instituciones políticas le dejan casi indiferente; destaca más sus vicios que sus virtudes. En sus cartas sobre

Inglaterra, que son una de sus obras maestras, de lo que menos habla es del Parlamento; en el fondo, lo que sobre todo envidia a los ingleses es la libertad de prensa; no se preocupa gran cosa de la libertad política, como si aquella pudiera mantenerse y durar mucho tiempo sin esta.»^[162]

Diderot piensa como «hombre de letras» y no como político.^[163] Y Quesnay declara que «el sistema de contrapesos en un gobierno es una idea funesta» y llega a pensar que «en una nación instruida el despotismo es imposible».^[164] «El propio Turgot, a quien corresponde un lugar de honor por su grandeza de espíritu y por sus raras dotes de ingenio, no estima las libertades políticas mucho más de lo que las estiman los demás [...]. Para él, como para casi todos los economistas, la primera garantía política es una cierta instrucción pública impartida por el Estado, según ciertos métodos, y en un cierto orden de ideas. La confianza que manifiesta en esta especie de terapéutica intelectual o en el mecanismo de una educación conforme a los principios, es ilimitada.»^[165]

Cuando escribe que en la cultura política francesa está ausente «la idea de las libertades públicas», Tocqueville pretende afirmar que en aquella Francia no se había comprendido que la libertad tiene necesidad de un *habitat* normativo propio, de un conjunto de condiciones institucionales que la hacen posible. Con esta convicción, a Tocqueville no le resulta difícil ver que «las instituciones del antiguo régimen [han] pasado, en medida muy superior a lo que se cree, a la nueva sociedad».^[166] En este tránsito, han perdido generalmente su nombre, pero han conservado «su sustancia y sus formas».^[167] Y Tocqueville precisa: «Si se me pregunta cómo esa porción del antiguo régimen pudo trasladarse, toda de una pieza, a la nueva sociedad e incorporarse a la misma, responderé que, si el centralismo no pereció en la Revolución, *ello se debió a que era cabalmente el principio de la Revolución*».^[168]

La amarga conclusión de Tocqueville está aquí condensada: «*parecía que se amaba la libertad, y se descubre que sólo se odiaba a un amo*. Por el contrario, lo que odian los pueblos [...] es propiamente el mal de la esclavitud.»^[169]

No sólo esto. El centralismo del antiguo régimen tenía «la misma naturaleza, los mismos métodos, los mismos fines», pero su poder era inferior al de los revolucionarios:^[170] porque la «Revolución francesa [...] fue] una

revolución política que operó a la manera de una revolución religiosa.»^[171]
«Como las revoluciones religiosas, se difundió a distancia», penetrando en países lejanos «gracias a la predicación y a la propaganda».^[172]

«Carácter habitual de las religiones es el de considerar al hombre en sí mismo, sin fijarse en lo que las leyes, las costumbres y las tradiciones de un pueblo pueden haber añadido de particular a ese fondo común.»^[173] Pues bien

—añade Tocqueville—, «la Revolución francesa actuó, en relación con el mundo terrenal, exactamente igual que las revoluciones religiosas en relación con el mundo celestial; consideró al ciudadano de una manera abstracta, fuera de cualquier sociedad determinada, como las religiones consideran al hombre en general, independientemente del espacio y del tiempo. No trató de establecer sólo cuál era el derecho del ciudadano francés en particular, sino los deberes y los derechos generales de los hombres en materia política.»^[174] Fue así como la Revolución francesa «pudo hacerse comprensible a todos e imitable en cien lugares».^[175] «Puesto que parecía tender a la regeneración del género humano, más aún que a la reforma de Francia, pudo encender pasiones que, hasta entonces, jamás habían sabido despertar las revoluciones políticas, incluso las más violentas. Indujo al proselitismo, dio lugar a la propaganda. Con ello, finalmente, pudo adoptar aquel aspecto de revolución religiosa que tanto aterrorizaba a los contemporáneos; o, mejor, se convirtió ella misma en una nueva especie de religión imperfecta, es cierto, sin Dios [...], sin vida más allá de la muerte, pero que, no obstante, invadió toda la tierra.»^[176]

Es decir, sucedió que «se desinteresaron de lo que existía, para pensar sólo en lo que podría existir, y acabaron viviendo con la imaginación en la ciudad ideal fabricada por los escritores».^[177] Ciertamente, fue el triunfo de una «política literaria».^[178] La vida política refluyó «violentamente en la literatura, y los escritores, tomando las riendas de la opinión pública, vinieron a ocupar el puesto que en los países libres corresponde ordinariamente a los jefes de los partidos».^[179] «El espíritu humano perdió enteramente su razón de equilibrio.»^[180] Y los revolucionarios fueron actores de «una especie hasta entonces desconocida, que llevaron su audacia hasta la locura más temeraria, que no dudaron ante ninguna novedad, que no tuvieron escrúpulos, que no tuvieron la menor vacilación ante cualquier proyecto. No puede creerse que

estos seres nuevos fueran la creación particular y efímera de un instante, destinada a desaparecer de inmediato: dieron vida a una especie que se propagó por todas las regiones civilizadas del mundo, conservando por doquier el mismo rostro, las mismas pasiones, la misma índole. Nosotros, al nacer, la hemos encontrado en el mundo y sigue estando ante nuestros ojos.»^[181] Esta nueva especie de actores son los «revolucionarios profesionales».^[182]

Como ya hemos recordado, Ortega y Gasset, llegó a afirmar que los libros de Tocqueville «se ocupan de un mismo tema, tomado primero por su anverso y luego por su reverso». La observación orteguiana es acertada. Con *La démocratie en Amérique*, Tocqueville arroja luz sobre el *habitat* necesario para que la delicada planta de la libertad pueda arraigar y desarrollarse. Con *L'Ancien Régime et la Révolution*, nos muestra el *habitat* que impide que esa planta nazca y crezca. Tocqueville tiene como objetivo la descripción de las condiciones que hacen posible la articulación de una sociedad libre. Y este es el hilo que liga su vida y su obra. Lo declara él mismo en una carta enviada a Jean-Jacques Ampère: «la unidad de mi vida y de mi pensamiento es lo que más deseo conservar a los ojos del público; el hombre y el escritor están igualmente interesados en ese resultado».^[183]

5. *Eugen von Böhm-Bawerk: su lugar en la Escuela austriaca**

[...] Böhm-Bawerk aspiró a lo más a que puede aspirarse en el ámbito de la economía política, y [...], en la realización de esta aspiración, alcanzó una cumbre a la que pocos pudieron ni siquiera acercarse.

JOSEPH A. SCHUMPETER

Fue un gran día para la Universidad de Viena y el desarrollo de la economía política aquel en que Böhm-Bawerk inauguró su seminario.

LUDWIG VON MISES

1. *Böhm-Bawerk: académico, estadista, maestro*

Eugen Ritter von Böhm-Bawerk nació el 12 de febrero de 1851 en Brünn, Moravia. Su padre, vicepresidente del gobierno de esta región, murió muy pronto, y la familia tuvo que regresar a Viena, donde había vivido con anterioridad.

El joven Eugen hizo sus estudios básicos y universitarios junto con Friedrich von Wieser (1851-1926), que sería también una de las figuras más destacadas de la naciente Escuela austriaca de economía. Juntos frecuentaron el Schotten-Gymnasium de Viena y la Facultad de Derecho de esta ciudad. Los dos recibieron la poderosa influencia de los *Grundsätze der*

Volkswirtschaftslehre (1871) de Carl Menger y de la «revolución» teórica que esta obra significó. Juntos, entre 1875 y 1877, se trasladaron a Alemania para tomar contacto directo con la economía que enseñaban Knies, Roscher y Hildebrand, y los dos exponen allí valientemente el punto de vista «austriaco»: frente a Knies, refiriéndose expresamente a Menger, Böhm-Bawerk llega a sostener: «[...] es un hecho científicamente indiscutible y al mismo tiempo totalmente hurtado a la conciencia de nuestra vida diaria, que el valor de los medios de producción está determinado por el valor previsto de los productos que con su ayuda pueden obtenerse».^[1]

Así, pues, Böhm-Bawerk y Wieser recibieron y desarrollaron muy pronto la «lección» mengeriana. Lo cual, aun reconociendo la «energía muy insólita» de Menger, hará decir a Schumpeter: «No se puede decir que fueran una segunda generación, sino que se les puede considerar propiamente cofundadores de lo que [...] iba a ser una escuela de importancia y duración sorprendentes.»^[2] Pero esto tal vez sea excesivo: no porque la labor de Böhm-Bawerk y de Wieser no fuera importantísima, sino porque, cuando éstos empezaron a publicar sus obras, Menger había afirmado ya completamente sus propias ideas. A este respecto, Ludwig von Mises recuerda: «Poco antes de estallar la Gran Guerra, en una de aquellas reuniones informales aunque periódicas, en que nosotros los jóvenes economistas vieneses solíamos discutir sobre problemas de teoría económica, Menger respondió pensativamente a una pregunta que le hice: “Cuando yo tenía tu edad, nadie en Viena se interesaba por estas cosas”».^[3] Y Mises añade: «Hasta finales de los años setenta, no hubo [... sino] Carl Menger.»^[4]

En 1880, Böhm-Bawerk se casó con Paula von Wieser, hermana de Friedrich. Obtuvo la habilitación para la enseñanza y, al año siguiente, se le propuso enseñar en la Universidad de Innsbruck. Aquí permaneció hasta 1889, año en que deja la enseñanza y asume el cargo de Consejero en el Ministerio de Hacienda: «No era un mero puesto de consejero de corte lo que se le ofrecía, sino una misión muy precisa: elaborar proyectos para la gran reforma de los impuestos directos [...], que luego se convertiría en ley en 1896, sustancialmente en la forma por él pergeñada.»^[5]

Mientras tanto, Böhm-Bawerk había alcanzado rápidamente el cargo de director de impuestos directos y se había hecho cargo por primera vez del ministerio de Hacienda en 1895. Volvería a desempeñar el mismo cargo entre 1897 y 1898 y, posteriormente, de 1900 a 1904. El principio inspirador de su

acción puede apreciarse en estas palabras suyas: «Un ministro de Hacienda debe estar siempre dispuesto a presentar su dimisión y debe obrar como si jamás pensara presentarla.»^[6] Schumpeter dirá más tarde: «Con inquebrantable firmeza defendió en todos los frentes el interés financiero del Estado, contra el Parlamento, contra la opinión pública y la administración militar, e incluso contra sus propios colegas. Para Austria aquellos años fueron un tiempo de política financiera verdaderamente correcta, eficaz y sólida, tal como este Estado raras veces había conocido, aunque nada le fuera tan necesario.»^[7]

Las reglas económicas que Böhm-Bawerk puso como guía de su actuación fueron dos: el riguroso mantenimiento de la paridad monetaria legalmente establecida y el equilibrio del presupuesto sin ayuda alguna por parte del banco central.^[8] De ahí que «jamás permitiera saquear el presupuesto, y tuvo siempre la fuerza moral de no autorizar aumentos del gasto corriente a no ser que estuvieran convenientemente cubiertos [...]. A él se debe el que la construcción de los ferrocarriles, canales y puertos, apremiada por las necesidades políticas del gobierno, se convirtiera en parte en realidad sin que la más leve ligereza en las asignaciones financieras comprometiera la conquista económica que esa construcción comportaba. Mérito personal suyo fue conseguir la conversión de la renta pública austriaca, que [...] constituye una realización bien distinta de la misma operación en países que se encuentran en situaciones más favorables. Sacó con mano férrea y hábil a Austria del callejón sin salida de las primas a la exportación de azúcar y supo contener las exigencias de la administración militar dentro de los medios existentes, mientras ello fue posible. Cuando ya no lo fue, dimitió.»^[9]

Al propio tiempo, nada pudo impedirle «dedicar dos o tres horas de la mañana al trabajo científico».^[10] Había conservado también sus clases en la Universidad de Viena y fundado, en 1892, junto con Ernst von Plener y Karl Theodor von Inama-Sternegg, la *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, cuyo primer número se abre precisamente con un lúcido y prometedor ensayo programático del propio Böhm-Bawerk, en el que entre otras cosas escribe: «Los cometidos de nuestra época son también los cometidos de nuestra revista, que ésta debe afrontar a su manera. “A su manera” significa de un modo totalmente distinto al de un libro y al de un hombre político. Se escribe un libro o se pasa a la acción cuando se tiene algo

definitivamente claro. [...] una revista que es consciente de su cometido ha de ser una viva lucha contra toda unilateralidad e intolerancia. Y ello porque su elemento vital son, justamente, los problemas de la época, los problemas urgentes y candentes para los que aún no hay una solución reconocida. [...] Una revista] no es un escenario sobre el que se enuncian en monólogos las verdades ya descubiertas y establecidas, sino que es, sobre todo, un lugar en el que se busca con ahínco...».^[11]

No es, pues, extraño que tras su abandono de la gestión de la cosa pública, y pudiendo solicitar un encargo alternativo, Böhm-Bawerk pidiera y obtuviera la titularidad de una cátedra de economía en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena (otra cátedra la regentaba Friedrich von Wieser, quien había sucedido a Menger). Su seminario, además de atraer a «las mentes más brillantes» de la época,^[12] fue un auténtico acontecimiento cultural. Entre otros, en él tomaron parte: Mises y Schumpeter, Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Emil Lederer y Otto Neurath. Mises recuerda: «Böhm-Bawerk dirigía su seminario de manera espléndida, sin asumir jamás el papel de maestro sino tan sólo el de moderador que en el momento oportuno intervenía personalmente en el debate [...]. En la ciencia —decía en perfecta consonancia con Menger— hay que dejar a cada uno libertad para decir hasta el fondo todo lo que piensa [...]. En sus intervenciones durante el seminario y en las conversaciones personales, desarrollaba ideas que iban mucho más allá de lo que ha quedado consignado en sus escritos.»^[13] «Fue un gran día para la Universidad de Viena y el desarrollo de la economía política aquel en que Böhm-Bawerk inauguró su seminario.»^[14]

Böhm-Bawerk aceptó (en 1911) la presidencia de la Academia de Ciencias, pero rechazó la responsabilidad de un gran banco vienés; y llevó una vida bastante retirada. Murió el 27 de agosto de 1914 en el Tirol, en su residencia de verano de Kramsach. Schumpeter dirá: «El destino, que le había permitido desplegar tan generosamente sus dotes, le concedió también que muriera [...] antes que el Estado al que se hallaba ligado con toda su alma.»^[15] Así es: Böhm-Bawerk tuvo la suerte de no presenciar la «muerte innatural» de «su» Austria,^[16] dolorosa experiencia que vivieron Menger y Friedrich von Wieser. Pero era una mente demasiado lúcida para no compartir lo que Menger presentía: que Europa se encaminaba a marchas forzadas hacia una inmensa tragedia. La última fase de su vida estuvo, pues, «nublada por la preocupación por el futuro de Austria y de su civilización».

[17]

2. *El problema del interés del capital*

Böhm-Bawerk fue llamado, en 1899, a formar parte del Senado. Sin embargo, jamás perteneció a ningún partido político. Como recuerda Schumpeter, «este hombre extraordinario, tan bien dotado y enérgico [...], aunque se sentía llamado a ocupar posiciones directivas, puso entre él y el compromiso político una barrera infranqueable».^[18] «Hizo de la ciencia la vocación de su vida»,^[19] «no quiso ser sino investigador [...] no añadió ni una sola palabra a su exposición científica, ni una palabra de las que en este campo se ofrecen en tan gran número. Ninguna oleada social o política atraviesa su camino.»^[20]

Lleva razón Schumpeter. En todos los escritos de Böhm-Bawerk se transparenta inmediatamente la poderosa «vocación» científica del autor.^[21] Se patentiza ya en su primer trabajo, *Rechte und Verhältnisse vom Standpunkte der volkswirtschaftlichen Güterlehre*, que es la disertación con la que obtuvo la habilitación académica, y que fue publicada al año siguiente. El problema que Böhm-Bawerk trata de resolver es el relativo al «estatuto» económico de los *derechos* y de las *relaciones*. ¿Pueden éstos, desde el punto de vista económico, ser considerados bienes del mismo modo que lo son los bienes materiales? Siguiendo las huellas de Menger, para el que «la cualidad de bien no es algo intrínseco de los bienes mismos, es decir, que no es una propiedad de los bienes, sino que se nos presenta únicamente como una relación que algunas cosas tienen con los hombres»,^[22] Böhm-Bawerk considera que los derechos y las relaciones no son entidades *sui generis*, sino que pueden asimilarse perfectamente a los bienes materiales. Tal es la posición que Böhm-Bawerk adopta resueltamente, al tiempo que advierte sobre un burdo error. En efecto, explica que «el título jurídico a algo, lo mismo que la disponibilidad física, no se desarrolla fuera y en oposición al bien a que se refiere, de tal modo que se convierta en un segundo bien, independiente del primero».^[23] Si así fuera, seríamos «responsables de un flagrante error de duplicación» de la realidad.^[24]

Este trabajo preliminar no es ajeno a los grandes temas a los que suele vincularse el nombre de Böhm-Bawerk. Sobre todo no hay que olvidar que se

halla en perfecta sintonía con la teoría del valor de Menger. Lo cual es de la máxima importancia, ya que «el principio de explicación fundamental en que se basa todo sistema económico es siempre una teoría del valor».^[25] Es decir: «La teoría económica se ocupa de hechos que cristalizan en expresiones de valor, y el valor no es sólo la fuerza primigenia del cosmos económico, sino también la forma calculable que asumen sus fenómenos. La imagen que el teórico se forma de los procesos económicos depende en gran parte de la posición que adopte sobre el fenómeno del valor.»^[26] Así, pues, con *Rechte und Verhältnisse*, donde se manifiesta de manera explícita el vínculo con las posiciones teóricas de Menger, aparece una «tradición investigadora», es decir estamos ante la segunda generación de la que posteriormente se conocerá como Escuela austriaca de economía.^[27]

Además, si leemos *Rechte und Verhältnisse* con el conocimiento que nos proporcionan los desarrollos posteriores de la teoría de Böhm-Bawerk, podremos observar en muchos puntos de esta obra algunas anticipaciones de lo que será una de las principales temáticas del autor: la relación entre tiempo e interés. Y aquí entramos en el esquema teórico al que comúnmente se asocia el nombre de Böhm-Bawerk.

En los años pasados en Innsbruck, Böhm-Bawerk se dedicó a un proyecto ambicioso. Nace así *Kapital und Kapitalzins*, un trabajo del que el propio autor escribe: «Una obra que se ocupe del *capital y el interés del capital* no precisa de especial justificación en las condiciones en que actualmente se encuentra la ciencia económica respecto a esta materia. Nadie duda de que se trata de uno de los problemas más importantes que nuestra ciencia tiene la misión de estudiar, ni de que sea uno de los más difíciles; pero nadie, por desgracia, duda tampoco de que se trata de un tema que hasta ahora nuestra ciencia ha elaborado del modo menos satisfactorio. Me resultaría difícil señalar ni *un solo* concepto importante —empezando por el propio concepto de capital— o un solo teorema de la doctrina del capital que no siga siendo materia de controversia.»^[28]

Böhm-Bawerk añade: «Razones de oportunidad me han inducido a dividir mi obra en dos partes autónomas. La primera [...] contiene la *Historia y crítica de las teorías del interés del capital*; la segunda [...] contendrá la *Teoría positiva del capital*.»^[29]

La *Geschichte und Kritik der Kapitalzins-Theorien*, primera parte de

Kapital und Kapitalzins, se publicó en 1884, un año después de la publicación del ensayo de Menger sobre el método (las *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften*); la *Positive Theorie des Kapitals*, segunda parte de *Kapital und Kapitalzins*, se publicó en 1889 e incorpora algunos resultados obtenidos por Böhm-Bawerk con la publicación en los *Conrads Jahrbücher* en 1886 de dos ensayos dedicados a los *Grundzüge der Theorie des wirtschaftlichen Güterwertes*.^[30]

En la presentación de la edición póstuma de *Geschichte und Kritik*, Wieser (cuya posición teórica se apartaba de la de Böhm-Bawerk) escribe: «Mi explicación, en ciertos aspectos, se apoya en algunos hechos que, a mi entender, no han sido valorados correctamente por Böhm-Bawerk, pero que están [...] lejos de la estructura de su sistema crítico [...]. Sobre otros puntos esenciales, me hallo totalmente de acuerdo con su planteamiento del problema, y tengo que decir que debo exclusivamente a su guía el que haya evitado los graves errores que, con anterioridad a él, han confundido a todos los mejores teóricos de nuestra ciencia.»^[31]

Wieser afirma también: «La *Geschichte und Kritik* [...] de Böhm-Bawerk es una obra orgánica monumental, destinada a permanecer como un clásico de la ciencia económica. La ciencia económica no posee otra exposición histórica de las teorías que pueda estar a su altura, y acaso en ninguna otra ciencia pueda encontrarse una obra que la supere.»^[32]

Sin embargo, conviene preguntarse: ¿Por qué Böhm-Bawerk se sintió atraído por el problema del interés del capital? Y ¿cuál es la solución que da a la cuestión?

Al primer interrogante podemos responder con palabras del propio autor: «entre todos los problemas particulares que integran la teoría del capital, el problema del interés es sin duda el más importante, pero también aquel sobre el que reina mayor confusión [...]. No voy a discutir aquí las razones que han llevado a esta situación. Me limitaré tan sólo a destacar que, entre los numerosos motivos que han venido obstaculizando una fecunda resolución de la controversia, dos parecen ser particularmente decisivos: por un lado, el interés puramente teórico del problema ha quedado sofocado por el político-social y por las pasiones que éste desencadena; por otra, la orientación prevalentemente histórica adoptada por la economía política contemporánea ha dañado ante todo el interés por los problemas rigurosamente teóricos, y también la capacidad para dominarlos.»^[33]

Pues bien, fue un gran mérito de Böhm-Bawerk «desenmascarar» definitivamente «las falacias de las ingenuas explicaciones del interés basadas en la productividad, es decir, la idea de que el interés es la expresión de la productividad física de los factores de producción».^[34] Su análisis apunta en otra dirección. Como ya indicamos, Böhm-Bawerk se había referido ya a esta idea en *Rechte und Verhältnisse*,^[35] pero en la primera edición de *Geschichte und Kritik* expone explícitamente el programa de su teoría «positiva»,^[36] escribiendo que «la explicación del interés debe ser derivada de la influencia del *tiempo* sobre la valoración humana de los bienes».^[37] Böhm-Bawerk llega a esta idea sin conocer lo que sobre el tema habían escrito John Rae y William Stanley Jevons.^[38] Es una posición que queda completamente articulada en la *Positive Theorie*: «Los bienes presentes son más apreciados por lo general que los bienes futuros de igual especie y número [...]. Vivimos en el presente, pero nuestro futuro no nos es en absoluto indiferente: nuestros deseos [...] están orientados a un bienestar vital y duradero que comprende el presente y el futuro [...]. La diferencia natural de valor entre bienes presentes y bienes futuros [...] es la fuente en que se origina el interés del capital.»^[39]

El punto a que llega Böhm-Bawerk es sin duda una fecunda adquisición de la economía y, si se formula correctamente, de la teoría de la acción. Y, sin embargo, las argumentaciones que él emplea suscitan importantes cuestiones.

Conviene seguir sus propias afirmaciones: «Una serie de causas en parte psicológicas, en parte técnicas, coopera a que en la valoración de los hombres, y por lo tanto en los precios que resultan de esas valoraciones, los bienes presentes sean en cierta medida preferidos respecto a los bienes futuros de la misma especie y cantidad. Las causas psicológicas tienen su raíz principalmente en la incertidumbre con respecto al futuro y en la menor preocupación que la gran mayoría de los individuos dedica a asegurar la cobertura de las necesidades futuras; las causas técnicas están relacionadas principalmente con ciertas condiciones de la producción, y de manera especial con el hecho de que los métodos de producción técnicamente más remuneradores son aquellos en los que pueden adoptarse vías indirectas que parten de lejos y exigen tiempo [...]. Y como estas vías indirectas sólo puede permitírselas quien ya posee una cantidad de dinero o de bienes suficiente

para afrontar las necesidades de la producción por un tiempo tan largo, la disponibilidad de cantidades de bienes presentes a lo largo de la producción adquiere una importancia preeminente, frente a la cual las cantidades de bienes futuros, que naturalmente no pueden proporcionar tales servicios, deben pasar a un segundo plano.»^[40]

La primera objeción que puede hacerse es que las causas del interés no pueden ser de naturaleza psicológica. Como explicará más tarde Ludwig von Mises, «de nada sirve la psicología cuando se trata de determinar la exactitud de teoremas praxeológicos. Podrá, ciertamente, decirnos que en determinadas o incluso en muchas ocasiones influyen ciertas consideraciones personales. Pero lo que no puede demostrarnos la psicología es que toda acción humana se halla necesariamente dominada por un determinado elemento categorial que, sin excepción alguna, se halla presente en todo supuesto de acción.»^[41] Lo cierto es que,

«mientras nuestro mundo no se transforme en el país de Jauja, el hombre habrá de hacer frente a la escasez y, por tanto, habrá de economizar; será preciso optar entre satisfacer antes o después las necesidades, pues no se pueden dejar atendidas plenamente ni las presentes ni las futuras».^[42] El problema de la preferencia temporal nace, pues, de la escasez.^[43]

Böhm-Bawerk habla también de «causas técnicas» del agio de los bienes presentes sobre los futuros, causas que pone en la existencia de vías indirectas de producción, que «parten de lejos y exigen tiempo». Su error es aquí más grave que el cometido en su primera argumentación, donde atribuye a factores psicológicos lo que en cambio se debe a la situación de escasez en que se desarrolla la acción. En efecto, si son los consumidores, con sus valoraciones, los que determinan el valor de los bienes, la amplitud del tiempo empleado en la producción de dichos bienes «no cuenta en absoluto».^[44] Ya Menger había enseñado —y éste es uno de los puntos cruciales de su «revolución» teórica— que «la comparación del valor del producto con el valor de los medios de producción empleados para conseguirlo nos enseña si y hasta qué punto fue razonable, es decir económica, la producción del mismo. Con todo, esto sólo sirve para juzgar una actividad humana perteneciente al *pasado*. Pero respecto al valor mismo del producto, las cantidades de bienes empleados en conseguirlo no tienen ninguna influencia determinante ni necesaria ni inmediata.»^[45] Esto significa que, si se considera que ese valor depende de la cantidad de bienes empleados, aunque

tal cantidad se exprese en términos de prolongación del periodo de producción, se vuelve a caer en los errores de la teoría productivista. Y tales errores llevan a la paradoja de que, «si los hombres un día llegaran a aquel estado en el cual ninguna ulterior ampliación del periodo de producción incrementaría la productividad», el interés desaparecería, aunque no desapareciera la escasez.^[46]

Las dificultades con que tropezó Böhm-Bawerk derivan de que no disponía de una adecuada teoría de la empresarialidad y del beneficio, entendiendo por empresarialidad la capacidad de descubrir situaciones de consumo que los demás desconocen y dejan de atender, y con el término beneficio la recompensa por haber descubierto y atendido tales situaciones. Es decir, la actividad empresarial y el beneficio surgen de condiciones de desequilibrio de los planes individuales, condiciones que el empresario tiene la capacidad de captar y trata de colmar mediante su propia actividad, que consiste por lo tanto en una labor de «coordinación» de los proyectos que, en caso contrario, quedarían insatisfechos. En perfecta sintonía con las premisas de Menger, a esta conclusión llegan las obras de Mises, Hayek y Kirzner.^[47] Pero Böhm-Bawerk no disponía aún de estas conclusiones, si bien fue «el primero que dijo expresamente que en principio todo el valor del producto debería repartirse entre trabajo y tierra en caso de que el proceso de producción se desarrollara con una perfección ideal» y el primero que señaló la cuestión del desequilibrio, es decir la circunstancia de que no todos los planes pueden desarrollarse «armoniosamente».^[48]

Sea como fuere —como apunta Schumpeter—, al juzgar a los «pioneros» no debemos olvidar que «ellos fueron cabalmente los primeros» y que nosotros que nos erigimos en jueces suyos nos hallamos encaramados «sobre sus hombros».^[49]

3. *La crítica a la teoría de Marx*

Como es sabido, Marx publicó el primer volumen de *El Capital* en 1867, en vísperas de la gran «revolución marginalista». La teoría del valor-trabajo, que constituye la base del edificio marxiano, es una «filiación» de aquella teoría más amplia que deriva el valor de los bienes del coste de producción; coste que aquí se resuelve en último análisis exclusivamente en el trabajo.^[50] Por el

contrario, para el marginalismo «*costes y precios*, aun cuando se impongan al individuo particular como magnitudes objetivamente dadas [...], son magnitudes fluidas, maleables, formadas y determinadas por la suma de las valoraciones subjetivas particulares que en cambio parecen basarse sobre ellas; son un mosaico social, formado con baldosas originarias de las valoraciones subjetivas».^[51]

El paso de una «perspectiva» a otra constituye una completa revolución teórica, que hizo inmediatamente «obsoleto» el primer volumen de *El Capital*.^[52] Tal es el motivo, como ha demostrado Joaquín Reig,^[53] de que la razón por la que Marx evitó publicar el segundo y tercer volúmenes de esta obra fuera precisamente el hecho de que el propio Marx llegara a conocer los trabajos de Menger y de Jevons y el efecto destructor que proyectaban sobre *El Capital*.

Con Böhm-Bawerk, no nos hallamos sin embargo ante una implícita «obsolescencia» de la obra marxiana, pues afronta directamente el problema y formula la que será «la crítica de Marx por excelencia».^[54] Por lo demás, no es casual que Böhm-Bawerk tuviera que ajustar las cuentas con la teoría marxiana. En efecto, también la teoría de Marx es «una teoría del interés del capital»,^[55] interés que el fundador del «socialismo científico», al atribuir al trabajo obrero el mérito del producto, presenta como una «explotación». Y así, en la primera edición de *Geschichte und Kritik*, Böhm-Bawerk dedica una sección a las teorías que derivan por esta vía el interés. Sin embargo, tras la aparición póstuma del tercer volumen de *El Capital* (1894), Böhm-Bawerk publica *Zum Abschluss des Marxchen Systems* (1896), un ensayo que, en lo sustancial, quedará absorbido en la segunda edición de *Geschichte und Kritik*.

También en la crítica a Marx, como en cualquier otra ocasión, «su objetivo era tan sólo científico [...], no añade una palabra de más a su razonamiento científico».^[56] Fijémonos en tres puntos.

A. *El valor no depende del trabajo*. Böhm-Bawerk escribe: «Comencemos con una pregunta que nos lleva inmediatamente al núcleo de la cuestión: ¿por qué caminos llega Marx a la tesis [...] fundamental de su teoría; es decir a la tesis según la cual todo el valor se basa única y exclusivamente en la cantidad de trabajo incorporado? No hay duda de que esta tesis no es un axioma tan evidente que haga superflua cualquier prueba. Valor y fatiga [...] no son en modo alguno dos conceptos tan emparentados

que susciten inmediatamente la idea de que la fatiga sea el fundamento del valor. El que yo me haya angustiado por algo es un hecho, que lo que causa mi angustia la merezca realmente es un segundo hecho distinto del primero, y que ambos hechos no siempre caminan de consuno está tan demostrado por la experiencia que no puede haber ninguna duda al respecto. Cada una de las innumerables, inútiles fatigas que a diario se afrontan por un resultado carente de valor por incapacidad técnica o por un cálculo equivocado o simplemente por desgracia proporciona una prueba de esto. No tiene menor peso cada uno de aquellos innumerables casos en los que con poco esfuerzo se obtiene un alto valor.»^[57]

B. *No hay conciliabilidad entre un igual tipo medio de beneficio con la ley marxiana del valor.* Sobre el tema, Böhm-Bawerk plantea la rigurosa alternativa siguiente: «O los productos se intercambian a la larga en proporción al trabajo en ellos incorporado [...] —y entonces es imposible una nivelación de las ganancias del capital. O bien se verifica la nivelación de las ganancias del capital —y entonces es imposible que los productos continúen siendo intercambiados en proporción al trabajo en ellos incorporado.»^[58]

C. *El interés del capital no deriva de la explotación.* Si el interés del capital fuera realmente una «extorsión» producida por la «explotación» capitalista, en una sociedad socialista tendría que desaparecer. Pero no ocurre así: «Existe siempre una diferencia natural de valor entre los bienes presentes y los bienes futuros y, puesto que el tiempo tampoco se detiene en el estado socialista, [...] es impensable que los sujetos económicos, los individuos y la poderosa economía comunitaria, traten en pie de igualdad a los bienes presentes y a los futuros en sus apreciaciones y en la práctica económica.»^[59]

Tiene, pues, razón Schumpeter. Los puntos examinados, por sí solos, confirman que la de Böhm-Bawerk sigue siendo *la* crítica a Marx. Si además añadimos que en 1889 se había publicado *Der natürliche Wert* de Wieser, obra en la que se sostiene que «tampoco el Estado socialista puede prescindir de la renta de la tierra», y se afirma que, al renunciar al cálculo económico, el Estado socialista transforma la producción en un «caos»,^[60] se comprende por qué la Escuela austriaca atrajera inmediatamente las críticas de los marxistas. Nikolai Bujarin fue a Viena a seguir las lecciones de Böhm-Bawerk y Wieser y, en perfecta ortodoxia y «como un sagrado vengador»,^[61] escribió *La economía política del rentista*,^[62] en la que afirma que las posiciones «austriacas» expresan «la ideología del burgués expulsado ya del

proceso productivo, del burgués *en vías de descomposición* que, a través de una teoría estéril, hace universales las particularidades de su mentalidad decadente». ^[63]

Tras la acusación que Bujarin dirige a la Escuela austriaca existe una cuestión de fondo. Las teorías de Menger, Böhm-Bawerk y Wieser, al margen de las diferencias que entre ellos existen en algunos puntos, coinciden en la idea fundamental —como por lo demás lo demuestra la permanencia del interés del capital en la sociedad socialista— de que la condición humana es una condición de *escasez*, esto es una *condición económica*. De lo que se desprende que jamás podrá alcanzarse la meta que Marx y sus secuaces sintetizan en la expresión «fin de la economía». ^[64] Y, si la economía no puede «acabar», el prometido «Reino de la libertad» es imposible. No es, pues, casual que Bujarin afirmara: «En los defensores de la teoría marginalista, *el miedo al cambio* se traduce [...] en el más profundo rechazo de todo elemento histórico; sus categorías económicas son válidas, según sus autores, en toda época y lugar; al contrario que Marx, no piensan examinar las leyes de la evolución de la producción capitalista moderna a través de categorías históricas específicas.» ^[65]

Y, sin embargo, a pesar de las «reacciones» de Bujarin, la condición humana sigue siendo una condición económica, que no ha sido creada por el capitalismo, pero que el capitalismo nos ayuda a afrontar mediante los precios de mercado y la movilización del conocimiento posibilitada por el proceso competitivo. ^[66] Esto equivale a decir que, aunque se elimine el mercado, la economía seguirá en pie; lo único que se hace es atribuir al *planificador* el poder político de resolver, sin el sistema de precios de mercado y sin el conocimiento «local» que poseen millones de agentes económicos, los problemas de todos los ciudadanos. Este no es el «fin de la economía», sino su sometimiento a un poder político arbitrario y omnipresente; es, para emplear una expresión de Hayek, el triunfo de la «arrogancia fatal», ^[67] es decir de la ilusión de poder «gestionar» de forma centralizada una sociedad compleja.

4. ¿Poder o ley económica?

Contra la Escuela austriaca no se lanzaron exclusivamente las críticas

marxistas. A éstas se unieron las de la joven Escuela histórica alemana, capitaneada por Gustav Schmoller. Fue un ataque «cruzado», que parte de una plataforma común. En efecto, también los seguidores de Schmoller pensaban que las categorías económicas son categorías históricamente limitadas. Los marxistas querían sustituir las leyes de la economía por la primacía de la política, que se pretendía lograr mediante el plan único de producción y distribución. Los representantes de la Escuela histórica tenían igualmente como objetivo la primacía de la política. Pero, en lugar de recurrir a la planificación, pensaban implantar un sistema de intervencionismo generalizado, es decir a una especie de «socialismo de Estado».^[68]

La acusación lanzada por Schmoller y sus seguidores contra la economía política de no tener en cuenta el dato histórico-jurídico era, pues, el instrumento con el que trataban de liberarse de las leyes económicas — incapaces, según ellos, de captar lo *único* y lo *irrepetible*—, para poner en su lugar un poder político libre de vínculos y condiciones.^[69] Para comprender que la economía política no había vuelto la espalda al elemento normativo-institucional, basta recordar el empeño dedicado por David Hume a la filosofía del derecho,^[70] o recordar que Adam Smith concluyó su *Teoría de los sentimientos morales* con la promesa de una obra sobre los principios generales del derecho,^[71] promesa que no cumplió, como lo lamenta el propio Smith en la nota a la sexta y última edición de *Moral Sentiments*,^[72] pero cuyo vacío quedó colmado con el hallazgo de las *Lectures of Glasgow*.

Además, con referencia específica a la Escuela austriaca, destaquemos el siguiente testimonio de Wieser: «Yo y Böhm-Bawerk [...], como todos los economistas formados en Austria, [...] llegamos a la economía política a través del derecho, y siempre hemos recordado con gratitud el gran estímulo que nuestro conocimiento de la economía ha recibido de la severa disciplina jurídica. El derecho privado, ese modelo no superado de elaboración conceptual, es derecho patrimonial, derecho de la economía; sus límpidas fórmulas jurídicas están empastadas de elementos de economía. Del mismo modo, la historia del derecho romano, en cuanto expone la sucesión histórica de estas fórmulas jurídicas, es un trozo de historia de la economía, culminado mucho antes de que madurase la idea de escribir la historia económica en cuanto tal. Esta es la razón por la que el jurista austriaco es también experto en historia económica. Nosotros nos adueñábamos ávidamente de todo este rico material, pero precisamente el nítido orden en que se nos ofrecía

constituía un desafío a nuestro ardor juvenil. Veían la ciencia jurídica como algo cerrado, definitivo, que no requería nuevas tareas; *mientras que nosotros queríamos conocer en qué consiste el poder* que la ley da al propio legislador. Y entonces dejamos a un lado los códigos escritos y nos dirigimos a las leyes [...] no escritas, que regulan la vida económica de la sociedad.»^[73]

El testimonio de Wieser no podía ser más claro. Pero bien podría añadirse, en el caso de Böhm-Bawerk, que el trabajo con el que éste había conseguido la habilitación, *Rechte und Verhältnisse vom Standpunkte der volkswirtschaftlichen*

Güterlehre, es una auténtica aplicación de teoría económica del derecho.^[74] No es, pues, extraño que el propio Böhm-Bawerk quisiera, con el extraordinario rigor lógico de que era capaz, plantearse el interrogante: *Macht oder ökonomisches Gesetz?* (¿Poder o ley económica?).^[75] Se trataba de un compromiso que se había propuesto afrontar desde hacía muchos años; ^[76] y debemos felicitarnos de que consiguiera llevarlo a cabo.^[77]

Böhm-Bawerk responde a numerosas cuestiones. Pero la que debe plantearse en primer plano se refiere al *habitat* normativo de la actividad económica. Y aquí no da lugar al más mínimo equívoco: «tiene que haber un ordenamiento jurídico, sea cual fuere la forma en que esté constituido».^[78] Y más extensamente, afirma: «No existe literalmente *ningún* precio y *ninguna* distribución que no tenga una carga histórico-jurídica, a no ser que se trate de un verdadero atraco o cosa por el estilo. En cualquier sociedad civilizada tiene que haber un cierto ordenamiento jurídico que entra en acción siempre que dos sujetos sociales establecen una relación recíproca, y que, por lo tanto, al margen de cómo esté constituido, influye de un modo u otro en el contenido y en la forma de esa relación. De ahí que colocar los fenómenos distributivos bajo la “categoría social” —en oposición a la “natural”— signifique decir demasiado o demasiado poco. O se trata de una perogrullada que no puede menos de valer para cualquier fenómeno económico-social en virtud de su propio concepto —pues es evidente, por ejemplo, que ya el simple “trueque” jamás puede tener lugar entre un Robinson y sí mismo, sino sólo entre un sujeto social y otro sujeto social, con tal de que ambos sean propietarios, de acuerdo con el ordenamiento jurídico, de los bienes objeto del trueque. O bien, si implican algo más que esa perogrullada, se trata de una afirmación que va demasiado lejos.»^[79]

Así, pues, los fenómenos económicos se desenvuelven siempre dentro de un *habitat* normativo. El ordenamiento del mercado es el que tiene como base la propiedad privada. La primera pregunta que aquí surge es: ¿Puede el Estado, con sus interferencias, modificar el curso de los asuntos económicos? Böhm-Bawerk responde escuetamente a esta pregunta. Sabe que la economía política nació como crítica al Estado intervencionista y por lo tanto se limita a recordar que «en la vida económica existen unas leyes contra las cuales la voluntad humana, aunque sea la del Estado con todo su poder, resulta impotente».^[80] La ley de la demanda y la oferta «se ha podido observar innumerables veces, por ejemplo, sobre los intentos realizados por el gobierno [...] para reducir con su intervención “innatural” el precio del pan en tiempos de carestía, o bien para atribuir a una mala moneda el poder adquisitivo de otra buena».^[81]

Böhm-Bawerk explica por qué dedica tan poco espacio en *¿Poder o ley económica?* al intervencionismo estatal: «En el esbozo que he trazado [...] no he mencionado ni tratado en particular este último caso, por la sencilla razón de que, frente al caso mucho más frecuente del poder de las partes, se distingue más por su naturaleza externa que por la modalidad de sus efectos. Creo, por ejemplo, que la fijación por ley de un salario mínimo debe juzgarse en sus efectos con criterios análogos a aquellos con que se juzga la imposición salarial de una poderosa organización obrera.»^[82]

Böhm-Bawerk se limita casi exclusivamente a examinar los «efectos artificiales de las fuerzas sociales».^[83] Se detiene en las coaliciones empresariales y obreras. Su análisis se articula con riqueza de detalles. Explica que la verdadera cuestión consiste en establecer si las «cuotas distributivas» arrancadas con instrumentos de poder pueden ser *duraderas*.^[84] Y observa que tales efectos «significan bien poco o nada para el bienestar económico a largo plazo de las clases sociales».^[85] Detengámonos sobre algunos puntos más significativos.

Si los resultados artificiales se obtienen a través de coaliciones empresariales, no pueden ser permanentes. No lo son en el caso de que el acto de fuerza se realice dentro de un determinado sector productivo: «En efecto, aun cuando las dificultades personales ligadas al cambio de profesión para la generación de trabajadores ya especializada impidieran una apresurada fuga en masa del sector de producción menos remunerador [...], sin duda persistiría la acción lenta de la influencia derivada de la opción

profesional de la nueva generación.»^[86]

El acto de fuerza tendría entonces que generalizarse. Pero una coalición universal de los empresarios «es muy difícil de poner en marcha y más aún de mantener compacta durante mucho tiempo».^[87] «La persistencia de beneficios empresariales más elevados representa ya de por sí un estímulo tanto a la expansión de las empresas existentes [...], como a la creación de empresas nuevas, que se presentan como *outsiders* respecto a las que integran la coalición, y que naturalmente pueden sustraer a ésta el material obrero que necesitan sólo si les ofrecen un salario [...] más alto.»^[88]

Tampoco los actos de fuerza de las coaliciones obreras pueden obtener resultados duraderos. Los aumentos salariales conseguidos artificialmente no pueden ser permanentes: «Para evitar pérdidas netas insostenibles a largo plazo, los empresarios se ven en la necesidad de cubrir el aumento salarial con un aumento de la productividad marginal del trabajo. Y para conseguirlo —descartando que, de manera puramente casual, intervengan nuevos inventos para mejorar la situación, circunstancia que aquí no podemos tomar en consideración—, la única solución es» una nueva inversión de capital que lleve a la «reducción de plantilla. Y el paro forzado de una parte de los trabajadores oculta en sí [...] el germen de la disgregación de su coalición.»^[89]

La conclusión de Böhm-Bawerk es la siguiente: «el *diktat* imperativo del poder no puede actuar *contra* las leyes económicas del valor, del precio y de la distribución, sino sólo *dentro* de ellas, y no puede anularlas sino sólo confirmarlas. [...La] idea, bastante obvia aunque hasta ahora escasamente tomada en consideración, [es] que las influencias del poder social pasan y tienen que pasar por las fórmulas y las leyes de la teoría económica pura.»^[90]

Comentando *Macht oder ökonomisches Gesetz?*, escribe Schumpeter: «A menudo, a lo largo de sus investigaciones, [Böhm-Bawerk] se había topado con la difundida creencia de que los procesos económicos en general y la distribución de la renta de la producción en particular estarían dominados por el poder social de las clases y no por fenómenos de valor puramente económicos. Es un nuevo lugar común, aunque bastante difundido, y es sabido que en nuestro campo no podemos permitirnos el lujo de subestimar los lugares comunes. Y también hay que decir que efectivamente plantea un problema que él no podía menos de afrontar si quería estar seguro de la solidez de su edificio. [...] Para nosotros este ensayo es importante por las

indicaciones que proporciona acerca de la dirección en que debería proceder la investigación teórica, y sobre los numerosos problemas de detalle cuyos contornos no logramos aún ver claramente. Se trata de otras tantas advertencias que quiso hacernos llegar como último mensaje antes de dejarnos.»^[91]

Hoy podemos incluso decir más. Este ensayo forma parte de un mapa más extenso, a cuya elaboración contribuyeron, de manera original y decisiva, Böhm-Bawerk y toda la Escuela austriaca. Este mapa nos indica que la condición humana es una condición económica; y también que éste es un «dato» que ninguna fuerza y ningún proyecto para plasmar la realidad pueden suprimir o alterar de forma permanente. Es ésta una enseñanza de fondo de los «austriacos», una enseñanza a la que jamás falta la dimensión metodológica o el análisis de las consecuencias sociales y políticas. Es una lección que se ha fortificado precisamente en el aislamiento y en la dura hostilidad de que la Escuela austriaca ha sido a menudo objeto y que recibe una fuerte corroboración de las peripecias del siglo que ahora termina. Estas demuestran que todos los intentos de llegar al «fin de la economía» o de suspender las leyes económicas producen puntualmente inmensas tragedias sociales o graves fenómenos de destrucción del capital, de regresión económica y de desarticulación de la sociedad. Y demuestran también que el crecimiento de la economía y el de la racionalidad son dos aspectos de una única realidad.

*5. Böhm-Bawerk en defensa de Menger**

Böhm-Bawerk no se dedicó de manera específica a la cuestión metodológica, pero no dejó de oponerse a la «alta marea del escepticismo metodológico» impulsada por la Escuela histórica alemana de economía.^[92] Böhm-Bawerk se declara abiertamente «defensor» del método de Carl Menger.^[93]

Demuestra que los hechos no hablan por sí solos,^[94] que lo que el simple ojo no puede ver lo debe «reconstruir el ojo intelectual con una serie de especulaciones abstractas».^[95] Añade que no se pueden escribir ni siquiera «tres páginas sobre cuestiones económicas, aunque sea a la manera de la Escuela histórica, sin una teoría general; y que es imposible lograr una teoría general sin recurrir a deducciones abstractas»:^[96] «Es absolutamente

imposible escribir sobre cuestiones de economía, y naturalmente aún menos razonar sobre ellas, sin emplear conceptos y proposiciones de teoría general.»^[97]

Böhm-Bawerk reafirma, pues, la primacía del momento teórico en la construcción de la ciencia. Y acusa a los representantes de la Escuela histórica de servirse de la teoría inconscientemente: «Han expulsado de la ciencia a esas teorías por la puerta principal, pero se les han colado en sus trabajos por la puerta trasera [...]. Quien se tome la molestia de controlar puede encontrar [en sus obras] un nutrido florilegio de afirmaciones que sólo pueden formularse mediante la aceptación, probablemente involuntaria, de las doctrinas clásicas descartadas oficialmente.»^[98]

Los representantes de la Escuela histórica se comportan como aquellos rutinarios que, cuando «rechazan arrogantemente la teoría», lo único que suelen rechazar es «la teoría más nueva y avanzada», pero «inconscientemente se mantienen ligados a conceptos superados, que han penetrado en la práctica, en los juicios y en los prejuicios del sentido común».^[99]

Estos economistas pecan, pues, de «incoherencia».^[100] Todos saben que Roscher llenó sus famosos *Grundlagen der Nationalökonomie* con las despreciadas doctrinas de los economistas clásicos. En los altamente apreciados trabajos de Knies sobre el valor y sobre el dinero y el crédito, predomina el razonamiento abstracto-deductivo, y Hildebrand sigue el mismo camino cuando tiene que examinar temas análogos: «por ejemplo, el del valor o la explicación del fenómeno de que con frecuencia ciertas cosas útiles poseen escaso valor, mientras que otras comparativamente menos útiles tienen un gran valor».^[101]

No sólo esto. Böhm-Bawerk comparte la idea de Menger, según la cual los conceptos colectivos no indican realidades autónomas respecto a los sujetos que actúan: «Puesto que una comunidad o una nación [...] está compuesta de hecho por la totalidad de sus miembros, actúa no como una entidad [separada], sino» a través de las acciones de los individuos.^[102] De modo que atribuirle una existencia autónoma significa caer en un «flagrante error de duplicación» de la realidad.^[103]

6. *Ludwig von Mises y las ciencias sociales del siglo XX**

De Ludwig von Mises he aprendido más que de cualquier otro.

FRIEDRICH A. HAYEK

Todo lo que he aprendido, enseñado o escrito en el campo de la economía deriva, en mayor o menor medida, de lo que aprendí hace casi medio siglo en el ámbito de las lecciones y seminarios dirigidos en la New York University por Ludwig von Mises y de lo aprendido en los pasados cuarenta y cinco años en sus escritos.

ISRAEL M. KIRZNER

1. *Introducción*

Todos los que conocieron directamente a Ludwig von Mises o que, acercándose a su obra, tuvieron la posibilidad de comprobar su profundidad teórica, coinciden en considerarle una de las figuras intelectuales más significativas del siglo XX. Tras haber trabajado durante mucho tiempo a su lado y disfrutado de sus enseñanzas, Friedrich Hayek comparó a Mises, considerándolo incluso superior por su amplitud y profundidad temática, a hombres como Edwin Cannan, Frank Knight y Walter Eucken.

Mises fue el mayor representante de la tercera generación de la Escuela austriaca de economía, una «tradición de investigación» que tuvo su origen en la obra de Carl Menger y que, en su segunda generación, se benefició sobre todo de las aportaciones de Eugen von Böhm-Bawerk y de Friedrich von Wieser.

Mises debe ser considerado como «quien fue más allá que cualquier otro estudioso» en el «desarrollo coherente del planteamiento subjetivista» de la economía política y de la teoría de la acción.^[1] Como ha subrayado Hayek, «probablemente no es exagerado afirmar que todo avance importante de la teoría económica en los últimos cien años ha consistido en una aplicación más intensa y coherente del subjetivismo».^[2] Esto significa que «los fines de la actividad económica no pueden definirse en términos objetivos, sino sólo su relación a un propósito humano. Ni las “materias primas”, ni los “bienes económicos”, ni tampoco los “alimentos” o el “dinero”, pueden definirse en términos físicos, sino en función de las ideas que la gente tiene acerca de las cosas.»^[3] Tal es la concepción que hace de motivo inspirador dominante de la obra de Mises y, puede decirse, de toda la Escuela austriaca de economía.

Se trata de un subjetivismo ampliamente incontaminado que desmiente la ritual colocación de los «austriacos» en el tranquilo surco de la economía neoclásica. Si es cierto que la «revolución marginalista» une a Menger con Jevons y Walras, también lo es que, aun encontrándose con ellos en la misma encrucijada, Menger la cruzó en una dirección puramente subjetivista. Lo cual explica las razones del fracaso del intento realizado por Walras de implicar a Menger en una discusión teórica directa. La respuesta del austriaco fue inequívoca: «No hay coincidencia entre nosotros. Hay analogía de conceptos en algunos puntos, pero no en las cuestiones decisivas.»^[4] E idéntica fue más tarde la réplica de Böhm-Bawerk.

2. Contra el «punto de vista privilegiado sobre el mundo». La crítica de Carl Menger

Toda forma de vida cooperativa se desarrolla a través de la aceptación de una supuesta fuente privilegiada del conocimiento, o bien mediante su rechazo. El modo en que se «justifica» la adopción del «punto de vista privilegiado sobre el mundo» recurre siempre a los mismos motivos: los individuos son siempre

portadores de intereses egoístas y de falsos conocimientos. De donde la necesidad de un punto de vista «superior», capaz de elevarse por encima de la «perspectiva» individualista y de afirmar el punto de vista de la «colectividad», entendido como algo distinto y autónomo respecto a las «concepciones» de los individuos.

Como es sabido, se trata de una vieja historia. Podríamos remontarnos hasta Platón. Pero conviene fijarnos en tiempos más cercanos. En efecto, tal es el problema con que se topó plásticamente Rousseau. Su «voluntad general» aspira a «aniquilar» la voluntad particular o individual,^[5] para colocarse por encima de ésta.

¿Qué hacer? Rousseau escribe: «Para descubrir las reglas de sociedad que más convienen a las naciones se precisaría de una inteligencia superior, que viera todas las pasiones de los hombres y no experimentara ninguna; que no tuviera ninguna relación con nuestra naturaleza, y la conociera a fondo, cuya felicidad fuera independiente de nosotros, y que sin embargo quisiera realmente ocuparse de la nuestra; y que finalmente, labrándose una gloria futura con el paso del tiempo, pudiera trabajar en un siglo y disfrutar en otro.»^[6] De aquí la decepcionante conclusión de que «se precisarían dioses para dar leyes a los hombres».^[7]

Pero si se reconoce, como hace Rousseau, que sólo los dioses pueden ser portadores de un «punto de vista privilegiado sobre el mundo», entonces la jugada es perfecta. Parafraseando a Goethe, puede decirse que la búsqueda de la fuente privilegiada del conocimiento ha fascinado al mundo con la agria delicia de un problema insoluble: porque no existe el «punto de vista privilegiado sobre el mundo» y el intento de imponerlo equivale a reducir la capacidad realizadora de la vida social al «modesto nivel» de la parte que se arroga la prerrogativa de encarnar ese punto de vista.

El evidente naufragio de Rousseau no ha quitado fuerza a la presunción de poder en todo caso afirmar una fuente privilegiada del conocimiento. Cuando no se ha considerado hacer explícita la aspiración a este, se ha recurrido a aquella fórmula propedéutica e ilusoria que en Rousseau se expresa en los siguientes términos: «Si la sociedad general existiera fuera de los sistemas filosóficos, sería [...] un ser moral, con cualidades propias, distintas de las de los seres particulares que la integran, poco más o menos como los compuestos químicos dotados de propiedades que *no reciben de ninguna de las sustancias que los componen* [...]; *el bien o el mal público no*

sería sólo la suma de los bienes o de los males privados como fruto de una simple agregación, sino que estaría en el vínculo que los une, sería mayor que su suma.»^[8]

El concepto de sociedad en cierto modo se reifica. Y esto lleva a pensar que el producto de la interacción entre los individuos no está *absorbido* por los mismos sujetos y que se *crystaliza* en cambio en una «tercera persona» *real*, distinta de esos individuos. Lo cual proporciona el terreno para el crecimiento de la idea del punto de vista de la «colectividad» o de la «sociedad», como entidad distinta de los actores sociales.

Esta fórmula ha tenido un amplio arraigo. Se recuerda sobre todo en las páginas durkheimianas, donde se dice que «el todo no es idéntico a la suma de las partes».^[9] Para lo que aquí nos interesa, es importante notar que esa fórmula fue adoptada por la «vieja» y por la «joven» Escuela histórica alemana de economía. Wilhelm Roscher afirmó exactamente que «la economía nacional es algo distinto de una mera yuxtaposición de una multitud de economías privadas, lo mismo que un pueblo es más que una simple agregación de individuos y la vida del cuerpo humano es algo distinto de la amalgama de elementos químicos».^[10] Y Gustav Schmoller sugirió a su vez que con la «palabra *Volkswirtschaft* se creó un nombre colectivo que es al mismo tiempo un nombre individual»: porque «al comprender bajo este término las economías particulares de todo un pueblo, demuestra que todas las economías dan lugar a un agrupamiento que se puede y se debe considerar real».^[11]

Ahora bien, aun cuando dedicara «con respetuosa admiración» sus *Grundsätze* a Wilhelm Roscher, Carl Menger puso como base de su propia elaboración teórica el rechazo de cualquier forma de reificación de los conceptos colectivos. Mejor dicho, es éste un punto sobre el que lanzó un claro desafío a la Escuela histórica alemana de economía. Escribe Menger: «El *pueblo* como tal no es un sujeto en grande que tiene necesidades, que trabaja, trafica y compite, y lo que se denomina economía política (*Volkswirtschaft*) no es la economía de un pueblo en el sentido propio del término. La “economía política” no es un fenómeno análogo a las economías individuales [...], una economía individual en grande, y menos aún algo que se contrapone o que existe al lado de las economías individuales. En su forma fenoménica más general, es propiamente una multiplicidad de economías

individuales.»^[12]

Para mayor claridad, Menger escribe también: «Por el simple hecho de que muchas personas, hasta ahora económicamente aisladas, establezcan — sin renunciar a sus fines y a sus actividades económicas privadas— relaciones económicas de intercambio (por tanto, en realidad comienzan a perseguir sus propios intereses *individuales* de una manera más adecuada que antes), sus economías hasta ahora aisladas no se transforman ni en *una* economía común, ni una tal economía se añade a las anteriores. Por este hecho las economías hasta ahora aisladas reciben tan sólo una organización por la cual ciertamente pierden su carácter de aisladas, pero no su cualidad de *economías singulares*. Esto sólo sucedería si todo sujeto económico renunciara a sus propios fines y a sus propias actividades económicas, a su *propia* economía.»^[13] Esto equivale a decir que la «economía política» sería «una economía individual en grande» sólo si los distintos operadores renuncian, o se les obliga a renunciar, a su autonomía de elección. Lo cual sucede cuando se afirma el «punto de vista privilegiado sobre el mundo». La reificación de los conceptos colectivos es, pues, siempre el presupuesto para introducir una «fuente privilegiada del conocimiento».

Hay más. Aun no habiendo dedicado una parte relevante de su propia reflexión a los problemas metodológicos, Böhm-Bawerk no ha dejado de poner de relieve el «flagrante error de duplicación» de la realidad producido por la reificación de los conceptos colectivos.^[14] Esto significa que los mismos conceptos colectivos, que son sólo «estenogramas a través de los cuales nos referimos sintéticamente a la acción de varios individuos, se convierten —una vez reificados— en entidades dotadas de vida separada y autónoma, desdoblada por las acciones individuales».^[15] Los individuos son así confinados en un espacio heterodirigido. Aplastados por las entidades colectivas, no actúan, sino que son sujetos pasivos de la acción. De donde la imposibilidad de considerar las acciones humanas como causas y su degradación al rango de consecuencias. Lo cual hace imposible la correcta imputación causal (libera al individuo de cualquier responsabilidad).^[16]

3. Individualismo metodológico y teoría monetaria

Mises ha hecho propia rigurosamente la lección metodológica de Menger (y

Böhm-Bawerk). Las acciones humanas pueden generar resultados intencionados y/o no intencionados. Pero son causas, no consecuencias producidas por la intervención de supuestas entidades colectivas. Es éste el «individualismo metodológico» de la Escuela austriaca, utilizado por Mises desde sus primeros y pioneros estudios sobre el dinero. Adoptando la misma fórmula de Menger, Mises afirma: «La comunidad económica [...] como tal [...] no es un agente económico.»^[17] Su punto de partida coincide, pues, con el rechazo a reificar los conceptos colectivos. Lo cual, aplicado a la teoría monetaria, equivale a decir que la «comunidad» demanda dinero «sólo en tanto en cuanto lo demandan sus miembros individuales», de modo que «la demanda de dinero de la comunidad económica no es otra cosa que la suma de las demandas de dinero de los agentes económicos individuales que la componen».^[18]

De ello se deriva que «un aumento de la cantidad de dinero de una comunidad significa siempre un aumento en la cantidad de dinero de un cierto número de agentes económicos, ya sean éstos los que emiten dinero-signo o los productores de la sustancia de la cual se hace el dinero-mercancía. Para estas personas, la relación entre la demanda y la cantidad de dinero se encuentra alterada; ellos tienen un relativo exceso de dinero y una relativa escasez de otros bienes económicos. La consecuencia inmediata de ambas circunstancias es que para ellos disminuye la utilidad marginal de la unidad monetaria. Esto necesariamente ha de influir en su conducta en el mercado. Como compradores se encuentran situados en una posición más fuerte. Ellos expresarán ahora en el mercado su demanda de aquellos bienes que desean más intensamente que antes».^[19]

A través de su planteamiento individualista, Mises explica a continuación que «el aumento de la cantidad de dinero no quiere decir que aumente la renta de todos los individuos», porque «aquellos grupos de la comunidad que son los últimos en ser alcanzados por la cantidad adicional de dinero experimentan una reducción en sus rentas como consecuencia de la disminución en el valor del dinero producida por el aumento de su cantidad».^[20]

¿De qué se trata? «Para los partidarios de una interpretación mecánica de la teoría cuantitativa»,^[21] los «elementos de la ecuación no son apuestas de una economía individual, sino categorías del sistema económico en su conjunto y, por consiguiente, las variaciones no son referibles a los individuos sino al sistema, a la *Volkswirtschaft* como un todo».^[22] Lo cual

induce a pensar que el aumento de la cantidad de dinero lleva a «un aumento uniforme de los precios de todos los bienes económico». ^[23] Pero no es así, porque «el aumento de la cantidad de dinero se recibe únicamente por un limitado número de agentes económicos» y no por todos. ^[24] En todo caso, el periodo de adaptación a los precios que tendrá lugar no producirá aumentos de carácter proporcional, o sea, la disminución del poder de compra del dinero no afectará de manera uniforme a los distintos bienes económicos. ^[25] Así, pues, el dinero no es «neutral».

Lo que Mises sostiene tiene carácter innovador. Lo tiene respecto a la tesis de John St. Mill; y lo tiene también respecto a las tesis de Menger y de Böhm-Bawerk. Fijémonos ante todo en Mill, dando sin embargo un paso atrás respecto a su obra.

Corresponde a Richard Cantillon el mérito de haber sido el primero en plantear el problema: «El señor Locke pone como máxima fundamental que la proporción entre la cantidad de mercancías y la cantidad de dinero sirve como regla al precio de mercado [...]: ha entendido perfectamente que la abundancia de dinero produce un encarecimiento en todas las cosas, pero no ha precisado de qué manera esto tiene lugar. La gran dificultad de este análisis consiste en saber de qué modo y en qué proporción el aumento del dinero provoca una subida del precio de las cosas.» ^[26] Tampoco David Hume dejó de subrayar que «alteraciones en la cantidad de dinero [...] no van acompañadas inmediatamente de alteraciones proporcionales en el precio de las mercancías». ^[27] Afrontando a su vez la cuestión, Mill se refería a Hume, pero de forma incorrecta. Retomó la hipótesis introducida por el escocés en el tratamiento del interés («supongamos [...] que, por un milagro, en una noche se deslizaran en el bolsillo a toda persona en Gran Bretaña cinco esterlinas [...]), ^[28] pero la utiliza con referencia a la cuestión del dinero. Y, después de reconocer que «los bienes superfluos del pobre aumentarían inmediatamente de precio mucho más que los otros», afirma que «si todo el dinero en circulación se doblara, también los precios se doblarían». ^[29] Mill, pues, sigue ligado a la idea de la neutralidad del dinero.

Consideremos ahora los predecesores directos. Su posición la explica así Mises: «Tanto Menger como Böhm-Bawerk habían partido de la tácita suposición de la neutralidad del dinero. Habían desarrollado la teoría del intercambio directo y estaban convencidos de que, con la construcción puramente ideal de un mercado de intercambio directo, sin uso de dinero, se

habrían podido resolver definitivamente todos los problemas de la teoría económica. Ahora bien, a la luz de mi teoría de la necesaria no-neutralidad del dinero, esta concepción resultaba ser insostenible. Pero Böhm-Bawerk se negaba a admitirlo. No ponía ningún reparo contra la congruencia lógica de las argumentaciones de mi análisis gradualista; no negaba el resultado, es decir, el hecho de que el cambio de poder adquisitivo no modifica ni simultánea ni uniformemente los precios de las distintas mercancías y servicios y que no es exacto que los cambios en la cantidad de dinero modifiquen en la misma proporción, *ceteris paribus*, el “nivel” de los precios. Pero opinaba que se trataba de un “fenómeno de fricción” y que la vieja teoría era “en principio correcta”.»^[30]

Todo esto podría inclinar a ver a Mises como el fundador de una «nueva» Escuela austriaca.^[31] Sin llegar a tal punto, se puede simplemente afirmar que la teoría monetaria de Mises, al insistir no tanto en lo que Menger y Böhm-Bawerk «habían dicho como más bien a lo que no habían dicho»,^[32] lleva a cabo una significativa ampliación del edificio teórico «austriaco».

Como es sabido, con la segunda edición de la *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel* (1924) y con el ensayo de 1928 sobre *Geldwertstabilisierung und Konjunkturpolitik*, Mises llegó a formular la que luego se denominó «teoría austriaca del ciclo económico». Su base es exactamente la negación de la neutralidad del dinero. Su cuerpo central es el proceso económico que desencadena el aumento de la liquidez monetaria. Lo cual constituye —como recuerda Friedrich Hayek— la cuestión «fundamental que el maestro de todos nosotros, Ludwig von Mises, jamás se cansó de subrayar». ^[33]

Es claro que la teoría de Mises se beneficia de las precedentes aportaciones de Knut Wicksell. Pero es sabido que el economista sueco era en gran medida deudor de Böhm-Bawerk y de las teorías del capital y el interés que éste formuló.^[34] Y, siguiendo esas teorías, pensaba que, una vez reducido el tipo de «interés sobre el capital, resultarán relativamente más ventajosos aquellos sectores de producción que requieren, en función de sus condiciones técnicas, un periodo *más largo* de producción, mientras que resultarán menos ventajosos aquellos sectores de producción de duración *más breve*; los primeros se expanden, los segundos se contraen». ^[35]

Sobre el alargamiento del periodo de producción, Mises adopta una

posición más articulada que la de Wicksell. En este sentido escribe: «Cuando, bajo una expansión crediticia, la totalidad de los sustitutos monetarios adicionales se invierte en préstamos a los negocios, la actividad mercantil se incrementa. Los empresarios amplían lateralmente la producción (es decir, no alargan el periodo de producción de ninguna industria) o la amplían longitudinalmente (o sea, dilatando el periodo de producción). Las nuevas explotaciones, en cualquiera de los casos, exigen la inversión de factores de producción adicionales. Sin embargo, la cuantía de los bienes de capital existentes no ha aumentado. Por otra parte, la expansión crediticia no provoca una tendencia hacia la restricción del consumo.»^[36]

Sea como fuere, el hecho es que, convencidas de que pueden alimentar el desarrollo económico a través del «dinero barato», las autoridades públicas emprenden el camino engañoso de la expansión monetaria. Se crea así una «falsa impresión de rentabilidad», que induce a injustificadas inversiones.^[37] Si las mismas autoridades, para evitar el colapso del dinero, deciden poner fin a esa expansión, las «iniciativas económicas iniciadas gracias al artificial descenso del tipo de interés y que se mantuvieron gracias a una igualmente artificial elevación de los precios, no son ya rentables. Algunas empresas reducen la producción, otras cierran o quiebran.»^[38] No hay desarrollo, sino destrucción de capital. Por lo demás, la expansión monetaria y la inflación no pueden continuar hasta el infinito: si se crea la convicción de que no se producirá el fin del proceso inflacionista, «nadie quiere retener el dinero, porque su posesión implica pérdidas cada vez mayores de un día para otro [...]. Eso es lo que sucedió en Alemania y en otros países que siguieron una política de prolongada inflación.»^[39] La rendición de cuentas es en todo caso inevitable, como inevitables son las destrucciones de capital.

Las fases del ciclo pueden hoy ser sometidas a una «lectura» más completa y, en algunos puntos, distinta de la de Mises. Sin embargo, como justamente escribe José Antonio de Aguirre, «todo parecía indicar que [...] tasas muy altas, de dos dígitos o que aceleren continuamente su crecimiento, causan esa desorganización de la estructura productiva» de la que habla Mises,^[40] quien tuvo que afrontar fenómenos de este tipo. En todo caso, es indudable que el aumento de la liquidez alimentado por el gasto público provoca un «enriquecimiento» de sus beneficiarios, que suelen ser operadores «próximos» a la clase política. Lo cual vulnera el principio de la igualdad jurídico-formal de los ciudadanos y provoca un proceso de concesión de

«favores» y «protecciones» en el que se encuentra necesariamente implicado el parlamento y que mina la vida del Estado de derecho.^[41]

Como es sabido, la primera edición de la *Theorie des Geldes* fue recensionada por John Maynard Keynes en el *Economic Journal*. Keynes concluía así su escrito: «El lector cierra [...] el libro con la sensación decepcionante de que un autor tan inteligente, sincero y de vasta cultura nos haya ayudado muy poco a comprender claramente los fundamentos de su tema.»^[42] Dieciséis años más tarde, Keynes reconocerá su más bien precario conocimiento del alemán.^[43] Y Mises comentará: «No fue culpa mía el que Keynes no encontrara mi libro ni original ni constructivo y que no lograra conseguir una clara comprensión de los problemas.»^[44]

Otros estudiosos, sin embargo, acogieron la *Theorie des Geldes* de manera muy distinta que Keynes. Baste pensar en la recensión de Knut Wicksell^[45] o en el juicio formulado, en 1917, por Benjamin M. Anderson en su libro sobre el valor del dinero.^[46] La segunda edición de la *Theorie*, en 1924, contó con una importante recensión de Albert Hahn.^[47] Posteriormente, la llegada de Hayek a Londres y la traducción inglesa, promovida por Lionel Robbins en 1934, habrían podido fomentar una difusión más amplia y consciente de las ideas de Mises. Sin embargo, como justamente ha recordado Ludwig Lachmann, la teoría austriaca fue sometida durante aquellos años a un durísimo «ataque».^[48] Se trató de una auténtica «agresión», cuya finalidad no puramente científica aparece hoy con toda claridad.^[49] Y así se afirmó la convicción de poder perseguir el «pleno empleo» mediante un permanente proceso inflacionista. Lo que desde Cantillon y Hume se había dicho contra semejante «receta» fue, como subraya Hayek, «anegado por el torrente keynesiano, que hizo retroceder a los economistas a un estado de conocimiento que había sido superado mucho antes y reabrió las puertas a errores de política gubernativa de los que nuestros abuelos se habrían avergonzado».^[50] Como escribió John Hicks, «el mundo en que vivimos es un mundo en el que el sistema monetario se ha hecho relativamente elástico [...] y no es exagerado decir que, en lugar de encontrarnos en un sistema de *gold standard*, estamos en un sistema de *labour standard*». ^[51] La consecuencia es que la economía política, nacida como crítica a las interpretaciones del gobierno, se ha transformado con harta frecuencia en un dócil instrumento de «legitimación» de la intervención

política en el mercado. Las intenciones, o las nuevas «justificaciones» de la acción, han prevalecido así sobre los resultados. Lo cual constituye una auténtica debilitación de la razón crítica.

4. *La escasez de los medios y la crítica a la economía planificada*

Entre las cosas que Mises reprochó a Menger y Böhm-Bawerk está el hecho de no haber «sustituido la insuficiente delimitación del campo de la economía política efectuada por John Stuart Mill por una definición más convincente de sus límites».^[52]

Mises tiene toda la razón. Sin embargo, como él mismo observa, nadie puede percatarse de todas las implicaciones de la propia teoría, sobre todo cuando además se trata de una teoría innovadora.^[53] Menger pensaba que el aspecto económico es sólo un aspecto restringido de la acción humana y no una ineliminable característica del mismo. O sea: entendía la economía como una ciencia encaminada a mostrar teóricamente «las manifestaciones del egoísmo humano en la actividad dirigida a satisfacer las necesidades económicas.»^[54] Y Böhm-Bawerk dividía la teoría del precio en dos partes. La primera debería «desarrollar *la ley del fenómeno fundamental en toda su pureza*», es decir, considerando a las personas que participan en el intercambio como motivadas únicamente por el objetivo de «obtener una ventaja de intercambio inmediato».^[55] La segunda parte de la teoría debería tener la función de estudiar «las modificaciones de la ley fundamental resultante del concurso de otros motivos y condiciones de hecho».^[56]

Las definiciones de Menger y Böhm-Bawerk recalcan la posición de John Stuart Mill, el cual pensaba que la economía política tenía que ocuparse del hombre «sólo en cuanto sujeto que desea poseer riqueza», de modo que la función de la ciencia económica debería ser predecir «los fenómenos de la condición social, que se producen como consecuencia», cabalmente, de la «búsqueda de la riqueza».^[57]

Mises se dio cuenta inmediatamente de que, aplicado con coherencia lógica, el subjetivismo mengeriano permitiría una supresión radical de la posición milliana. No es el fin, la «búsqueda de la riqueza», el que hace que una acción sea económica. Y por la economía no se interesa sólo el «hombre de negocios». Hay que partir, en cambio, de la escasez de los medios. Esta

escasez connota toda acción. De donde la conclusión de que, respecto a los medios, todas las acciones son económicas.

Como nos recuerda en sus páginas autobiográficas, Mises fue consciente de que, sin una clarificación del concepto de economía, no sería posible someter el socialismo a una verdadera crítica.^[58] La condición de escasez es la idea que guía su elaboración, cuyos primeros resultados expone en estos términos: «Si el hombre tuviese a su disposición todas las fuentes exteriores de riqueza, en abundancia tal que por su actividad pudiese alcanzar una satisfacción completa, usaría de estos recursos con la más perfecta despreocupación. Para él se trataría sólo de emplear su actividad personal, el esfuerzo de su propia potencia, su vida que pasa —todo muy limitado a costa de sus numerosas necesidades— para alcanzar el éxito más grande y mejor posible. Sería ahorrativo [...] de su trabajo y de su tiempo. Pero como los bienes materiales son reducidos en comparación con las necesidades, es preciso emplearlos primero en las más apremiantes.»^[59]

De aquí el rechazo a la «división tradicional entre motivos económicos y no económicos», invalidada por el «hecho de que por un lado el fin “de la acción” se sitúa fuera del campo de la ciencia económica y por otro que toda acción, dada la condición de escasez en que se desarrolla, es siempre económica».^[60] Debemos, pues, denominar acciones «puramente económicas», o «económicas en sentido estricto», a las actividades susceptibles de valoración monetaria.^[61] Y debemos también reconocer que, al no ser posible eliminar la escasez, también las acciones no susceptibles de esa valoración son económicas, si bien en sentido lato.^[62]

Mises precisa todo esto cada vez mejor, pasando por los *Grundprobleme der Nationalökonomie* hasta la *Acción Humana*. Y reconoce a Hermann H. Gossen como su predecesor en la crítica del socialismo; crítica que, según la explícita afirmación de Mises, no es sino el «corolario necesario e irrefutable de la teoría subjetiva del valor».^[63] En efecto, ya en 1854 había escrito Gossen: «De las proposiciones sobre el goce halladas anteriormente, y por tanto sobre el aumento o sobre la disminución del valor de toda cosa con la disminución o el aumento de la cantidad, y del modo en que se fijan los precios, se sigue que *sólo* con el establecimiento de la propiedad privada se encuentra la medida para *la determinación de la cantidad más oportuna que de todo objeto se debe producir según las circunstancias*. Por eso la

autoridad central proyectada por los comunistas para la distribución de las tareas y de su retribución se darían pronto cuenta de que se ha planteado un problema cuya solución supera con mucho las fuerzas de los individuos».^[64]

Mises no hace ninguna referencia a Friedrich von Wieser, que ya en 1889, en *Der natürliche Wert*, no había dudado en escribir: «También en un Estado de economía comunista los bienes seguirían teniendo valor. Las necesidades subsistirían, los bienes disponibles seguirían siendo insuficientes para su completa saturación y el hombre estaría siempre pegado a la posesión.»^[65] Y, en cuanto a la teoría del valor-trabajo, había afirmado exactamente: «Los sueños de libertad política, igualdad y fraternidad e incluso los religiosos de un Reino de Dios en la tierra, aunque fantásticos, no muestran nunca ignorar tan completamente su objeto como la teoría socialista del valor.»^[66] Wieser concluía así: «Los fenómenos elementales del valor nos son conocidos [...]. Si se descuidaran estos elementos, la producción se convertiría en un caos.»^[67]

En su crítica a la economía planificada, Wieser, pues, debe ser considerado como un precursor de Mises; un precursor que el propio Mises conocía como tal, ya que las difíciles relaciones que mantuvo con Wieser no significan en absoluto ignorancia de la obra de este último.

Mises ignoraba en cambio el trabajo de Nikolaas G. Pierson, cuyo escrito sobre la economía socialista se publicó en 1902 en holandés. Mises lo leyó en la traducción alemana de Friedrich Hayek, realizada en 1924 y publicada en 1925, con posterioridad por tanto al ensayo de 1919 publicado en 1920 y a la primera edición de *Gemeinwirtschaft*.^[68] En realidad, la crítica de Pierson es también anterior al escrito de 1902. La había formulado originariamente algunos decenios antes y desde entonces venía repitiendo en reuniones públicas la inevitabilidad de la quiebra económica del comunismo y del socialismo.^[69] Preocupados de esto, los socialistas holandeses pidieron a Karl Kautsky, entonces máxima autoridad teórica del socialismo, que respondiera al desafío de Pierson. Kautsky pronunció en Holanda en 1902 un par de conferencias: la primera el 22 de abril en Amsterdam y la otra el 24 en Delft. Esta última en particular, con el prometedor título de *Al día siguiente de la revolución*, debía proporcionar a los militantes socialistas holandeses argumentos contra la tesis de Pierson. Pero Kautsky demostró en aquella circunstancia que ni siquiera había entendido los términos del problema en

cuestión.^[70] Pierson, por su parte, presente en aquella conferencia, no pidió poder responderle. Sus observaciones críticas se encuentran en el ensayo de 1902, donde repite en parte los argumentos ya expuestos con anterioridad, pero añade las afirmaciones lapidarias siguientes: «El fenómeno del valor no puede eliminarse, como no puede eliminarse la fuerza de la gravedad. Lo que es escaso y útil *tiene valor*. Es ciertamente posible en una sociedad comunista impedir que el valor se convierta en fuente de beneficios para los particulares, pero anular el valor está más allá de todo poder humano. El valor no es el efecto, sino la causa del intercambio.»^[71] Pierson, además, no ignoraba las consecuencias contrarias a la libertad individual producidas por la eliminación de la propiedad privada y por la unificación en una sola mano del poder político y el poder económico.^[72]

Así, pues, Mises no conocía la postura de Pierson. Tenía como aceptado precursor a Gossen y la callada ascendencia de Wieser. Sobre todo, había comprendido perfectamente —ya lo hemos dicho— que la imposibilidad del cálculo en una economía planificada «no es sino el corolario necesario e irrefutable de la teoría subjetiva del valor». Y así explicó que, sin la institución de la propiedad privada y la consiguiente autonomía individual, las preferencias personales no son ya la base del intercambio y no se concretan en el sistema de precios, que es una agregación de esas preferencias. «Ciertamente el cálculo monetario tiene imperfecciones y defectos graves, pero nada mejor tenemos con que sustituirlo [...]. Si renunciamos a servirnos de él, se hace totalmente imposible cualquier cálculo económico», por lo que «el socialismo es la supresión de lo racional y, por ello mismo, de la economía».^[73]

Es oportuno recordar que, en el mismo periodo en que Mises formuló su propia teoría, Boris Brutzkus llegaba de manera autónoma a las mismas conclusiones. La traducción alemana de su trabajo se publicó sólo en 1926; la inglesa es de 1935. Según Brutzkus, «es cierto que la leche se produce, que el pan se hornea [...], que el carbón se transporta; pero nadie está en condiciones de decir cuánto cuestan esos procesos».^[74] Y añade incisivamente que «*sin cálculo, toda acción económica racional [...] resulta imposible*».^[75]

Si Brutzkus desarrolló su trabajo independientemente, Max Weber en cambio hizo suya la posición de Mises. No dudó en afirmar que «el máximo grado de racionalidad de la acción económica, en cuanto medio de orientación para el cálculo, se consigue por el cálculo monetario en la forma

del cálculo del capital».^[76]

Se nos preguntará: ¿qué lugar ocupan Pareto y Barone? Seguramente criticaron la planificación económica. Y lo hicieron antes que Mises. Pero vivían dentro de los esquemas del equilibrio económico general. Por eso Pareto se limitó a decir que el problema «supera la capacidad del análisis algebraico» y que por tanto hay que «confiar en la solución práctica que da el mercado».^[77] Y Barone comparte la posición de Pareto, añadiendo tan sólo algún detalle: los que piensan en eliminar el mercado «demuestran simplemente que no tienen la más mínima idea de lo que es la producción, y que nunca se han aplicado a estudiar a fondo el problema con el que tendrá que enfrentarse quien de él se ocupe en el Estado colectivista».^[78]

Sabemos que Schumpeter defendió inexplicablemente la idea de que en Barone estaba la solución al problema del cálculo económico en régimen de planificación.^[79] Pero este no es más que un pequeño fragmento de aquel extenso y nefasto prejuicio que rodeó por todas partes, incluso las más impensadas, la crítica de Mises a la economía planificada. Y hoy, cambiados los tiempos y las circunstancias, liquidada la ilusión de poder sustituir el mercado por algo socialista, la mejor apreciación que puede hacerse de la obra de Mises es tal vez la que entonces expresó, en un campo abiertamente adverso, Oskar Lange: «Los socialistas tienen ciertamente buenos motivos para estar agradecidos al profesor Mises, el gran *advocatus diaboli* de su causa: ha sido en efecto el desafío lanzado por él el que les ha obligado a reconocer la importancia de un adecuado sistema de cálculo económico como guía para la distribución de los recursos en una economía socialista. Y, lo más importante, es mérito principal de este desafío el que muchos socialistas se hayan dado cuenta de la misma existencia de este problema. Aunque Mises no haya sido el primero en plantearlo, y aunque no todos los socialistas lo desconocieran del todo, como a menudo se sostiene, es cierto sin embargo que [...] el mérito de haber obligado a los socialistas a afrontar sistemáticamente este problema corresponde enteramente al profesor Mises. Su estatua debería ocupar el lugar de honor en el gran atrio del Ministerio de la Socialización o del Comité Central para la Planificación del Estado Socialista, como reconocimiento del gran servicio que él prestó y como advertencia sobre la gran importancia de un buen cálculo económico.»^[80]

La crítica de Mises fue más pertinente de lo que Lange pensaba. Tanto es así que las vicisitudes históricas, exactamente como Mises había previsto,

llevaron al derrumbamiento de los regímenes de planificación económica. Y de este modo impidieron que el monumento auspiciado se edificara al fin y pudiera representar, más que un reconocimiento, una trágica paradoja.

5. *Del intervencionismo económico al socialismo*

Además de a través del plan único de producción y distribución, el socialismo puede ser realizado mediante un sistema generalizado de intervenciones de los poderes públicos. Es éste un tema al que Mises dedicó una atención no menor que la dirigida a la economía planificada.

¿Qué es el intervencionismo? Sigamos a Mises: «Casi todos los que se ocupan de problemas de política económica, y con ellos casi todos los gobernantes y líderes de partidos, siguen ahora como nuevo ideal un sistema que, según ellos, no sería ni capitalista ni socialista, es decir, no contemplaría ni la propiedad privada ni la propiedad colectiva de los medios de producción: un sistema en el que la propiedad privada sería limitada, regulada y dirigida por intervenciones del gobierno y de otras fuerzas sociales dotadas de poderes coactivos (por ejemplo, los sindicatos). Llamamos *intervencionismo* a la política económica que persigue este ideal, y economía controlada al sistema que de él resulta.»^[81]

En la época en que Mises hacía estas afirmaciones, la Unión Soviética había puesto en marcha la NEP (Nueva Política Económica). Ésta preveía el mantenimiento del poder político totalitario y el restablecimiento, para hacer frente a la desastrosa caída de la producción, de algunas formas muy parciales de propiedad privada. Era, pues, legítimo pensar entonces que el intervencionismo pudiera afirmarse como la política del «comunismo moscovita y del fascismo».^[82] Analizando «los programas y la acción de los partidos de Alemania, de Inglaterra y de los Estados Unidos, advertimos que la diferencia entre ellos se refiere al *cómo* y no al *si* hay que intervenir».^[83]

Sabemos cuál fue el destino de la NEP. Queda, sin embargo, una pregunta: ¿puede el intervencionismo constituir la base de un sistema de tipo socialista? Tratemos de responder a través de las propias palabras de Mises: «El intervencionismo pretende salvaguardar la propiedad privada pero al mismo tiempo quiere regular la actividad de los propietarios de los medios de

producción a través de normas imperativas y sobre todo de prohibiciones. Cuando este control se lleva hasta el punto en que todas las decisiones importantes dependen de las directrices del gobierno; cuando ya no es el motivo del beneficio de los propietarios de los medios de producción, de los capitalistas y de los empresarios, sino la razón de Estado, lo que decide qué es lo que hay que producir y cómo producirlo, lo que tenemos es un orden socialista, aunque se mantenga la etiqueta de la propiedad privada.»^[84]

Que el intervencionismo dé a la propiedad una existencia exclusivamente formal no es sólo una conclusión de Mises. Es un objetivo declarado de sus defensores. Othmar Spann escribió explícitamente que la propiedad privada debe tener una existencia sólo formal, ya que, desde el punto de vista sustancial, la misma debe ser colectiva, es decir, estar sometida al «todo supremo, el Estado».^[85] Por lo demás, ya Schmoller había exaltado el intervencionismo mercantilista, cuyas «respuestas» consideraba él «más próximas a la realidad que la teoría de Adam Smith»,^[86] porque ponían la política como variable independiente. De donde el significativo pasaje siguiente: «Comprendo las razones por las que algunos se preguntaron si Cromwell o Colbert incrementaron la propiedad nacional en su conjunto y en cambio no se preguntaron si perpetraron injusticia en perjuicio de los extranjeros. La justicia histórica no pide más: aprueba los sistemas de gobierno que ayudan a un pueblo a alcanzar el objetivo de la grandeza nacional y de la unidad moral, en un determinado tiempo y con los medios de este tiempo, en el interior y en el exterior.»^[87]

Si todo debe subordinarse a la «grandeza nacional», es decir, a la política como «punto de vista privilegiado sobre el mundo», la propiedad no puede entonces sino tener una existencia formal, y no puede ya garantizar la autonomía individual. Todo esto significa que el socialismo puede realizarse a través de dos modelos diferentes. El primero se basa en el plan único de producción y distribución; el segundo, que Mises llama «sistema alemán», es aquel que conserva sólo «nominalmente» la «propiedad privada de los medios de producción, la empresarialidad y los intercambios de mercado».^[88]

Aquí es necesario hacer una precisión. Intervenciones aisladas de las autoridades públicas no son aún una forma de economía socialista, es decir, no pueden confundirse con el modelo alemán de socialismo.^[89] Pero un sistema generalizado de intervenciones, que se afirme también «paso a paso», puede llegar «a un punto donde toda libertad económica de los individuos

desaparece, y entonces estamos frente a frente del socialismo tipo alemán».

[90]

Menger comprendió desde el primer momento la amenazante trayectoria que las intervenciones públicas podían recorrer. Afirmaba que, incluso «contra la intención de sus defensores», las intervenciones autoritarias conducen «inevitablemente al socialismo».[91] Mises se encontró ante los acontecimientos, y los descifró con el mismo método de Menger. Las manipulaciones monetarias —el tema de sus primeros estudios— son ya un ejemplo de intervención de las autoridades públicas que, «incluso contra la intención de sus defensores», produce destrucción de capital. Y efectos opuestos a los prefijados se obtienen con las prohibiciones aduaneras, con las restricciones productivas, con el control de los precios, con la fijación de los niveles salariales, etc. La consecuencia es que toda intervención que yerra su propio objetivo empuja hacia la introducción de otras medidas intervencionistas. Y un sistema generalizado hace al Estado «omnipotente», vacía de contenido la propiedad privada. Las políticas intervencionistas abren así el camino al socialismo. Y quien desea el socialismo puede recorrer el camino intervencionista.

Difiere el modo en que ambos tipos de socialismo (el marxista y el nacionalsocialista) se «justifican». El primero proclama la lucha entre las clases, pero no entre los pueblos; el segundo predica la guerra entre los pueblos, pero no entre las clases.[92] Pero ambas formas de socialismo tienden a anular la autonomía individual a través del restablecimiento del «punto de vista privilegiado sobre el mundo», a través en el primer caso del plan único de producción y en el segundo caso por la tupida trama de controles e intervenciones de los poderes públicos. Mises desarrolló la crítica a la economía planificada y a la del intervencionismo casi al mismo tiempo. Y podemos imaginar fácilmente las reacciones que pudo provocar la tesis de que el fascismo y el nazismo (éste aún sin llegar al poder) no eran otra cosa que una forma de socialismo.

A «descifrar» el pensamiento de Mises sobre el intervencionismo contribuyó indudablemente el manifiesto propósito de los representantes de la Escuela histórica alemana de economía de «esterilizar» la propiedad privada, aun sin llegar a su eliminación formal. Y también contribuyeron las razones por las que dicha Escuela se declaraba antimarxista. Sus representantes, con la excepción de

Sombart (que se encontró primero en una parte y luego en la otra), no

atacaban al socialismo: luchaban en cambio contra el marxismo.^[93] Oswald Spengler llegó incluso a señalar como tarea de los estudiosos de su tiempo «*liberar al socialismo alemán de Marx*»,^[94] para basarlo en la «inexorable realidad de la historia, en la cual, por encima de los puros ideales, principios y conclusiones teóricas, se imponen la sangre, la raza formada por ideas nunca formalizadas». ^[95] Para Spengler, el «verdadero» socialismo tiene, pues, una base étnico-racial que excluye la cooperación con el Otro, condenado a encarnar la figura del enemigo institucionalizado. Hay aquí *cierre y hostilidad* al mundo. Por lo demás, ya desde la República imaginada por Platón, el socialismo ha sido —podemos añadir— un total rechazo de la sociedad abierta y de la cooperación libre y pacífica. El internacionalismo de Marx coincide con esa concepción. Por eso el propio Spengler llega a decir que en el programa marxiano están las «concepciones blandas, mediocres y rancias» de Adam Smith.^[96]

Esto es, Spengler vio en el marxismo un proyecto incoherente. Si es rechazo de la sociedad abierta, el socialismo no puede ser internacionalista. El marxismo se convierte así en una forma inauténtica de socialismo.

Es bien conocido en qué naufragio cayó el internacionalismo socialdemócrata en los sucesos de las dos guerras mundiales. Conocemos qué parte tuvo el nacionalismo en la victoria de Lenin. Sabemos qué fue realmente la doctrina marxista cuando llegó al poder: es decir, no ignoramos el uso que hizo de su proclamado internacionalismo. Es un hecho que, en el conflicto entre los marxistas y los últimos representantes de la Escuela histórica alemana de economía, Mises vio enseguida el choque entre componentes de una misma familia. Para tener una idea de las reacciones que provocó en la vertiente marxista, basta recordar lo que le sucedió al volumen *Fascismo, controrivoluzione imperfetta*, de Domenico Settembrini. Son años mucho más cercanos a nosotros.^[97] Estamos a finales de los años setenta. Y, sin embargo, la tesis sostenida por Settembrini, según la cual el fascismo fue una forma nacionalista de socialismo, fue considerada como un auténtico «pecado contra la ciencia», pues había que seguir reiterando que el régimen fascista fue un régimen creado por la reacción burguesa contra el único socialismo, el marxista.

Settembrini no cita entre sus fuentes a Mises. Pero no es posible que no conociera la tesis misiana, formulada, entre otros textos, en *Planned Chaos*, incluido como apéndice a la segunda edición inglesa de *Socialism* (1951), la

edición en la que muchos italianos entraron en contacto con la obra de Mises.

La distancia histórica que nos separa del tiempo en que Mises expuso originariamente sus ideas, o del tiempo en que se publicó el volumen de Settembrini, parece ser una distancia insalvable. Pero esos tiempos existieron. Y recordarlos no es inútil: porque los problemas de la vida social no se resuelven de una vez por todas. Zeev Sternhell dice hoy que «quien persista en considerar el fascismo únicamente como un resultado de la Gran Guerra, un mero reflejo definitivo de la burguesía frente a la crisis que siguió al conflicto, se condena por ello mismo a no comprender un fenómeno crucial del siglo XX». ^[98] Es este un juicio que todavía no se acepta del todo, aunque se apoya en una amplia documentación. ^[99] Y demuestra que Mises fue un oportuno y agudo «descifrador» del intervencionismo y de los sistemas sociales que produce.

También en este caso, la posición de Mises contrasta con la de Keynes. Éste propugnó, en infeliz simetría con Othmar Spann, la exigencia de dar a la propiedad privada una existencia meramente formal. Keynes no dudó en escribir: «No es la propiedad de los medios de producción lo que es importante que asuma el Estado. Si el Estado está en condiciones de poder determinar la suma total de los medios destinados a incrementar los instrumentos de producción y el tipo base de remuneración para quienes los poseen, habrá realizado todo lo que es necesario.» ^[100] Y, al presentar la traducción alemana de la *General Theory*, el propio Keynes añadió con desenvoltura que su teoría de la «producción agregada» puede «ser fácilmente adoptada en las condiciones del Estado total». ^[101] Hitler estaba ya en el poder.

6. *La teoría de la acción*

La teoría subjetiva del valor y el consiguiente individualismo metodológico impulsaron a Mises hacia la formulación de una amplia teoría de la acción. Cada vez con mayor insistencia dirigió su atención a este tema. Los primeros pasos en este sentido pueden muy bien apreciarse en su teoría monetaria. Un paso adelante decisivo, como ya hemos observado, lo da Mises con *Gemeinwirtschaft*, para liberarse de los angostos ámbitos en que John Stuart Mill encerró a la economía. Vinieron después los *Grundprobleme der*

Nationalökonomie, donde se trazan los rasgos de una teoría general de la acción. Teoría que se desarrolla extensamente en *Nationalökonomie. Theorie des Handelns und Wirtschaftens*, y en su versión inglesa, *Human Action. A Treatise on Economics*. Es este el primer tratado de economía escrito con posterioridad a la Primera Guerra Mundial.

Mises explica todos los fenómenos económicos a partir de la acción individual. Pero antes «aísla» algunas características de la acción humana. Conviene en particular fijarse en una de esas características, es decir, el hecho de que, desde el punto de vista del autor, la acción es siempre racional. «El fin último de la acción siempre es la satisfacción de algún deseo del hombre actuante»,^[102] el cual cabalmente está en condiciones de actuar, porque «es capaz de descubrir las relaciones causales que provocan cambios y mutaciones en el universo».^[103] Por lo que «el actuar implica y presupone la categoría de causalidad», ya que sólo «quien contemple el mundo a la luz de la causalidad puede actuar».^[104]

Y en tal sentido puede decirse que «la causalidad es una categoría de la acción».^[105]

«La categoría de medios y fines presupone la categoría causa y efecto», con la consecuencia de que «sin causalidad ni regularidad fenomenológica no serían posibles ni el raciocinio ni la acción humana».^[106] Esto significa que las «expresiones “racional” e “irracional” se refieren a los medios empleados para alcanzar un fin»;^[107] medios que, dada la escasez de recursos y de tiempo, son elegidos racionalmente.

Esto significa que la «praxeología» de Mises es muy distinta de la formulada por Weber. Como es sabido, este último elaboró una distinción que prevé cuatro tipos de acción racional. La cuestión decisiva consiste en que Mises definió la racionalidad de la acción refiriéndose exclusivamente a los medios, mientras que Weber se refería a los motivos o las finalidades de la acción. Ambos autores se sitúan en planos distintos. Weber, que se incluía entre los «descendientes»^[108] (como escribió autobiográficamente) de la Escuela histórica alemana, trataba de demostrar que, respecto a los fines, la acción no siempre es económica. Una demostración que, vista en la perspectiva de Mises, es totalmente inútil, ya que los objetivos finales no son nunca económicos; económicos son los medios, y lo son siempre. Weber habría querido reservar al dominio económico sólo «la acción racional

respecto al fin». Sin embargo, para poder decir que en este caso la acción es económica por el fin que persigue, se ve obligado a afirmar lo siguiente: «La teoría de la utilidad marginal, en orden a alcanzar objetivos específicos de conocimiento, considera la acción humana como si se desarrollara, de principio a fin, bajo el control de un *cálculo comercial* [...]. Considera las “necesidades” individuales y los bienes, tanto a producir como a intercambiar, disponibles para su satisfacción como “sumas” o como “cantidades” calculables matemáticamente en un proceso continuo de contabilidad. Considera a los hombres como actores que desarrollan constantemente una empresa económica y considera su vida como el objeto de su “empresa”, que se actúa según un cálculo.»^[109]

Pero la realidad es diferente de como la concibe Weber. Mises replicó justamente que la economía marginalista no parte de la acción del hombre de negocios, sino de los consumidores, es decir, «de la acción de todos».^[110] Y añade que, si se ve (como hace el marginalismo) el «significado de los movimientos de los precios de mercado en el hecho de que no se alcanza un estado de quietud mientras no coincidan la demanda total y la oferta total, resulta claro que *todos* los factores que influyen en el mercado, la conducta de las partes —y por consiguiente también los hechos “no económicos” e “irracionales”, como malentendidos, amor, odio, costumbre y magnanimidad — están incluidos».^[111] Así, pues, los fines no son económicos; económicos son sólo los medios.

El error de Weber fue contagioso. Talcott Parsons, aun conociendo la crítica de Mises, sufrió sus consecuencias.

Construyó todo el edificio de su *Structure of Social Action* sobre el presupuesto de que la afirmación de Weber era cierta y que la economía política, también la austriaca, estaba interesada en explicar la acción de un imaginario hombre de negocios.^[112] Esto alimentó el permanente equívoco de que la teoría económica nunca podrá liberarse del esquema estrictamente utilitarista. Lo cual se produjo precisamente en el momento en que las relaciones entre economía y sociología podrían haber sido particularmente fecundas: por la atribución, en el campo «austriaco», de un claro espacio a las preferencias personales del actor y por la aceptación, en territorio weberiano, del individualismo metodológico.

La teoría de Pareto guarda cierta simetría con la posición de Weber. Pareto introdujo una distinción engañosa: entre «acciones lógicas» y acciones

«no lógicas». Pareto fue un utilitarista en parte arrepentido. Se dio cuenta de que la acción humana procede de un vasto continente de elementos no susceptibles de justificación racional. Y, aunque evitó equiparar las acciones «no lógicas» a acciones ilógicas, reservó el «nombre de acciones lógicas» a las que «unen lógicamente las acciones al fin, no sólo respecto al sujeto que realiza las acciones, sino también respecto a quienes tienen conocimientos más amplios». ^[113] Pero aquí no hay espacio para la creatividad. Y ello demuestra que Pareto permaneció ajeno al subjetivismo. No supo llevar a término su distanciamiento de un estático utilitarismo, en el que los fines, los medios y su vinculación pueden ser banalmente definidos y rígidamente decididos.

Todo esto exige una precisión ulterior. El *homo agens* de Mises es distinto también del economizador robbinsiano. Es cierto: Robbins no se sustrajo a la tarea de subrayar la importancia de las preferencias individuales. ^[114] Pero trató los fines como «datos», es decir, importó de Viena sólo el aspecto estático del subjetivismo. ^[115] No comprendió que, para el actor, «la escala de las preferencias y la disponibilidad de los medios no pueden considerarse como dadas, prescindiendo de la decisión de otros individuos». ^[116] Por eso Mises llegó a decir que «quien actúa es siempre empresario y especulador», ^[117] es decir, debe definir los «datos» del problema, que no son entidades conocidas. Como es sabido, el *homo agens* teorizado por Mises, y que pone en marcha la propia acción en un contexto problemático, constituye la base de la teoría de la empresarialidad formulada por Israel Kirzner. ^[118]

Así, pues, la acción se desarrolla en condiciones de incertidumbre. El autor tiene que definir los datos del problema y los medios adecuados para su solución. Pero la ciencia no elige los fines a perseguir. Se limita a la congruidad de los medios respecto a los fines. Mises insistió siempre en este punto. Examinó el inflacionismo que, convencido de poder alimentar el desarrollo económico, genera destrucción de capital; analizó la economía planificada que, sustituyendo el mercado por la organización centralizada, precipita la producción en el caos; estudió las medidas proteccionistas y el intervencionismo que, haciendo puramente formal la existencia de la propiedad privada, fallan los objetivos económicos programados.

No es, pues, casual que Mises declarara explícitamente que la única metodología que hace posible un «análisis científico» de la acción humana es la que indaga la congruencia entre medios y fines. ^[119] Pero las acciones

generan resultados no-intencionados no sólo cuando los medios son incongruentes respecto a los fines. Se producen consecuencias no-intencionadas que las acciones, agregándose, producen *junto a* los resultados intencionadamente perseguidos. Tal es el territorio en que Menger desarrolló su magistral lección metodológica.

Mises tomó del fundador de la Escuela austriaca la idea de los orígenes «espontáneos del dinero». Precisó que indagar el origen no-intencionado de las instituciones sociales es uno de los «principios fundamentales de la praxeología y de sus métodos de investigación».^[120] Y, siguiendo este modelo, Mises nos dio una incisiva explicación sobre la formación del orden de la Gran Sociedad. Puesto que la vida se desarrolla a través de la cooperación, las acciones humanas se cruzan continuamente. La acción se compone siempre de dos partes: de lo que hacemos personalmente para conseguir nuestros fines y de lo que hacemos para poder obtener la cooperación de los demás. Pero no tenemos el control de los fines que los demás pretenden perseguir mediante lo que nuestras prestaciones ponen a su disposición y los demás no tienen el control de los fines que nosotros deseamos alcanzar a través de lo que sus prestaciones ponen a nuestra disposición. Mises explicó todo esto de manera realmente ejemplar: «La oposición entre la acción altruista y la egoísta tiene su origen en una concepción que desconoce la verdadera naturaleza del vínculo que la sociedad establece entre los individuos. Las cosas no se presentan —y podemos alegrarnos de ello— como si en mis acciones tuviera yo que escoger entre servir mis propios intereses y los de mis conciudadanos. Si así fuera, no sería posible la sociedad.»^[121]

Estas breves frases contienen la explicación de qué es y cómo se desarrolla la cooperación humana sobre bases voluntarias. Se arroja una luz clarificadora sobre la articulación de un orden social global, que de una manera no-intencionada se produce «junto» a los objetivos perseguidos individualmente. Y el pasaje de Mises merece estar en el mismo plano que aquel en que Adam Smith nos habla de la «mano invisible», es decir, de cómo, al perseguir nuestros fines, favorecemos la realización de los fines de los demás, ponemos en marcha aquella misma cooperación que conocemos con el nombre de Gran Sociedad. Por su nitidez, la explicación misiana, que anticipa la de Hayek, se puede considerar incluso como un complemento indispensable de la de Adam Smith.

Disponemos ahora de todo lo necesario para someter a la crítica algunas

posiciones expuestas por Raymond Boudon. Hace veinte años, éste escribía: «Los sociólogos de la acción pueden ser considerados como una rama de un tronco común. Otra rama es la economía, cuyas variantes clásica y neoclásica comparten el principio de que cualquier fenómeno económico sólo puede analizarse si se reconduce a las acciones individuales».^[122]

Pues bien, no se le puede negar a Boudon el mérito de afirmar con energía el método individualista. Pero el pasaje transcrito «oscurece», dentro de la llamada economía clásica, las diferencias metodológicas que separan la tradición evolucionista de Adam Smith del utilitarismo de Bentham y seguidores.^[123] Y «oscurece», dentro de la llamada economía neoclásica, las diferencias que separan a la Escuela austriaca de las posiciones utilitaristas de Jevons y Walras.^[124]

En tiempos más recientes, Boudon ha sugerido distinguir netamente entre la teoría de la elección racional, que es el típico paradigma utilitarista, y el individualismo metodológico. Esta corrección de planteamiento es perfectamente legítima. Mejor dicho, es necesaria: es precisamente un modo de decir que no es correcto hablar genéricamente de economía clásica y economía neoclásica, porque tales expresiones no se refieren a cuerpos teóricos homogéneos. Y, sin embargo, Boudon coloca a Menger y a Mises en la vertiente crudamente utilitarista y los acusa de psicologismo. El estudioso francés ignora que el actor descrito por Menger vive en la insuficiencia informativa y en la consiguiente incertidumbre;^[125] también ignora Boudon que, como ya hemos precisado, por graves desacuerdos teóricos, Menger y Böhm-Bawerk interrumpieron su correspondencia epistolar con Walras; y, *last but not least*, ignora el sociólogo francés la banal consideración de que el estudio de las consecuencias no-intencionadas coloca a Menger en la vertiente exactamente opuesta al psicologismo.

En cuanto a Mises, Boudon pasa por alto, entre otras cosas, la reiteración con que el austriaco subraya que la economía, es decir, la teoría de la acción, «*empieza donde termina la psicología*».^[126] El ataque que Hayek, en *Economics and Knowledge*, lanza contra el equilibrio económico general se basa propiamente en la certeza de que la teoría de la elección es lógica pura. Y no es teoría social. Tanto es así que el propio Hayek ve en el actor del esquema utilitarista una «vergüenza de familia»,^[127] es decir, de la familia de los economistas, todavía incapaces de poner al desnudo los límites de ese modelo.

7. *Ulteriores aportaciones*

La determinación de las aportaciones teóricas de Mises podría continuar. Él dejó en herencia a Hayek la idea de que, antes aún de cualquier otra razón, lo que hace imposible la planificación es un problema de orden gnoseológico: ningún ser humano, ni siquiera por tanto el planificador, puede ser una divinidad «omnisciente», dispuesta en su benevolencia a bajar «del cielo para ocuparse de los asuntos humanos».^[128] Mises afirmó también la primacía de lo teórico en la construcción de la ciencia, porque «ya se halla contenida una teoría en los propios términos lingüísticos implicados en todo acto del pensamiento».^[129] Además, depuró la teoría del capital de Böhm-Bawerk de aquellos errores productivistas, que dan lugar a la paradoja por la que, si los hombres tuvieran que «alcanzar un estado de cosas en el que ninguna prolongación ulterior del periodo de producción» puede incrementar la productividad, el interés debería desaparecer, aunque no desapareciera la escasez;^[130] y explicó que la «longitud del tiempo gastado en el pasado para la producción de bienes de capital hoy no cuenta en absoluto», ya que «los bienes de capital se valoran tan sólo con referencia a su utilidad para la satisfacción de necesidades futuras».^[131] Además, Mises anticipó la teoría hayekiana de la competencia como «proceso de descubrimiento». Merece la pena leer lo que, ya a finales de los años veinte, escribía Mises: «Otra teoría hoy muy difundida se aferra al malentendido concepto de “libre competencia”. Esta teoría, basándose en postulados iusnaturalistas, idealiza el concepto de libre competencia, que habría de desarrollarse en condiciones absolutamente paritéticas, para descubrir luego que el ordenamiento social basado en la propiedad privada de los medios de producción no corresponde a ese ideal. Una vez que se pone tácitamente como fin supremo de la política económica la realización del postulado de la “competencia efectivamente libre y en condiciones paritéticas”, se pasa a proponer las distintas reformas. En nombre de ese ideal unos invocan el socialismo que llaman “liberal”, en cuanto ven en ese ideal la esencia del liberalismo; otros, en cambio, proponen diferentes tipos de medidas intervencionistas. Pero la economía no es un concurso hípico [...]. Si se trata de establecer qué caballo es capaz de recorrer un cierto trayecto en el menor tiempo posible, entonces es preciso hacer que las condiciones de la carrera sean las más paritéticas posible.»^[132] Pero la competencia no es un concurso hípico. Es ciertamente un instrumento para

descubrir quién sabe hacerlo mejor. Pero los competidores son todos ellos portadores de proyectos y de capacidades de realización diferentes.

Más aún. Mises llamó la atención sobre un importante punto, cuya falta de consideración conduce a poner indistintamente en el mismo plano democracia política y mercado. Mises rechaza esa apresurada asimilación. Al respecto, escribe agudamente: «En las democracias, sólo los votos depositados a favor del candidato triunfante gozan de efectiva trascendencia política. Los votos minoritarios carecen de influjo. En el mercado, por el contrario, ningún voto resulta vano. Cada céntimo gastado tiene capacidad específica para influir en el proceso productivo. Las editoriales atienden los deseos de la mayoría publicando novelas policíacas; pero también imprimen tratados filosóficos y poesía lírica, de acuerdo con apetencias minoritarias. Las panaderías producen no sólo los tipos de pan que prefieren las personas sanas, sino también aquellos otros que consumen quienes siguen especiales regímenes dietéticos. La decisión del consumidor cobra virtualidad tan pronto como el interesado se decide a gastar el dinero preciso en la consecución de su objetivo.»^[133] Es este un argumento que ha sido empleado por Bruno Leoni para poner de relieve la «rigidez» de la elección política y la «coacción» que soportan las minorías.^[134] Lo cual está en la raíz de las preocupaciones que manifiesta el propio Leoni respecto al intervencionismo legislativo y la consiguiente erosión del derecho (temas que también desarrolla Hayek).

La enumeración de las aportaciones de Mises a las ciencias sociales podría alargarse todavía más. En todo caso, la imposibilidad del cálculo económico en un régimen de planificación es el tema al que suele asociarse el nombre de Ludwig von Mises. Se ignora que su obra tiene una articulación muy amplia, que permanentemente cruza todos los campos de las ciencias sociales. Tal vez pueda decirse que lo que es más conocido de Mises —la más dura crítica a la economía planificada— es lo que, como consecuencia de las implicaciones político-ideológicas, más ha perjudicado a una serena profundización en su amplio trabajo.

El aspecto más paradójico, y probablemente más inquietante, de este asunto está en el hecho de que quienes se han sustraído a la obligación (al menos profesional) de una completa y meditada lectura de Mises han sido a menudo estudiosos que habrían podido beneficiarse del fecundísimo subsuelo que alimenta la crítica misiana a la economía planificada.

Cuando en 1959 se tradujo *Human Action* al italiano, Tullio Bagiotti,

que fue quien cuidó la edición, escribió que Mises, «en lugar de por la vía de la crítica política [...], habría podido muy bien enriquecer la escuela económica vienesa en la línea del marginalismo. Tanto había permanecido aún en la sombra [...]. De aquí la intransigencia metodológica del autor, resolviéndose siempre en perfecta circularidad».^[135] Es como si Bagiotti quisiera poner sobre Mises (y sobre la misma obra objeto de la introducción) una lápida sepulcral. Ninguna alusión se hace al significado pionero de la obra misiana sobre el dinero, ninguna referencia, aunque sólo fuera leve, a la importante aportación a la teoría del ciclo económico; ninguna atención a la revisión misiana de la teoría austriaca del capital, incluso ninguna palabra sobre el significado de la devastadora crítica de la planificación (y del intervencionismo), a pesar de estar esa crítica en el origen de la acusación de panpoliticismo lanzada contra Mises.

Por lo demás, los indicios de esto habían aparecido dos años antes. Al presentar la *Positive Theorie des Kapitals*, el propio Bagiotti afirmaba que el «mensaje no expresado» de Böhm-Bawerk había sido acogido por sus «seguidores» con «dramatismo digno de una causa extrema».^[136] Y Bagiotti se refería expresamente al mensaje contenido en *The Road to Serfdom* de Friedrich Hayek, que le parecía el mismo «pensamiento inspirador de la traducción americana de los tres volúmenes de *Kapital und Kapitalzins*», inspirada por el «escolarca» Ludwig von Mises.^[137] Y entonces surge el interrogante: el contexto histórico-social en que operaron las cuatro primeras generaciones de estudiosos de la Escuela austriaca ¿no contenía acaso ese dramatismo que es «digno de una causa extrema»? ¿Cómo puede negarse todo esto?

Conviene que nos detengamos también en algo más reciente. Raymond Boudon y François Bourricaud, autores que también habrían podido beneficiarse del rico subsuelo que sostiene la crítica a la economía planificada, han colocado a Mises entre los «liberales más extremos», entre los defensores de una «tesis que parece reducir el socialismo a su variante soviética y que, lo cual es más grave, concede un valor explicativo y predictivo excesivo a la lógica de un tipo ideal como el de la economía centralizada».^[138] Aquí sorprende que semejante juicio lo expresen Boudon y Bourricaud en su *Dictionnaire critique de la sociologie*, cuya primera edición es exactamente de 1982 y la segunda de 1986, es decir, de un periodo que precede ligeramente a la caída, prevista por Mises ya en 1920, de los

regímenes basados en la planificación económica.

Están también todos los que confundieron a Ludwig von Mises con su hermano Richard.^[139] Pero sobre todo esto no merece la pena detenerse, porque quien cae en un error semejante demuestra ignorar el largo debate sobre la economía planificada y el importantísimo papel que en él tuvo Ludwig von Mises. Y no es una ignorancia en cierto modo perdonable, ya que se trata de una cuestión que, prescindiendo de las gravísimas consecuencias prácticas, fue en el campo económico político el mayor tema en discusión durante más de un siglo.

Han pasado más de treinta años desde la muerte de Mises. Si a este lapso de tiempo se añade el largo transcurso de su vida, nos encontramos hoy frente a un periodo suficientemente largo para poder valorar la importancia de sus conquistas científicas y para captar los datos más destacados del contexto en que vivió. En su tiempo, Mises fue un auténtico representante de la razón crítica. Antes de él, lo habían sido sus maestros Menger y Böhm-Bawerk. Al otro lado de La Mancha, lo había sido Edwin Cannan, con la «protesta de un economista».^[140] Vista desde este lado de las fronteras de la cultura, la política ofrece a menudo a algunos un rostro fascinante. Como escribió dramáticamente

Max Weber, ésta promete premios internos y externos, es decir, «la afirmación pseudoética de la propia razón» y «aventuras», «poder y prebendas».^[141] Algunos pueden sentir su seducción y elegir cruzar la frontera. Acaso aquí esté su «demonio» o, más sencillamente, aquí está tal vez la solución a los propios problemas personales. Mises no cruzó esa frontera o, más exactamente, jamás estuvo dispuesto a atribuir a la ciencia la servil tarea de justificadora del poder.^[142]

7. Hayek: la disputa con Keynes y el hábitat de la libertad*

Pero este largo periodo es una guía engañosa en los asuntos corrientes. A largo plazo todos estaremos muertos.

JOHN MAYNARD KEYNES

[...] Los puntos de vista [...] que han alentado tales tendencias inflacionistas [...] pertenecen [...] al autor que tiene también la responsabilidad de la máxima, fundamentalmente antiliberal, según la cual «a largo plazo todos estaremos muertos».

FRIEDRICH A. HAYEK

1. Las condiciones de la libertad

Friedrich A. Hayek fue el mayor pensador político del siglo XX. El periodo comprendido entre la publicación de su primer libro, *Geldtheorie und Konjunkturtheorie* (1929), y la aparición de su última obra, *The Fatal Conceit* (1988), abarca un tiempo de casi sesenta años, a lo largo del cual estuvo permanentemente al servicio de los valores de la libertad. Tuvo, pues, que enfrentarse con un mundo que iba en una dirección totalmente distinta. Lo cual sucedía a todos los niveles, también el intelectual. En efecto, sólo un

«puñado» de hombres se esforzaban en restaurar el pensamiento liberal, de tal suerte que pudiera «encender la imaginación de los jóvenes».^[1]

Hayek cargó literalmente sobre sus hombros con el liberalismo. Partió de sus estudios económicos originarios y atravesó todo el territorio de las ciencias sociales, sin colocar nunca en una posición subalterna las cuestiones metodológicas y los problemas de psicología teórica relativos a la formación del yo y al desarrollo de la mente humana. Y, como sucede con todo acontecimiento que se vive como misión existencial, jamás abandonó su tema: al margen de cuáles fueran de vez en vez las vertientes de la exploración, su reflexión fue una aplicación continua a las condiciones que hacen posible (o imposible) la elección individual. Por eso en las páginas hayekianas la libertad individual nunca se empobrece identificándose con ninguna facción comprometida con el reparto del poder. Y no es un simulacro al que haya que tributar un tributo oratorio formal. Es un ideal de civilización, que hace de guía en la acción y que lanza permanentemente duros avisos a los transgresores de las condiciones institucionales que el mismo prescribe.

Antes aún del final de la Segunda Guerra Mundial, Hayek prefiguraba la gran tarea que, en la fase de la reconstrucción, correspondería a los historiadores y, en general, a los especialistas en las ciencias sociales. Y sostenía:

«Precisamente porque, le guste o no, el historiador configura los ideales políticos del futuro, él mismo debe guiarse por los más altos ideales y mantenerse libre de las luchas políticas cotidianas. Cuanto más altos sean los ideales que le guían, y cuanto más independiente pueda mantenerse de los movimientos políticos que pretenden objetivos inmediatos, mejor puede esperar contribuir a que sean posibles a largo plazo muchas cosas para las que el mundo a lo mejor no está aún preparado [... acaso podamos], conservando a la vista objetivos lejanos, ejercer una mayor influencia.»^[2]

Lo que Hayek señalaba a tantos colegas suyos es exactamente el imperativo de su vida, lo que marca profundamente su biografía de hombre y de estudioso. Y es lo que permite que su labor intelectual se eleve del suelo y emprenda una lucha indefectible contra la «fraseología convencional de los oficiantes y de los técnicos de la política».^[3]

2. De Viena a Londres

Los lectores de los volúmenes publicados en esta colección editorial, a propósito denominada *Biblioteca Austriaca*, saben ya que, en los años que vivió como estudiante universitario, Hayek siguió los cursos de Friedrich von Wieser.^[4]

Con posterioridad, el propio Wieser se dirigió a Ludwig von Mises solicitando un trabajo para su propio alumno. Y así nació un largo sodalicio intelectual, tan profundo que impulsó a Hayek a afirmar que Mises fue el hombre del que aprendió más que de cualquier otro.^[5]

Desde el punto de vista teórico, dos son los campos en los que Mises había dejado o dejaría una profunda huella intelectual: los estudios monetarios (*Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*, 1912, 1924) y la crítica del socialismo (*Gemeinwirtschaft*, 1922). La aplicación del marginalismo al campo monetario había llevado a Mises al camino del análisis del ciclo económico. No fue, pues, casual la idea de fundar en Viena el *Österreichisches Institut für Konjunkturforschung*. Por lo demás, Hayek había estado en Estados Unidos, donde siguió las lecciones de Wesley

C. Mitchell y colaboró con Willard Thorp y Benjamin H. Beckart. Allí aprendió también los «términos, entonces apenas desarrollados, para el análisis estadístico de las series temporales económicas».^[6] Pero encontró las universidades americanas más bien decepcionantes a nivel teórico.^[7] Es decir, pensaba que los «austriacos» estaban en una posición ventajosa.

Mises ayudó a Hayek a realizar su experiencia americana. Y fue el propio Mises quien confió a Hayek la dirección del *Institut für Konjunkturforschung*, que inicia su actividad en enero de 1927. Son años de animado trabajo, en que Hayek publica, entre otras cosas: *Das intertemporale Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des «Geldwertes»*,^[8] *Goldtheorie und Konjunkturtheorie*,^[9] *Gibt es einen Widersinn des Sparens?*^[10] Este último ensayo es un total rechazo de las teorías del subconsumo, propuestas nuevamente en Estados Unidos por William T. Foster y Waddill Catchings. Lionel Robbins, capaz de leer el alemán, ve en las argumentaciones desarrolladas por Hayek lo que podría contraponerse a la creciente influencia de Keynes.^[11] El propio Robbins invitó en 1931 a Hayek a la *London School of Economics and Political Science*, para impartir una serie especial de lecciones cuyo texto se concreta inmediatamente en el

volumen *Prices and Production*.

Robbins comentó en años sucesivos este acontecimiento en los siguientes términos: «Las lecciones tuvieron entonces un efecto sensacional, en parte porque revelaron un aspecto de la teoría monetaria clásica que durante muchos años se había olvidado, en parte porque desarrollaron modelos de elemental estructura de la economía capitalista, encaminados a demostrar la influencia sobre la producción y sobre los precios relativos de los cambios en las proporciones de gasto asignadas respectivamente al consumo y a la inversión. Las lecciones fueron al mismo tiempo difíciles y excitantes, y produjeron tal impresión de creatividad analítica que, cuando con gran sorpresa mía Beveridge nos preguntó si queríamos invitar a Hayek a unirse a nosotros de forma permanente, como titular de la *Took Chair of Economic Science and Statistics*, que desde hacía tiempo estaba sin titular, hubo un voto unánime a su favor.»^[12]

Conviene, pues, precisar el «aspecto de la teoría monetaria clásica» recuperado por Hayek. Los autores que están en juego son sobre todo Cantillon, Hume, Thornton y Ricardo.

En el ámbito de las discusiones alimentadas por la aprobación del llamado *Bank Restriction Act*, Henry Thornton había notado (1802) la falta de una «tendencia natural» a mantener la circulación monetaria dentro de unos límites que impidieran ruinosas devaluaciones.^[13] Pensaba él que la cuestión dependía de la comparación entre el tipo de interés de los préstamos del banco y el tipo corriente de beneficio. Y llegaba a afirmar la imposibilidad de contener la demanda de fondos cuando el primero fuera inferior al segundo.

Como es sabido, esta idea está presente en Ricardo, quien escribe: «Si el banco pide un tipo de interés inferior al de mercado, no hay límite a la cantidad de dinero que podrá prestar; si pide un tipo de interés superior, sólo los derrochadores y los pródigos pedirán préstamos.»^[14]

No podemos mencionar aquí a todos los autores que, antes y después de Ricardo, defendieron esta idea. Es importante recordar que Knut Wicksell conocía muy bien la obra de Ricardo.^[15] Y tenía un gran dominio de la teoría del capital y el interés de Eugen von Böhm-Bawerk. Juntando las proposiciones ricardianas y la articulada trama de su maestro austriaco, Wicksell amplió considerablemente el marco teórico. Así explica que, cuando se reduce «el interés del capital, resultan [...] relativamente más ventajosos

los sectores de producción que exigen, en función de sus condiciones técnicas, un periodo *más largo* de producción, mientras que resultarán menos ventajosos aquellos sectores de producción de duración *más breve*; los primeros se expanden, mientras que los segundos se contraen». ^[16] Y esto significa que, si «los bancos o las entidades financieras prestan el dinero a un tipo de interés distinto, más bajo o más alto que el que corresponde al nivel del interés natural del capital, entonces el equilibrio económico» resulta perturbado. ^[17]

Lo que Wicksell sostiene plantea dos cuestiones distintas. Es el caso de dar la preferencia a aquella por la que normalmente se recuerda a Wicksell: el intento de establecer una «conexión rígida» entre tipo de interés y nivel general de los precios. ^[18] Es ésta la parte menos fecunda de su obra, ya que no hay sólo «causas *monetarias* que tienden a producir un cambio en el nivel de los precios». ^[19]

La segunda cuestión merece mayor atención. Es aquella sobre la que se detuvieron primero Mises y luego Hayek. La rebaja artificial del tipo de interés determina una alteración de las relaciones de cambio intertemporal entre bienes presentes y futuros. O sea: el tipo de interés es el instrumento a través del cual se produce la asignación intertemporal de los recursos. Dicho tipo de interés debería ser el resultado de las preferencias temporales de los actores. Pero si las autoridades públicas lo fijan a un nivel distinto del que se produciría por la confrontación entre tales preferencias, toda la economía queda sometida a impulsos altamente distorsionantes, ya que cambia la articulación intertemporal de la producción.

Todo esto era claro para Wicksell. Pero su preocupación se dirigía sobre todo al nivel general de los precios. Para Hayek el problema reside en cambio en la estructura de los precios relativos: porque «las variaciones del nivel general de precios no son una característica esencial de la teoría monetaria del ciclo económico; *no sólo no son esenciales*, sino que *serían totalmente irrelevantes si fueran “completamente” generales*, es decir, si afectaran a todos los precios al mismo tiempo y en la misma proporción». ^[20] «El punto realmente importante para la teoría del ciclo económico está en la existencia de ciertas desviaciones en las distintas relaciones de precio, producidas por variaciones en el volumen de la circulación monetaria, que aparecen en ciertos tramos de la actividad económica y que conducen “*necesariamente*”

a modificar la estructura de la producción.»^[21]

Aunque Mises ya había demostrado que las variaciones del valor del dinero modifican la distribución de la renta y de los patrimonios, puesto que «no influyen sobre todos los bienes económicos y servicios uniforme y simultánea-mente»,^[22] Hayek hace de la variación de los precios relativos y de la consiguiente modificación de la estructura productiva el punto central de su discusión. Y aquí recupera la lección de Cantillon y de Hume. El primero se había fijado exactamente en el problema de los precios relativos: había comprendido que el aumento de la circulación monetaria favorece a los operadores cuyas rentas son las primeras en crecer, mientras que es perjudicial para los que sólo pueden realizar una adecuación posterior de sus ganancias.^[23]

Por su parte, bajo la evidente inspiración de Cantillon, Hume observó que el incremento de la circulación monetaria puede tener efectos favorables para la actividad económica sólo en el intervalo de tiempo en que el proceso secuencial de reajuste de los precios no llega a su culminación.^[24]

Con tales materiales a su disposición, Hayek destaca particularmente tres aspectos de la cuestión.

A) «[...] si debemos reconocer que, por un lado, con un nivel de precios estable, los precios relativos pueden ser modificados por influencias monetarias y, por otro, que los precios relativos pueden permanecer sin cambio aunque el nivel de precios varíe, debemos abandonar la opinión generalmente aceptada según la cual, si el nivel de los precios permanece estable, las tendencias que llevan al equilibrio económico no se desvían por influencias monetarias y estas últimas no pueden hacerse sentir sino provocando una variación del nivel general de los precios.»^[25]

B) «Cuánto y en qué proporción los precios de los distintos factores serán modificados por un determinado cambio del tipo de interés, dependerá del estadio en que los mismos pueden ser empleados y de la forma de sus curvas de productividad marginal en esos estadios; [...] es precisamente esta diferencia entre la variación de los precios de los diversos factores la que explica las variaciones de los precios relativos de los productos intermedios de los estadios sucesivos. [Y,] puesto que los precios relativos de los distintos productos intermedios deben corresponder a los respectivos costes, podría a primera vista parecer que deben variar sólo en lo poco que corresponde a la variación del interés, que es una componente de sus costes directos. Pero pensar en el interés sólo como un factor de coste directo significa olvidar su

principal influencia sobre la producción. *Lo más importante es el efecto que el mismo ejerce sobre los precios a través del efecto sobre la demanda de productos intermedios y sobre la demanda de factores que sirvan para producirlos.*»^[26] O sea: lo más importante es el efecto sobre los precios determinado por la distinta asignación intertemporal de los recursos.

C) Cuando el alargamiento de la estructura productiva está provocado por un descenso del tipo de interés que sigue a un crecimiento espontáneo del ahorro, se puede «suponer que el cambio en el reparto de la demanda entre bienes de consumo y bienes de producción [...] es permanente, porque [...] es] efecto de las decisiones voluntarias de los actores».^[27] Pero si no es un crecimiento espontáneo del ahorro, «será posible continuar con los métodos de producción más largos o también acaso ampliarlos ulteriormente», sólo si los bancos pueden «incrementar progresivamente» sus préstamos.^[28] «Pero, por evidentes razones, los bancos no pueden seguir expandiendo los créditos ilimitadamente; y, aunque pudieran, los demás efectos de un rápido y continuo aumento de los precios impondrían, al cabo de algún tiempo, bloquear ese proceso inflacionista.»^[29] Lo cual conduce inevitablemente al abandono de aquellos proyectos de plazo más largo que resultan imposibles por el cambio de las condiciones económicas, y a una nueva asignación intertemporal de los recursos.

3. Hayek y Keynes

Hay una preocupación que ilustra el significado de los primeros escritos económicos de Hayek y de sus lecciones sobre *Precios y Producción*. Ésta se explicita en un ensayo de 1932, cuya parte final constituye una preocupada advertencia sobre el consumo de capital.^[30] Es una preocupación que ya tenían Menger, Böhm-Bawerk y Mises. Este último había incluido la «inflación del crédito» entre los instrumentos más perversos del «destruccionismo» originado por los enemigos de la sociedad de mercado. Y veía también en los procesos de moderada inflación el exclusivo «apoyo psicológico» de una política económica basada en la «dilapidación de capital».^[31]

Todo esto ayuda a comprender mejor la crítica hayekiana a las posiciones artificialmente expansionistas. Hayek dice: «Como en tantos otros

casos, tenemos que reconocer la verdad fundamental, que con tanta frecuencia se descuida hoy, y esa verdad nos dice que la maquinaria de una producción capitalista sólo funcionará de manera continua mientras restrinjamos el consumo a aquella parte de nuestra riqueza total que, con la organización actual de la producción, está destinada al consumo corriente. Todo aumento del consumo, si no debe crear desórdenes en la producción, exige previamente un ahorro nuevo, aun cuando la dotación existente de instrumentos duraderos sea suficiente para este aumento de producción. Si, por tanto, queremos que se realice sin interrupción, es necesario que el montante de los productos intermedios en todos los estadios de la producción crezca proporcionalmente; y estas cantidades añadidas de bienes en curso de elaboración son capital no menos que los instrumentos duraderos.»^[32]

Por tanto: «La idea de que la estructura del capital ya existente permitiría incrementar la producción casi ilimitadamente es falaz. Al margen de lo que puedan contarnos los técnicos sobre la supuesta enorme capacidad inutilizada del mecanismo productivo, no hay de hecho posibilidad alguna de aumentar la producción en esta medida. Estos técnicos, y también aquellos economistas que creen que hay más capital de lo necesario, se equivocan por el hecho de que muchas de las instalaciones existentes están dimensionadas para una producción mucho mayor que la producida efectivamente.»^[33]

¿Dónde está el error? Esos técnicos y esos economistas «olvidan que los instrumentos duraderos de producción no representan todo el capital que necesitamos para incrementar la producción y que, para utilizar plenamente la capacidad de las instalaciones duraderas existentes, sería necesario invertir una gran cantidad de otros medios de producción en procesos largos que sólo darían sus frutos en un futuro relativamente distante».^[34] Sin embargo, hay que reconocer que «la existencia de capacidad productiva no utilizada [...] no demuestra en absoluto la existencia de un exceso de capital y de un consumo insuficiente: *al contrario, es un síntoma de nuestra incapacidad de utilizar plenamente las instalaciones fijas, porque la demanda corriente de bienes de consumo es demasiado urgente* para permitir los servicios productivos corrientes en procesos largos para los cuales (debido a que “el capital se ha orientado mal”) está disponible el necesario equipamiento duradero».^[35]

De esto se deriva que la concesión de préstamos a los consumidores (como remedio contra la depresión económica) sólo puede «empeorar las cosas».^[36] Si, en una situación en que hay carencia de ahorro, aumenta el

peso relativo de los bienes de consumo, esa carencia sufre un agravamiento. Y no sólo esto. Cualquier iniciativa pública, dirigida a provocar una sustitución de la demanda de los bienes de producción por bienes de consumo, determina un consumo de capital y una «prolongación del estancamiento».^[37]

Si es así, se comprende por qué Hayek, en su recensión de *A Treatise on Money* de Keynes, reprochara al economista de Cambridge «ignorar completamente» las bases teóricas del análisis de Wicksell, con la consecuencia de que, «en lugar de presentar su teoría del capital aquí, al comienzo de su exposición, considerara más indicado relegarla al volumen II de su obra y pide disculpas por no introducirla en este momento».^[38]

Refiriéndose a sus breves páginas dedicadas al tema, Keynes en efecto había declarado: «Estos capítulos tienen el carácter de una digresión que acaso no esté en su verdadero lugar en un tratado sobre el dinero.»^[39] Y en todo caso, como el propio Hayek observa,^[40] no ofrecía aquellas bases teóricas que su análisis habría necesitado o, mejor dicho, que debería tener en cuenta. Es un hecho que, en su respuesta al estudioso austriaco, Keynes afirmó con gran simplismo que un tratamiento del problema «llevaría bastante lejos».^[41]

El asunto tiene un trasfondo muy amplio, y en él se encuentran las razones por las que Keynes se veía obligado a evitar afrontar la teoría del capital. En efecto, si la preocupación de Hayek era la derivada del posible consumo de capital, éste no era seguramente el problema de la economía inglesa. Keynes sabía perfectamente que la insuficiencia de recursos pone en peligro la supervivencia y el desarrollo de la civilización. En *The Economic Consequences of the Peace*, había escrito: «Antes de la guerra, la población de Alemania y de Austria-Hungría, tomadas en conjunto, no sólo superaba notablemente a la de Estados Unidos, sino que era aproximadamente igual a la de toda América del Norte. En esta masa de hombres, situada en continuidad de territorio, residía la fuerza militar de las potencias centrales. Pero esta misma masa —debido a que disminuyó mucho a causa de la guerra—, si se le priva de los medios de subsistencia, seguirá igualmente siendo un peligro para el orden de Europa.»^[42] Y reconocía: «La inmensa acumulación del capital fijo que, con gran ventaja para la humanidad, se produjo durante los cincuenta años que precedieron a la guerra, no se habría podido formar en una sociedad en que la riqueza estuviera igualmente dividida. Los

ferrocarriles del mundo que aquella generación construyó [... constituyen] un monumento para la posteridad.»^[43]

A pesar de esto, Keynes no dudaba en afirmar: «Me interesa sólo observar que el principio de la acumulación, basado en la desigualdad de la distribución, era parte vital del orden social anterior a la guerra y del progreso, tal como entonces lo entendíamos, y observar que tal principio dependía de condiciones psicológicas inestables, que no se podrían reproducir.»^[44] Y también: «Se exhortaba a la gente no tanto a la abstención cuanto al aplazamiento y a cultivar el placer de la seguridad y de la expectativa. Se ahorraba para los años de la vejez y para los hijos; pero esto era sólo en teoría; el “secreto de la tarta” era que ésta nunca se consumiera ni por nosotros ni por nuestros hijos después de nosotros».^[45] La conclusión es la siguiente: «*La guerra ha revelado a todos la posibilidad del consumo inmediato y a muchos la vanidad de la abstinencia.*»^[46]

En *A Tract on Monetary Reform*, la crítica keynesiana respecto al ahorro llegó incluso al sarcasmo: «Durante un siglo el sistema funcionó, en toda Europa, con extraordinario éxito, y favoreció el crecimiento de la riqueza en medida nunca vista antes de entonces. Ahorrar e invertir se convirtió, al mismo tiempo, en el deber y la alegría de una clase muy numerosa. Raramente se mermaban los ahorros, de suerte que, acumulándose a interés compuesto, hacían posibles aquellos triunfos técnicos que hoy nos parecen tan naturales. La moral, la política, la literatura, la religión conspiraban para promover el ahorro. Dios y Mamón se habían reconciliado. ¡Paz en la tierra a los hombres de buenos medios! El rico podía finalmente entrar en el reino de los cielos: bastaba que ahorrara. Una nueva armonía resonaba en las esferas celestes. “Es admirable que, por los sabios y benéficos decretos de la providencia, los hombres presten el mayor servicio a la colectividad, al tiempo que sólo piensan en su ganancia”, cantaban los ángeles.»^[47]

Keynes no había dejado de lanzar sus venablos contra los derechos adquiridos: «Si [su] acumulación y [su] cristalización [...] continuaran sin freno durante muchas generaciones, la mitad de la población se reduciría a ser esclava de la otra mitad.»^[48] Y definió el Estado como «el órgano soberano, cuyo objetivo es cabalmente promover el mayor bien de la colectividad», de suerte que todos sus «actos deben juzgarse y valorarse según las condiciones particulares del caso».^[49]

Todo esto lo había escrito Keynes ya antes de la llegada de Hayek a

Londres. Y así se comprende, dada la diversidad de los presupuestos de que partían y las conclusiones a que llegaban, la razón por la que Robbins vio en Hayek el estudioso que había que contraponer a Keynes. Se comprende también lo crucial que era el interrogante que Hayek dirigía al economista de Cambridge a propósito de la teoría del capital. Convirtiendo al Estado en «órgano soberano», Keynes ofrecía la posibilidad a la política de ascender al rango de variable independiente y esto le llevó más tarde, en la presentación de la traducción alemana de la *General Theory*, a declarar con desenvoltura que su teoría de la

«producción agregada» puede «mucho más fácilmente ser adoptada en las condiciones del Estado totalitario». ^[50]

De este modo, los fenómenos económicos pierden su autonomía y se convierten en fenómenos políticos. ^[51] Y Keynes puede asegurar la solución de todo mediante la fórmula salvífica del «multiplicador», según la cual «cuando la propensión al consumo se acerca a la unidad, es decir, si la comunidad empleara la totalidad de su renta en gastos de consumo», los efectos secundarios de una inversión primaria «tenderían al infinito». ^[52] Lo cual está en perfecta sintonía con la aversión keynesiana respecto al ahorro y al capital. ^[53] Pero también está en contradicción, antes aún que con la teoría económica, con el más elemental sentido común.

Como es sabido, para sustraerse al tribunal de la razón crítica, Keynes había, con estudiada sagacidad, afirmado que el «largo plazo es una guía engañosa» en los asuntos corrientes y que «a largo plazo todos estaremos muertos». ^[54] También había añadido que «los economistas se atribuyen una tarea demasiado fácil y demasiado inútil si, en momentos tempestuosos, sólo pueden decirnos que, cuando se aleje el huracán, el océano volverá a estar tranquilo». ^[55] Pero no hay profundidad en estas palabras. Sólo hay el intento de evitar los problemas. La falta de consideración de las consecuencias del medio y del largo plazo es siempre la puntual aportación de su hostilidad hacia el ahorro y el capital. O sea: se niega el futuro como consecuencia de la negación de las funciones del ahorro y del capital. Recurriendo a un *coup de théâtre*, representa fácilmente una escena que, a largo plazo, nos ve a todos muertos. Y, sin embargo, si abandonamos la ficción teatral, la situación es muy distinta: porque sólo algunos estarán muertos, y los otros tendrán que ajustar las cuentas con los agravados resultados de políticas simplistas que

violan todo principio de responsabilidad.

Se comprende, pues, que, comentando la máxima keynesiana, Hayek la juzgara «no sólo un peligroso error intelectual, sino también una traición a la función principal de un economista y una grave amenaza para la civilización».^[56]

Que se trata de un «error intelectual» es evidente. La acción tiene carácter pragmático; se orienta siempre a la consecución de un objetivo, a través del desplazamiento intemporal de varios eventos. Y no se puede decir que las políticas intervencionistas permitan conseguir el objetivo en el corto y no en el largo plazo. Pueden dar de inmediato la ilusión de alcanzar la finalidad perseguida. Pero se trata de una ilusión destinada a mostrar muy pronto (sin esperar mucho) su engañosa realidad.

Estas políticas son también una «amenaza para la civilización», ya que, junto a la no consecución de los objetivos marcados, producen ese consumo de capital que afecta a la base económica de la «sociedad libre» y paraliza su desarrollo. Lo cual pone en peligro la cooperación social, entendida como juego de suma positiva. Toda intervención favorece a algunos y perjudica a la parte restante de la sociedad. Y «quienes son sus víctimas toleran la existencia de tales privilegios sólo si se les garantizan otros privilegios».^[57] Se trata de una carrera en la que fundamentalmente «nadie gana, sino que todos pierden a consecuencia de la caída general de la productividad del trabajo».^[58] Es el *après nous le déluge*.^[59]

Más aún. Hayek consideró que en la máxima keynesiana hay también una «traición a la función principal de un economista». Y aquí está toda la lección aprendida de la obra de Menger y del extraordinario conocimiento de la historia intelectual del siglo XVIII británico. Con su breve expresión, Hayek quiso decir que las ciencias sociales (y entre ellas la economía) nacieron como estudio de las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas intencionadas, de suerte que el economista o el experto social que no tenga esto en cuenta no cumple su tarea. Las intenciones no garantizan nada, porque en la vida humana no hay lugar para la omnipotencia, no hay coincidencia entre deseo y satisfacción. Nuestras preferencias y los medios disponibles no pueden prescindir de la decisión de otros individuos; decisiones que podemos tratar de ver, pero que no conocemos de antemano y que en ningún modo estamos en condiciones de determinar. Si en nuestra vida sólo existieran las intenciones, no habría ninguna interacción real con el Otro. Faltaría el mundo social propiamente dicho. Seríamos seres distintos de

los que somos, y no habría necesidad de las ciencias sociales.

4. *La dispersión del conocimiento*

La referencia hayekiana a la «misión principal del economista» es sólo la punta de un gran *iceberg*. Más exactamente, esa idea de ciencia social se inserta en un amplio diseño teórico en el que Hayek trabajó durante mucho tiempo. Tras el choque con Keynes (y con Sraffa), comprendió la necesidad de ampliar el frente de la discusión y gradualmente se fue dedicando a una labor de clarificación del significado histórico-político de la «gran sociedad» y, al mismo tiempo, a la descripción de su *hábitat* normativo, es decir, de las condiciones que la hacen posible o imposible.

El punto de partida de esta empresa puede considerarse *Economics and Knowledge*, el texto de una conferencia pronunciada en el *London Economic Club* el 10 de noviembre de 1936, publicado poco después (1937) en *Economica*. El propio Hayek considerará este ensayo como su «aportación original», el «acontecimiento decisivo» de su biografía intelectual.^[60] Las argumentaciones son sobre todo una crítica a la teoría del equilibrio económico general. Pero esas argumentaciones provienen de la vertiente metodológica y tienen profundas implicaciones de carácter político. La idea básica es la dispersión de los conocimientos de tiempo y lugar dentro de la sociedad.

Escribe Hayek: «En la presentación tradicional [...], la cuestión del modo en que se realiza la configuración de equilibrio se indica tácitamente como resuelta [...]. La estratagema que generalmente se adopta para este fin consiste en suponer un mercado perfecto, donde todo suceso se conoce *instantáneamente* por todos los individuos. Conviene recordar al respecto que el mercado perfecto, cuya existencia se reclama para satisfacer las hipótesis del análisis del equilibrio, no debe limitarse a los mercados de todas las diferentes mercancías; es todo el sistema económico el que debe concebirse al modo de un único mercado perfecto, en el que cada uno lo conoce todo. Por tanto, la hipótesis de un mercado perfecto significa simplemente que todos los miembros de la colectividad, aunque no omniscientes en sentido estricto, conocen por lo menos automáticamente todo lo que es relevante para sus decisiones.»^[61]

¿De qué se trata? «La afirmación según la cual, si los sujetos lo conocen todo, se encuentran en equilibrio, es ciertamente verdadera, pero sólo porque esto corresponde al modo en que definimos el concepto de equilibrio. La hipótesis de un mercado perfecto no es, desde este punto de vista, sino un modo distinto de decir que el equilibrio existe, pero esto no nos acerca en absoluto a la explicación sobre cómo y cuándo esta configuración de equilibrio se realiza.»^[62] De aquí que, «si queremos afirmar que los sujetos han de conseguir, en ciertas condiciones, tal estado de equilibrio, debemos igualmente explicar a través de qué proceso obtendrán el conocimiento necesario».^[63]

La institución que resuelve este problema es el mercado, que es sobre todo un sistema de movilización de conocimientos que nadie puede poseer íntegramente o centralizar. Lo cual confiere a esta institución una superioridad, debida exactamente a su capacidad de utilizar el conocimiento.^[64] «Nos hallamos —subraya Hayek— ante un problema de *división del conocimiento*, que es totalmente análogo y por lo menos de igual importancia que el de la división del trabajo.»^[65]

La idea de la dispersión del conocimiento la emplea Hayek también en la crítica a la economía planificada, para demostrar la imposibilidad de la tarea que tiene que desempeñar el planificador; y ésta es una importante extensión de la aplicación de esa idea. Pero ésta puede situarse —lo cual es aún más importante— en la base de la teoría de la «sociedad libre»: porque, al proporcionar una insuperable objeción gnoseológica contra el intervencionismo económico y social se afirma como la más profunda razón para limitar el poder público. Además, dado que la limitación de dicho poder es condición para la movilización de los conocimientos, se deriva que es también condición para la ampliación y la intensificación del «intercambio»; o sea: es también condición para el desarrollo económico y social.

Es justo recordar que, en las ciencias sociales, Adam Smith fue el mayor precursor de esta idea,^[66] cuyas consecuencias puso de relieve a cargo de la extensión del poder intervencionista de la política. En una bella página de *Wealth of Nations*, escribe: «Todo hombre, con tal de que no viole las leyes de la justicia, debe quedar perfectamente libre para abrazar el medio que mejor le parezca a los fines de buscar un modo de vivir, y que puedan salir sus producciones a competir con las de cualquier otro individuo de la naturaleza humana. El soberano *vendrá a excusarse* de una carga para cuya

expedita sustentación se hallará combatido de *mil invencibles obstáculos*, pues para desempeñar aquella obligación estaría siempre expuesto a mil engaños, cuyo remedio no alcanza *la más sublime sabiduría del hombre*. Ésta es la obligación de entender en la industria de cada uno en particular, y la de dirigir la de sus pueblos hacia la parte más ventajosa a sus intereses, cosa que aun los mismos que lo practican con un lucro inmediato suelen no acabar de penetrar.»^[67] Y el motivo de que «ninguna sabiduría o conocimiento humano jamás podrá ser suficiente» es exactamente que no hay hombre que pueda ser omnisciente: los pocos conocimientos que tenemos son dispersos y falibles.

^[68] Si alguien fuera tan «loco y presuntuoso que se considerara» omnisciente, se arrogaría una posición de poder que no se puede confiar «prudentemente ni a una sola persona ni a un Senado, aunque sea el más sabio del mundo».^[69]

Si se añade que la página en que el pensador escocés afronta con mayor energía la cuestión de la dispersión del conocimiento es la misma en que utiliza la metáfora de la «mano invisible»,^[70] el cuadro problemático impone inmediatamente la exigencia de ofrecer una explicación individualista, es decir, en términos de acciones individuales, del orden social. Hay que explicar cómo los actos de los individuos se articulan y se hacen compatibles.

En su obra de mayor contenido metodológico, escribe Hayek: «Sin la presunción de que la razón individual consciente es capaz de abarcar todos los fines y todo el conocimiento de la *sociedad* o de la *humanidad*, queda sin fundamento la convicción de que estos fines pueden alcanzarse mejor por medio de una dirección central consciente.»^[71] O sea: sin el «colectivismo metodológico», es decir, la hipótesis de la existencia de un «punto de vista privilegiado sobre el mundo» o, por lo menos, de la posible centralización del conocimiento, el colectivismo político (o la otra forma de «constructivismo» social) carece completamente de su «base intelectual»,^[72] y el orden social debe explicarse en términos individualistas.

Para ello es necesario dividir la acción humana en dos partes: en lo que hacemos con directa referencia a los fines que queremos alcanzar y en lo que hacemos para obtener la cooperación de los demás. Cada uno se mueve por la exigencia de perseguir sus propios fines; y lo hace movilizándolo los recursos y los conocimientos de que dispone. Pero como todo autor tiene necesidad de la cooperación de otros, debe proporcionar a éstos los servicios que piden a cambio. Esto significa que cada uno está claramente interesado en sus propias finalidades; para alcanzarlas, debe cooperar con contrapartes. Por eso la

acción se articula siempre a través de la cooperación. Y cada uno fomenta, aunque sea no intencionadamente, el bienestar de otros.^[73] No hay jerarquía obligatoria de los fines; y por tanto no hay un «óptimo» social. No hay acuerdo sobre los respectivos fines; y no hay un óptimo individual o interindividual. Está la decisión, adoptada voluntariamente, de originar un intercambio de medios que individualmente se considera conveniente y que constituye un juicio de suma positiva, es decir, que beneficia a ambas partes contratantes;^[74] está la maximización del uso del conocimiento.^[75]

Hayek presenta esto en los siguientes términos: «Se reprocha a menudo a la Gran Sociedad y a su orden de mercado el no tener una escala acordada de fines. Pero éste es su gran mérito que hace posible la libertad individual y todos sus valores. La Gran Sociedad surgió del descubrimiento de que los hombres podían vivir juntos en paz y beneficiándose unos a otros sin tener que ponerse de acuerdo sobre los fines específicos que individualmente persiguen.»^[76] Y también: «En la Gran Sociedad todos contribuimos de hecho no sólo a la satisfacción de necesidades que desconocemos, sino a veces incluso a la consecución de fines que, si los conociéramos, los desaprobáramos. Es algo que no se puede evitar, puesto que no conocemos el uso que se hará de los bienes y servicios que proporcionamos a los demás. El hecho de que colaboremos a la realización de los objetivos de los demás, sin compartirlos o aun ni siquiera conocerlos, solamente para poder alcanzar nuestros propios fines, es lo que da fortaleza a la Gran Sociedad. *Mientras la colaboración presupone unos fines comunes obligatorios, quienes tienen fines distintos serán necesariamente enemigos que se disputan los mismos medios.*»^[77]

El orden social lo realizan los propios individuos que actúan, pero sin que éstos sean conscientes de ello y sin la intervención de una «mente social» que coordine sus «movimientos». Se trata por tanto de un orden espontáneo o no-intencionado, que se articula a través de normas e instituciones, surgidas prevalentemente sin una programación previa y que constituyen el punto de mediación de preferencias individuales que siempre pueden cambiar. Prevalen las normas y las instituciones más eficaces o mejor adaptadas para responder a las exigencias de la cooperación social. Es decir: el intercambio intersubjetivo «criba» normas e instituciones que no son resultado de la programación de los actores, pero que son indispensables para co-adaptar las acciones humanas.

Es un planteamiento de tipo evolucionista, como el del propio Adam Smith, pero también de Mandeville, Hume, Burke, típico de la tradición *whig*, compartido por Constant, Tocqueville y por los representantes del «liberalismo doctrinario».^[78] Y en el planteamiento que, a través de Burke, Savigny y Niebuhr, llega a Carl Menger, fundador de la Escuela austriaca de economía.^[79] Esto arroja una poderosa luz sobre el origen no-intencionado de las normas y de las instituciones (lenguaje, familia, derecho, ciudad, Estado, mercado, etc.) e ilustra los límites de un vasto territorio en el que se encuentra el objeto específico de las ciencias sociales. Resulta así más evidente por qué la no consideración de las consecuencias no-intencionadas de la intervención política llevara a Hayek a ver en la obra de Keynes la «traición a la misión principal del economista».

5. *El hábitat normativo*

La «sociedad libre» necesita un *hábitat* normativo, porque la libertad no es sólo un concepto económico y político, sino también un concepto jurídico. Esto lo vieron siempre claramente los representantes de la Escuela austriaca. Ellos procedían todos de la Facultad de Derecho, ya que aún no existía una Facultad de Economía específica.^[80] Y Hayek, en el momento en que tuvo necesidad de multiplicar las vertientes de su propia exploración, puro servirse de una sólida preparación jurídica. No le fue, pues, difícil comprender que el derecho es el medio para delimitar los límites entre las acciones. En palabras de Savigny: «Toda relación jurídica particular se nos presenta como una relación entre varias personas, determinada por una regla de derecho [... y tal] determinación consiste en el hecho de que a la libertad individual se le asigna un campo en el que domine con independencia de cualquier otra voluntad ajena.»^[81] Más aún: «El que [...] seres libres convivan en [...] relaciones recíprocas, ayudándose unos a otros, sin estorbarse recíprocamente en su desarrollo, sólo es posible mediante el reconocimiento de una invisible línea de limitación, dentro de la cual la existencia y la actividad de cada uno puede gozar de un espacio libre y seguro. *La regla que fija el límite y determina ese espacio libre es el derecho.*»^[82]

El objetivo de las normas jurídicas propiamente dichas es, pues, trazar los límites entre las acciones, de tal manera que los distintos conocimientos,

los diferentes valores y las diversas visiones del mundo no entren en conflicto entre sí. O sea: el *hábitat* normativo de la «gran sociedad» debe sustentarse en «reglas de mera conducta»,^[83] es decir, reglas que, «para evitar la injusticia»,^[84] se limiten a indicar lo que el actor no debe hacer y el «procedimiento» a que el propio actor debe someterse. No prescriben los contenidos de la acción, que son los que deciden los sujetos que actúan.

De esto se deriva que las normas jurídicas regulan «circunstancias», es decir, se aplican a todos los actores que con sus decisiones autónomas producen ciertas «situaciones». Estas reglas no se dirigen a ningún individuo en particular, sino a todos los actores. Son *generales, abstractas y vacías*. Son como expresiones algebraicas que están ante nosotros con sus valores conocidos (los procedimientos y lo que no debe hacerse) y los valores desconocidos. Nuestras elecciones se colocan dentro de tales expresiones, dando valor concreto a los valores desconocidos o vacíos.^[85] Esto produce algunas consecuencias importantes.

A) Sin la igualdad ante la ley y sin la propiedad privada no es posible la autonomía de la acción individual. Si vale el «punto de vista privilegiado sobre el mundo», no puede haber fines perseguidos individualmente. Y si se suprime la propiedad privada, no tenemos el control de los medios necesarios para conseguir ningún objetivo nuestro, ya sea material o espiritual. Como dice Hayek, «quien tenga el exclusivo control de los medios debe también determinar los fines que deben alcanzarse, los valores que deben considerarse como superiores o inferiores: en una palabra, qué es lo que los hombres deben crear o a qué deben aspirar».^[86] Hay que añadir que, cuando falta la autonomía de la acción individual, no puede haber competencia ni puede haber sistema de precios, que es el fruto lógico de la primera.

B) Puesto que el orden jurídico de una «sociedad libre» no prescribe los contenidos de la acción, el concepto de justicia no puede formularse en términos positivos, sino que sólo puede ser sometido a controles de carácter negativo. Y aquí tenemos un «estrecho paralelismo» con el «desarrollo moderno de la filosofía de la ciencia».^[87] «Las posiciones en ambos campos son análogas también por el hecho de que sólo podemos tratar de acercarnos a la verdad o a la justicia mediante la continua eliminación de lo falso o lo injusto, pero nunca tener la seguridad de haberlas alcanzado.»^[88] Una formulación en términos positivos postula la afirmación de un «punto de vista

privilegiado sobre el mundo», la aceptación de una fuente privilegiada del conocimiento, lo cual está en total contradicción con la idea de la «gran sociedad».^[89]

C) Precisamente porque no prescribe el contenido de la acción, el orden jurídico de una «sociedad libre» tiene carácter *abstracto*, lo cual hace que quede indeterminado el orden que concretamente se realizará.^[90] Delimitando las fronteras entre las acciones, este orden garantiza que la compatibilidad entre las acciones se alcanzará. Pero nada puede decir sobre el tipo de iniciativa que emprenderán los actores individuales, sobre la posición social que ocuparán al final de un determinado proceso o sobre el resultado total.

D) El bien común no lo da una meta particular, sino que está constituido por el *orden abstracto*, es decir, por las reglas que, permitiendo la libre movilización de recursos y conocimientos, incrementa la posibilidad de cada uno de alcanzar sus propios fines, no en un momento específico, sino tan sólo a largo plazo.^[91] Sucede así que la dinámica social se convierte en un auténtico «método de descubrimiento», lo cual da significado a la competencia. La necesitamos porque «no conocemos con antelación los hechos que determinan las acciones» de los demás.^[92] Dicha dinámica «tiene valor *sólo* porque, y mientras que, sus resultados son imprevisibles y, en conjunto, diferentes de aquellos a los que cada uno ha o habría podido aspirar deliberadamente».^[93] El orden abstracto es el *hábitat* específico de la competencia, que es fundamentalmente un proceso de exploración de lo desconocido y de corrección de los errores.

Los puntos señalados permiten comprender que el individualismo hayekiano coincide estrictamente con el de Smith.^[94] Nada tiene que ver con el psicologismo de la tradición propiamente utilitarista, con la concepción según la cual la naturaleza y la psicología humanas existirían con anterioridad a las relaciones sociales. Semejante idea conduce a un individualismo «falso»,^[95] porque no considera que en el plano temporal el cuerpo existe antes que la mente y olvida que ésta se estructura posteriormente, a través de las relaciones intersubjetivas.^[96] Esto significa que si se asume que el ser humano preexiste a la relación social, nos privamos de la posibilidad de comprender que el crecimiento del individualismo es el producto de determinadas condiciones histórico-sociales y que los modelos individualistas

de comportamiento son tipos de vida social. En los modelos prescriptivos, el contenido de la acción viene dictado por una determinada autoridad. En los modelos individualistas, hay una co-adaptación de las acciones, alimentada por la autonomía en la decisión de actores que operan dentro de la esfera del *orden abstracto*.

Se explica así por qué Hayek no fuera un ingenuo defensor del *laissez-faire*. El individuo «verdadero» es una planta muy delicada, que sólo puede ser cultivada en un especialísimo *hábitat*, y cuya supervivencia precisa de muchos cuidados. El ataque de que es objeto procede de dos frentes, con la ayuda también de los individualistas «falsos», cuyo psicologismo les anima a formar entre quienes suponen que pueden plasmar y replasmar intencionadamente las reglas y las instituciones sociales. Por una parte, tenemos el intervencionismo económico que altera permanentemente el funcionamiento del mercado. Por otra, el intervencionismo legislativo, que sustituye el derecho por la legislación.^[97] El primero se nutre a menudo del segundo. Y ambos afirman sus pretensiones recurriendo a una auténtica ilusión óptica: «Puesto que el valor de la libertad se basa en las oportunidades que proporciona para realizar acciones no previstas e impredecibles, raramente estamos en condiciones de apreciar lo que perdemos como consecuencia de una restricción particular de la libertad. Toda restricción de este tipo, toda coacción distinta de la que esté orientada a hacer cumplir las reglas generales, tiene como fin la consecución de algún resultado particular previsible, pero de ordinario no se conoce lo que la misma acaba impidiendo. Los efectos directos de toda interferencia [...] son inmediata y claramente apreciados, mientras que los efectos más indirectos y remotos no serán por lo general conocidos y por tanto no se les prestará atención. Jamás seremos plenamente conscientes de todos los costes que comporta la búsqueda de un resultado particular mediante esa interferencia.»^[98]

En concreto, de la sustitución del derecho por la legislación se sigue que mayorías variables pueden cambiar arbitrariamente la ley, que ya no es un principio universal, sino un instrumento destinado a servir los intereses de los grupos de vez en vez más fuertes. El derecho y la certeza del derecho se hacen añicos. Y Hayek comenta: «Aunque creo firmemente que, si queremos mantener la paz y la libertad, el gobierno debería ser dirigido según principios aprobados por la mayoría del pueblo, debo admitir francamente que si democracia es sinónimo de gobierno de la mayoría dotado de un poder

ilimitado, yo no soy demócrata, y que considero que tal gobierno es pernicioso.»^[99]

Esto no impide que Hayek reconozca la exigencia de ayudar a cuantos por razones diversas (enfermedad, vejez, etc.) no sean capaces de cuidarse a sí mismos. Y no le impide sostener la necesidad de una renta garantizada: «Asegurar a todos una renta mínima, o un nivel por debajo del cual nadie descienda cuando no puede proveer por sí solo, no sólo es una protección absolutamente legítima contra riesgos comunes a todos, sino una tarea necesaria de la Gran Sociedad.»^[100]

6. *La sociedad libre*

La permanencia de Hayek en Londres se prolongó hasta 1950, año en que aceptó una invitación de la Universidad de Chicago. Más tarde, en el invierno de 1961-62, vino la oferta de la Universidad de Friburgo en Brisgovia, para ocupar la cátedra que había desempeñado Walter Eucken. El volumen sobre *The Constitution of Liberty (Los fundamentos de la libertad)*, publicado originariamente en febrero de 1960, es fruto del periodo transcurrido en Chicago. A petición del Banco de Egipto, Hayek pronunció unas lecciones sobre *The Political Ideal of the Rule of Law*. Y en torno a estas lecciones en 1955 nació el proyecto de esta obra.^[101]

Aunque hayan pasado largos años desde su primera publicación, el volumen conserva una gran actualidad, ya que ofrece los instrumentos teóricos para comprender el significado histórico-político de la «gran sociedad», de ese mundo abierto que es el único que puede abrir un futuro a las generaciones más jóvenes. Trabajos que inmediatamente después obtuvieron mayor éxito que *Los fundamentos de la libertad* forman hoy parte de una arqueología de la que nadie se ocupa. Pero la obra de Hayek, que es la primera en que vertió por primera vez su completa filosofía política, es uno de los pocos textos en que se pueden encontrar los principios de nuestra convivencia.

El lector encontrará, adecuadamente desarrollados, muchos de los temas tratados en las páginas anteriores, empezando por la dispersión de los conocimientos. El lenguaje de la economía se usa poco. Sin embargo, el extraordinario dominio de la disciplina hace siempre sentir su presencia.

Fuera de este territorio, Hayek revela un gran conocimiento del universo

jurídico. La soberanía del derecho es el tema conductor de la obra. Y en la violación de esta soberanía, ve él una continua amenaza contra la supervivencia y el desarrollo de la libertad. La Gran Depresión y el aumento del intervencionismo público en Inglaterra (del que fue testigo) están en el trasfondo. Aparece así una amplia gama de «manipulaciones» económico-legislativas, apoyadas entonces por un difuso consenso, que luego se tradujeron en gravísimos errores.

El libro se cuenta entre las principales obras del siglo

XX. Es la empresa de un «gigante», que nos sirve no sólo de punto de referencia para encontrar una completa (y de otro modo ilocalizable) reformulación de los principios del liberalismo clásico, y también sirve de revelador de las ligerezas, de las presunciones (y, acaso, de los mitos) que durante tanto tiempo han dominado la vida pública y que siguen usándose para dominarla. El volumen es como si nos pusiera delante de unas boyas luminosas que indican los itinerarios que podemos recorrer y los que desgraciadamente ya hemos recorrido. Podemos así saber, en un momento en que los desafíos de la competencia global aumentan, dónde nos hemos equivocado, por qué y cuáles perspectivas nos ofrecen la teoría liberal y las viejas recetas destructoras de capital y de libertad de elección. «En un mundo en continua transformación, incluso el simple mantenimiento de un cierto nivel de riqueza exige continuos cambios en la dirección de los esfuerzos de algunos, que sólo se verificarán si ciertas actividades se hacen más remuneradas y otras menos. Con estos ajustes, que en condiciones relativamente estables son necesarios para el ajuste del flujo de renta, ya no se puede disponer de ningún *surplus* que pueda emplearse para resarcir a quien haya sido perjudicado por el cambio de los precios. Sólo en un sistema en rápido crecimiento, podemos esperar evitar el declive absoluto en la posición de algunos grupos.»^[102] Y estos grupos pueden ser amplias partes de una misma sociedad o sociedades enteras.

8. Kirzner: la empresarialidad como exploración de lo desconocido*

El beneficio no [...] depende de la acumulación del capital empleado por el empresario. El capital «no genera» beneficio. Beneficios y pérdidas se deben enteramente al éxito o fracaso del empresario en adaptar la producción a la demanda de los consumidores.

LUDWIG VON MISES

[...] El capital [...] es un «siervo tonto» de algún otro.

LUIGI EINAUDI

La Escuela austriaca de economía se ha ocupado intensamente de la función empresarial. Tal vez la aportación más específica y completa sea la de Israel M. Kirzner (1930-), cuya formación se produjo bajo la guía de Ludwig von Mises. Éste, como es sabido, abandona Europa en 1940, y desde 1945 enseñó en la Universidad de Nueva York.

Repitiendo lo que ya había hecho en Viena, Mises reúne en torno a sí, en poco tiempo, un nutrido grupo de jóvenes estudiosos. A este grupo, a comienzos de los años cincuenta, se une Israel Kirzner.

La producción científica de Kirzner es muy amplia. Los volúmenes, las contribuciones a volúmenes, los ensayos, los artículos y los comentarios forman una larga lista. Su obra más conocida, *Competition and*

Entrepreneurship (1973), fue traducida al español en 1975, al alemán en 1978, al japonés en 1985 y al portugués en 1986. Es el volumen que, con el título de *Concorrenza e imprenditorialità*, se publica ahora en italiano.

1. *El problema*

En su *Historia del análisis económico*, escribe Schumpeter: «Todo esquema del proceso económico tiene que empezar por resolver la cuestión de las *dramatis personae* que van a ser admitidas en la escena [...]. Los actores eran, desde luego, empresas y economías familiares, no clases sociales, porque de no ser así no podía haber competición [...]. Como sabemos, estos autores se clasificaron por el procedimiento de convertir a los grupos sociales conocidos por la experiencia común en las tres categorías de tipos económicos (o clases “funcionales”): terratenientes, trabajadores y capitalistas [...]. Hubo un cuarto tipo o una cuarta categoría que acabó por ser reconocida explícitamente: el empresario.»^[1]

Schumpeter añade: «Los doctores escolásticos, al menos desde los tiempos de San Antonino de Florencia, habían distinguido entre la *industria* del hombre de negocios y la *labor* del obrero. Los economistas del siglo XVII habían mostrado ya una comprensión inequívoca, aunque implícita, del tipo empresarial. Y Cantillon ha sido, que yo sepa, el primero en utilizar el término “*entrepreneur*” [...]. Adam Smith ha considerado ocasionalmente el tipo —ha hablado de “empresario”, “maestro”, “comerciante”— y, si se le hubiera urgido, no habría negado que ningún negocio funciona por sí mismo [...]. J.-B. Say, que seguía la tradición francesa (Cantillon), fue el primero en atribuir al empresario —como tal y distinguido del capitalista— una posición determinada en el esquema del proceso económico.»^[2]

Por tanto, el personaje existe, ha sido descubierto. E incluso se ha entrevisto su función, la parte que desempeña en el proceso económico. Cantillon nos dice: «La circulación y el intercambio de mercancías se producen en Europa por obra de los empresarios y con su riesgo.»^[3] Inmediatamente después añade: «El arrendatario es un emprendedor que promete pagar al propietario, por su finca o su tierra, una cantidad fija de dinero [...], sin que tenga seguridad de la ventaja que podrá sacar de esta empresa.»^[4] Y ampliando el discurso a toda la actividad empresarial, el

propio Cantillon precisa: «Estos emprendedores son comerciantes al por mayor de lana y de cereales, los panaderos, los carniceros, los fabricantes y todos los mercaderes de todo tipo, que compran las mercancías y las materias primas del campo, para laborarlas y revenderlas a medida que los habitantes las necesitan.»^[5]

Ya en la obra de Cantillon había elementos para elaborar una completa teoría del empresario. Y, sin embargo, si se prescinde de las posteriores observaciones de Say, durante mucho tiempo «no se fue [...] demasiado lejos».^[6] Semejante valoración es de Joseph Schumpeter, el cual quiere decir que *no* se fue muy lejos, hasta que aparecieron su obra y la de Frank Knight.^[7] Pero Kirzner opina que ni estas obras ni la aportación de Bronfenbrenner llevaron a una clarificación definitiva. Más adelante consideraremos esto con más detenimiento; antes es necesario descubrir las raíces culturales de la teoría de Kirzner y ver cómo ésta se articula.

2. *La tradición austriaca*

Cuando Schumpeter, como hemos recordado, sostiene que «todo esquema del proceso económico tiene que empezar por resolver la cuestión de las *dramatis personae* que van a ser admitidas en la escena»,^[8] adopta el método individualista, que él denomina «individualismo metodológico».^[9] De este método, que no debe confundirse con el psicologismo,^[10] Schumpeter no hizo, como luego veremos, una aplicación coherente. Pero no es éste el punto importante. Lo que importa es recordar que el individualismo metodológico caracteriza fuertemente la obra de toda la Escuela austriaca de economía.

El método individualista centra su atención en la acción humana. El hombre actúa porque se encuentra en una situación de desequilibrio. Su acción produce consecuencias intencionadas y no-intencionadas; y esto significa que la acción —que es económica, porque los medios de que disponemos son escasos— se desenvuelve a través del empleo de un conocimiento que es siempre parcial y falible, y que por tanto hace difícil la superación de ese desequilibrio.

Todo esto se encuentra ya en Carl Menger, que es el fundador de la Escuela austriaca.^[11] En el propio Menger hay también una atenta consideración de la variable tiempo. No es casual que con toda lucidez

afirmara: «Nunca puede eliminarse totalmente el espacio temporal que media entre la disposición sobre los bienes de un orden superior y la disposición sobre los bienes correspondientes del orden inferior. Así pues, los bienes de un orden superior obtienen y conservan su cualidad de bienes no con referencia a necesidades del presente inmediato, sino únicamente respecto a necesidades que, a tenor de las expectativas humanas, sólo aparecerán en unos momentos en los que ya habrá llegado a su fin el proceso de producción de que hemos hablado.»^[12] Quien emprende la realización de un proyecto productivo debe por lo tanto afrontar una situación problemática, de donde obviamente la «incertidumbre» del resultado.^[13] O sea: en el fondo de todo está la situación problemática debida al intento de ofrecer lo que se piensa que será demandado, y a un precio remunerador.

Es sabido que Böhm-Bawerk empleó la variable tiempo como base de su teoría del interés.^[14] Menos conocida es en cambio su insistencia sobre el permanente desequilibrio del sistema económico. Así lo reconoce Schumpeter, sin, por lo demás, sacar las debidas consecuencias, con las siguientes palabras: «Böhm-Bawerk fue [...] el primero que dijo expresamente que en principio todo el valor del producto debería repartirse entre tierra y trabajo, si el proceso de producción tuviera que desarrollarse con una perfección ideal. Esto exige, naturalmente, que todo el sistema económico esté exactamente adaptado a las producciones emprendidas y que todos los valores se ajusten a los datos; que todos los planes económicos se desarrollen al mismo tiempo armónicamente y que nadie perturbe su ejecución».^[15]

Mises, que absorbió las enseñanzas de Böhm-Bawerk, escribe en 1922: «El estado estacionario de la economía es un medio auxiliar de la especulación teórica. Nada hay permanente en la vida. Las condiciones en que la economía se desarrolla están sujetas a cambios perpetuos que las fuerzas humanas no pueden impedir.»^[16] Y añade: «En la economía dinámica toda acción económica se realiza en vistas a una situación futura todavía incierta [...]. La economía es esencialmente especulación, porque está organizada en función de un futuro incierto. La especulación es el nexo intelectual que une los diversos actos económicos en este conjunto inteligente que es la economía.»^[17]

Mises precisa que el «estado estacionario» es aquel «punto de equilibrio hacia el cual todos los objetos de la actividad económica nos parece que

tienden, y que realmente llegarían a alcanzar, si nuevos factores no interviniesen para crear otro punto de equilibrio».^[18]

A partir de 1937, Hayek considera el conocimiento como «*problema verdaderamente central* de la economía como ciencia social».^[19] Demuestra que la idea general de equilibrio, de la que el estado estacionario es sólo un caso particular, indica «que existe compatibilidad entre los distintos planes que los individuos que [...] componen [la sociedad] han formulado»:^[20] para que se realice esa compatibilidad es necesario que todos los actores tengan un «conocimiento completo de los factores relevantes».^[21] Pero ese conocimiento, si se considera que está dado desde el principio, es exactamente lo que falta. Si observamos el problema desde la parte de los productores, debemos suponer que éstos están perfectamente informados de los deseos y las demandas de los consumidores. Y, sin embargo, precisa Hayek, «si bien se mira, estos elementos no pueden considerarse hechos conocidos; más bien deberían contemplarse como problemas, cuya solución debe darla el proceso competitivo».^[22] Y también: «El verdadero problema no consiste en apurar si es posible obtener *determinadas* mercancías y *determinados* servicios a costes marginales *dados*, sino en saber qué mercancías y servicios» serán demandados.^[23]

Mientras tanto, Mises no se había parado en sus reflexiones iniciales. Había construido un modelo de «economía de giro uniforme», caracterizado por haber sido eliminado de la misma el «factor tiempo». «Hoy es lo mismo que ayer, y mañana será igual que hoy. El sistema está en movimiento constante, pero nunca cambia de aspecto.»^[24] «En este sistema no pueden aparecer individuos que escojan y prefieran y, tal vez, sean víctimas del error; estamos, por el contrario, ante un mundo de autómatas sin alma ni capacidad de pensar.»^[25]

Pero la realidad es muy distinta. «Actuar equivale a optar, y el sujeto debe enfrentarse siempre con la incertidumbre del futuro.»^[26] Y en semejante situación de permanente desequilibrio es en la que surgen los beneficios y las pérdidas, que en cambio jamás pueden surgir «en un imaginario mundo plenamente normal y equilibrado».^[27]

3. Ignorancia, desequilibrio, mercado

Pudiendo disponer del rico patrimonio «austriaco», Kirzner procede de un modo claro. Afirma: «El modelo de la competencia perfecta continúa siendo un punto central de gran parte de la actual teoría de los precios. A pesar de todas las críticas que se han vertido sobre ese modelo durante los últimos cuarenta años, aún ocupa el centro de la escena [...]. El descontento por la teoría de la competencia perfecta produjo nuevos modelos que incluían diversas estructuras de mercado de competencia imperfecta, pero que no han logrado desalojar al modelo de la competencia perfecta de su posición prominente [...]. Mi postura será no sólo que el modelo de competencia perfecta es incapaz de ayudarnos a comprender los procesos del mercado, sino también que los modelos de competencia imperfecta desarrollados para reemplazarlo apenas si son más útiles.»^[28] Tratemos de precisar las razones de esto.

Como vimos en el párrafo anterior, toda la tradición austriaca subraya continuamente la ignorancia que afecta a los operadores económicos. La hipótesis de un mercado perfecto significa en cambio que «todos los miembros de la colectividad, aunque no omniscientes en sentido estricto», conocen por lo menos «todo cuanto es relevante para sus decisiones».^[29] «Y si los sujetos lo conocen todo, se encuentran en equilibrio».^[30] porque «ninguna decisión fracasaría en su realización, y ninguna oportunidad quedaría sin explotar. Cada uno de los participantes en el mercado habría previsto correctamente todas las decisiones importantes de los demás; habría trazado sus planes con un conocimiento pleno de lo que no podría hacer en el mercado, pero al mismo tiempo con conciencia total de lo que sí podría hacer.»^[31]

Ahora bien, «la hipótesis de un mercado perfecto no es, desde este punto de vista, otra cosa que un modo distinto de decir que el equilibrio existe».^[32] Un análisis de este tipo es «lógica pura», ciega ante la articulación real del proceso de mercado e incapaz, yendo al fondo de la cuestión, de dar al propio mercado una razón de ser. En efecto, si los sujetos lo conocen todo, ni siquiera habría necesidad de un mercado. Un individuo omnisciente, capaz por tanto de disponer del conocimiento de todos los demás actores, podría coordinar conscientemente sus planes.

Las cosas son muy distintas. Escribe Kirzner: «Consideramos que el mercado, durante cualquier periodo de tiempo, es el resultado de las decisiones recíprocas de los consumidores, empresarios-productores y

propietarios de los recursos. No es posible llevar a cabo todas las decisiones tomadas en un periodo dado, ya que muchas de ellas pueden constituir anticipaciones erróneas o depender de otras decisiones que, de hecho, no se darán. Además, muchas de las decisiones efectivamente realizadas en un periodo determinado pueden resultar no ser las más adecuadas.»^[33]

Y así, «la revelación progresiva de las decisiones de otros proporciona algo de la información que esos autores de decisiones en principio no poseían. Si advierten que sus planes no se pueden realizar, esto les hace ver que sus anticipaciones sobre las decisiones de otros eran excesivamente optimistas. O pueden llegar a saber que su acusado pesimismo les ha hecho perder oportunidades del mercado muy atractivas. Esta información recientemente adquirida sobre los planes de otros se supone que dará lugar, en el periodo de tiempo que sigue, a una serie de decisiones revisadas.»^[34]

El proceso de mercado «consiste en los cambios sistemáticos de la planificación generados por la corriente de información alimentada por la participación en el mercado mismo».^[35] Esto significa que, a través de la continua reformulación de los planes, hecha posible por las informaciones proporcionadas por el mercado, tratamos de colmar nuestra ignorancia y el desequilibrio que se le puede imputar. Se trata sin embargo de una labor de «corrección» permanente: porque siempre hay elementos de la realidad que aún no hemos sido capaces de «capturar» o que no hemos podido prever.

Kirzner precisa: «Si este proceso competitivo continuara hasta el final (en otras palabras, si todas las decisiones se ajustaran totalmente), cada uno de los participantes ya no se vería sometido a presión para mejorar las oportunidades que ofrece en el mercado, ya que ningún otro estaría ofreciendo cosas más atractivas [...]. Esta situación de equilibrio del mercado es, desde luego, una situación en que la competencia ya no constituye una fuerza activa. El cese del proceso del mercado [...] representa el final de un proceso competitivo.»^[36] La competencia, pues, la origina una situación de equilibrio. ¿Quién es el sujeto del proceso competitivo?

4. *El empresario*

Para responder a esta pregunta, Kirzner recurre a un modelo muy simple. Dice: «Imaginemos un mercado en el que todos los participantes sean de hecho *incapaces* de aprender nada de su experiencia en el mercado. Los

posibles compradores que han regresado a sus casas con las manos vacías [...] *no* han aprendido lo que es necesario para superar las ofertas de otros compradores; los posibles vendedores que regresan sin vender sus bienes o recursos [...] *no* han aprendido que, si desean vender, deben contentarse con precios más bajos. Los compradores que han pagado precios demasiado elevados no descubren que podían haber obtenido las mismas mercancías a precios inferiores; los vendedores que han vendido a bajo precio no descubren que podrían haberlos conseguido más altos.»^[37]

Se supera esta situación introduciendo individuos capaces de ver dónde un bien puede venderse a un precio mayor que aquel al que puede comprarse. Quien es capaz de hacer esto merece el nombre de empresario. Los empresarios son, pues, aquellos que perciben «inmediatamente las oportunidades de beneficios *que existen por la inicial ignorancia de los participantes en el mercado* y que han persistido por su incapacidad de aprender de su propia experiencia».^[38]

El conocimiento y el equilibrio apagan el proceso competitivo, y suprimen el espacio ocupado por la función empresarial. La ignorancia y el desequilibrio son en cambio el *hábitat* de la competencia, que es un proceso en el que los empresarios, iluminando elementos hasta ese momento desconocidos, obtienen una ganancia.

Surgen así tres cuestiones que conviene poner en claro.

A) «El punto clave es que la empresarialidad *pura* se ejerce sólo en *ausencia* de cualquier ventaja inicial propia [...]. El empresario “puro” observa la existencia de una oportunidad de vender algo a un precio mayor del que se puede comprar. De aquí se sigue que *cualquiera* es un empresario en potencia, ya que el papel puramente empresarial no presupone ningún tipo inicial de ventaja.»^[39]

B) «El proceso competitivo es esencialmente de tipo empresarial»: «Nuestros puntos de vista sobre el carácter competitivo del mercado y su cualidad empresarial nos enseñan que las dos ideas de competencia y empresarialidad son, al menos en el sentido aquí utilizado, inseparables analíticamente», de modo que, «prescindiendo del término que se utilice, estas dos nociones *deben* ser reconocidas y percibidas, en todo momento, simplemente como las dos caras de la misma moneda».^[40]

C) El proceso competitivo empresarial hace que, en cada periodo, la

estructura de las decisiones de los demás participantes en el mercado, precisamente porque aparecen nuevas oportunidades (en forma de nuevas soluciones o de nuevos problemas y soluciones), sea más rica, ofrezca mayores posibilidades de elección.^[41]

Si las cuestiones señaladas son claras, podemos abandonar la asignación rígida de las funciones: «En lugar de un grupo de participantes en el mercado que no aprende por experiencia y otros (los empresarios) que sí lo hacen, podemos partir de la base de participantes en el mercado a la espera de las diferentes posibilidades de comprar y vender. [...] El *proceso* continuará siendo necesariamente empresarial, pero en lugar de tratarse de un grupo de empresarios “puros”, nos limitaremos a reconocer un aspecto empresarial en las actividades de cada uno de los participantes.»^[42]

No sólo esto. Podemos también abandonar el ámbito de una economía de puro intercambio y observar el proceso «en un mundo de producción». En esta situación, el mercado «puede considerarse simplemente como una red de decisiones en la que los propietarios de los recursos hacen sus planes para vender dichos recursos a los productores, los productores los hacen para comprar los recursos de dichos propietarios para venderlos (en forma de mercancías fabricadas) a los consumidores, los consumidores planifican la compra de las mercancías a los productores».^[43]

Evidentemente, el productor puede al principio no ser propietario de recursos, es decir, ser un empresario puro. Si, por el contrario, es propietario de recursos, desarrolla un papel empresarial en la medida en que explota oportunidades antes desconocidas.

La empresarialidad coincide entonces con la «perspicacia» (*alertness*), con la capacidad de descubrir nuevos objetivos.^[44] Lo cual es una actividad de coordinación. O sea:

«El sistema de precios en equilibrio ofrece a cada unidad de decisión un conjunto enteramente coordinado de señales que [...] permitirán el ajuste de todos los planes.»^[45] En realidad, las cosas no son así. Nos encontramos en una situación de desequilibrio; los planes individuales no coinciden. Pero la actividad empresarial impulsa hacia la coordinación. «La regla es simple y obvia: la coordinación de la información garantiza la coordinación de la acción. Tan pronto como una mente se hace consciente de las situaciones y actitudes de dos individuos separados, entre los que hay condiciones para un intercambio mutuamente provechoso, de manera que aquél percibe la

oportunidad latente [...], podemos estar seguros de una acción que coordinará las decisiones, planes y acciones de los individuos en cuestión. *El proceso empresarial competitivo se nos presenta ahora no simplemente como generador de una tendencia al equilibrio, sino como descubridor y corrector de planes y decisiones individuales discordantes.*»^[46] El beneficio es, pues, indicio de la capacidad de descubrir «situaciones» no conocidas y de servir las.

5. Lógica de mercado y lógica de la investigación científica

Resulta, pues, evidente que las ideas sostenidas por Kirzner representan una aportación a la teoría de la acción humana. A partir de Robbins,^[47] el aspecto económico de la acción individual se explicó en términos de asignación de recursos escasos a fines alternativos. «Mi opinión es que esta visión analítica de unos participantes individuales en el mercado que economizan, maximizan o intentan ser eficientes constituye, en importantes aspectos, algo peligrosamente incompleto. Ha conducido a una noción del mercado como conjunto de una multitud de individuos dotados de acción económica, cada uno de los cuales toma sus decisiones sobre una serie *dada* de fines y medios. Y en mi opinión esta noción del mercado es culpable de ese dañoso y exclusivo énfasis sobre las situaciones de equilibrio [...]. *Una multitud de individuos economizantes, cada uno de los cuales hace una elección en relación con unos fines y medios dados, no puede, sin que se introduzcan elementos exógenos, generar un proceso de mercado.*»^[48] O sea: el *homo agens*, que Kirzner toma de la praxeología de Mises,^[49] antes aún que la capacidad de perseguir de un modo eficiente los objetivos, está dotado «del impulso y la perspicacia que se precisan para definir los fines y los medios disponibles».^[50] Como atinadamente escribe Hayek, «si cualquiera conociera realmente todo lo que la teoría económica llama *los datos*, la competencia sería un método altamente antieconómico [...]. Pero qué bienes son escasos, o qué cosas son bienes, y en qué medida son escasos o valiosos, es precisamente lo que la competencia debe descubrir.»^[51]

Todo esto demuestra que el empresario afronta una situación problemática. En la estática robbinsiana, disponiendo de datos conocidos, el individuo se limita a desarrollar, empleando propiamente los términos, un

ejercicio. Pero cuando los datos son exactamente lo que hay que descubrir, el actor se encuentra ante un *problema*. ^[52] Por tanto, sirviéndonos de nuevo de una expresión de Hayek, el proceso competitivo empresarial es un «proceso de descubrimiento. Lo cual nos enseña que la lógica competitiva y la lógica de la investigación científica coinciden perfectamente.

Conviene recordar algunas afirmaciones de Karl Popper: «Toda mi concepción del método científico puede resumirse diciendo que consiste en estos tres pasos:

- 1) tropezamos con un problema;
- 2) tratamos de resolverlo, por ejemplo, proponiendo una nueva teoría;
- 3) aprendemos de nuestros errores, especialmente de los que han aparecido en la discusión crítica de nuestros intentos de solución.

O, dicho en tres palabras: *problemas - teorías - críticas*. Creo que en estas tres palabras puede resumirse todo el modo de proceder de la ciencia racional.»^[53]

El proceso de mercado procede de la misma manera: porque el empresario primero define los problemas; propone soluciones, y se atiene a la respuesta de los consumidores, los cuales aceptan la respuesta o la «falsan».

6. *La crítica de otras teorías*

La posición de Kirzner se diferencia de la de otros autores que se han ocupado de la figura del empresario. Lo subraya el propio Kirzner. A propósito de la teoría schumpeteriana, escribe: «Lo que el empresario hace en el sistema de Schumpeter es trastocar el flujo circular, crear desequilibrio a partir del equilibrio. Para mí, por el contrario, el papel empresarial, aunque por supuesto es la fuente del movimiento dentro del sistema, posee un influjo equilibrador; es la sensibilidad empresarial a las oportunidades inadvertidas lo que crea la tendencia al flujo circular.»^[54] En otras palabras, Schumpeter es un incoherente individualista metodológico, porque concibe al empresario actuando en una situación de equilibrio; la realidad, en cambio, es que el presupuesto de la acción en general, y de la actividad empresarial en particular, es una condición de desequilibrio que el actor se propone de algún modo colmar.

Kirzner se diferencia también de Frank Knight. Éste insiste sobre todo en la situación *ex post*, la residualidad del beneficio respecto a las rentas pactadas contractualmente. Y, sin embargo, no presta suficiente atención a la función que se atribuye al empresario, el cual es, *ex ante*, impulsado por el convencimiento de que, aunque futuro e incierto, habrá beneficio, y coronará su actividad de coordinación de los planes individuales.

Kirzner plantea objeciones también a las tesis de Bronfenbrenner, que identifica la empresarialidad no con las responsabilidades de gestión, organizativas o innovadoras, sino con la naturaleza precaria de las propias reivindicaciones; y considera el beneficio como una compensación por las inseguridades debidas a la falta de un derecho contractual a la renta. Evidentemente, Kirzner no niega la condición de incertidumbre en que se mueve el empresario. Pero su teoría va más al fondo, pues reconoce algo que explica la propia incertidumbre: el procedimiento de descubrimiento y la función de coordinación de los planes individuales, cuyo artífice es el empresario.

7. *El empresario y el Estado de Derecho*

Puesto que Kirzner se preocupa exclusivamente de arrojar luz sobre la competencia y la empresarialidad —y sobre cuestiones estrechamente relacionadas con esto (monopolio, publicidad, costes de venta, corto y largo plazo), para cuyo tratamiento remitimos al lector directamente al texto—, será oportuno recordar lo que él da por descontado, es decir, que la actividad empresarial tiene necesidad de la certeza del derecho. Escribe Max Weber: «Ha habido comerciantes en todo el mundo: al por mayor y al por menor, dedicados a las actividades locales e internacionales [...]. Allí donde surgió la necesidad de financiar las instituciones públicas aparecieron los banqueros: en Babilonia, en Grecia, en India, en China, en Roma. Financiaron ante todo la guerra y la piratería, y suministros y construcciones de todo tipo. En la política de ultramar desarrollaron el papel de empresarios coloniales, como propietarios de plantaciones con esclavos y explotadores del trabajo directa o indirectamente forzado; tomaron en contrata bienes de propiedad pública, servicios públicos y sobre todo impuestos. Financiaron a los jefes de partido en las elecciones y a cabecillas en las guerras civiles. Y, finalmente, fueron *especuladores* en toda clase de ocasiones que permitieran un beneficio

financiero. Esta figura de empresario —aventurero capitalista— ha existido en todo el mundo [...]; las actividades de tales empresarios [...] se orientaban al beneficio obtenido con la violencia, el botín sobre todo: ya fuera el botín obtenido directamente en guerra, o bien el botín fiscal obtenido a través de la explotación de los súbditos [...]. Pero el Occidente moderno conoce [...] una forma de capitalismo totalmente distinta y que no se ha desarrollado en ninguna otra parte: la organización racional capitalista.»^[55]

Este tipo de capitalismo nace, se desarrolla y muere con el Estado de Derecho. Cuando se llega a ser empresarios mediante los «favores» de la política, se pone uno fuera de ese marco normativo. Y he aquí el punto: el diagnóstico de Schumpeter sobre la quiebra del sistema capitalista ha sido ampliamente falseado, pero el connubio entre política y economía, durante mucho tiempo señalado como fórmula resolutive de todo problema, impone reflexionar sobre esta observación schumpeteriana: «Económica y sociológicamente, directa e indirectamente, la burguesía depende del empresario y [...] vive o morirá con él, aunque es muy probable que se forme (como se formó en el caso de la civilización feudal) un estadio de transición más o menos largo, en el que acaso podrá sentirse igualmente incapaz de morir y de vivir.»^[56]

9. Rothbard: la explicación austriaca de la Gran Depresión*

El señor Locke pone como máxima fundamental que la proporción entre la cantidad de productos y mercancías y la cantidad de dinero sirve como regla para el precio de mercado [...]: ha comprendido perfectamente que la abundancia de dinero produce un encarecimiento de todas las cosas, pero no ha precisado cómo sucede esto. La gran dificultad de esta cuestión consiste en saber por qué vía y en qué proporción el aumento del dinero provoca una subida del precio de las cosas.

RICHARD CANTILLON

1. En la escuela de Mises**

Murray Newton Rothbard (1926-1995) fue un estudioso de amplio saber, cuyas obras de contenido económico se enmarcan en una producción cultural mucho más amplia. No fue sólo un gran economista, sino un intelectual de amplio espectro. Su investigación se orientó sistemáticamente hacia la ampliación de la libertad individual. Este fue siempre su objetivo, llevado hasta el cuestionamiento de toda presencia de la mano pública. Esto significa que Rothbard se colocó en el gran surco de la tradición libertaria americana; una tradición que pretende superar el liberalismo clásico y que, en sus manifestaciones extremas, tiende exactamente a la total abolición de las funciones estatales.

Dentro del liberalismo, Rothbard fue el principal representante de la

corriente anarco-capitalista. Y defendió incesantemente la necesidad de proporcionar todo suministro de bienes y servicios a través del mercado, eliminando por lo tanto la presencia del Estado y de su coerción.^[1] La teoría económica que utiliza está ampliamente tomada de Ludwig von Mises y de la Escuela austriaca, hasta el punto de que el propio Rothbard se consideró (y fue considerado) como representante de esta escuela. Algunas precisiones al respecto haremos en el párrafo final. Por el momento, recordemos que todo comenzó en 1949, con la publicación de *Human Action*, la obra en que Mises expuso cristalinamente el fruto más maduro de su reflexión teórica.^[2] El hecho es conocido y fue narrado por el propio Rothbard: «Aquella obra cambió el curso de mi vida y de mis ideas, porque allí había un sistema teórico que algunos de nosotros habíamos soñado, pero nunca pensado que se pudiera realmente formular: una ciencia económica completa y racional, una economía como debería ser, no como había sido.»^[3]

A pesar de estudiar en la Columbia University, Rothbard siguió las lecciones de Mises y el seminario que éste tenía en la New York University, que en cierta medida reproducía el *Privatseminar* que el estudioso austriaco dirigió, en los años veinte y treinta, en Viena, y donde conoció, entre otros, a los entonces jóvenes Friedrich A. Hayek, Fritz Machlup y Gotfried Haberler.

Las relaciones entre Mises y Rothbard fueron intensas. Mises fue un defensor del Estado mínimo, y jamás fue más allá de esta posición. Pero esto fue suficiente para permitir a ambos estudiosos hallar en la idea de mercado, como lugar de elección y como instrumento de libertad, un territorio de fecundo entendimiento.^[4]

2. La teoría austriaca del ciclo económico

En *America's Great Depression* utiliza Rothbard ante todo la teoría austriaca del ciclo económico, que es el punto de coagulación de varias aportaciones. En su base está el núcleo vital de la reflexión dedicada por Böhm-Bawerk al interés y al capital. Es sabido que el autor austriaco ligaba el fenómeno del interés al hecho de que los actores prefieren bienes presentes a bienes futuros. De donde se deduce que un aumento del ahorro y un descenso del tipo de interés hacen posible un endeudamiento a más largo plazo y por tanto un alargamiento de la estructura productiva. Se produce así un aumento de la

producción de bienes de orden superior, es decir, de bienes de capital; o sea, un tipo de interés más contenido favorece proyectos productivos con más alta intensidad de capital. Lo contrario sucede en la hipótesis opuesta.

Hay un segundo elemento. Knut Wicksell reconoce la importancia de los trabajos de Böhm-Bawerk (*Kapital und Kapitalzins*).^[5] Llega a afirmar que «ningún autor ha conseguido penetrar tan a fondo como él [Böhm-Bawerk] en la naturaleza del problema».^[6] Y precisa: «Redúzcase [...] el interés sobre el capital, y entonces resultarán relativamente más ventajosas aquellas ramas de producción que exigen, en función de sus condiciones técnicas, un periodo *más largo* de producción, mientras que resultarán menos ventajosas aquellas ramas de producción de duración *más breve*; las primeras se expanden, las segundas se contraen.»^[7]

Wicksell añade algo más, y aquí está su aportación específica: «Un interés sobre el préstamo no es en sí ni alto ni bajo, sino que lo es tan sólo en relación con lo que se puede ganar con el dinero de que se dispone o con lo que se espera poder ganar. No es, pues, el alto o bajo nivel del interés sobre el préstamo en sentido absoluto lo que hay que considerar como causa que influye en la demanda de materias primas, trabajo, productos de la tierra u otros medios de producción, y que con esto determina indirectamente el movimiento de los precios de los bienes hacia arriba o hacia abajo, sino, de vez en vez, su relación con lo que llamaré más adelante el interés natural del capital, y que coincide aproximadamente con el interés real de las propias empresas y, más precisamente, aquel tipo de interés que estaría determinado por la oferta y la demanda en la hipótesis de que los capitales reales fueran prestados en especie, sin mediación del dinero.»^[8]

De donde la consecuencia: «Si [...] los bancos y demás entidades financieras prestan el dinero a un tipo de interés distinto, más bajo o más alto que el que corresponde al nivel de interés natural del capital, entonces el equilibrio económico [...] queda *ipso facto* perturbado. En el primer caso, con los precios de las mercancías invariados, los empresarios obtendrán (a costa de los capitalistas) un beneficio extra mayor que el auténtico beneficio o remuneración empresarial, que se repetirá mientras el interés sobre el préstamo permanezca en la misma posición relativa. Los empresarios serán por tanto estimulados a expandir sus negocios para sacar el mayor beneficio de la coyuntura favorable y nuevos operadores entrarán en su sector: se expandirá sobre todo la demanda de prestaciones de trabajo, de materias

primas y bienes, y los precios de las mercancías deberán subir.»^[9]

Es, sin embargo, con Mises con quien se llega a la completa formulación de la teoría del ciclo. Mediante el empleo riguroso del individualismo metodológico, Mises explica que «el aumento en la cantidad de dinero no quiere decir que aumente la renta» de todos los actores, ya que «aquellos grupos de la comunidad que son los últimos en ser alcanzados por la cantidad adicional de dinero experimentan una reducción en sus rentas como consecuencia de la disminución en el valor del dinero por el aumento de su cantidad».^[10] O sea: «El aumento de la cantidad de dinero se recibe en primer lugar únicamente por un número limitado de agentes económicos, y no por todos.»^[11] Y en todo caso, el proceso de ajuste de los precios no producirá aumentos de carácter proporcional, lo cual equivale a decir que la disminución del poder de compra del dinero no afectará de manera uniforme a los distintos bienes económicos.^[12] Es decir, cambian los precios relativos. El dinero, pues, no es «neutral».

El paso siguiente es breve. Las manipulaciones monetarias, mediante las cuales el tipo de interés monetario se lleva por debajo del tipo natural, producen el efecto de despistar a los operadores. La «falsa impresión de rentabilidad» impulsa hacia un alargamiento de la estructura productiva y a la producción de bienes de orden superior.^[13] Pero la expansión de la liquidez no puede llevarse al infinito y, cuando para evitar el colapso de la moneda se decide suspender esa política, «las iniciativas económicas activadas por la rebaja artificial del tipo de interés y que se mantuvieron gracias a una elevación igualmente artificial de los precios, ya no son rentables. Algunas empresas reducen la producción, otras cierran o quiebran.»^[14] No hay desarrollo, sino destrucción de capital. Las manipulaciones monetarias impelen a los operadores a cometer errores de previsión, que se hacen sentir en el momento en que, para detectar el proceso inflacionista, hay que poner fin a la política de «dinero barato». Es ese el momento de rendir cuentas, ya que la «falsa impresión de rentabilidad» se desvanece rápidamente.

Tales son las aportaciones de Böhm-Bawerk, Wicksell y Mises a la originaria estructura de la teoría austriaca del ciclo económico. A ese cuerpo teórico se añadieron más tarde, a partir sobre todo de *Geldtheorie und Konjunkturtheorie* (1929), las aportaciones de Hayek.^[15]

3. Robbins: La primera explicación «austriaca» de la Gran Depresión

Rothbard no fue el primero que intentó explicar la Gran Depresión mediante la teoría austriaca del ciclo económico. Quien inició el camino fue Lionel Robbins, con una obra de 1934, que Luigi Einaudi quiso muy pronto ver traducida al italiano.^[16] Robbins estaba entonces bajo la influencia de la Escuela austriaca de economía. En Viena había seguido el seminario dirigido por Mises; entró en contacto con los primeros y agudos escritos monetarios de Hayek; él fue quien llamó a Hayek a Londres y le ayudó a preparar el texto de *Prices and Production*;^[17] promovió la traducción inglesa de la *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel* de Mises;^[18] se disponía a apoyar una iniciativa análoga para *Gemeinwirtschaft* también de Mises;^[19] y estaba a punto de publicar *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*,^[20] destinado a convertirse en un clásico y en el que aparecen evidentes rasgos de las enseñanzas «austriacas». Por eso la London School of Economics fue en aquel periodo considerada un «suburbio de Viena».^[21] Fueron aquellos, como se ha dicho expresivamente, «los años de la alta teoría».^[22]

Aunque los escritos teóricos de Mises y Hayek iluminaran los dramáticos hechos económico-sociales de aquel tiempo, Robbins se sirvió de la «teoría austriaca del ciclo» para dar una explicación específica de la Gran Depresión. Y si bien en años más próximos a nosotros consideró «inadecuada a los hechos» esa teoría,^[23] su análisis constituye un evento no despreciable en la historia de la cultura económica del siglo XX. En efecto, las ideas y las obras adquieren una vida autónoma que ningún desconocimiento de paternidad puede impedir.

Robbins presenta la cuestión en los términos siguientes: «Parece verosímil [...] que un desequilibrio, que sea común a muchas industrias, si no tiene su origen en causas monetarias, deba ser por lo menos transmitido y ampliado a través del dinero. Tenemos aquí un hilo conductor para la solución de nuestro problema: pero el hilo no explica por sí aquella particular distribución de los errores de previsión. El dinero se gasta en toda suerte de compras. ¿Por qué, pues, las fluctuaciones en la demanda de dinero no afectan por igual a todos los sectores productivos? ¿Hay acaso alguna razón

para pensar que las peripecias monetarias puedan determinar esa particular serie de errores?»^[24]

Supongamos ahora que aumenta la cantidad de dinero. Normalmente — precisa Robbins— esto sucede «a través de una ampliación del crédito concedido por los bancos».^[25] «El hecho fundamental sobre el que debemos centrar nuestra atención es que los préstamos pueden ahora obtenerse más baratos. El nivel de los tipos de interés ha descendido. [Y] esto hace aumentar los beneficios que pueden obtenerse de todas las actividades productivas que implican la fabricación de cosas que prestarán servicios sólo en una fecha posterior o a través de un largo periodo de tiempo.»^[26] Y no sólo esto: «La disminución del rendimiento obtenido por las obligaciones y por los títulos inducirá a los espíritus más arriesgados a buscar en otros campos un rendimiento más amplio para sus inversiones. Las acciones ordinarias subirán. No pasará mucho tiempo sin que se desarrolle una efervescencia en la bolsa [... Y] habrá también una amplia especulación inmobiliaria.»^[27]

Sucede, sin embargo, que «a medida que el nuevo dinero se convierte en renta, tendrá que [...] producirse un aumento no en la demanda de los bienes de capital, sino en la de bienes de consumo. Es decir, tendrá que restablecerse lo que era la primitiva relación entre estas dos demandas».^[28]

Y «los que producen para el consumo inmediato tendrán ahora mayores posibilidades de atraer aquellos factores productivos que emplean en común con los productores de bienes de capital, y de obtener nuevos préstamos de los bancos. ¿Qué significa esto? Que los costes de producción y los tipos de interés en el mercado tenderán a aumentar [...]. Las previsiones de coste sobre las que los productores de bienes de capital dispusieron sus aumentos de producción quedan frustradas [...]. La oferta de los bienes de producción que siguen produciéndose encuentra una demanda cada vez más débil. Las industrias que producen máquinas y las que producen materias brutas sufren una crisis».^[29]

Veamos cómo Robbins aplica la teoría austriaca a la Gran Depresión: «Los acontecimientos que se desarrollaban en Inglaterra [...] habían determinado una situación de gran dificultad [...]. A partir de 1927, la situación se hizo bastante peligrosa. Fue preciso buscar la ayuda de otros países. En la primavera de aquel año, en parte por ayudar a Inglaterra, en parte para favorecer algunas posiciones internas, los directores de los bancos federales de reserva tomaron la grave decisión de inaugurar un régimen de

dinero barato. Se inició entonces una vigorosa política de compra de títulos [...]. En 1928 las autoridades empezaron a asustarse. Pero las fuerzas que habían desatado eran más fuertes que ellas. En vano divulgaban advertencias reservadas. En vano impulsaron hacia arriba los propios tipos de descuento [...]. Los hombres más prudentes se resignaron a prever el inevitable desastre. Así, en último análisis, la fase más grave de la gigantesca crisis actual se debió a la expresa colaboración entre bancos centrales.»^[30] Y su «explosión» no es imputable a un proceso de inflación:

«Por desgracia [... una tal explicación] no parece que pueda considerarse exhaustiva. Si por deflación entendemos una restricción deliberada de la cantidad de dinero en circulación, no parece que pueda observarse signo alguno de deflación en gran escala ni antes ni después del estallido de la crisis. Antes de la crisis [...] todo muestra que la cantidad total de dinero se iba extendiendo muy rápidamente. Después de la crisis, bancos centrales y gobiernos compitieron en promover una política orientada a determinar condiciones de facilidad en el mercado monetario.»^[31]

Aún es necesaria una observación: «El único elemento que a primera vista parecería incompatible» con la teoría austriaca es el «movimiento de los precios. En junio de 1924, el índice del nivel de precios al por mayor en Estados Unidos era de 95. En junio de 1927 era de 94. En junio de 1929 era de nuevo de 95. Es decir, el nivel de precios permaneció casi estacionario; a lo sumo, había una ligera tendencia a la disminución [...], lo cual podría parecer incompatible con la hipótesis de un *boom* inflacionista; y no hay duda de que fue precisamente la relativa estabilidad del nivel de precios lo que impidió a los observadores de entonces darse cuenta de lo que estaba sucediendo [...]. Pero cuando la productividad va en aumento, entonces, si no hay inflación, los precios deberían bajar. Ahora bien, el periodo que estamos examinando fue precisamente un periodo en el que la productividad iba rápidamente aumentando. La relativa estabilidad de los precios, pues, lejos de probar la ausencia de inflación, prueba su presencia.»^[32]

4. *La Gran Depresión y el intervencionismo*

La obra global de Mises puede en gran parte considerarse como una crítica al intervencionismo estatal. Y así, la economía política cumple en él la función que le había asignado Adam Smith, cuyo antimercantilismo es exactamente

un rechazo sistemático de las interferencias públicas en la economía. La teoría austriaca del ciclo económico se basa en la crítica a las manipulaciones del dinero y del crédito. Y estas son sólo una parte de las manifestaciones del intervencionismo. Por eso Mises amplió el radio de su propio análisis. Y si en 1928 publica *Geldwertstabilisierung und Konjunkturpolitik*,^[33] complemento de su teoría del ciclo, en 1929 publica, bajo el título de *Kritik des Interventionismus*,^[34] una serie de ensayos dedicados a la crítica de las interferencias de la mano pública en la economía.

Rothbard, que pudo dialogar largamente con Mises, absorbió completamente las enseñanzas del maestro austriaco. En el fondo, lo que su libertarismo necesitaba era exactamente una crítica del intervencionismo estatal. Y la encontró en Mises.

A pesar de haber sido escrito motivado por los acontecimientos que pretendía explicar, el libro de Robbins, *The Great Depression*, contiene un lúcido tratamiento y un empleo coherente de la teoría austriaca. Los datos recogidos en ese lapso de tiempo no habrían podido ser mayores. Por esta razón, Rothbard convirtió este libro en un punto de referencia.^[35] Tuvo también el *hábitat* y tiempo para someter su investigación a una «gestación» más madura. Se benefició también de algunas importantes obras que, después de la de Robbins, trataron el tema, entre ellas la de Phillips, MacManus y Nelson, así como la de Anderson.^[36] Pudo servirse también de una copiosa literatura sobre el sistema de la Reserva Federal. Y pudo asimismo servirse de estudios dedicados a las vicisitudes de algunos protagonistas del drama (entre otros, el presidente Hoover, Benjamin Strong, gobernador de la Reserva Federal de Nueva York, y Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra).

Rothbard extendió su mirada a todo tipo de interferencia gubernativa, poniéndola de relieve y siguiendo su evolución. Evidentemente, la primera parte de su trabajo está dedicada a la exposición de la teoría monetaria; parte que, con clara alusión a Böhm-Bawerk, se denomina «Teoría *positiva* del ciclo». Y aquí, además de la ejemplar exposición del montaje teórico austriaco (que hace coincidir el fin del *boom* con la explosión de los errores empresariales, cometidos bajo el impulso de la «inflación del crédito»), tenemos la comparación con las teorías de la superproducción, del subconsumo, y con las posiciones de Keynes y de Schumpeter.

El espacio reservado a Keynes es muy superior. Y la razón es clara. El

punto en que conviene fijarse se refiere a la naturaleza del tipo de interés. Para los «austriacos», se trata de un fenómeno real, determinado por las preferencias temporales de los actores. Para Keynes, en cambio, se trata de un fenómeno monetario.^[37] El problema crucial es siempre el mismo: el que Wicksell puso de manifiesto. Mises lo formuló en los siguientes términos: «el tipo de interés originario viene determinado por el descuento de los bienes futuros respecto a bienes presentes. Este interés es ajeno a la cuantía de las existencias de dinero y sustitutos monetarios, si bien, indirectamente, el tipo del mismo puede verse afectado al variar dichas disponibilidades. En el interés bruto de mercado, por el contrario, sí influyen los cambios que pueda registrar la relación monetaria.»^[38] O sea: para convertir al tipo de interés en un fenómeno monetario, hay que dejar a un lado la base de la que el propio tipo de interés brota y que está formada por las preferencias temporales autónomas de los actores. Consecuencia de esto es que el tipo de interés se pone en las manos monopolistas de las autoridades públicas, convirtiéndose así en un fenómeno meramente político. Lo cual realmente es paradójico. Una sociedad abierta, cuya vida se basa en la demolición del mito del Gran Legislador y de toda presunción de omnisciencia, no puede de hecho sustraer el tipo de interés al proceso de mercado, que es un proceso eminentemente social. Si lo hace, niega las premisas gnoseológicas e institucionales en que se basa.^[39] Y, aunque la manipulación no sea tal que provoque un auténtico ciclo, produce en todo caso efectos ampliamente redistributivos y distorsionantes. Por eso Rothbard no dudó en escribir que «la inflación del crédito» es un «método a través del cual el gobierno, el sistema bancario bajo su control y grupos políticos privilegiados están en condiciones de apropiarse de una parte de la riqueza de otros grupos sociales».^[40]

La Gran Depresión fue producto de una prolongada «inflación del crédito», cuyos efectos fueron plenamente explicados por la teoría austriaca del ciclo. Aunque mantuviera una actitud inflacionista durante el auge, la Reserva Federal estaba dispuesta a curar la depresión fomentando la inflación ulteriormente. Se apresuró inmediatamente a aumentar el crédito y apoyar de este modo a muchas posiciones financieras precarias. Con una actuación sin precedentes en su historia, durante la semana del desplome (la última semana de octubre), la Reserva federal aumento en casi 300 millones de dólares las reservas de los bancos nacionales. En la misma semana, duplicó la suma de los títulos federales en la propia cartera (añadiendo más de 150 millones de

reservas) y generó operaciones de redes-cuento a los bancos del sistema por otros 200 millones. En lugar de facilitar una sana y rápida liquidación de las posiciones insostenibles, la economía fue continuamente inflada con medidas gubernativas, que no harían sino prolongar el estado de crisis [...]. Además, la Reserva Federal bajó inmediata y bruscamente el tipo de redescuento (del 6 por ciento del principio de la crisis al 4,5 por ciento a mediados de noviembre) y las tasas de negociación de las aceptaciones.^[41]

No sólo esto. La «inflación del crédito» se añadió a una amplia gama de medidas intervencionistas que, adoptadas con la idea de evitar la crisis, la hicieron inevitable y más profunda: nacionalizaciones de la producción, planes plurianuales de obras públicas, aranceles, tasas salariales rígidas o crecientes en términos reales, facilidades y protecciones agrícolas, contingentaciones, barreras a la inmigración. La Gran Depresión tuvo así una amplia y lenta «incubación». Rothbard describió todo esto con inagotable vigor. Sometió a «relectura» la larga carrera política de Herbert Hoover, con el resultado de invertir aquella imagen canónica que le convertía en representante del *laissez-faire*. Se descubre que hubo un *New Deal* que anticipaba el de Roosevelt y que es entera y exactamente atribuible a Hoover. Se analiza aquel vínculo de larga sujeción de la Reserva Federal de Nueva York respecto al Banco de Inglaterra, cuya vuelta al oro (sobre la base de una temeraria paridad) requería abundantes y continuas dosis de inflación por parte de los demás bancos centrales. Se observa que hombres como Wallace Donham, presidente de la Harvard Business School, señalaban triunfalmente el ejemplo de la Unión Soviética e invocaban un plan económico general. Y se conocen otros que se contentaban con un simple «Mussolini económico» o con una vuelta de la economía de guerra. Se activó todo el instrumental del intervencionismo, irracional hasta lo grotesco (entre otras cosas, se pensaba que los recursos naturales tenían que ser preservados y paradójicamente se restringían las importaciones). Y se clamaba contra el individualismo y el beneficio.

Como Rothbard demuestra ampliamente, se había venido a crear un clima de difusa hostilidad hacia el mercado; un clima alimentado por una especie de alteración cognitiva colectiva, por la ilusoria presunción de someter a toda la sociedad a un dirigismo generalizado. Lo cual supone comprender que la Gran Depresión no fue fruto del «perverso» sistema capitalista, sino de las manipulaciones y de las intervenciones que impidieron que el mercado corrigiera los errores y activara su propia potencialidad.

Rothbard formuló un diagnóstico disonante. Pero precisamente por esto se trata de una herencia preciosa. Los resultados que consiguió (es decir, demostrar qué drama fue capaz de provocar el intervencionismo) corroboraron obviamente su libertarismo. El lector tiene a veces la impresión de que (véase en particular la introducción a la cuarta edición) llega casi a ver en toda «inflación del crédito» los síntomas de una nueva y gran crisis. Pero no es así. El objetivo polémico primario es la interferencia de la mano pública, sus «favores», sus «protecciones», sus distorsiones, que son en cuanto tales inconciliables con el ideal de libertad profesado por Rothbard. Y tenemos también la preocupación de que esto pueda alimentar, como sucedió exactamente con la Gran Depresión, una dinámica imparable. Porque nada puede probar que la fuerza de la estructura financiera, la cobertura aseguradora de los depósitos, el rechazo a soportar una deflación generalizada y la afirmación del poder estabilizador del presupuesto público hayan echado por la borda los fenómenos depresivos más profundos.^[42]

Hay una cuestión ulterior. En sustancial sintonía con Mises, Rothbard dirigió sus preferencias a la reintroducción del *gold standard* puro. Saltan a la vista las razones, que coinciden con la exigencia de limitar la interferencia pública. No es éste el camino seguido por Hayek, quien afirma claramente: «Aunque el oro es un ancla —y cualquier ancla es mejor que el dinero abandonado a la discreción del gobierno—, es un ancla muy movediza. No podría soportar la tensión si la mayoría de los países adoptaran el patrón oro. Simplemente, no hay oro suficiente. Un patrón oro internacional significaría actualmente que sólo algunos países mantendrían un patrón oro real, mientras que los demás dependerían de aquéllos mediante un patrón de cambio oro.»^[43]

Semejante juicio explica por qué el propio Hayek propuso la «desnacionalización del dinero». Se trata de un proyecto muy elaborado, que prevé la competencia entre monedas emitidas por instituciones privadas; un programa radical que hoy no parece realizable. Pero globalización y desnacionalización van en la misma dirección. Y nadie puede decir hoy cómo resolveremos mañana nuestros problemas.

5. Mises y Rothbard: puntos de desacuerdo

Si Mises y Rothbard coinciden en la idea del mercado como lugar de la

elección y como instrumento de libertad, en algunos puntos se encontraron en orillas opuestas. Sin embargo, ambos atribuyeron mayor importancia al itinerario que juntos habrían podido recorrer. Y dejaron al margen sus posibles desacuerdos. O sea: Mises no es reducible a Rothbard ni Rothbard es reducible a Mises. Ante todo, el viejo maestro austriaco, defensor del Estado mínimo, no hizo concesiones importantes a las posiciones anárquicas. Sabía que «el anarquismo rechaza cualquier organización de coacción social» y que «desea verdaderamente suprimir el Estado», porque «considera que la sociedad podría prescindir de él sin perjuicio».^[44] Subrayó también que el liberalismo «no discute la necesidad de un orden jurídico», porque éste tiene la función de limitar «el campo de la actividad del Estado».^[45] Y concluye así: «Su posición frente al problema del Estado no la dicta su antipatía contra la “persona” del Estado, sino su posición en lo que respecta al problema de la propiedad. Como desea la propiedad privada de los medios de producción, debe rechazar lógicamente todo lo que se oponga a ella.»^[46]

Por otra parte, Rothbard basa su filosofía política en el iusnaturalismo. Mises, sin embargo, a pesar de ser el más racionalista de los representantes de la Escuela austriaca,^[47] señala que las doctrinas iusnaturalistas cometen el error de considerar el «gran cambio, que eleva al hombre de la condición de los brutos a la sociedad humana, como un proceso intencionado; es decir, como una acción en la que el hombre es totalmente consciente de sus motivos, de sus objetivos, y de los medios para alcanzarlos».^[48] Lo cual es inaceptable desde el punto de vista de la Escuela austriaca, una tradición científica que convierte las consecuencias no intencionadas de la acción en objetivo principal o exclusivo de las ciencias sociales.

Finalmente, como resultado directo de su hiper-racionalismo, Rothbard consideraba que a la razón debe confiársele una función prescriptiva de las finalidades humanas.^[49] Recordando la lección de Max Weber, de quien fue buen amigo en Viena, Mises rechazó siempre la idea de una ciencia de los fines. Todos somos ignorantes y falibles. Nadie posee el *fundamento irrefutable* o el «punto de vista privilegiado sobre el mundo». Quien piensa lo contrario adopta una posición insostenible, que choca con la conocida ley de Hume, según la cual no es lógicamente posible derivar proposiciones prescriptivas de proposiciones descriptivas. Es, pues, preciso separar los hechos de los valores. Y comprender que las reglas de la moral «no son conclusiones de nuestra razón».^[50] Lo cual constituye la base misma de la

convivencia entre sujetos de diferentes confesiones filosóficas y religiosas del mundo y es una insuperable barrera defensiva para la libertad de conciencia. Esto significa que el liberalismo no puede prescindir de la ley de Hume y que todo intento de borrar esta ley no lleva adelante, sino que conduce —quíerese o no— hacia territorios bastante inhóspitos.

6. *En busca de un chivo expiatorio*

A parte algunos retoques, los párrafos anteriores son el prólogo a la primera edición italiana de este volumen. Sostenía entonces que «nada puede demostrar que la fuerza de la estructura financiera, la cobertura aseguradora de los depósitos, el rechazo a soportar una deflación generalizada y la afirmación del poder estabilizador del presupuesto público liquidaran los fenómenos depresivos más profundos». Dicho en términos más directos, la teoría austriaca del ciclo económico ofrecía ya en aquel momento (2006) la posibilidad de entrever la configuración de la actual (2008) crisis financiera internacional. A decir verdad, la posibilidad de semejante desenlace fue objeto de discusión en un encuentro celebrado en Roma en octubre de 2003, para recordar (con ocasión del trigésimo aniversario de su muerte) a Ludwig von Mises.

La teoría austriaca del ciclo económico fue en aquella ocasión uno de los temas más importantes, como puede apreciarse en las actas del encuentro.^[51] A mí me tocó tratar la cuestión en la ponencia introductoria; Enrico Colombatto analizó *Las dinámicas del ciclo en Mises*; y Maximiliano Neri, alumno de Jesús Huerta de Soto, intervino con una *Aplicación de la teoría austriaca del ciclo al Internet Bubble*.

Posteriormente, siguieron entre nosotros frecuentes e intensas discusiones, y, por mi parte, amplí el diálogo, implicando directamente a Jesús Huerta de Soto, José Antonio de Aguirre, Juan Marcos de la Fuente y Miguel Ángel Alonso Neira.

Todo esto constituye el precedente de los párrafos ya sometidos al lector. Pero sucede que ahora nos encontramos ante una crisis financiera de notables dimensiones. Y conviene comprender cómo se ha llegado a ella y cómo se puede superarla. Sigamos el planteamiento «austriaco», tratando de hacerle lo más claro posible.

Sabemos que las relaciones de intercambio secretan endógenamente sus

precios. Y sin embargo a menudo hacemos funcionar nuestras economías con precios impuestos, al margen del mercado, por las autoridades públicas. Para el tipo de interés, sucede que su determinación no es producto exclusivo de las preferencias temporales que expresan los actores individuales, pues sobre ella pesa la decisión de los bancos centrales, a los que se les encomienda establecer un tipo de interés «oficial».

Esto debería preocuparnos. Pero no es así, porque entendemos que las autoridades encargadas de esta decisión son exclusivamente técnicas. Lo cual no es cierto. Si en realidad las autoridades monetarias se limitaran a registrar lo que sucede en el mercado, su presencia sería realmente técnica, pero al mismo tiempo inútil. Puesto que, en cambio, establecen un precio distinto del que de otro modo se determinaría, las mismas cumplen una función política, que incide ampliamente sobre las posiciones de los actores sociales. Y así es que el tipo de interés, en lugar de ser un precio de mercado, es fruto de un proceso en el que intervienen decisiones rigurosamente políticas.

También sabemos cuáles son las consecuencias que producen unos tipos extraordinariamente, o más exactamente, artificialmente bajos. Pero normalmente, como todo lo que es barato, esos tipos no nos alarman. Sin embargo, deberíamos estar en guardia. En primer lugar porque se benefician las finanzas públicas. Se aligera así la responsabilidad de la clase política que puede hacer crónicos los excesos de sus propias cuentas. Y es esta una operación a la que se dedican de buena gana todos los grandes deudores y tomadores de crédito.

Más aún. Como sabemos, un tipo de interés disparatadamente bajo, por un periodo de tiempo disparatadamente largo, alimenta una carrera hacia el endeudamiento: y hacia un endeudamiento a largo plazo. Como ya decía David Ricardo, «si el banco pide un interés inferior al de mercado, no hay límite a la cantidad de dinero que el mismo podrá prestar; si pide un tipo de interés superior, sólo los manirroto y los pródigos pedirán préstamos».^[52]

La cuestión es que, si se fija a un nivel extraordinariamente bajo, el tipo de interés no está ya en condiciones de cumplir la necesaria función selectiva respecto a los distintos proyectos productivos. Sobreviven también los menos eficientes, que sustraen recursos a los más competitivos. Se produce una alteración del mecanismo de asignación, que toma en particular la forma de un desequilibrio intertemporal de la asignación de los recursos: hay un incentivo a endeudarse a largo plazo.^[53] Es una auténtica distorsión de la estructura productiva. Y a las primeras dificultades, o ante un aumento del

tipo de interés, los proyectos menos eficientes entran en crisis, porque son fruto de una manipulación monetaria. Lo cual se traduce en una destrucción de riqueza.

Ahora bien, si la ciencia social es la definición de las condiciones que hacen posible o imposible un determinado fenómeno, es preciso decir que, en el origen de la actual crisis financiera internacional, está la política monetaria emprendida por la Reserva Federal. Sin tipos de interés extremadamente bajos, para un periodo extremadamente largo, no habría sido posible el expansionismo crediticio cuyas consecuencias estamos pagando. Es también sabido que han intervenido otras circunstancias, como las garantías públicas sobre los créditos concedidos por los bancos, la superficialidad o el aventurismo de muchos operadores, la inadecuación de los controles. Y el fenómeno ha adquirido dimensiones paroxísticas. Pero sin la política llevada a cabo por las autoridades públicas, la gran burbuja especulativa del sector inmobiliario no se habría producido. Y no habría sido posible el *boom* de los valores accionariales, que es el producto puntual de la liquidez barata.

Así, pues, lo que se ha verificado tiene una causa política. Decir que todo se debe al «fracaso del mercado», significa buscar, más que una imputación causal, un chivo expiatorio. Se recurre a la teoría conspirativa de la sociedad, un expediente que dice muy poco a favor de quien lo utiliza.

7. *Los aventureros del capital*

Hemos visto cómo se ha llegado a la crisis. Veamos ahora cómo podremos superarla.

La teoría austriaca sugiere «una recesión dura y breve, encaminada a liquidar las malas inversiones», de las que se ha nutrido la ingente burbuja especulativa.^[54] Pero las medidas adoptadas por las autoridades públicas, desde las primeras manifestaciones de la crisis, van en una dirección totalmente distinta. Se ha procedido inmediatamente a bajar los tipos de interés y a instrumentar, mediante la nacionalización, algunos rescates bancarios, poniendo en marcha todo el repertorio del intervencionismo estatal, hasta la entrada en el capital de las empresas.

Detrás de esto, está también la idea de una superación «blanda» de la crisis. Es una vía que la historia económica conoce bien y que produce fenómenos de estanflación, es decir de inflación, recesión, pérdida de puestos

de trabajo y falta de creación de los mismos. Pero la economía (y toda la sociedad) es una trama de expectativas. Y si las vinculadas a la inflación crecen, los tipos de interés tendrán que subir. Lo cual se unirá a un clima de dilatada conflictividad, ya que el proceso inflacionista, al no afectar a todos al mismo tiempo y en la misma medida, agudizará la necesidad de una reestructuración de los precios relativos.^[55]

No son sólo estos los problemas ligados a la vía elegida por los Gobiernos actuales. El repertorio del intervencionismo comprende también la posibilidad de sostener la demanda de bienes de consumo. Pero «toda crisis se caracteriza por inversiones erróneas y escasez de ahorro, y no por subconsumo».^[56] Como escribe Hayek, «la existencia de capacidad productiva no utilizada [...] no demuestra en absoluto la existencia de un exceso de capital y de un consumo insuficiente: *al contrario, es síntoma de nuestra incapacidad de utilizar plenamente las instalaciones fijas, porque la demanda corriente de bienes de consumo es demasiado urgente* para permitir invertir los servicios productivos corrientes en procesos largos para los cuales (debido al hecho de que “el capital se ha dirigido mal”) se dispone de las necesarias instalaciones duraderas.»^[57]

El hecho es que el intervencionismo se sirve de una recurrente ilusión óptica: aquella en que tropiezan quienes no tienen la profundidad de las imágenes. Y así no se nos pregunta si, como consecuencia de las interferencias del gobierno, la deuda pública aumentará, si disminuirán las posibilidades de desarrollo y qué defensas se podrán oponer a la competencia internacional. O sea: esa ilusión óptica impide «captar» la amplia cascada de consecuencias negativas que producen las interferencias. Y bastaría sólo notar que los recursos empleados para mantener actividades ineficientes, o para las cuales el mercado no expresa demanda alguna, son recursos sustraídos al gran proceso social de exploración de lo desconocido y de descubrimiento de soluciones nuevas.^[58]

Por otra parte, no podemos olvidar la gravísima recaída que el intervencionismo tiene en el plano político-social. Nuestra autonomía de elección no depende de que quienes tienen el poder gobiernen en nombre del pueblo, sino de que ese poder sea limitado. Cuando nos entregamos a las interferencias del gobierno, permitimos que la política amplíe su esfera de intervención sobre la sociedad civil. Y la clase política se aprovecha de todas las ventajas de esta situación. Se pasa de la asignación espontánea y

competitiva de los recursos a la distribución política de los mismos, lo cual limita, desde todos los puntos de vista, nuestra libertad.

No es, pues, inútil recordar lo que Max Weber, testigo de un intervencionismo precursor de la cultura del nacionalsocialismo, escribe: «Ha habido comerciantes en todo el mundo: al por mayor y al por menor, dedicados a las actividades locales e internacionales [...]. Allí donde surgió la necesidad de financiar las instituciones públicas aparecieron los banqueros: en Babilonia, en Grecia, en India, en China, en Roma. Financiaron ante todo la guerra y la piratería, y suministros y construcciones de todo tipo. En la política de ultramar desarrollaron el papel de empresarios coloniales, como propietarios de plantaciones con esclavos y explotadores del trabajo directa o indirectamente forzado; tomaron en contrata bienes de propiedad pública, servicios públicos y sobre todo impuestos. Financiaron a los jefes de partido en las elecciones y a cabecillas en las guerras civiles. Y, finalmente, fueron *especuladores* en toda clase de ocasiones que permitieran un beneficio financiero. Esta figura de empresario —aventurero capitalista— ha existido en todo el mundo [...]; las actividades de tales empresarios [...] se orientaban al beneficio obtenido con la violencia, el botín sobre todo: ya fuera el botín obtenido directamente en guerra, o bien el botín fiscal obtenido a través de la explotación de los súbditos [...]. Pero el Occidente moderno conoce [...] una forma de capitalismo totalmente distinta y que no se ha desarrollado en ninguna otra parte: la organización racional capitalista.»^[59]

Sabemos, pues, cuáles son las alternativas. Y la responsabilidad de la elección es exclusivamente nuestra. El «aventurero del capital» es lo que menos necesitamos, como nos lo recuerda el libro de Rothbard.

Apéndice

10. Liberalismo*

1. Definición y referencias históricas

El liberalismo es la idea de libertad individual de elección, obtenida a través de la limitación y el control del poder político. Hunde sus raíces en la antigüedad clásica, pero recibió su forma moderna a partir de mediados del siglo XVIII y el siglo siguiente como conjunto de los principios políticos de los *whigs* ingleses.

Según Benjamin Constant (*De la liberté des anciens comparée à celle des modernes*, París 1819), hubo un único Estado que en la antigüedad practicó el ideal liberal. Y fue Atenas. Tesis ésta que en tiempos más recientes ha sido compartida por estudiosos muy cualificados. Gustave Glotz (*La cité greque*, París 1968, p. 150) llega a afirmar que Atenas debe considerarse la «tierra clásica de la libertad», el lugar en que «el Estado debía poner todo su poder al servicio de los individuos»; y añade que la igualdad ante la ley fue para los atenienses «la condición de la libertad». Por su parte, Max Pohlenz (*Der hellenische Mensch*, Gotinga 1947) sostiene que en Atenas hizo su aparición «el principio fundamental del liberalismo moderno», según el cual cada ciudadano «debe conservar la libertad de pensamiento, de obrar con autonomía y de manifestar su propia opinión, mientras que el Estado debe meterse lo menos posible en la vida privada de los individuos».

¿Por qué las autoridades públicas deben interferir lo menos posible en las actividades que los ciudadanos desarrollan voluntariamente? El liberalismo parte de una premisa gnoseológica que acompaña toda su historia y que sin embargo muy a menudo se pasa por alto. Esta premisa consiste en reconocer la ignorancia y la falibilidad del ser humano. Lord Acton (*Essays in the History of Liberty*, Bridgnorth, s/f) consideraba a Solón como «el genio político más profundo de la antigüedad» por el hecho de que fue ejemplarmente consciente del problema de los límites del conocimiento humano. Y, por esta razón, rechaza la idea de poner la vida colectiva en manos de un único legislador, considerado portador de una especie de

omnisciencia. Si todos somos ignorantes y falibles, ninguno puede erigirse en depositario de «un punto de vista privilegiado sobre el mundo». Todos debemos poder ejercer nuestra libertad de elección, tener la posibilidad de proponer nuestros proyectos, para poder así «descubrir» las mejores soluciones o, simplemente, quién de nosotros sabe hacerlo mejor. Lo cual sólo puede ser garantizado prioritariamente mediante la adopción del principio de igualdad ante la ley (y, como veremos, la tutela del reconocimiento de la propiedad privada).

Así, pues, el liberalismo es la lucha contra la presunción de que pueda haber una fuente privilegiada del conocimiento y contra la consiguiente afirmación de que esta fuente pueda legitimar un poder político ilimitado, represor de la autonomía individual. Todo esto aparece con singular claridad en los sucesos del siglo XVII inglés: en la larga contraposición entre Monarquía y Parlamento, en la guerra civil, en la promulgación del *Habeas Corpus* (1679) y en la «Revolución Gloriosa» (1688). Acontecimientos en los que también desarrollaron una función decisiva unas libertades ya conquistadas en el periodo medieval. Piénsese en Carlos I, obligado a convocar el Parlamento para votar los impuestos necesarios para financiar la guerra. Se trata de un proceso que llevó al poder al partido *whig*, cuyos principios tienen una formulación clásica en el *Second Treatise on Civil Government* de John Locke.

2. Mandeville y los moralistas escoceses

Locke dio una explicación de las instituciones mucho más racionalista de la que se daría en el siglo XVIII. Sobre todo, como resultado de su creencia en una ley natural por sí misma «evidente e inteligible», dejó a la política la posibilidad de una soberanía que, aunque controlada y limitada, es contraria a sus propios presupuestos. Para atacar definitivamente el mito del Gran Legislador y de su omnisciencia, hubo que esperar a la obra de Bernard de Mandeville, de David Hume y de Adam Smith. La conocida como ley de Hume, según la cual no es lógicamente posible derivar proposiciones prescriptivas de proposiciones descriptivas, es una teoría que ya está presente en Mandeville y que era compartida por Smith. Es preciso separar los hechos de los valores. Y esto significa que no puede haber una Ciencia del Bien y del

Mal. En palabras de Hume (*Treatise of Human Nature*, Londres 1739-40), «la moralidad no consiste en ningún *dato de hecho* que pueda descubrir el intelecto [...]; la moral no es objeto de la razón [...]. El vicio escapará completamente mientras consideréis el objeto. Jamás podréis descubrirlo mientras no dirijáis vuestra reflexión a vuestro corazón, en el cual encontraréis que ha surgido un sentimiento de desaprobación respecto a esa acción. He aquí un hecho, pero objeto del sentimiento, no de la razón.»

La ley de Hume va contra la raíz de la pretensión de una Ciencia del Bien y del Mal; constituye una insalvable barrera defensiva de la libertad de conciencia; acaba definitivamente con la idea de un Estado confesional, y ofrece la base para la convivencia entre sujetos con diferentes concepciones filosóficas y religiosas del mundo.

Ahora bien, el liberalismo refuta el mito del Gran Legislador no sólo a través de la ley de Hume. Adam Smith ya subrayó la existencia del problema de la dispersión del conocimiento de tiempo y lugar. Así expresó la cuestión (*An Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 5.^a ed., Londres 1789): «Cuál sea la especie de industria doméstica más interesante para el empleo de un capital, y cuyo producto puede ser probablemente de más valor, podrá juzgarlo mejor un individuo interesado que un ministro que gobierna una nación. El magistrado que intentase dirigir a los particulares sobre la forma de emplear sus respectivos capitales tomaría a su cargo una empresa imposible a su atención, impracticable por sus fuerzas naturales, y se arrogaría una autoridad que no puede fiarse prudentemente ni a una sola persona ni a un Senado, aunque sea el más sabio del mundo, de manera que en cualquiera que presumiese de bastarse por sí solo para tan inasequible sueño sería muy peligrosa tan indiscreta autoridad.»

La objeción gnoseológica que Smith hace al intervencionismo económico del legislador, y de la política en general, vale también con respecto al intervencionismo legislativo (la empleará más tarde Constant en su crítica a la *Ciencia de la legislación* de Gaetano Filangieri y la encontraremos también en François Guizot y en Alexis de Tocqueville).

Una vez criticada la función del Gran Legislador (ya sea a través del rechazo de una Ciencia del Bien y del Mal, ya sea mediante la teoría de la dispersión del conocimiento), se impone ver qué se coloca en su lugar. Y aquí, ratificando la prioridad de las aportaciones de Mandeville, aparecen en primer plano, sobre la cuestión jurídico-normativa, las contribuciones de

Hume y, sobre la cuestión más específicamente económica, las indicaciones de Smith.

3. El origen no-intencionado de las normas y de las instituciones sociales

Hume (*Treatise*, p. 557) ha llamado en particular la atención sobre el hecho de que las tres «leyes fundamentales» de la convivencia (la estabilidad de la posesión, la trasferibilidad por consenso y el mantenimiento de las promesas, de las que todo el sistema jurídico no es más que una elaboración) no han sido creadas intencionadamente por los hombres. El derecho y la moral, como el lenguaje y el dinero, no son productos programados de la mente humana, sino instituciones o «formaciones» nacidas, sin diseño previo, de la interacción entre los sujetos. Hume sostiene también que sólo unas reglas generales e inflexibles pueden asegurar el orden social y que cualquier violación de tales leyes, aun permitiendo la realización de cierta ventaja en beneficio de alguien, constituye una violación de consecuencias desastrosas para la convivencia. Aquí está toda la tradición de la *common law*, es decir, del derecho no como producto intencionado del legislador, sino como resultado de una larga elaboración jurisprudencial. Es la idea de la búsqueda permanente de una justicia impersonal y de la «soberanía de la ley», es decir, del derecho como resultado global de una extensa interacción social.

También Smith había programado escribir una historia del derecho propia. Lo cual forma parte de sus planes no realizados. En todo caso, es importante recordar que, siempre que afrontó problemas jurídicos, Smith compartió los mismos principios de Hume. Y más importante aún es observar que su mayor aportación consiste en la explicación del *proceso de mercado*, donde empleó la famosa metáfora de la «mano invisible», es decir, aquella teoría de las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas intencionadas, de la que Mandeville había hecho tan amplio uso y que Hume ya había aplicado, como hemos dicho, al problema de la moral y el derecho.

Smith divide la acción humana en dos partes: lo que hacemos para realizar nuestros proyectos y lo que debemos hacer para obtener la colaboración de los demás. Cada uno responde a la exigencia de perseguir sus propios fines. Sin embargo, puesto que todo actor precisa de la cooperación de otros, debe proporcionar a éstos aquellos servicios que reclaman a cambio.

Cada uno está claramente interesado en sus propios objetivos; pero para alcanzarlos, debe cooperar con los demás. Y así fomenta, aunque sea sin expresa intención, el bienestar ajeno. La prosperidad pública es, pues, resultado no programado de las acciones que cada uno emprende para conseguir, a través de la cooperación libre, sus propios fines. Lo cual, en el campo propiamente económico, al que sobre todo se refiere Smith, es facilitado por el hecho de que la propiedad privada, la autonomía individual y la consiguiente trama interactiva instauran el sistema de precios monetarios. En efecto, el dinero permite conseguir un doble resultado. Permite, evidentemente, el cálculo de los costes. Y hace posible, en cuanto su «medio por excelencia» (G. Simmel, *Philosophie des Geldes*, 2.^a ed., Leipzig 1907), la cooperación para finalidades que no deben obtener la aceptación de otros. Es decir, sucede que normalmente proporcionamos a los demás (y los demás nos proporcionan a nosotros) los medios necesarios para alcanzar objetivos que no conocemos y que, si los conociéramos, podríamos no compartir. Así, pues, no hay problemas de aceptación recíproca de los fines perseguidos. Lo cual conduce a un extraordinario aumento de los intercambios y a una simultánea ampliación del perímetro de la cooperación social.

4. *Justicia y orden social*

Siguiendo la sugerencia de Mandeville, Hume y Smith, podemos delinear el funcionamiento de una «sociedad liberal». Como no existe una Ciencia del Bien y del Mal, no hay una jerarquía obligatoria de fines. La cooperación es intercambio de medios. Esto significa que el concepto de justicia no se expresa en términos positivos, sino sólo de forma negativa. Con razón afirma Smith (*Theory of Moral Sentiments*, 6.^a ed., Londres 1790): «La mera justicia es sólo una virtud negativa, que impide que perjudiquemos al prójimo. Quien simplemente se abstiene de violar la persona, la propiedad o la reputación de sus propios semejantes tiene ciertamente escaso mérito efectivo. Y, sin embargo, obedece a todas las reglas de lo que propiamente llamamos justicia y hace todo aquello a lo que sus colegas podrían adecuadamente constreñirle o por cuya omisión podrían castigarle. Con frecuencia se pueden obedecer todas las reglas de la justicia quedándose tranquilamente en casa sin hacer nada». No sólo esto. La ausencia de una jerarquía obligatoria de fines deja a la elección individual el contenido de las acciones. De donde se sigue que las

reglas que «canalizan» la convivencia son *generales, abstractas y vacías*. Valen para todos, para todas las situaciones, y no imponen, sino en términos negativos, el contenido de la acción. Sirven sobre todo para definir los límites entre las acciones. Y generan por tanto un orden abstracto que deja indeterminado el orden que en concreto se realizará.

O sea: las normas generales y abstractas garantizan que habrá una compatibilidad entre las acciones. Pero no es posible saber con antelación el contenido del orden.

Que el orden concreto no puede conocerse con antelación significa que el desarrollo social es concebido por Mandeville, Hume y Smith como ateleológico. Por esta razón estos autores han sido definidos «darwinianos antes de Darwin» (F.A. Hayek, *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Londres 1967).

Todo esto fue perfectamente analizado por Max Weber (*Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga 1922), que se expresó en los siguientes términos: «Desde el punto de vista técnico-jurídico, el derecho moderno está formado por “principios jurídicos”, es decir, normas abstractas que establecen que una determinada *situación* debe producir determinadas consecuencias jurídicas» (cursiva añadida). El propio Weber afirmó también que «toda decisión jurídica concreta es aplicación de un principio jurídico abstracto a un “caso” concreto» (*ibid.*). Pero aquí tal vez sería más correcto decir que toda concreta decisión nuestra «se *inserta* en un “principio jurídico” abstracto». Lo cual significa que en todo acto de intercambio hay, además de un contenido económico, un esquema normativo dentro del cual se «engloba» ese contenido. Y se comprende que el «principio jurídico abstracto», igual que la prestación económica y su contraprestación, es el punto de mediación de *intereses típicos* que se enfrentan y que en ese principio encuentran «composición» y tutela.

5. *El problema de los bienes públicos*

Considerar el derecho como el producto del proceso interactivo que se desarrolla en el interior de la sociedad y atribuye a cada individuo, en su «condición local», un conocimiento superior al de cualquier autoridad no elimina la función del legislador y de la política. Solamente la relega a una

posición residual. En la clásica formulación de Adam Smith (*Inquiry*, p. 852), «el soberano vendrá a excusarse de una carga para cuya expedita sustentación se hallará combatido por mil invencibles obstáculos, pues para desempeñar aquella obligación estaría siempre expuesto a mil engaños, cuyo remedio no alcanza la más sublime sabiduría del hombre. Ésta es la obligación de entender en la industria de cada uno en particular, y la de dirigir la de sus pueblos hacia la parte más ventajosa a sus intereses.» El Estado debe solamente: *a)* «proteger a la sociedad de la violencia e invasión de otras sociedades independientes»; *b)* «poner en lo posible a cubierto de la injusticia y opresión de un miembro de la república, [o sea] establecer una exacta justicia entre los pueblos»; *c)* «mantener y erigir ciertas obras y establecimientos públicos, a que nunca pueden alcanzar ni acomodarse los intereses de los particulares o de unos pocos individuos, sino los de toda la sociedad en común, por cuanto [... sus utilidades] nunca satisfarían esta recompensa si los hiciese un particular.»

Con estas palabras Smith expresaba su convicción de poder demarcar con rigor el área de intervención de las autoridades públicas. El Estado es competente en el ámbito del suministro de los llamados «bienes públicos», en la realización de finalidades que los privados no pueden perseguir o no pueden hacerlo con beneficio. Y este límite pareció seguro hasta casi finales del siglo XIX. Pero en el siglo siguiente se verificó la demolición de ese suministro. Es cierto: la clase política siempre tiene interés en ampliar la esfera de la intervención pública. Sin embargo, esto sólo se realizó cuando la «soberanía de la ley», es decir, del derecho entendido como conjunto de normas generales y abstractas, fue sustituida por la idea de la soberanía popular y su corolario: la afirmación de que el Parlamento elegido por el pueblo puede, en razón de esta investidura, interferir en todo y hacer coincidir el derecho con la propia legislación. Proceso que luego fue facilitado por las teorías económicas (en particular, las de inspiración keynesiana) que cuestionaron la regla del equilibrio presupuestario. De este modo se crearon las condiciones para que la clase política pudiera «pagar» el consenso mediante la continua ampliación del campo de los bienes públicos, es decir, de finalidades perseguibles a través de la «mano visible» del Estado. Y así, a mediados del siglo XX, Bruno Leoni (*Freedom and the Law*, Princeton 1961) escribió: «En el momento presente, la extensión que se ha reservado al área en que se estiman necesarias o convenientes las decisiones de grupo se ha

exagerado grandemente, mientras que la concedida al área en que tienen lugar los ajustes individuales espontáneos se ha circunscrito mucho más de lo que sería aconsejable hacer» (trad. esp.: *La libertad y la ley*, Unión Editorial, 2.^a ed., 1995, p. 152).

Desde el punto de vista jurídico esto ha conducido a la restricción del campo de las normas generales y abstractas y a la afirmación de medidas legislativas que, violando el principio de la igualdad ante la ley, han privilegiado a grupos particulares de interés, cuyas «conquistas» políticas fueron invocadas por otros grupos para obtener a su vez otras «conquistas». Y, desde el punto de vista estrictamente económico, se ha producido un rápido y continuo aumento del gasto público, con la instauración de la que James M. Buchanan y Richard E. Wagner han denominado «democracia en déficit» (*Democracy in Deficit*, Londres 1977).

La carrera a los «privilegios» políticos vulnera el principio de la «soberanía del derecho» y toda la concepción liberal de la sociedad. Por eso Bruno Leoni y Friedrich A. Hayek pusieron de relieve los peligros que la extensión de la actividad redistributiva del Estado comporta en términos de libertad y desarrollo social. James M. Buchanan llega a invocar la introducción de una «constitución económica capaz de vincular a la clase política a reglas de conducta, sobre todo a la referente al equilibrio presupuestario». Y Murray N. Rothbard (*Man, Economy and the State*, 2.^a ed., Los Angeles 1970, pp. 883-90), representante del anarco-capitalismo norteamericano, juzga como muy dudosa la categoría de los bienes públicos, añadiendo que en todo caso no es cierto que tenga que ser el Estado el que suministre un determinado bien.

El hecho es que los intercambios de votos entre grupos de interés y la falta de reglas económicas adecuadas ha transformado los bienes públicos en una especie de «caballo de Troya» del intervencionismo legislativo y económico, lo cual ha impulsado una tradición liberal distinta: la que procede de los filósofos del Iluminismo francés (Voltaire, Rousseau, Helvetius) y que tuvo en Inglaterra sus continuadores en Jeremy Bentham, John Austin, James y John St. Mill (con excepción de algunas partes de *On Liberty*). En la base de esta tradición hay una actitud marcadamente racionalista, que reviste la forma de absolutismo gnoseológico. Sus representantes presumen de poder conocer los «datos relevantes» de toda situación; opinan que las instituciones pueden ser creadas y reformadas intencionadamente; otorgan al poder

político una función redistributiva y una extensión incompatible con la concepción *whig*. Es significativo que Alexis de Tocqueville (*L'Ancien Régime et la Revolution*, 6.^a ed., París 1866) llegara a acusar a Voltaire de no haber sabido definir los presupuestos de la libertad política y de no haber comprendido la función que desarrollan el Parlamento y las instituciones políticas de la sociedad inglesa. Y no sorprende que las posiciones de los *philosophes* y de los representantes del «radicalismo filosófico» (los seguidores de Bentham) dieran lugar a distintas corrientes políticas de inspiración socialista y también a la idea de la posible coincidencia entre liberalismo y socialismo.

6. *Derechos naturales y separación de poderes*

Lo que la tradición *whig* contempla raramente se afirma de manera explícita. Lo que de ordinario se relaciona con el liberalismo es la idea de los derechos naturales y la de la separación de poderes. Según la fórmula de la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» de 1789, «ninguna sociedad en la que no se asegure la garantía de los derechos y se establezca la separación de poderes, tiene Constitución». Pero conferir una relevancia especial o garantía a ciertos derechos es sólo una aplicación particular del principio general según el cual la coerción debe limitarse a la imposición de normas generales y abstractas, es decir, de normas que, definiendo sólo los límites entre las acciones y formulando únicamente en términos negativos el concepto de justicia, dejan un inmenso campo a los derechos individuales. Esto significa que todo establecimiento relativo a un derecho particular no funda ese derecho, sino que es sólo un *posterius* respecto a una situación de «soberanía de la ley».

En cuanto a la separación de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), también puede verse cómo una aplicación de la misma concepción del derecho como conjunto de normas generales y abstractas. Locke pensaba que el cuerpo legislativo sólo puede emanar normas de ese tipo: porque éstas, al no imponer un contenido específico que no sea tan sólo de procedimiento, dejan a salvo la autonomía individual. Pero si se descarta la idea de que el Parlamento sólo debe producir o reconocer normas generales y abstractas, cualquier medida querida por la soberanía popular puede aprobarse. E,

incluso si los poderes están formalmente separados, nada puede garantizar la libertad individual. Vale aquí, *mutatis mutandis*, lo que se dijo a propósito de los llamados derechos naturales. No es, pues, la separación de poderes la que tutela la autonomía de los sujetos, sino que es la «soberanía de la ley» la que permite la separación de poderes y la libertad individual. Por eso Friedrich

A. Hayek (*Law, Legislation and Liberty*, Londres 1982) llega a decir que la «libertad de los ingleses», al contrario de lo que los propios ingleses pensaban y de lo que «Montesquieu enseñó al mundo», no fue «fruto de la separación de poderes, entre el legislativo y el ejecutivo, sino más bien resultado del hecho de que el derecho que regía la decisión de los tribunales era la *common law*, un derecho cuya existencia era independiente de cualquier voluntad» (trad. esp.: *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, 2006, p. 113).

7. Liberalismo y liberismo

Esta distinción se abrió camino en Italia en la segunda mitad del siglo XIX como resultado de la importación de ideas de origen alemán y del consiguiente desarrollo de lo que Francesco Ferrara denominó «germanismo económico» («Il germanismo economico in Italia», *Nuova Antologia*, agosto de 1874, ahora en *Opere Complete*, Roma 1972, X, p. 566). Se trata de un fenómeno o, más exactamente, de la afirmación de un clima cultural que rompe los lazos entre libertad económica y libertad política: una ruptura que tiene como base la vieja infravaloración «aristocrática» de la función desarrollada por el «momento» económico y la errónea convicción de que la libertad política puede existir sin libertad económica.

Benedetto Croce fue el heredero de esta concepción, sobre la que vertió la «credibilidad» derivada del papel que él desempeñó en la cultura italiana y en la oposición al fascismo. Y así sucedió que una idea, refutada en el plano de las ciencias sociales teóricas y en el de los acontecimientos históricos, pudo tener una apreciable acogida e «hipotecado» el crecimiento del

liberalismo italiano («Tema per gli storici dell'economia: dell'anacoretismo economico», *Rivista di Storia Economica*, junio de 1937, ahora en B. Croce - L. Einaudi, *Liberismo e liberalismo*, Milán-Nápoles 1988, p. 134). Croce no dudó en sostener que «la idea liberal puede tener un vínculo contingente y transitorio, pero no tiene ningún vínculo necesario y perpetuo, con la propiedad privada de la tierra y de las industrias». Y precisó que el «ordenamiento económico» del comunismo «podría perfectamente coexistir con la más completa libertad de discusión, de deliberación y de determinación en la orientación moral, intelectual y política de la vida y con el pleno desarrollo individual y humano» (*ibid.*, p. 139).

Luigi Einaudi sintió repetidamente la necesidad de contraponerse a Croce, no dejando de subrayar, en referencia directa a la Unión Soviética, el nexo existente entre la abolición de la propiedad privada y la supresión de la libertad política. Pero las objeciones planteadas por Einaudi a Croce, aunque razonables, no tienen amplitud teórica. Y tal vez sea ésta la razón de que la posición crociana siguiera teniendo acogida dentro del débil liberalismo italiano y en el más amplio campo de la cultura italiana. Críticas mucho más profundas que las formuladas por Einaudi se habrían podido dirigir a Croce. Ya James Harrington (*The Commonwealth of Oceana*, Londres 1656; Heidelberg 1924, p. 15) había afirmado: «Si un hombre es el único señor de un territorio, o supera al pueblo, poseyendo sus tres partes sobre cuatro, él es el gran señor. Por esto el turco es llamado así, por su propiedad.» Igualmente, en 1670 comenzó la publicación de los *Voyages* de François Bernier. Éste había visitado Turquía, Persia e Indostán. Y sobre estos países escribió (*Suite des mémoires du Sieur Bernier sur l'Empire du Grand Mogol*, París 1671): «Han abolido la propiedad privada sobre tierras y posesiones, principio en la base de todo cuanto de bueno hay en el mundo, [y] acaban pareciéndose muy estrechamente; tienen los mismos defectos y es lógico que, antes o después, tengan que enfrentarse con los mismos inconvenientes que son sus inevitables consecuencias, en la tiranía, en la ruina y la desolación.»

Las obras de Harrington y de Bernier eran bien conocidas por los moralistas escoceses. Conviene además precisar que esas mismas obras constituyen la premisa de la teoría de la «sociedad asiática», en que se centra el imponente trabajo de Karl A. Wittfogel (*Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven 1957). La cuestión se ilumina en todo caso si, como han demostrado los representantes de la

Escuela austriaca de economía (en particular Ludwig von Mises y Friedrich A. Hayek), se recuerda que los medios económicos sirven a todos los fines y que por tanto ninguna libertad de elección por parte de los ciudadanos puede realizarse allí donde dichos medios están monopolísticamente en manos de las autoridades políticas. No puede haber libertad individual sin propiedad privada y libertad económica.

Bibliografía

- ANTISERI, D., *Liberi perché fallibili*, Soveria Mannelli 1995.
- CUBEDDU, R., *Atlante del liberalismo*, Roma 1997 [trad. esp.: *Atlas del liberalismo*, Unión Editorial, 1999].
- GRAY, J., *Liberalisms*, London-New York 1989.
- INFANTINO, L., *Ignoranza e libertà*. Soveria Mannelli 1999 [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004].
- MATTEUCCI, N., *Il liberalismo in un mondo in trasformazione*, Bologna 1992.
- PELLICANI, L., *La genesi del capitalismo e le origini della modernità*, Lungro 2006.
- SCHATZ, A., *L'individualisme économique et social*, Paris 1907.
- SHAPIRO, J.S., *Liberalism: its Meaning and History*, Princeton 1958.
- HAYEK, VON F.A., *The Constitution of Liberty*, Chicago-London 1960; tr. it. di M. Bianchi di Lavagna, Soveria Mannelli 2007 [trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, 8.^a ed., 2008].
- MISES, VON L., *Liberalismus*, Jena 1927, tr. it. di E. Grillo, Soveria Mannelli 1997 [trad. esp.: *Liberalismo*, Unión Editorial, 5.^a ed., 2007].

Notas

Prefacio

- * Traducción española: *El orden sin plan*, Unión Editorial, Madrid 2000.
- ** Traducción española: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, Madrid 2004.

1. El individualismo metodológico en las páginas de sus fundadores

- * Publicado en *Mondo 3*, abril-agosto de 1996, pp. 144-58.
- [1] J.A. Schumpeter, *L'essenza e i principi dell'economia teorica*, trad. it., Laterza, Bari, 1982, p. 84.
- [2] F.A. Hayek, *Individualism and Economic Order*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1949, pp. 4-9.
- [3] D. Laidler, N. Rowe, «Georg Simmel's *Philosophy of Money* : A Review Article for Economists», en *Journal of Economic Literature*, vol. 18, 1980, pp. 100-01.
- [4] M. Weber, *Il metodo delle scienze storico-sociali*, trad. it., Einaudi, Turín, 1967, pp. 310-73.
- [5] M. Weber, *Economia e società*, trad. it., Comunità, Milán 1968, vol. I, p. 16.
- [6] El término «compositivo» procede de una anotación manuscrita de Carl Menger; véase F.A. Hayek, trad. it., *L'abuso della ragione*, Vallecchi, Florencia 1967, p. 265, nota 33 [trad. esp., *La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón*, Unión Editorial, 2003, pp. 69-70, n. 4].
- [7] K.R. Popper, *La ricerca non ha fine...*, trad. it., Armando, Roma 1976, p. 121. Sobre el tema, véase más ampliamente R. Cubeddu, *Tra Scuola austriaca e Popper*, Esi, Nápoles 1996, pp. 223-43.
- [8] B. de Mandeville. *The Fable of the Bees, or Private Vices, Publick*

Benefits, vol. II, Clarendon Press, Oxford 1924, p. 168.

[9] *Op. cit.*, p. 169.

[10] *Op. cit.*, p. 296.

[11] *Op. cit.*, p. 189.

[12] *Ibidem*.

[13] A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Clarendon Press, Oxford 1976, p. 110.

[14] *Op. cit.*, p. 85.

[15] G. Simmel, *I problemi fondamentali della filosofia*, trad. it., Ili, Milán 1972, pp. 103-104.

[16] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1989, p. 327 [trad. esp.: *El socialismo*, 5.^a ed., Union Editorial, 2007, p. 290].

[17] K.R. Popper, *Materia, coscienza e cultura*, trad. it., Armando, Roma 1981, p. 139, nota 20 (es el vol. I de K.R. Popper, J.C. Eccles, *L'io e il suo cervello*).

[18] *Op. cit.*, p. 136.

[19] *Op. cit.*, p. 137.

[20] *Op. cit.*, p. 139.

[21] *Op. cit.*, p. 143.

[22] *Op. cit.*, p. 163.

[23] F.A. Hayek, *The Fatal Conceit. The Errors of Socialism*, Routledge, Londres 1988, pp. 22-23 [trad. esp.: *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Unión Editorial, 1997, pp. 212-13].

[24] B. de Mandeville. *The Fable of the Bees, or Private Vices, Publick Benefits*, cit., vol. II, p. 132.

[25] *Ibidem*.

[26] *Op. cit.*, p. 199.

[27] *Op. cit.*, pp. 222-23.

[28] *Op. cit.*, p. 185.

[29] *Op. cit.*, p. 223.

[30] D. Hume, *Saggi e trattati morali, letterari, politici ed economici*, trad. it., Utet, Turín 1974, p. 656.

[31] A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Clarendon Press, Oxford 1976, p. 398.

[32] J.S. Mill, *Sistema di logica deduttiva e induttiva*, trad. it., Utet, Turín

1988, vol. II, p. 1.166, cursiva añadida.

[33] *Op. cit.*, p. 1.195.

[34] K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, trad. it., Armando, Roma 1974, vol. II, p. 121.

[35] *Op. cit.*, p. 124, cursiva añadida.

[36] *Op. cit.*, p. 121.

[37] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 342 [trad. esp., cit., p. 303].

[38] B. de Mandeville, *The Fable of the Bees*, cit., vol. I, p. 60.

[39] Adam Smith, *An Inquiry into de Nature and Causes of the Wealth of Nations*, cit., pp. 26-27.

[40] C. Menger, *Principi fondamentali di economia*, trad. it., Galeati, Imola 1909, p. 74 [trad. esp.: *Principios de economía política*, Unión Editorial, 1983; 2.^a ed. 1997, p. 178].

[41] *Op. cit.*, p. 3, nota 1. [trad. esp.: p. 104, n. 2].

[42] M. Weber, *Il lavoro intellettuale come professione*, trad. it., Einaudi, Turín 1976, pp. 115-16.

[43] L. Ludwig von Mises, *Socialismo*, cit., p. 477 [trad. esp., cit, p. 433].

[44] *Op. cit.*, p. 439 [trad. esp., p. 397].

[45] *Op. cit.*, p. 440 [trad. esp.: *Ibidem*].

[46] J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. 7, Revista de Occidente, Madrid 1969, p. 146.

[47] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., il Saggiatore, Milán 1986. p. 316 [trad. esp., cit., p. 311].

[48] G. Simmel, *I problema della filosofia della storia*, trad. it., Marietti, Casale Monferrato 1982, p. 21.

[49] F.A. Hayek, *The Fatal Conceit. The Errors of Socialism*, cit., pp. 11-31 [trad. esp.: *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, cit., pp. 212 ss.].

[50] A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, cit., pp. 233-34.

[51] A. Smith, *An Inquirí into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, cit., p. 456 [trad. esp. de José Alonso Ortiz (1794): *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Bosch, Barcelona 1955, p. II, 192].

[52] H. Spencer, *Il progresso umano*, trad. it., Bocca, Turín 1908, p. 133.

[53] *Op. cit.*, p. 128.

[54] H. Spencer, *Social Statics*, William and Norgate, Londres 1851, pp. 1 ss.

[55] C. Menger, *Il metodo della scienza economica*, trad. it. en G. Del Vecchio (al cuidado de), *Economía pura*, Utet, Turín 1937 [trad. esp.: *Investigaciones sobre el método de las ciencias sociales y de la economía política en particular*, en Carl Menger, *El método de las ciencias sociales*, Unión Editorial, 2006].

[56] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 206 [trad. esp., cit., p. 207].

[57] F.A. Hayek, *La società libera*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1969, pp. 48-49. Nueva edición, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2007 [trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, 8.ª ed., 2008, p. 56]. Sobre la relación entre ignorancia y libertad, véase más difusamente D. Antiseri, *Liberi perché fallibili*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1995.

[58] W. Sombart, «Die Anfänge der Soziologie», en *Hauptprobleme der Soziologie, Erinnerungsgabe für Max Weber*, Duncker and Humblot, Munich-Leipzig 1923. Véase también sobre Sombart lo que escribe Mongardini, *L'epoca della società*, Bulzoni, Roma 1970, pp. 77-132.

[59] G. Sartori, *La politica. Logica e metodo in scienze sociali*, SugarCo, Milán 1979, pp. 201-02.

[60] C.-H. de Saint-Simon, *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, Leroux, París 1877-78, vol. 20, p. 59.

[61] A. Comte, *Opuscoli di filosofia sociale*, trad. it., Sansoni, Florencia 1969, p. 85.

[62] E. Durkheim, *La divisione del lavoro sociale*, trad. it., Comunità, Milán 1971, p. 183.

[63] C.-H. de Sain-Simon, *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, cit., vol. 21, p. 16.

[64] Comte, *Opuscoli di filosofia sociale*, cit., p. 250.

[65] E. Durkheim, *Il suicidio*, trad. it., Utet, Turín 1969, p. 430.

[66] C.-H. de Sain-Simon, *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, cit., vol. 18, p. 186.

[67] A. Comte, *Opuscoli di filosofia sociale*, cit., 102.

[68] E. Durkheim, *Lezioni di sociología*, trad. it., Etas Libri, Milán 1978, p. 80.

[69] *Op. cit.*, pp. 62-64.

- [70] *Op. cit.*, p. 48.
- [71] F.A. Hayek, *L'abuso della ragione*, cit., p. 111 [trad. esp.: *La contra-revolución de la ciencia*, cit., p. 146].
- [72] *Op. cit.*, p. 104 [trad. esp., cit., p. 138].
- [73] E. Durkheim, *La divisione del lavoro sociale*, cit., p. 279.
- [74] E. Durkheim, *Montesquieu e Rousseau*, trad. it., Lacaíta, Manduria 1976.
- [75] E. Durkheim, *La scienza e l'azione*, trad. it., Il Saggiatore, Milán 1972, p. 96.
- [76] J.-J. Rousseau, *Manoscritto di Ginevra*, trad. it en *Scritti politici*, Laterza, Bari 1994, vol. 2, p. 7.
- [77] T. Parsons, *La struttura dell'azione sociale*, trad. it., il Mulino, Bologna 1968, pp. 441-42.
- [78] G. Simmel, *Filosofia del denaro*, trad. it., Utet, Turín 1984, p. 259.
- [79] C. Menger, *Il metodo della scienza economica*, cit., p. 154, nota 1 [trad. esp., cit., p. 278, nota 2].
- [80] E. Durkheim, *Lezioni di sociologia*, cit., p. 36, corsiva añadida.
- [81] J.-J. Rousseau, *Manoscritto di Ginevra*, cit., p. 6.
- [82] J.-J. Rousseau, *Il contratto sociale*, trad. it. en *Scritti politici*, Utet, Turín 1970, p. 752.
- [83] J.A. Schumpeter, *L'essenza e i principi dell'economia teorica*, cit., p. 84.
- [84] M. Weber, *Economia e società*, cit., vol. 1, p. 16.
- [85] E. von Böhm-Bawerk, *Wheter Legal Rights and Relationships are Economic Goods*, trad. ingl., en *Shorter Classics of E. von Böhm-Bawerk*, Libertarian Press, Springs Mills 1962, p. 44.
- [86] L. von Mises, *Problemi epistemologici dell'economia*, trad. it., Armando, Roma 1988, p. 76.
- [87] M. Weber, *Economia e società*, cit., vol. 1, p. 17.
- [88] L. von Mises, *Problemi epistemologici dell'economia*, cit., p. 32.
- [89] *Op. cit.*, p. 73.
- [90] G. Simmel, *Filosofia del denaro*, cit., p. 419.
- [91] G. Simmel, *Il conflitto della cultura moderna*, trad. it., Bulzoni, Roma 1976, pp. 43-44.
- [92] G. Simmel, *Filosofia del denaro*, cit., p. 310.

[93] *Op. cit.*, 311.

[94] K.R. Popper, *Conoscenza oggettiva*, trad. it., Armando, Roma 1975, p. 198.

[95] *Op. cit.*, p. 164.

[96] *Op. cit.*, p. 200. Conviene en todo caso precisar, con Hayek (*Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 535; trad. esp., p. 528) que el «mundo3», aunque no es producto de un proyecto humano, «en todo momento se mantiene en existencia por millones de cerebros distintos que de él participan».

[97] F.A. Hayek, *L'abuso della ragione*, cit., p. 43 [trad. esp., p. 71].

[98] K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, cit., vol. 2, pp. 124-25. Para un tratamiento más detallado de los temas señalados en este ensayo, remito a L. Infantino, *L'ordine senza piano*, La nuova Italia Scientifica, Roma 1995; 2.^a ed., Armando, Roma 1998 [trad. esp.: *El orden sin plan*, Unión Editorial, 2000].

2. *Ecología de la racionalidad: en economía, en política y en la investigación científica*

* Publicado en L. Pellicani (al cuidado de), *Dimensioni della modernità*, Seam, Roma 1998, pp. 249-79, bajo el título «Modernità ed economia di mercato».

[1] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, trad. it., Utet, Turín 1975, p. 513 [trad. esp.: *La riqueza de las naciones*, Bosch, Barcelona 1955, t. II, p. 121].

[2] *Op. cit.*, p. 541 [trad. esp., cit., pp. 149-50].

[3] A. Ferguson, *Principles of Moral and Political Science*, Strahan & Cadell, Londres 1782, vol. 1, p. 314.

[4] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 529 [trad. esp.: cit., p. 138].

[5] *Op. cit.*, p. 530 [trad. esp., pp. 150-51].

[6] *Ibidem.* [trad. esp., p. 139].

[7] *Ibidem*, cursivo añadido.

[8] *Op. cit.*, pp. 541-44 [trad. esp., pp. 150-53].

[9] *Op. cit.*, p. 545, cursivo añadido [trad. esp., pp. 153-54].

[10] Sobre la idea de «anarquía feudal» como precondition del nacimiento del capitalismo, Smith es seguramente deudor de Montesquieu y de Hume. Es una tesis que también se encuentra en otros autores. Baste pensar en el énfasis que pone James Mill sobre la diferencia entre el feudalismo europeo y la «sociedad asiática». Para una exposición reciente de esta tesis, véase J. Baechler, *Le origini del capitalismo*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1977; L. Pellicani, *Saggio sulla genesi del capitalismo*, Sugarco, Milán 1988.

[11] Ludwig von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1997 [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001]. Para una exposición reciente de esta idea, véase F. Romani, «I limiti della politica económica», en *Rassegna economica*, marzo-abril de 1984, ahora en *La società leggera*, Marsilio, Venecia 1996, p. 29.

[12] J. Viner, *Studi sulla teoria del commercio internazionale*, trad. it., en *Commercio internazionale e sviluppo economico*, Utet, Turín 1969, p. 99.

[13] F.A. Hayek, «Economia e conoscenza», trad. it. en *Conoscenza, mercato, pianificazione* (al cuidado de F. Donzelli), il Mulino, Bolonia 1988, p. 245.

[14] Sobre el problema de la división del trabajo, conviene recordar la influencia de Mandeville sobre Smith; véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, La Nuova Italia Scientifica, Roma 1995, Armando, Roma 1998 [trad. esp.: *El orden sin plan*, Unión Editorial, 2000].

[15] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 584 [trad. esp., cit, II, pp. 191-92].

[16] *Op. cit.*, p. 598 [p. 204].

[17] *Op. cit.*, p. 598 [p. 191].

[18] A. Ferguson, *Principles of Moral and Political Scienze*, cit., vol. 2, pp. 458-59.

[19] B. Leoni, *La libertà e la legge*, trad. it., Liberilibri, Macerata 1991, p. 4 [trad. esp.: *La libertad y la ley*, Unión Editorial, 2.^a ed., 1995].

[20] *Op. cit.*, p. 96 [p. 103]. Sobre el mismo tema, conviene recordar lo que A. Smith escribe: «Comercio y manufacturas raramente pueden florecer a largo plazo en un Estado que no goce de una normal administración de la justicia, en el que la población no se sienta segura de su propiedad, en el que el respeto a los contratos no se garantice por la ley y en el que se piense que la autoridad del Estado no se emplee normalmente para obligar al pago de las

deudas a todos los que pueden hacerlo» (*La riqueza de las naciones*, cit., p. 1.098). Que E. von Böhm-Bawerk escribe: «No hay ningún precio o distribución alguna —a no ser a través de la rapiña callejera, etc.— sin elementos histórico-jurídicos» (*Forza o legge economica...*); que G. Simmel afirma: «El intercambio interindividual [...no es] sino un tratado de paz, e intercambio, e intercambio socialmente regulado [... han] surgido como un hecho unitario» (*La filosofía del dinero*, trad. it., Utet, Turín 1984, p. 152); que M. Weber distingue entre el «aventurero» y el empresario capitalista, colocando a este último en un marco de certeza del derecho (*Sociologia delle religioni*, trad. it., Utet, Turín 1976, vol. 1, pp. 95-6); que K. Polanyi precisa que la economía es siempre un «proceso institucional» (*L'economia come processo istituzionale*, trad. it. en *Traffici e mercati negli antichi imperi*, al cuidado de K. Polanyi, Einaudi, Turín 1978, pp. 297-331).

[21] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., pp. 549-50 [trad. es.: vol. 2, p. 158].

[22] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., Il Saggiatore, Milán 1986, pp. 315-16 [trad. esp., *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, edición en un solo volumen, 2006, p. 310). Vale la pena recordar que el primero que sugirió indicar la ciencia de los fenómenos de mercado con el nombre de «cataláctica» fue Richard Whately, (*Introductory Lectures on Political Economy*, Fellowes, Londres 1831, p. 7). Sobre el tema, véase también J.M. Buchanan, «What should Economists do», en *Southern Economic Journal*, vol. 30, enero de 1964, p. 217.

[23] Uso aquí una expresión de F.A. Hayek (*Legge, legislazione e libertà*, p. 73) [trad. esp., cit., p. 78].

[24] *Op. cit.*, p. 139, véase también pp. 225-26 (trad. esp.: p. 141; pp. 225-26).

[25] G. Simmel, *Sociologia*, trad. it., Comunità, Milán 1989, pp. 347-91.

[26] M. Weber, *Economia e società*, trad. it., Comunità, Milán 1968, vol. 2, p. 18, cursiva añadida.

[27] *Op. cit.*, p. 17.

[28] *Op. cit.*, vol. 1, p. 620.

[29] *Op. cit.*, vol. 2, p. 26.

[30] C. Menger, *Principi fondamentali di economia*, trad. it., Galeati, Ímola 1909, p. 3, n. 1 [trad. esp.: C. Menger, *Principios de economía política*, Unión Editorial, 1.ª ed. 1983, 2.ª ed. 1997, p. 105, n. 2].

- [31] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 113.
- [32] Esta es la razón de que E. von Böhm-Bawerk (*La conclusione del sistema marxiano*, trad. it., en AA.VV., *Economia borhese ed economia marxista*, La Nuova Italia, Florencia 1975, p. 64; [trad. esp.: *La conclusión del sistema marxiano*, Unión Editorial, 2001]) escribe que Marx se comporta como «quien desea intensamente que de una urna salga una bola blanca, y para obtener este resultado pone sabiamente en la urna sólo bolas blancas».
- [33] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 113 [trad. esp., *op. cit.*, v. 1, p. 72].
- [34] *Op. cit.*, p. 821, cursivo añadido [trad. esp., vol. 2, pp. 427-28].
- [35] G. Simmel, *La filosofia del denaro*, trad. it., Utet, Turín 1984, pp. 310-16.
- [36] *Op. cit.*, pp. 311, 412.
- [37] *Op. cit.*, p. 232.
- [38] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 316 [trad. esp., p. 311].
- [39] *Op. cit.*, p. 317 [trad. esp., p. 312].
- [40] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, 1990 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007].
- [41] F.A. Hayek, *Nuovi studi di filosofia, politica, economia e storia delle idee*, trad. it., Armando, Roma 1988, p. 205 [trad. esp.: F.A. Hayek, *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Unión Editorial, 2007, p. 236].
- [42] *Op. cit.*, p. 199 [230]
- [43] F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, trad. it., Rusconi, Milán 1997, p. 45 [trad. esp., *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 2.ª ed., 1997].
- [44] K. Marx, *Miseria della filosofia*, trad. it., Samonà e Savelli, Roma 1968, p. 146.
- [45] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 339 [trad. esp., pp. 300-301].
- [46] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 79; A. Ferguson, *Saggio sulla storia della società civile*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1973, p. 205.
- [47] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 323 [trad. esp., cit., p.313].
- [48] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 598 [trad. esp., vol. 2, p.204].

[49] A. Smith, *La teoria dei sentimenti morali*, trad. it., Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma 1991, p. 116.

[50] Uso aquí una expresión de G. Montalenti, Introducción a C. Darwin, *L'origine delle specie*, trad. it., Boringhieri, Turín 1967, p. 13.

[51] F.A. Hayek, *La società libera*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1969, pp. 48-49 [trad. esp.; *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, 8.ª ed., 2008, p. 56] Sobre el tema, véase más ampliamente D. Antiseri, *Liberi perché fallibili*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1995.

[52] W.W. Bartley III, *Ecologia della razionalità*, trad. it., Armando, Roma 1990, p. 21.

[53] *Op. cit.*, p. 243.

[54] *Op. cit.*, p. 232.

[55] *Op. cit.*, p. 233.

[56] K.R. Popper, *La logica della scoperta scientifica*, trad. it., Einaudi, Turín 1970, p. 24.

[57] *Op. cit.*, p. 38, cursiva añadida.

[58] K.R. Popper, «Le fonti della conoscenza e dell'ignoranza», trad. it., en *Congetture e confutazioni*, il Mulino, Bolonia 1972, p. 50.

[59] *Ibidem.*

[60] *Ibidem.*

[61] W.W. Bartley III, *Ecologia della razionalità*, cit., p. 243.

[62] *Op. cit.*, p. 14, cursiva añadida.

[63] K.R. Popper, «Le fonti della conoscenza e dell'ignoranza», cit., p. 50.

[64] *Op. cit.*, p. 52.

[65] B. de Mandeville, *La favola delle api*, trad. it., Laterza, Roma-Bari 1978, p. 127.

[66] D. Hume, *Saggi e trattati morali, letterari, politici, e economici*, trad. it., Utet, Turín 1974, pp. 219-20.

[67] K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, trad. it., Armando, Roma 1973, vol. 1, p. 174.

[68] F.A. Hayek, *La società libera*, cit., p. 446 [trad. esp., cit., p. 512].

[69] K.R. Popper, «Le fonti della conoscenza e dell'ignoranza», cit., p. 48.

[70] *Op. cit.*, p. 33.

- [71] W.W. Bartley III, *Ecologia della razionalità*, cit., p. 156.
- [72] *Op. cit.*, p. 257.
- [73] F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, trad. it., Rusconi, Milán 1997, p. 233 [trad. esp.: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 1997, 2.ª ed., p. 215]
- [74] G. Schmoller, *The Mercantile System and its Historical Significance*, trad. ing., Macmillan, Nueva York-Londres 1897. Sobre la posición de Schmoller, véase también Infantino, *L'ordine senza piano*, cit. [trad. esp.: *El orden sin plan*, cit.]
- [75] L. von Mises, *La collocazione storica della Scuola austriaca di economia*, trad. it. en L. von Mises, *Autobiografía di un liberale*, Rubbettino Soveria Mannelli 1996, p. 197 [trad. esp., *Biografía de un liberal*, Unión Editorial, 2001, p. 196].
- [76] J.M. Keynes, *Teoria generale dell'occupazione, dell'interesse e della moneta*, trad. it., Utet, Turín 1971, p. 522.
- [77] F.A. Hayek, *Economia e conoscenza*, cit., p. 241.
- [78] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1997, p. 43 [trad. esp.: *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial, 2.ª ed., 1998, p. 26].
- [79] M.N. Rothbard, *Man, Economy and State*, Nash Publishing Co, Los Angeles 1970, vol. 2, p. 887.
- [80] K.R. Popper, *Le fonti della conoscenza e dell'ignoranza*, cit., p. 3.
- [81] W.W. Bartley, *Ecologia della razionalità*, cit., p. 156.
- [82] F. Hameson, *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Verso, Londres 1991.
- [83] Sobre las consecuencias en la literatura, en la pintura y en la música, véase J. Ortega y Gasset, *Meditazioni del Chisciotte*, trad. it., Guida, Nápoles 1986; id., *La disumanizzazione dell'arte*, trad. it., Lerici, Cosenza 1980. Para una síntesis de este punto de vista, véase L. Infantino, *Ortega y Gasset*, Armando, Roma 1990, pp. 45-50.
- [84] G. Germani, *Sociología della modernizzazione*, Laterza, Roma-Bari 1971, p. 23.
- [85] *Op. cit.*, p. 22.
- [86] Véase W.W. Rostov, *Politics and the Stages of Growth*, Cambridge U.P., Londres 1971, pp. 26-27; M. Levy jr., *Modernization and the Structure of Societies*, Princeton U.P., Princeton 1970, pp. 11-13. Véase también L. Gallino, *Dizionario di sociologia*, Utet, Turín 1978, pp. 439-40; R. Boudon,

F. Bourricaud, *Dizionario critico di sociología*, trad. it., Armando, Roma 1990, p. 313.

3. John Stuart Mill: economía y ciencias sociales

* Publicado como Prólogo a J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2004, pp. VII-XLVIII.

[1] Como es sabido, Mill atribuye una doble fecha a su *On Definition of Political Economy*. En el prólogo a la primera edición de los *Essays on Some Unsettled Questions Of Political Economy* (*Saggi su alcuni problemi insoluti dell'economia politica*, trad. it., Isedi, Milán 1976, p. 3), se refiere al periodo 1829-30. Sin embargo, en la *Autobiography* (*Autobiografía*, trad. it., Laterza, Roma-Bari 1976, p. 141), el ensayo se atribuye a los años 1830-31. Dicho ensayo se publicó en 1836 en la *London and Westminster Review*. Posteriormente se incluyó, en 1844, en los *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, cuya publicación es un año posterior a la de *System of Logic*.

[2] La idea de dar una circulación autónoma a la traducción italiana del libro sexto del *System of Logic* fue realizada ya por Antimo Negri, que tradujo e introdujo ese texto en el ya lejano 1965. Véase J.S. Mill, *La logica delle scienze morali*, trad. it., Edizioni «il trípode», Nápoles. Agradezco públicamente al profesor Negri el haber puesto gentilmente a mi disposición un ejemplar de aquel trabajo suyo.

[3] J.S. Mill, *Autobiografía*, cit., p. 176.

[4] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., pp. 22-23.

[5] *Op. cit.*, p. 23.

[6] *Op. cit.*, pp. 23-24.

[7] *Op. cit.*, p. 121. Véase también p. 133.

[8] *Op. cit.*, p. 112.

[9] *Ibidem.* 10

[10] *Ibidem.*

[11] *Ibidem.*

[12] *Op. cit.*, p. 113.

[13] *Op. cit.*, p. 114.

[14] *Ibidem.*

[15] *Op. cit.*, p. 115.

[16] *Ibidem.*

[17] *Ibidem*, cursiva añadida.

[18] *Ibidem.*

[19] *Ibidem*

[20] *Ibidem.*

[21] *Op. cit.*, pp. 115-16.

[22] *Op. cit.*, p. 116.

[23] *Ibidem.*

[24] *Ibidem.* Lo cual se aplica también a los fenómenos naturales. Por ejemplo, hoy sabemos que en clínica médica deben tomarse en consideración constelaciones de causas.

[25] *Op. cit.*, p. 116.

[26] *Op. cit.*, p. 119. Los cuatro métodos «experimentales» quedan así invalidados: tanto en cuanto instrumentos de descubrimiento, como instrumentos de control.

[27] *Op. cit.*, p. 120.

[28] *Ibidem.*

[29] *Op. cit.*, pp. 121-22.

[30] *Op. cit.*, p. 30.

[31] *Ibidem.*

[32] *Op. cit.*, p. 123.

[33] *Op. cit.*, p. 130. Escribe Max Scheler (*Sociologia del sapere*, trad. it., Edizioni Abete, Roma 1976, p. 184): «E. Dühring, P. Duhem, E. Mach y L. Boltzmann para la mecánica y la física, Kopp para la química, G. Cantor para la historia de la matemática, últimamente C. Bouglé para la síntesis sociológica, E. Ràdl para las ciencias biológicas, Bergson, Scheler, Grünbaum para la psicología, han mostrado lo fuerte que es el *impulso técnico* para la aplicación de los esquemas mecánicos a los hechos; cómo la *imagen teórica* de los hechos es *transformada* de un modo peculiar y siempre en cierto modo en sentido *mecánico-formal*.»

[34] *Op. cit.*, p. 133.

[35] *Op. cit.*, p. 139.

[36] *Ibidem.*

[37] *Op. cit.*, pp. 139-40.

[38] *Op. cit.*, p. 140.

[39] *Ibidem.*

[40] J.S. Mill, *Sistema di logica deduttiva e induttiva*, cit., p. 335. Lo que aquí sostiene Mill nos lleva a considerar el tipo ideal weberiano como un modelo dentro del cual se encuentran las leyes y las condiciones que hacen posible o imposible un determinado evento.

[41] Tomo aquí algunas expresiones de F.A. Hayek, *Studi di filosofia, politica ed economia*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1998, p. 64 [trad. esp.: *Estudios de filosofía, política y economía*, Unión Editorial, 2007, p. 53].

[42] *Ibidem.* Mill dedica a la «lógica de la práctica o arte» el capítulo final del libro sexto de su *System of Logic* (véase *Economia e scienze sociali*, cit., pp. 201-14). Sin embargo, prevalece en estas páginas la asignación a la ciencia de un papel ancilar respecto al arte o, más en particular, a la política. Y aflora el equívoco de que el modelo teórico puede en cierto modo ser una «copia» de la realidad.

[43] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 119, cursiva añadida.

[44] J.S. Mill, *Sistema di logica deduttiva e induttiva*, cit., p. 617.

[45] Mill (*op. cit.*, p. 331) no dudó en escribir que «los puntos, las líneas, los círculos y los cuadrados que tenemos en la mente no son sino copias de los puntos, las líneas, los círculos y los cuadrados que hemos conocido en nuestra experiencia». Y, sin embargo, en Mill está también la idea de que la geometría se basa en hipótesis «arbitrarias». Como es sabido, sobre esta cuestión se desarrolló una compleja disputa entre Mill y William Whewell (véase S. Marcucci, *L'«idealismo» scientifico di William Whewell*, Le Monier, Florencia 1963, pp. 135-37). Conviene también añadir que, en la recensión dedicada al *System* de Mill, Whewell se mantuvo expresamente al margen del tratamiento milliano de las ciencias sociales (Whewell, *On the Philosophy of Discovery*, Parker, Londres 1860, pp. 238-39). Y, a propósito del problema de la inducción, precisó que «el hombre es el intérprete de la naturaleza, no el mero espectador» (*op. cit.*, p. 257). De este modo explica, con referencia a Keplero, que «la órbita elíptica no ha sido la suma de meras observaciones, sino la suma de las observaciones efectuadas desde un nuevo punto de vista» (*op. cit.*, pp. 256-57). Como es sabido, en la teoría

whewelliana el investigador debe partir de «concepciones» *a priori*. Son tales «concepciones» las que hacen posible la «*colligatio of facts*». Ya Dugald Stewart escribió que «uno de los grandes empleos» de la filosofía consiste en darnos «un amplio dominio de verdades particulares, proporcionándonos principios generales bajo los cuales están comprendidas muchas de esas verdades» (D. Stewart, *Elements of the Philosophy of Human Mind*, Tegg, Londres 1877, p. 250). Stewart precisó además que: «Una persona en cuya mente casuales asociaciones de tiempo y de lugar producen una impresión duradera no tiene la misma actitud a filosofar de aquellos que ligan los hechos entre sí, a través de causa y efecto» (*ibidem*).

[46] A. Smith, *An Inquiry into the Natura and Causes of the Wealth of Nations*, en *Works and Correspondence*, Clarendon Pres, Oxford 1976, vol. 1, p. 534.

[47] *Op. cit.*, pp. 456 y 531.

[48] A. Smith, *Essay on Philosophical Subjects*, en *Work and Correspondence*, cit., p. 42.

[49] *Op. cit.*, p. 75.

[50] *Op. cit.*, p. 77.

[51] *Op. cit.*, pp. 103-5. Sobre la primacía otorgada por Smith al momento histórico, véase R Olson, *Scottish Philosophy and British Physics, 1750-1880*, Princeton University Press, Princeton 1975, p. 123; S. Moscovici, «A propos de quelques travaux d'Adam Smith sur l'histoire e la philosophie des sciences», en *Revue d'Histoire des Sciences et leurs Applications*, vol. 9, 1956, pp. 1-20. Es claro que, al examinar la función desarrollada por la imaginación, Smith se inserta en una «formación» que atraviesa un territorio en el que se encuentran estudiosos de todas las ramas del conocimiento. Baste pensar en científicos como Claude Bernard y Justus von Liebig.

[52] D. Stewart, *Elements of Philosophy of Human Mind*, cit., p. 523.

[53] *Ibidem*.

[54] *Op. cit.*, p. 279.

[55] *Op. cit.*, p. 521.

[56] *Op. cit.*, p. 498.

[57] *Ibidem*.

[58] *Op. cit.*, p. 245. Las conclusiones metodológicas de Stewart se apoyan en su comentario a los trabajos de Le Sage y Moscovich. Por lo demás, se puede también hacer una interpretación no-inductivista de la

newtoniana expresión «*hypotheses non fingo*». El propio Stewart nos la ofrece cuando sostiene que esa expresión aconseja formular conjeturas con «modestia y desconfianza» (*ibidem*).

[59] Véase más extensamente S. Rashid, «Dugald Stewart “Baconian” Methodology and Political Economy», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 46, 1985, pp. 245-57.

[60] D. Stewart, *Resoconto della vita e delle opere di Adam Smith*, Liberilibri, Macerata, 2001, p. 36.

[61] Para un amplio tratamiento de este punto, véase el hermoso ensayo de P. Corsi, «The Heritage of Dugald Stewart: Oxford Philosophy and the Method of Political Economy», en *Nuncius. Annuali di Storia della Scienza*, vol. 2, 1987, pp. 89-144.

[62] Como confirmación de esto, baste recordar que, en la polémica que enfrentó a Charles Bosanquet y Ricardo, Copleston se puso del lado del segundo (véase P. Corsi, *The Heritage of Dugard Steward*, cit., p. 107). A este respecto es conocido que, mientras Bosanquet invocaba los «hechos», Ricardo optaba por los principios teóricos (véase D. Ricardo, «Risposta alle osservazioni pratiche di Bosanquet sul rapporto del comitato per i metalli preziosi», trad. it., en *Opere*, Utet, Turín 1987, vol. 2, pp. 629-30).

[63] R. Whately, *Elements of Logic*, Munroe, Boston-Cambridge, 1859, p. ix.

[64] R. Whately, *Lezioni introduttive all'economia politica*, trad. it., Utet, Turín 1856, p. 252, traducción parcialmente modificada.

[65] R. Whately, *Lezioni introduttive all'economia politica*, cit., p. 253, traducción parcialmente modificada. Dentro de una larga tradición, se encuentra también Georg Simmel (*Filosofía del dinero*, trad. it., Utet, Turín 1984, p. 419), quien afirma que a las numerosas definiciones se puede añadir que «el hombre es el animal *que practica el intercambio*». Según el propio Simmel, por esta razón el hombre es también «el animal objetivo». En efecto, «no encontramos en el mundo animal ni rastro de lo que llamamos objetividad, de un modo de considerar y tratar las cosas que esté más allá del sentimiento y de la voluntad subjetivos» (*ibidem*). Para mayor claridad, podemos seguir aún a Simmel: «el valor económico como tal no se atribuye a un objeto que se cede para ello. El fruto espontáneo, que se recoge sin fatiga y que no se da a cambio, sino que se consume directamente, no es un bien económico» (*op. cit.*, p. 135). Esto tiene notables consecuencias

epistemológicas, así recogidas por el propio Simmel: «el valor económico objetivo se ha cristalizado a través de los distintos deseos de los sujetos y estas relaciones han podido disponer de una materialidad y sobreobjetividad de que carecían los elementos considerados aisladamente. Por tanto, los métodos cognoscitivos sólo pueden ser subjetivos y heurísticos; pero el hecho de que uno encuentre en el otro complemento, y por tanto legitimación, hace que estos se acerquen al ideal de la verdad objetiva –aunque en un proceso de interminable referencia recíproca» (*op. cit.*, p. 173). Y También: «la relatividad no es una cualificación añadida que debilita el concepto de verdad, es el modo en que las representaciones se convierten en verdad, lo mismo que es el modo en que los objetos del deseo que convierten en valores» (*op. cit.*, p. 175).

^[66] R. Whately, *Lezioni introduttive all'economia politica*, cit., p. 322. El pasaje está tomado de la «lección» novena, añadida después de la publicación de la recensión de William Whewell («Jones-On the Distribution of Wealth and the Sources of Taxation», en *British Critic*, vol. 19, 1831, pp. 41-61) del libro de Richard Jones. Este, como es sabido, sostenía una metodología inductivista e imputaba al empleo del método hipotético-deductivo los límites de la teoría ricardiana de la renta. Jones mantenía estrechas relaciones con Whewell, cuya recensión se presentaba como un ataque a Ricardo. Pero también, desde el punto de vista metodológico, a la Escuela del Oriel. Como se ha escrito (P. Corsi, *The Heritage of Dugald Stewart*, cit., p. 124), Whately no toleraba que su posición pudiera ser de algún modo comparada con la de los ricardianos y de los radicales en general. Whewell, a quien se debe también el intento de «transcribir» en forma matemática la teoría ricardiana («Mathematical Exposition of Some Doctrines of Political Economy», en *Transactions in the Cambridge Philosophical Society*, vol. 3, 1830, pp. 191-230; Mathematical Exposition of the Some of the Leading Doctrines in Mr. Ricardo's «Principles of Political Economy and Taxation», en «Transactions of the Cambridge Philosophical Society», vol. 4, 1833, pp. 155-98), trató repetidamente, sin éxito, de conseguir que Malthus estuviera de su parte y de la de Jones (véase N.B. de Marchi, R.P. Sturges, «Malthus and Ricardo's Inductivist Critics: Tour Letters to William Whewell», en *Economica*, vol. 40, 1973, pp. 379-93). Whewell no había publicado aún la *History of the Inductive Sciences* (1837) y la *Philosophy of the Inductive Sciences* (1840). Malthus jamás entró en lo vivo de la cuestión metodológica. Una declaración formal suya es

sustancialmente insignificante. Dice, en efecto, que quiere recorrer «una justa vía entre ambos extremos» y «acercarse lo más posible al gran objeto de [... su] investigación –la verdad» (*Principi di economia politica*, trad. it., Cugini Pomba, Turín 1854, p. 155). Sobre Whewell, véase S. Marcucci, *L'«idealismo» scientifico di William Whewell*, cit.; R.E. Butts, Introducción a Butts (al cuidado de), *William Whewell's Theory of Scientific Method*, University of Pittsburg Press, Pittsburg 1968; D. Antiseri, Introducción a E. Naville, *La logica dell'ipotesi*, trad. it., Rusconi, Milán 1989.

[67] R. Whately, *Lezioni introduttive all'economia politica*, cit., p. 518.

[68] N.W. Senior, *Principi di economia politica*, en «Biblioteca dell'Economista», primera serie, vol. 5, cit., pp. 511-18,

[69] N.W. Senior, «An Introductory Lecture on Political Economy», en R.E. Backhouse (al cuidado de), *Classical Economics*, Routledge/Thoemmes Press, Londres 2002, vol. 4, p. 35.

[70] *Ibidem*.

[71] Sobre esto, véase especialmente cuanto escribe Señor en el apéndice a Whately (*Elements of Logic*, cit., p. 383).

[72] J.S. Mill, *Autobiografía*, cit., p. 212.

[73] K.R. Popper, *Conoscenza oggettiva*, trad. it., Armando, Roma 1975, p. 89. Como es sabido, el antiasociacionismo de Popper deriva de la influencia que sobre él ejerció Karl Bühler, uno de los primeros psicólogos de la *Gestalt* (K.R. Popper, *La ricerca non ha fine*, trad. it., Armando, Roma 1997, p. 88) y director de su tesis (véase D. Antiseri, *La Vienna di Popper*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2000, pp. 248-61 [trad. esp.: *La Viena de Popper*, Unión Editorial, 2001, pp. 264-275]).

[74] *Op. cit.*, p. 91.

[75] Para esclarecer mejor cuanto se afirma en el texto, conviene mencionar lo que escribe, si bien con referencia a otro campo, Larry Laudan (*Scienza e ipotesi*, trad. it., Armando, Roma 1984, p. 1997, p. 19, cursiva añadida): «Contra Boscovich se sostiene que no podía aducir ninguna prueba directa a favor de su tesis según la cual las fuerzas en torno a las partículas eran alternativamente atractivas y repulsivas en las distancias microscópicas en las que se verificaban el contacto, la cohesión y las alteraciones químicas. Los críticos se opusieron a la teoría de Le Sage de los “corpúsculos ultramundanos” (los cuales, con sus movimientos y colisiones, ofrecían una explicación de la atracción gravitacional), porque no podía inferirse

inductivamente de la experiencia. Es claro que la oposición a estos científicos se debió al abierto conflicto entre los cánones de inferencia inductiva comúnmente aceptados y el tipo de teorías que estos proponían. *No había modo alguno de conciliar la metodología inductivista y la epistemología sensista con teorías tan altamente especulativas sobre la micro-estructura.»*

[76] Sobre este punto, véase S. Bucchi, *James Mill, filosofo radicale*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 2001, pp. 164-70. Es oportuno además señalar el duro juicio crítico que expresa Dugald Stewart respecto a la «secta» fisiocrática (*Elements of the Philosophy of Human Mind*, cit., p. 139, nota). No menos duro es el juicio de Alexis de Tocqueville (*L'antico regime e la rivoluzione*, trad. it., en *Scritti politici*, Utet, Turín 1969, vol. 1, pp. 748-58). El hecho es que, tras el juicio de James Mill sobre los fisiócratas, hay razones de carácter político, sobre todo la idea de la unidad de los poderes legislativo y ejecutivo. Sobre las relaciones entre John Stuart Mill y Tocqueville, véase L. Infantino, «Tocqueville: problemi gnoseologici e democrazia liberale», en R. Boudon y L. Infantino, *Alexis de Tocqueville: metodo, conoscenza e conseguenze politiche*, Luiss Edizioni, Roma 2002, pp. 82-8, ahora en este volumen.

[77] J. Mill, *Elementi d'economia politica*, trad. it., en «Biblioteca dell'Economista», primera serie, cit., p. 705. Conviene añadir aquí que la contradicción presente en los dos Mill es menos manifiesta en Ricardo, porque éste no afrontó problemas externos al campo económico. Tal vez convenga dar la razón a Schumpeter (*Storia dell'analisi economica*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín 1990, vol. 2, p. 573), según el cual Ricardo no es que tuviera una «sociología inadecuada»; es que no tenía sociología alguna. En cuanto a los límites de su teoría económica, no dependen del empleo del método hipotético-deductivo, sino del que el propio Schumpeter (*op. cit.*, pp. 574-75) llama «vicio ricardiano», es decir el hecho de que Ricardo «congelara» el «mayor número posible» de variables.

[78] J. Bentham, *Introduzione ai principi della morale e della legislazione*, trad. it., Utet, Turín 1998, pp. 102-5.

[79] Este mecanismo lo expone muy bien Mandeville. Y luego lo encontramos en Hume y Smith. Este último lo puso en el centro de su propia teoría social (para un tratamiento amplio del tema, véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, Armando, Roma 1998, pp. 46-56 [trad. esp.: *El orden sin plan*, cit., pp. 49-55]). Es evidente que la adhesión de Hume al principio de «simpatía» contrasta con el asociacionismo presente también en ese autor.

Esto se explicará mejor más adelante.

[80] Conviene pues separar el «utilitarismo genérico» o en sentido lato, del «utilitarismo particular» o en sentido estricto. El primero caracteriza a Mandeville y a los moralistas escoceses; el segundo tiene como principales representantes a Helvetius, Beccaria, Bentham y los seguidores de éste. Tomo esta distinción de Hayek (*Studi di filosofia, politica ed economia*, cit., pp. 175-78 [trad. esp.: *Estudios de filosofía, política y economía*, cit., pp. 141-143]. Esta recalca la distinción entre individualismo verdadero e individualismo falso, también debida a Hayek (*Individualismo: quello vero e quello falso*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1997).

[81] A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, en *Work and Correspondence*, cit., p. 110. Como es sabido, ya Hume (*A Treatise of Human Nature*, Dent, Londres 1923, vol. 2, pp. 273-74) había recurrido a la idea del «espejo». En sintonía con este planteamiento se encuentra Dugald Stewart, *Outlines of Moral Philosophy*, Creech, Edimburgo 1793, pp. 67-69 y 138-41; Id., *The Philosophy of the Active and Moral Powers of Man*, Phillips, Sampson & Co., Boston 1859, pp. 245-61.

[82] K.R. Popper, *Materia, coscienza e cultura*, trad. it., en K.R. Popper, J.C. Eccles, *L'io e il suo cervello*, Armando, Roma 1981, vol. 1, p. 139, nota 20.

[83] *Op. cit.*, p. 136.

[84] F.A. Hayek, *L'ordine sensoriale*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 238 [trad. esp.: *El orden sensorial*, cit., Unión Editorial, pp. 278-79].

[85] *Op. cit.*, p. 240 [trad. esp.: p. 280]. A este respecto conviene también recordar que Michael Polanyi (*Conoscenza personale*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 197) escribe que «las operaciones del lenguaje se apoyan en último análisis en nuestros poderes mentales tácitos que están en continuidad con los animales». En línea con esto está lo que sostiene Popper (*Conoscenza oggettiva*, cit., p. 96), según el cual «la mayor parte de nuestras disposiciones es innata». O, como dice Lorenz (K.R. Popper-K. Lorenz, *Il futuro è aperto*, Rusconi, Milán 1989, p. 46), «el cerebro acumula datos y llega a una infinita riqueza de datos, sobre un fondo no estructurado. Hasta que de pronto de este fondo emerge una estructura; y esto se verifica de un modo totalmente inconsciente».

[86] F.A. Hayek, *L'ordine sensoriale*, cit., p. 240 [trad. esp., p. 280]. Como el propio Hayek admite (*op. cit.*, p. 54, nota 40 [p. 78]), todo esto está

en sintonía con la teoría freudiana de la formación del yo.

[87] *Op. cit.*, p. 248 [p. 289].

[88] *Ibidem*.

[89] *Op. cit.*, p. 238. Situándonos en un plano estrictamente epistemológico, podemos decir con E. Naville. (*La logica dell'ipotesi*, cit., p. 175), que la hipótesis no sólo dirige las observaciones, sino que actúa también sobre el elemento primitivo de toda observación externa; es decir sobre la percepción sensible. En un gran número de casos no se ve distintamente sino lo que se ha supuesto. Lo cual, en tiempos más cercanos a nosotros, ha sido observado, entre otros, por K.R. Popper (*La logica della scoperta scientifica*, trad. it., Einaudi, Turín 1970), H.R. Hanson (*I modelli della scoperta scientifica*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1978) y P.K. Feyerabend (*Contro il metodo*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1981), el cual basa su anarquismo epistemológico precisamente en el hecho de que la observación nunca es «pura».

[90] *Op. cit.*, pp. 239-40 [pp. 279-80]. Conviene añadir que «nuestro conocimiento del mundo fenoménico plantea problemas que sólo pueden responderse modificando la imagen del mundo que nos dan nuestros sentidos, es decir modificando nuestra clasificación de los elementos de los que consta. Que esta modificación sea posible y necesaria es, de hecho, el postulado en que se basan todos nuestros esfuerzos por llegar a una explicación científica del mundo» (*op. cit.*, p. 248 [p. 289]).

[91] K.R. Popper, *Materia, coscienza e cultura*, cit., p. 139.

[92] K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, trad. it., Armando, Roma 1973-74, vol. 2, p. 124. Todo esto recuerda el problema de la «temporalización» de los *a priori*, tema sobre el que remitimos a C.I. Lewis (*Il pensiero e l'ordine del mondo*, trad. it., Rosenberg e Sellier, Turín, 1977) y a K.O. Apel (*Comunità e comunicazione*, trad. it, Rosenberg e Sellier, Turín 1977).

[93] *Ibidem*, cursiva añadida.

[94] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 95.

[95] B. Russell, *Portraits from Memory*, Allen & Unwin, Londres 1956, p. 118.

[96] *Ibidem*.

[97] J.S. Mill, *Autobiografia*, cit., p. 85, cursiva añadida. Está ya aquí la idea behaviorista, que tiende a privar al sujeto de toda autonomía. Para una

crítica, véase F.A. Hayek, *L'abuso della ragione*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1967, pp. 49-60 [trad. esp., pp. 77-89].

[98] J.S. Mill, *Autobiografia*, cit., p. 85.

[99] La expresión «encerado vacío» es de Popper, *Conoscenza oggettiva*, cit., p. 89. También Popper considera el asociacionismo como una teoría pre-darwiniana (*op. cit.*, p. 95).

[100] J.S. Mill, *Autobiografia*, cit, p. 85. Para hacer las cosas aún más claras, es útil añadir esta otra afirmación de Mill: «Desde el invierno de 1821, en que leí por primera vez a Bentham, y sobre todo desde comienzos de la *Westminter Review*, yo poseía lo que puede llamarse un objetivo en la vida: *ser un reformador del mundo*» (*op. cit.*, p. 105, cursiva añadida). M. Cowling (*Mill and Liberalism*, Cambridge University Press, Cambridge 1963, p. 3) sostiene que la fuerza de la «misión histórica» que impulsa la obra de Mill sólo es inferior, en el siglo XIX, a la de Marx.

[101] K.R. Popper, *Miseria dello storicismo*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1976, p. 138.

[102] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 69.

[103] *Op. cit.*, pp. 180-82. Lo que unió Mill a Comte fue sobre todo la idea de un progreso *pre-definido*. Escribe Mill: «como lógicos estábamos casi en las misma posiciones, como sociólogos [... no podíamos] caminar juntos» (*Autobiografia*, cit., p. 166). Todo esto necesita alguna precisión. Mill dice también: «Desde un punto de vista puramente lógico, la única concepción importante de la que soy deudor [a Comte] es la del método inductivo inverso, en cuanto método aplicable principalmente a los problemas complejos de la historia y de la estadística. Se trata de un procedimiento que difiere de la forma más común de método deductivo en esto: que en lugar de llegar a las conclusiones por medio de un razonamiento general y de verificarlas por medio de un experimento expreso (como sucede naturalmente con las ramas deductivas de las ciencias físicas), obtiene sus generalizaciones mediante una comparación con la experiencia específica y la verifica comprobando si son tales como se seguirían de principios generales conocidos» (*op. cit.*, p. 164). Aquí Mill, en perfecta sintonía con el asociacionismo, opina que la «experiencia» puede dictarnos «generalizaciones». La «ley de los tres estadios» sigue siendo en todo caso una proyección psicologista: porque (conviene repetirlo) no precisa las condiciones que permitirían o impedirían el paso de la humanidad a través de esas fases. En cuanto al desacuerdo como «sociólogos» – que nace de que

Mill comprendió que el sistema de Comte es un «sistema de despotismo espiritual y temporal que nunca se produjo fuera de un cerebro humano» (*op. cit.*, p. 166), es extraño que el propio Mill no se dé cuenta de que, una vez emprendida la vía de la «función pedagógica» atribuida a una minoría, los resultados son lógicos. Lo cual afecta también al proyecto pedagógico en que estaban comprometidos los representantes del radicalismo filosóficos.

[104] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 141.

[105] *Op. cit.*, pp. 18-20 y pp. 142-44.

[106] *Op. cit.*, pp. 128-29.

[107] *Op. cit.*, p. 23.

[108] *Ibidem.*

[109] D. Stewart, *Elements of the Philosophy of Human Mind*, cit., p. 361

[110] *Ibidem.*

[111] A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, cit., pp. 313-14.

[112] D. Stewart, *Elements of the Philosophy of Human Mind.*, cit., p. 364.

[113] *Ibidem.*

[114] F.A. Hayek, «Economia e conoscenza», trad. it., en *Conoscenza, mercato, pianificazione*, al cuidado de F. Donzelli, il Mulino, Bolonia 1988, p. 243.

[115] *Ibidem*, nota 13. De esto no parece darse cuenta Ludwig von Mises (*L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959, p. 31 [trad. esp.: *La acción humana*, Unión Editorial, 8.^a ed., 2007, p. 39] cuando sostiene que los «enunciados» y las «proposiciones» de la economía son *a priori* «como los de la lógica y la matemática». La posición de Mises es en muchos aspectos coincidente con la de Senior (véase M.N. Rothbard, «In Defense of “Extreme Apriorisme”», en *Southern Economic Journal*, vol. 23, 1957, p. 215, nota 2).

[116] Conviene precisar que, como subrayaron en particular los neopositivistas vieneses, existen «ciencias formales» y «ciencias empíricas». En las primeras las definiciones son convencionales. En las segundas se refieren a conceptos y teorías empíricamente controlables.

[117] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 18 y p. 142.

[118] *Op. cit.*, p. 19 y pp. 143-44.

[119] *Ibidem.*

[120] De esto se percató inmediatamente Émile Durkheim (*Le regole del metodo sociologico*, trad. it., Comunità, Milán 1969, p. 43), el cual cometió

sin embargo el error de identificar toda la economía política con la teoría de Mill, lo cual originó graves incomprendimientos entre sociólogos y economistas. Sobre esto, véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 102-6 [trad. esp., cit., pp. 141-47].

[121] J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 19.

[122] F.A. Hayek, *Studi di filosofia, politica ed economia*, cit., p. 79 [trad. esp., p. 65].

[123] Hayek opina que el *homo oeconomicus* debe ser considerado una «vergüenza de familia», es decir de la familia de los economistas, y ve su presencia en la teoría del equilibrio económico general (*Economia e conoscenza*, cit., p. 241).

[124] En Adam Smith, como ya observamos, está la idea de la escasez del conocimiento (véase la anterior nota 46). Y está también la idea de la escasez de los recursos materiales (véase sus *Lectures of Jurisprudence*, en *Works and Correspondence*, cit., p. 333 y p. 358, en particular). Es oportuno resaltar aquí que, si el valor deriva de la escasez, las páginas que en *La riqueza de las naciones* dedica a la teoría del valor-trabajo pierden cierta relevancia. Por otra parte, esas páginas son ajenas a la explicación smithiana del proceso de mercado. Como ha subrayado Friedrich von Wiser («Carl Menger», en *Neue Österreichische Biografie*, Wiener Druke, Viena 1923, p. 86), «siempre que su pensamiento no lograba» explicar un fenómeno, Smith «abandonaba el primer concepto y se agarraba a uno nuevo». Añádase a esto que la teoría a través de la cual llega Smith en los *Moral Sentiments* a la formación de las normas sociales es de carácter interindividual. De aquí a ver en el valor económico un fenómeno de igual naturaleza el paso es breve. Es claro que la escasez se mide intersubjetivamente.

[125] Sobre esto, véase L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, pp. 137-55 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, pp. 117-133]; Id., *Problemi epistemologici dell'economia*, trad. it., Armando, Roma 1988, pp. 96-97; F.A. Hayek, *La via della schiavitù*, trad. it., Rusconi, Milán 1995, p. 144 [trad. esp.: *Camino de servidumbre*, nueva edición en Unión editorial, 2008, p. 181]; L. Robbins, *Saggio sulla natura e l'importanza della scienza economica*, trad. it., Utet, Turín 1947, pp. 16-25. La obra robbinsiana está muy influida por Mises. Pero Robbins «importó» de Viena sólo el aspecto «estático» de la teoría austriaca (véase I.M. Kirzner, *The Meaning of Market Process*, Routledge, Londres 1992, p. 126). O sea: «En una economía de mercado, la escala de preferencias y la disponibilidad

de los medios no pueden considerarse como dados, prescindiendo de la decisión [...] de otros individuos» (*op. cit.*, p. 127). Algo que la posición robbinsiana no tiene en cuenta. Véase también del mismo Kirzner, *The Economic Point of View*, Institute for Human Studies, Menlo Park 1976.

[126] Véase L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 153 [trad. esp., p. 131]; Id., *Problemi epistemologici dell'economia*, cit., pp. 159-61.

[127] Después de Whately, fueron varios los autores que propusieron el término «cataláctica» (véase I.M. Kirzner, *The Economic Point of View*, cit.). En el siglo xx, esto debe atribuirse sobre todo a Mises (*Problemi epistemologici dell'economia*, cit.; *L'azione umana*, cit.), Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., Il Saggiatore, Milán 1986; J.M. Buchanan, «What Sould Economist Do?», en *Southern Economic Journal*. vol. 30, 1964, pp. 213-22, ahora en el volumen del mismo título (Liberty Press, Indianápolis 1979).

[128] J.S. Mill, *Principi di economia politica*, trad. it., Utet, Turín 1983, vol. 2, p. 625.

[129] *Op. cit.*, p. 626. En esta misma página, a propósito de la teoría del valor-trabajo, declara Mill: «Por suerte, no hay nada en las leyes del valor que quede por aclarar para el escritor presente o futuro; la teoría sobre este tema está completa.» Adoptando en este caso una posición falibilista, Mises observa que ni siquiera una «teoría que no parezca estar en contradicción con la experiencia» puede «considerarse como definitivamente establecida» (*Problemi epistemologici dell'economia*, cit., p. 54). Y con referencia a la actitud crítica de Mill, Mises añade que «un error de este género por parte de semejante personaje debe servir de advertencia a todos los teóricos» (*ibidem*).

[130] J.S. Mill, *Autobiografía*, cit., p. 194.

[131] Como escribe oportunamente Mises (*Socialismo*, cit., p. 181 [trad. esp., cit., p. 158], «solo en la comunidad socialista tiene lugar la distribución de cierta cantidad de bienes de consumo». Véase también F.A. Hayek, *Nuovi studi di filosofia, politica economia e storia delle idee*, trad. it., Armando, Roma 1988, pp. 262-306 [trad. esp.: *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Unión Editorial, 2007, pp. 81-95]; Id., *Legge, legislazione e libertà*, cit., pp. 262-306 [trad. esp.: *Derecho, legislación y libertad*, cit., pp. 261-308].

[132] Véase, más ampliamente, L. Stephen, *The English Utilitarians*, Duckworthm, Londres 1900, vol. 2, pp. 192-93; E. Halévy, *The Growth of*

Philosophical Radicalism, trad. ingl., Faber & Faber, Londres 1972, pp. 266-67. Por otra parte, ya Ricardo había declarado en el prólogo a sus *Principles* que «la determinación de las leyes que regulan [...] la] distribución es el problema principal de la economía política» (*Principi di economia politica e dell'imposta*, trad. it., en *Opere*, cit., vol. 1, p. 165). Y James Mill había tratado los salarios, los beneficios y las rentas en el capítulo sobre la «distribución» y remitido el intercambio al capítulo siguiente (*Elementi d'economia politica*, cit). Sobre esto, véase E. Cannan, *Storia delle teorie della produzione e della distribuzione nell'economia politica inglese dal 1776 al 1848*, trad. it., Isedi, Milán 1975, p. 205.

[133] D. Stewart, *The Philosophy of the Active and Moral Powers of Man*, cit., p. 184. ¹³⁴

[134] *Ibidem*.

[135] *Ibidem*.

[136] C. Bay, *The Structure of Freedom*, Stanford University Press, Stanford 1958, p. 33. ¹³⁷

[137] *Ibidem*.

[138] F. Pollock, *Oxford Lectures and Other Essays*, Macmillan, Londres 1908, p. 42. Pollock refería su expresión a Burke y Savigny. Pero es conocida la influencia de Hume y Smith sobre Burke. Sobre esto, véase Hayek, *Studi di filosofia, politica ed economia*, cit., p. 201, nota 21 [trad. es., cit., p. 162]; Id., *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., cit., pp. 34-35 [trad. esp., cit., p. 45]; Id., *Nuovi studi di filosofia, politica, economia e storia delle idee*, Armando, Roma, 1988, p. 284 [trad. esp., cit., p. 325]. Para un amplio tratamiento de este punto, remito a L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1999, pp. 107-17 [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004, 146, nota 32].

[139] Véase más ampliamente L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit.; Id. *Ignoranza e libertà*, cit.; véase también la bibliografía allí indicada.

[140] J.A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, cit., vol. 2, p. 643.

[141] Para un tratamiento más amplio, remito a L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, cit. 142

[142] É. Durkheim, *Le regole del metodo sociologico*, cit., p. 23.

[143] *Ibidem*.

[144] *Ibidem*.

[145] J.S. Mill, *Sistema di logica deduttiva e induttiva*, cit., p. 631. Véase

también G. Frongia, *John Stuart Mill e il metodo scientifico*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles 1984, pp. 34-35.

[146] Véase ampliamente D. Antiseri, Prefacio a C. Menger, *Lineamenti di una classificazione delle scienze economiche*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 1998, pp. 21-45.

[147] K.R. Popper, *La logica della scoperta científica*, cit., 1970, p. 44. Sobre la «historia» del modelo nomológico-deductivo y sobre la aportación de Hempel, véase Popper (*La ricerca non ha fine*, cit., 133). Véase también C.G. Hempel, «The Function of General Laws in History», en *Journal of Philosophy*, vol. 39, 1942, pp. 35-48, reimpresso con algunas modificaciones en C.G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*, Free Press, Nueva York, 1965; Id., «Explanation in Science and History», en R.G. Colodny (al cuidado de), *Frontiers of Science and Philosophy*, University of Pittsburg Press, Pittsburg 1952, pp. 9-33. Sobre el tema véase también D. Antiseri, Prefacio a C. Menger, *Lineamenti di una classificazione delle scienze economiche*, cit., pp. 34-36.

[148] Véase H.C. Selvin, «Durkheim's "Suicide" and Problems of Empirical Research», en *American Journal of Sociology*, 1958, vol. 63, pp. 607-19.

[149] Véase F.A. Hayek, *Studi di filosofia, politica ed economia*, cit., pp. 52-70 [trad. esp., cit., pp. 44-58]. Una explicación de este tipo «no nos dice qué eventos particulares debemos esperar en un determinado momento dentro de una cierta gama» (*op. cit.*, p. 65 [p. 54]). «Ciertamente no parece improbable que, cuando el avance de las ciencias afecte a fenómenos cada vez más complejos, las teorías que proporcionan exclusivamente explicaciones de principio, o que describen tan sólo una gama de los fenómenos que ciertos tipos de estructuras pueden producir, se convertirán en la regla en vez de la excepción. Parece que ciertos desarrollos recientes, como la cibernética, la teoría de los autómatas o la teoría de los sistemas y acaso también la teoría de la comunicación, pertenecen a este tipo» (*op. cit.*, p. 67; [p. 56]).

[150] Véase *Economia e scienze sociali*, cit., p. 83, donde Mill añade: «y esto ya sea porque el consiguiente no es realmente el efecto del antecedente, sino que constituye, junto con él, parte de una cadena de efectos que se derivan de causas antecedentes aún no verificadas, ya sea porque hay razón para creer que la secuencia (aun siendo un caso de causación) podrá resolverse en secuencias más simples y, dependiendo por tanto de un

concurso de muchos agentes naturales, está expuesta a una cantidad desconocida de posibilidades de acción contraria.»

[151] K.R. Popper, *Miseria dello storicismo*, cit., p. 121, cursiva añadida. Hay aquí una observación de Whewell que merece recordarse: «Acaso [...] algunos pueden decir que la habilidad práctica y la experiencia *conducen a la ciencia* [...]. Pero a esto respondemos que tales cosas conducen sólo ocasionalmente a la ciencia y no forman parte de ella; la ciencia empieza exclusivamente cuando miramos los hechos desde un punto de vista general» (*On the Philosophy of Discovery*, cit., p. 244).

[152] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 161.

[153] *Ibidem*.

[154] Véase K.R. Popper, *Miseria dello storicismo*, cit., pp. 110-17. Por lo que respecta a la idea milliana de la «serie algebraica», el propio Popper observa que «es posible construir series matemáticas más complicadas en las cuales no bastarían miles de términos para descubrir la ley de su construcción» (*ivi*, p. 108, nota 18).

[155] Véase J.S. Mill, *Economia e scienze sociali*, cit., p. 136.

[156] Sobre esto conviene recordar que el propio Mill pone en guardia de acumular las leyes a la tendencia. Y a quien parte de las «excepciones» para sostener que las leyes expresan tendencias replica (*ivi*, p. 37) que «lo que se piense que es una excepción a mi principio es siempre» producto de un principio distinto. Véase también Richard Whately (*Lezioni introduttive all'economia politica*, cit., pp. 327-8), que ya había puesto en guardia contra el «uso equívoco de la palabra tendencia».

[157] J.S. Mill, *Sistema di logica deduttiva e induttiva*, cit., p. 48.

[158] J.S. Mill, *Saggio sulla libertà*, trad. it., Il Saggiatore, Milano 1984, p. 85.

[159] También es oportuno recordar, para terminar, el duro juicio manifestado por W.S. Jevons («John Stuart Mill's Philosophy Tested», en *Contemporary Review*, vol. 31, 1877, p. 168) sobre Mill: «No podemos estar seguros de que en sus escritos se mantenga establemente la misma línea de pensamiento para dos proposiciones sucesivas.» Sobre esto, véase también J. Hamburger, *John Stuart Mill on Liberty and Control*, Princeton University Press, Princeton 1999, pp. 213-4. También es útil añadir que, según M. Cowling (*Mill and Liberalism*, cit., p. XIII), el mismo *On Liberty* no tendría como objetivo «liberar a los hombres», sino «convertirlos» a un «utilitarismo

racionalista camuflado bajo el nombre de religión de la humanidad».

4. *Tocqueville: problemas gnoseológicos y democracia liberal*

* Publicado en R. Boudon y L. Infantino, *Alexis de Tocqueville: metodo, conoscenza e conseguenze politiche*, Luiss Edizioni, Roma 2000, pp. 43-97.

[1] A. de Tocqueville, *Vita attraverso le lettere*, trad. it., il Mulino, Bologna 1996, p. 173.

[2] J. Ortega y Gasset, *Tocqueville y su tiempo*, en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid 1971, vol. IX, p. 328.

[3] *Ibidem*.

[4] A. de Tocqueville, *La democrazia in America*, trad. it., en *Scritti politici*, Utet, Turín 1968), vol. 2, p. 367.

[5] *Op. cit.*, p. 588.

[6] N. Matteucci, *Alexis de Tocqueville*, il Mulino, Bologna 1990, p. 48.

[7] A. de Tocqueville, *la democrazia in America*, cit., p. 19.

[8] *Op. cit.*, p. 18, cursivo añadido.

[9] *Op. cit.*, p. 10.

[10] *Ibidem*.

[11] *Ibidem*.

[12] J. Ortega y Gasset, *Tocqueville y su tiempo*, cit. p. 330.

[13] *Op. cit.*, p. 506.

[14] En *Scritti politici*, cit., vol. 1, pp. 181-2.

[15] In *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 185.

[16] In *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 186.

[17] *Ibidem*.

[18] A. de Tocqueville, *Vita attraverso le lettere*, cit., p. 68. 19

[19] *Ibidem*.

[20] *Ibidem*.

[21] El pasaje está tomado de una carta a Charles Stoffels, ahora en *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 187. Conviene añadir que aquí Tocqueville no es un «adelantado». Filippo Mazzei, Condorcet, Necker y, en parte, Say habían dirigido ya su atención al aspecto institucional americano.

[22] B. Constant, *Principes de Politique*, en *Cours de politique constitutionnelle*, Librairie de Guillaumin, París, 1872, vol. 1, p. 8.

[23] *Ibidem*.

[24] *Ibidem*.

[25] *Op. cit.*, p. 9.

[26] *Op. cit.*, p. 10.

[27] *Op. cit.*, pp. 10-1.

[28] *Op. cit.*, p. 11.

[29] *Ibidem*.

[30] *Ibidem*. Sobre el callejón sin salida en que se encuentra Rousseau, véase L. infantino, *L'ordine senza piano*, Armando, Roma 1998, pp. 107-108 [trad. esp.: *El orden sin plan*, Unión Editorial, 2000, pp. 134-35].

[31] *Op. cit.*, p. 9.

[32] *Ibidem*. Conviene recordar que, con Montesquieu y con los moralistas escoceses, la justicia se convierte en un concepto «negativo». Es decir define lo que los ciudadanos no pueden hacer, pero no puede indicar lo que deben hacer (para los moralistas escoceses, véase más ampliamente L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1999, pp. 135-8 [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004]. Constant era muy consciente de esto. Consideraba, sin embargo, que esa posición implica un «principio de garantía» y que la libertad consiste en determinar qué es lo que las leyes tienen o no el derecho de prohibir.

[33] *Op. cit.*, p. 13.

[34] B. Constant, *Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri*, Dufart, París 1822, vol. 1, p. 36.

[35] *Ibidem*.

[36] *Op. cit.*, p. 39.

[37] K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, trad. it., Armando, Roma 1973-4, vol. 1, p. 174. Todo esto permite cuestionar la tesis expuesta por Guglielmo Ferrero, *Potere*, trad. it., Sugarco, Milán 1981), según la cual, a partir de la Revolución francesa, la historia ofrece un ininterrumpido conflicto entre el principio de legitimidad monarca-aristocrático y el principio de legitimidad democrático. Probablemente, Ferrero se fija en una primera observación de Tocqueville, contenida en «La estructura social y política de Francia antes y después de 1789» (véase en *Scritti politici*, cit., p. 215). Sin embargo, como se desprende claramente de la segunda *Démocratie*

y, más aún, de *L'Ancien Régime et la Révolution*, para Tocqueville el verdadero conflicto se desarrolla entre los que afirman la necesidad de poner límites al ejercicio del poder y los que en cambio —democráticos o aristocráticos, republicanos o monárquicos— consideran que el hecho decisivo consiste en la adquisición del mismo poder por parte de la propia facción.

[38] Para una amplia exposición del individualismo metodológico, remito a L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit.; Id., *Metodo e mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1998; Id., *Ignoranza e libertà*, cit.

[39] Véase Constant, *La mia vita*, trad. it., Adelphi, Milán 1998, pp. 19 e 100. En perfecta sintonía con la propia tradición, la de los moralistas escoceses, Mackintosh era un «anticonstructivista». Entre las afirmaciones con las que se le recuerda, la más significativa es aquella según la cual «las constituciones no se hacen sino que crecen». Sobre este punto véase H. Spencer, *Il progresso umano*, trad. it., Bocca, Turín 1908, p. 127.

[40] Sobre el tema, véase V. De Capraris, *Profilo di Tocqueville*, Guida, Nápoles 1996), pp. 29-30. Véase también A. Jardin, *Alexis de Tocqueville*, Jaca Book, Milán 1994, pp. 84-5.

[41] F. Guizot, *Storia della civiltà in Europa*, trad., it., Il Saggiatore, Milán 1973, p. 135.

[42] *Op. cit.*, p. 114.

[43] *Op. cit.*, p. 116. La idea de la civilización como producto de una más amplia interacción humana se halla presente también en Constant. Pero en Guizot ocupa una posición de primer plano.

[44] F. Furet, *Il secolo della rivoluzione (1770-1880)*, trad. it., Rizzoli, Milán 1989, p. 446.

[45] En 1821, en su conocido ensayo *Des conspirations et de la justice politique*, Guizot escribía que el despotismo producido por las revoluciones «es tan débil por su propia naturaleza, que el menor atentado lo pone todo en peligro; la presencia del más tenue derecho lo turba y amenaza; la más minúscula libertad, si se la deja vivir, puede herirlo de muerte [...]. Tiene que destruir todos los obstáculos, invadir todos los refugios; es preciso que ninguna libertad, ningún derecho pueda levantar la cabeza ni dar un paso [...]. En el estado de disolución y de guerra en que en tal caso se encuentran los pueblos, en esta terrible suspensión de la sociedad, la política lo invade todo.» En F. Guizot, *Giustizia e politica*, trad. it., Chiantore, Turín 1945, pp.

16-7. Guizot comprendía perfectamente que los regímenes revolucionarios se ven obligados a actuar con la que Popper (*La società aperta e i suoi nemici*, cit., vol. 2, pp. 126-7) ha denominado «teoría conspiratoria de la sociedad».

[46] J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid 1966, vol. IV, p. 122. Las citas están tomadas del conocido «Prólogo para franceses».

[47] *Op. cit.*, pp. 122-23.

[48] *Op. cit.*, p. 123.

[49] *Ibidem*. Ortega manifiesta también su admiración por Royer-Collard, el cual pensaba que las libertades públicas no son otra cosa que «resistencias» (*op. cit.*, p. 124, n. 3). Sobre Tocqueville y Royer-Collard, véase J.C. Lamberti, *Tocqueville et le deux démocraties*, P.U.F., París 1983, pp. 489-500.

[50] Aunque Tocqueville se define un liberal de «nuevo tipo», no se puede compartir lo que sostiene De Capraris (*Profilo di Tocqueville*, cit., p. 48), según el cual el constitucionalismo de Guizot, Royer-Collard, Broglie era una «restringida ciudadela». Esto es exagerado. Significa, entre otras cosas, ser injustos con el sentido histórico que Tocqueville poseía en alto grado. Luis Díez del Corral (*Tocqueville*, trad. it., il Mulino, Bologna 1996, p. 48) recuerda justamente que Tocqueville, «apenas llegó a los Estados Unidos, siente la necesidad de refrescar la lectura» de las obras de Guizot. Y pide a Ernst de Chabrol que se vaya a su casa y le envíe el ejemplar que él había poseído y estudiado. Por su parte, F.M. de Sanctis (*Tempo di democrazia*, Esi, Napoles 1986, p. 23) no duda en afirmar que, «más que “diverso”, Tocqueville es perfectamente homogéneo [... en la] tradición de los “doctrinarios”». Véase además F. Furet, *Critica della Rivoluzione francese*, cit., pp. 151-5.

[51] A. de Tocqueville, *La democrazia in America*, cit., p. 297.

[52] *Ibidem*.

[53] *Ibidem*.

[54] *Op. cit.*, p. 367.

[55] *Ibidem*.

[56] *Op. cit.*, p. 439.

[57] A. de Tocqueville, *Viaggi*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín, p. 270.

[58] *La democrazia in America*, cit., p. 467. Véase también pp. 721-2,

donde Tocqueville explica «cómo en Estados Unidos la sociedad tiene un aspecto al mismo tiempo inquieto y monótono».

[59] *Viaggi*, cit., p. 215.

[60] J. Ortega y Gasset, *Del Imperio Romano*, en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid 1964, vol. VI, p. 58.

[61] Carta a Ernst Robert Curtius de 14 de enero de 1939, en *Epistolario*, Revista de Occidente, Madrid, 1974), p. 123.

[62] B. Constant, *De la liberté des anciens comparée a celle des modernes*, en *Cours de Politique constitutionnelle*, cit. vol. 2, p. 542.

[63] A. de Tocqueville, *La democrazia in America*, cit. pp. 355-6. Dice también Tocqueville: «Uniéndose a los distintos poderes políticos, la religión sólo puede contraer una alianza onerosa. No tiene necesidad de su apoyo para vivir, y sirviéndolos puede morir» (*op. cit.*, p. 352).

[64] *Op. cit.*, p. 349.

[65] *Op. cit.*, p. 345.

[66] *Op. cit.*, p. 344.

[67] *Op. cit.*, p. 348.

[68] *Viaggi*, cit., p. 286.

[69] *La democrazia in America*, cit., p. 212.

[70] *Op. cit.*, p. 354.

[71] *Op. cit.*, p. 344.

[72] *Op. cit.*, p. 350.

[73] *Op. cit.*, p. 345, cursivo añadido.

[74] *Vita attraverso le lettere*, cit., p. 202.

[75] *La democrazia in America*, cit., p. 522, cursivo añadido.

[76] Sobre este punto, véase ampliamente D. Antiseri, *Liberi perché fallibili*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1995; L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, cit., y la bibliografía allí indicada.

[77] *Viaggi*, cit., p. 244.

[78] *La democrazia in America*, cit., pp. 298-9. Como ya sabemos, Constant era plenamente consciente de los límites del conocimiento producido por la centralización del proceso de decisión. Este tema no era desconocido para Guizot, el cual escribirá a Remusat: «cuando más lo pienso, más se me confirma esta doble certeza, que existe un mundo real al cual nos unimos a través de relaciones comprobadas, y que este mundo está prohibido

al conocimiento humano [...]. Acepto mi naturaleza y mi suerte [...]; no dudo en absoluto, sino que ignoro; las cosas son, pero fuera de mi alcance, y mi espíritu, en el momento mismo en que sucumbe en sus esfuerzos para alcanzarlas, descansa con gozo en la convicción de que esta búsqueda, aunque infructuosa, no carece de objeto, y que mi impotencia, que es un mal para mí, no demuestra más que sí misma.» F. Guizot, *Lettres à sa famille et à ses amis* (recueillis par M.me de Witt née Guizot), Hachette, París 1884, pp. 64-66.

[79] *Op. cit.*, p. 270. Se trata en todo caso de una afirmación recurrente en los escritos de Tocqueville.

[80] *La democrazia in America*, cit., p. 521.

[81] *Op. cit.*, pp. 521-22.

[82] *Op. cit.*, p. 599.

[83] *Op. cit.*, p. 612.

[84] *Op. cit.*, p. 613.

[85] *Op. cit.*, p. 614.

[86] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, trad. it., Utet, Turín, 1975, p. 92. Véase más ampliamente L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., p. 19 [trad. esp., cit, p. 24], donde se pone de relieve la deuda de Smith para con Mandeville.

[87] La expresión «partida doble», referida a la dinámica social, es de Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid 1969, vol. VI, p. 146.

[88] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 439 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, p. 397].

[89] Sobre esto, véase F.A. von Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., Il Saggiatore, Milán 1986, pp. 316-7 [trad. esp.: *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, 2006, p. 311].

[90] Vale la pena señalar aquí lo que sobre el tema escribe François Furet: «El pensamiento francés ignora sustancialmente el recurso a la armonía final de los intereses y a la utilidad común de los conflictos particulares; y también cuando se centra en la economía [...], como en el caso de la fisiocracia, tiene necesidad de personificar lo social en una imagen unificada o bien la autoridad racional del despotismo legal. El mismo sigue apoyándose en una visión política de lo social» (*Critica della Rivoluzione francese*, cit., p. 37).

[91] *La democrazia in America*, cit., p. 487.

[92] *Op. cit.*, p. 598.

[93] *Op. cit.*, p. 604, nota a.

[94] *Op. cit.*, p. 602.

[95] *Ibidem*.

[96] Es un problema que, en el ámbito de la teoría económica, puso de relieve Adam Smith. Sobre él insistió Hayek, y Kirzner ha construido su teoría de la empresarialidad, entendida como capacidad de «descubrir» necesidades no satisfechas y de servir las. Para las respectivas referencias bibliográficas, véase L. Infantino, *Metodo e mercato*, cit.; Id., *Ignoranza e libertà*, cit.

[97] *La democrazia in America*, cit., pp. 602-3. Conviene señalar aquí que sobre la idea de la «dispersión del conocimiento», sobre la que Hayek ha insistido enérgicamente, Kirzner (*Concorrenza e imprenditorialità*, trad. it., Rubbetino, 1997 [trad. esp.: *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial, 2.^a ed., 1998]) ha construido la figura empresarial. Tocqueville considera el periódico como el «faro» que permite la convergencia de proyectos en busca de realización. Kirzner confía esa función al empresario.

[98] *Op. cit.*, p. 604.

[99] *Ibidem*.

[100] *Op. cit.*, p. 603.

[101] *Op. cit.*, p. 597.

[102] *Op. cit.*, p. 194.

[103] *Op. cit.*, p. 300.

[104] *Op. cit.*, p. 589.

[105] *Op. cit.*, p. 812.

[106] *Ibidem*.

[107] *Op. cit.*, p. 811.

[108] *Op. cit.*, p. 812.

[109] *Ibidem*.

[110] *Ibidem*.

[111] *Ibidem*.

[112] *Op. cit.*, p. 368.

[113] *Ibidem*.

[114] *Op. cit.*, p. 813.

[115] *Ibidem*.

[116] A. de Tocqueville, *Democrazia e povertà*, trad. it., Ideazione, Roma 1998, p. 96. Véase también el *Discorso sul diritto al lavoro*, trad. it., en *Scritti politici*, cit., vol. 1, pp. 281-94.

[117] Citado por F.A. von Hayek, *Individualismo: quello vero e quello falso*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1997, pp. 45-46, n. 5.

[118] *La democrazia in America*, cit., p. 591.

[119] A. Schatz, *L'individualisme économique et social*, Colin, París 1907, p. 302.

[120] J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, cit., p. 125.

[121] *L'individualisme économique et social*, cit., p. 558. Véase también F.A. Hayek, *Individualismo: quello vero e quello falso*, cit., y L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, cit.

[122] *La democrazia in America*, cit., p. 601.

[123] *Op. cit.*, p. 599.

[124] Sobre la falta de fuentes privilegiadas del conocimiento, véase difusamente K.R. Popper, *Le fonti della conoscenza e dell'ignoranza*, trad. it. en *Congetture e confutazioni*, Il Mulino, Bolonia 1972, pp. 11-58.

[125] F.A. von Hayek, *La società libera*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 2007, p. 109 [trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, 8.ª ed., 2008, p. 56].

[126] *Viaggi*, cit., p. 535. Por lo que respecta al método individualista de Tocqueville, véase también R. Boudon, *Effetti «perversi» dell'azione sociale*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1982, pp. 201-9.

[127] L. Stephen, *The English Utilitarians*, Duckworth, Londres 1900); E. Halévy, *La formation du radicalisme philosophique*, Alcan, París 1901-4.

[128] F.A. von Hayek, *Individualismo: quello vero e quello falso*, cit., pp. 42-5; K.R. Popper, *La società aperta e i suoi nemici*, cit., vol. 2, pp. 120-1.

[129] *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, trad. it., in *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 749.

[130] J.S. Mill, «Tocqueville on Democracy in America», en *London Review*, octubre de 1835, pp. 85-129. Ahora en J.S. Mill, *Essays sur Tocqueville et la société américaine*, Vrin, París 1994, pp. 39-103.

[131] A. de Tocqueville, *Viaggi*, cit., pp. 526-7.

[132] *Op. cit.*, p. 534.

[133] *Ibidem*.

[134] *Op. cit.*, p. 531.

[135] *Op. cit.*, p. 532, n. 20.

[136] *Vita attraverso le lettere*, cit. p. 210.

[137] J.S. Mill, *Essays sur Tocqueville et la société*, cit., p. 175. Véase también la traducción italiana, *Sulla «Democrazia in America»* di Tocqueville. Guida, Nápoles 1971, pp. 90-1.

[138] *Op. cit.*, pp. 126-7.

[139] *Viaggi*, cit., p. 526.

[140] Véase el texto correspondiente a la nota 116. Sobre la postura que Tocqueville y Nassau Senior adoptaron sobre el tema, véase H. Brogan *Introduction*, a A. de Tocqueville, *Correspondance Anglaise. Correspondance et conversations d'Alexis de Tocqueville et Nassau William Senior*, en *Oeuvres complètes*, tome VI, Gallimard, París 1991.

[141] J.S. Mill, *Principi di economia politica*, trad. it., Utet, Turín 1983, vol. 1, pp. 333-616.

[142] A. de Tocqueville, *Ricordi*, trad. it., en *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 410.

[143] *Sul diritto al lavoro*, trad. it., en *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 282.

[144] Véase J.S. Mill, *La révolution de 1848 et ses detracteurs*, trad. fr., Libraire Baillière, París 1875.

[145] Véase en *Correspondance d'Alexis de Tocqueville avec Henry Reeve et John Stuart Mill*, Gallimard, París 1954, p. 350.

[146] Sobre el tema, véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 76-7.

[147] J.A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín 1990, vol. 2, p. 350.

[148] *Ibidem*.

[149] *Ibidem*.

[150] *Ibidem*.

[151] Véase L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, cit., pp. 162-76.

[152] A. de Tocqueville, *L'assetto sociale e politico della Francia prima e dopo il 1789*, cit., p. 220.

[153] *Ibidem*.

[154] Carta a Gustave de Beaumont de 5 de octubre de 1820, en *Scritti*

politici, cit., vol. 1, p. 162. Es oportuno añadir aquí que lo que sostiene Tocqueville recuerda el análisis que sobre el diferente desarrollo sociopolítico de Francia e Inglaterra había hecho ya Guizot. Este último, a diferencia de Tocqueville, sostenía sin embargo que la aristocracia francesa no había sido víctima de la corona, sino de sí misma, de su disgregación y de la consiguiente incapacidad para oponerse a la fuerza del rey. Véase F. Guizot, *Storia della civiltà in Francia*, trad. it., Utet, Turín 1974. Para un comentario a Guizot, véase F. Furet, *Critica della Rivoluzione francese*, cit., pp. 151-5.

[155] *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, cit., pp. 638-9.

[156] *Op. cit.*, p. 639.

[157] *Op. cit.*, p. 655.

[158] F. Furet, *Critica della Rivoluzione francese*, cit., p. 165.

[159] *Ibidem*.

[160] Sobre esto, véase más ampliamente L. Infantino, *Metodo e mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1998, pp. 45-78. Véase además J. Baechler, *Le origini del capitalismo*, trad. it., Feltrinelli, Milán, 1977; L. Pellicani, *Saggio sulla genesi del capitalismo*, Sugarco, Milán 1988.

[161] *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, cit., p. 749. Conviene señalar que en el *Discorso sul diritto al lavoro* (cit., pp. 281-94), Tocqueville llega a atribuir a la Revolución francesa, por evidentes exigencias «tácticas» de oposición al socialismo, el mérito de haber dado en cambio sustancia a la idea de las libertades públicas.

[162] *Op. cit.*, p. 748.

[163] *Op. cit.*, p. 744.

[164] *Op. cit.*, p. 740.

[165] *Op. cit.*, pp. 750-1. Conviene referir también la opinión que Tocqueville tenía de Necker: «Los rasgos de este hombre son tan pálidos que es difícil ver claramente su fisonomía. [Era] uno de aquellos espíritus que nunca saben adónde van, porque se mueven, no siguiendo lo que está en su mente, sino según las ideas que perciben en la mente de los demás» («Frammenti e note inedite sulla Rivoluzione», en *Scritti politici*, cit., vol. 1, p. 956).

[166] *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, cit., p. 646.

[167] *Ibidem*.

[168] *Op. cit.*, p. 662, cursivo añadido.

[169] *Op. cit.*, p. 757, cursivo añadido.

[170] *Op. cit.*, p. 704.

[171] *Op. cit.*, p. 618. Y también: «Los hombres del 89 derribaron el edificio, pero sus cimientos quedaron intactos en el ánimo de sus destructores, y sobre estas bases fue posible reconstruirlo de golpe, más sólido de lo que jamás había sido antes» (*op. cit.*, p. 671).

[172] *Op. cit.*, p. 618.

[173] *Ibidem.*

[174] *Op. cit.*, p. 619.

[175] *Ibidem.*

[176] *Ibidem.*

[177] *Op. cit.*, p. 738.

[178] *Op. cit.*, p. 734. Con referencia a la revolución de 1848, Tocqueville (*Ricordi*, cit., p. 356) había observado ya que se afirmaba la tendencia a transferir «a la política la mentalidad literaria».

[179] *L'Antico Regime e la Rivoluzione*, cit., p. 734.

[180] *Op. cit.*, p. 747. Guizot (*Giustizia e politica*, cit., vol. 1, p. 97) había hablado de «suspensión de la sociedad». Y Tocqueville (*Ricordi*, cit., p. 336) ya había puesto de manifiesto que, en el proceso revolucionario, los líderes son continuamente superados por la «opinión del día»: se vive en «una inmensa caldera en ebullición» (*op. cit.*, p. 330). Cochin (*Lo spirito del giacobinismo*, trad. it., Bompiani, Milán 1981, p. 54) dirá más tarde: «Cada uno se somete a lo que cree aprobado por todos, la opinión sigue dócilmente a su imitación, y de la ilusión nace la realidad.»

[181] *Ibidem.*

[182] Véase L. Pellicani, *I rivoluzionari di professione*, Vallecchi, Florencia 1975; Id., *La società dei giusti*, Etaslibri, Milán 1995).

[183] *Vita attraverso le lettere*, cit., p. 392. Seymour Drescher («Tocqueville's Two Democracies», en *Journal of the History of Ideas*, 1964, vol. 25, pp. 201-16) se fija en algunos cambios confesados en las posiciones de Tocqueville. Para un examen análogo del tema, remito a A.N. Battista, *Studi su Tocqueville*, Centro Editoriale Toscano, Florencia 1989 pp. 192-268; F.M. de Sanctis, *Tocqueville, Democrazia e rivoluziome*, Editoriale Scientifica, Nápoles 2000, pp. 105-25.

5. Eugen von Böhm-Bawerk: su lugar en la Escuela austriaca

* Publicado como Prefacio a E. von Böhm-Bawerk, *Potere o legge economica?*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1999, pp. 5-36 [trad. esp.: «¿Poder o ley económica?», en E. von Böhm-Bawerk, *Ensayos de teoría económica*, vol. I, Unión Editorial, 1999].

[1] Véase K. Yagi (al cuidado de), «Böhm-Bawerk's First Interest Theory», en *CHSSL*, Tokyo, Hitotsubashi University, 1983, p. 32.

[2] J.A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín 1990, vol. III, p. 1.037 [trad. esp.: *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona 1971, p. 923].

[3] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1996, p. 174 [trad. esp.: *Autobiografía de un liberal*, Unión Editorial, 2001, p. 174].

[4] *Ibidem*. Por su parte, Friedrich A. Hayek escribe: «no es oscurecer los méritos de estos dos hombres [Böhm-Bawerk y Wieser] afirmar que sus ideas fundamentales se deben en su totalidad a Carl Menger»: F.A. Hayek: «Carl Menger», trad. it, en A. Quadrio Curzio y R. Scazzieri (al cuidado de), *Protagonisti del pensiero economico*, il Mulino, Bolonia 1977, vol. 1, p. 49 [trad. esp., Introducción a *Principios de Economía Política*, de Carl Menger, Unión Editorial, 2.ª ed., 1997, p. 44, ahora también en F.A. Hayek, *Las vicisitudes del liberalismo*, vol. IV de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 1996, p. 68].

[5] J.A. Schumpeter, «Eugen von Böhm-Bawerk», trad. it., en A. Quadrio Curzio y R. Scazzieri (al cuidado de), *Protagonisti del pensiero economico*, Il Mulino, Bolonia 1977, vol. I, p. 135.

[6] *Op. cit.*, p. 140.

[7] *Ibidem*.

[8] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 183 [trad. esp., p. 183].

[9] J.A. Schumpeter, «Eugen von Böhm-Bawerk», cit., p. 183. Sobre la obra de Böhm-Bawerk como Ministro de Hacienda, Ludwig Bettelheim-Gabillon había proyectado publicar un trabajo exhaustivo. Los nazis, por desgracia, mataron al autor y destruyeron su manuscrito, del que sólo quedaron dos capítulos, publicados por el autor como anticipo: «Böhm-Bawerk und die Brüsseler Zuckerkonvention» y «Böhm-Bawerk und die

Konvertierung von Obligationen der einheitlichen Staatsschuld», en *Zeitschrift für Nationalökonomie*, vols. VII y VIII, 1936 y 1937. Sobre el tema, véase L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., pp. 183-84 [trad. esp., p. 183].

[10] J.A. Schumpeter, «Eugen von Böhm-Bawerk», cit., p. 137.

[11] E. von Böhm-Bawerk, «Unsere Aufgaben», en *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, 1892, vol. 1, p. 3, recogido luego en *Gesammelte Schiften*, F.X. Weis (al cuidado de), Hölder-Pichler-Tempsky, Viena 1924, vol. 1, p. 134; trad. it., «I nostri compiti», en *Storia del pensiero economico*, boletín de información, 1982, p. 4; [trad. esp.: «Nuestra tarea», en E. von Böhm-Bawerk, *Ensayos de teoría económica*, vol. 1: *La teoría económica*, Unión Editorial, 1999, p. 132].

[12] Véase E.W. Streissler, «Menger, Böhm-Bawerk and Wieser. The Origin of Austrian School», en K. Hennings y W.J. Samuels (al cuidado de), *Neoclassical Economic Theory*, Kluwer Academic Publishers, Boston-Londres 1990, pp. 164-65.

[13] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 71 [trad. esp., cit., pp. 74-75].

[14] *Op. cit.*, p. 70 [trad. esp., p. 73].

[15] J.A. Schumpeter, «Eugen von Böhm-Bawerk», cit., p. 142.

[16] La expresión «muerte innatural» es de Schumpeter (*op. cit.*, p. 123), según el cual la historia austriaca que va de 1880 a 1918 «difícilmente encontrará jamás comprensión y justicia» (*op. cit.*, p. 124). Sobre el tema, véase más ampliamente F. von Wieser, *La fine dell’Austria*, trad. it., Archivio Guido Izzi, Roma 1989; L. von Mises, *Stato, nazione ed economia*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín 1994.

[17] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 72 [trad. esp., p. 75].

[18] J.A. Schumpeter, «Eugen von Böhm-Bawerk», cit., p. 140.

[19] *Op. cit.*, 127.

[20] *Op. cit.*, 131.

[21] Sobre el tema, véase también L. von Mises (*Autobiografia di un liberale*, cit., pp. 67-68; [trad. esp., pp. 70-71]), el cual subraya no sólo la «vocación» científica de Böhm-Bawerk, sino también la de Menger y de Wieser.

[22] C. Menger, *Principi fondamentali di economia*, trad. it., Galeati,

Imola 1909, p. 3, nota 1 [trad. esp.: *Principios de Economía Política*, trad. esp., cit., pp. 104-5, nota 2].

[23] E. von Böhm-Bawerk, *Rechte und Verhältnisse vom Standpunkte der volkswirtschaftlichen Güterlehre*, en *Gesammelte Schriften*, vol. I, p. 42. Conviene señalar que esta primera obra de Böhm-Bawerk influyó en el capítulo que Mises dedica a la propiedad en *Socialismo* (trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 55).

[24] *Op. cit.*, p. 41.

[25] J.A. Schumpeter, «La obra científica de E. von Böhm-Bawerk», en E. von Böhm-Bawerk, *Ensayos de Teoría Económica*, I, cit., p. 57.

[26] *Ibidem*.

[27] Conviene recordar que Friedrich von Wieser consiguió la habilitación para la enseñanza en 1884, después por tanto que Böhm-Bawerk, y en aquel mismo año publicó su primera obra: *Ursprung und Hauptgesetze des wirtschaftlichen Wertes*.

[28] E. von Böhm-Bawerk, *Storia e critica delle teorie dell'interesse del capitale*, trad. it., al cuidado de E. Grillo, Archivio Guido Izzi, Roma 1986, vol. I, p. 10.

[29] *Ibidem*.

[30] Las dos partes de la obra tendrán luego varias ediciones. Böhm-Bawerk cuidará personalmente hasta la tercera edición. Esta, en lo que respecta a la *Positive Theorie*, recibirá su visto bueno en julio de 1909; la *Geschichte* será entregada a la imprenta en julio de 1914. Una cuarta edición, póstuma, saldrá en 1921 al cuidado de Friedrich von Wieser. [En español existe una edición de *Historia y crítica de las teorías del interés*, Fondo de Cultura Económica, México 1947. De la *Teoría positiva del capital* existe una edición reciente en Ediciones Aosta, Madrid 1998, con excelente introducción de José Antonio de Aguirre.]

A propósito de los *Grundzüge*, Böhm-Bawerk escribe en una nota a la tercera edición de *Positive Theorie*: «Mis ideas acerca del valor de los bienes las expuse ya en el año 1886 en [mis] *Grundzüge* [...]. En las dos primeras ediciones de *Positive Theorie* había incluido un extracto abreviado de ese viejo escrito, particularmente indicado para las necesidades de la teoría del capital. En esta tercera edición he ampliado dicho extracto de manera sustancial, en parte por expreso deseo de algunos amigos economistas extranjeros que no querían renunciar a algunas argumentaciones contenidas

en los *Grundzüge* [...]; en parte porque comprobé que algunas omisiones dieron ocasión a un completo descuido de lo que no se había repetido expresamente y, como consecuencia, a toda suerte de desagradables malentendidos» (*Teoria positiva del capitale*, trad. it., Utet, Turín 1957, nota 1 [ed. esp., p. 229, nota 1]).

[31] F. von Wieser, *Premessa* a la cuarta edición de E. von Böhm-Bawerk, *Storia e critica delle teorie dell'interesse del capitale*, cit., p. 9.

[32] *Op. cit.*, p. 8.

[33] *Op. cit.*, pp. 11-12.

[34] L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959, p. 504 [trad. esp.: *La acción humana*, Unión Editorial, 8.ª ed. 2007, 627].

[35] E. von Böhm-Bawerk, *Rechte und Verhältnisse*, cit., p. 59, nota 6, pp. 124ss.

[36] E. von Böhm-Bawerk, *Geschichte und Kritik der Kapitalzins-Theorien*, 1.ª ed., Verlag der Wagner'schen Universitäts-Buchhandlung, Innsbruck, 1884, pp. 306ss, 393ss, 409ss, y 495.

[37] E. von Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capitale*, cit., pp. 308ss.

[38] Como es sabido, fue Charles W. Mixter quien (en su ensayo «A Forerunner of Böhm-Bawerk», en *Quarterly Journal of Economics*, 1897, vol. XI, pp. 161-90) quien puso de manifiesto la convergencia entre las posiciones de Rae y las de Böhm-Bawerk. Éste dedicó luego, en la segunda edición de *Geschichte und Kritik*, un largo capítulo a Rae (trad. it., cit., vol. II, pp. 163-221). Por lo que respecta a Jevons, Böhm-Bawerk refiere que conoció algunos de sus escritos sólo en 1883, poco antes de la impresión de *Geschichte und Kritik*. Y añade: «Por lo demás, si bien en algunos puntos mi teoría concuerda con la de Jevons, en su esencia es completamente distinta; más aún, en los puntos más importantes [...] se halla en una posición totalmente opuesta» (*Teoria positiva*, cit., pp. 308-09, nota). En todo caso, Böhm-Bawerk insiste en fijar en 1876 la fecha en que percibe la relación entre valor y tiempo, en «un escrito juvenil inédito» (*op. cit.*, p. 308, nota): véase K. Yagi (al cuidado de), *Böhm-Bawerk's First Interest Theory*, cit.

[39] E. von Böhm-Bawerk, *Teoria positiva del capitale*, cit., pp. 307-08-48.

[40] E. von Böhm-Bawerk, *Capitale, valore, interesse*, trad. it., Archivio Izzi, Roma 1998, pp. 175-76.

[41] L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., cit., p. 467 [trad. esp., cit, p.

584]. Mises ya se había referido más extensamente a este punto en *Nationalökonomie*, Editions Union, Ginebra 1940, pp. 439-43.

[42] L. von Mises, *L'azione umana.*, cit., p. 505 [trad. esp., pp. 627-28].

[43] Conviene recordar que, en un ensayo de 1908, escribe Max Weber: «La teoría de la utilidad marginal, y más en general toda teoría subjetiva del valor, no se fundamenta psicológicamente, sino —empleando un término metodológico— pragmáticamente, es decir sobre el uso de las categorías de *medio* y de *fin*» («La teoria dell'utilità marginale e la "legge fondamentale della psicofisica"»), trad. it. en M. Weber, *Saggi sulla dottrina de la scienza*, De Donato, Bari, 1980, p. 156). Böhm-Bawerk cita el ensayo de Weber en la tercera edición de *Positive Theorie* (trad. it., cit., p. 240, nota 2), pero es demasiado tarde para corregir a fondo su propio planteamiento teórico. Mises (*L'azione umana*, cit., 122, nota 2 [trad. esp., cit., p. 151, nota 5) sostiene que «el término "pragmático" empleado por Weber se presta a confusión» y que «si Weber hubiera conocido el término "praxeología", seguramente lo habría preferido».

[44] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 467 [trad. esp., 584].

[45] C. Menger, *Principi fondamentali di economia*, cit., 105 [trad. esp.: *Principios de Economía Política*, cit., p. 207.

[46] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 505 [trad. esp., p. 627]. La caída de Böhm-Bawerk a posiciones productivistas y otras cuestiones relacionadas con la definición misma de capital decepcionaron a Menger. Éste concluía un ensayo de 1888 manifestando su aprecio por *Geschichte und Kritik* y al mismo tiempo una interesada espera por la publicación de la «la teoría positiva». Véase C. Menger, «Per una teoria del capitale», trad. it. en AA.VV., *La teoria austriaca del capitale e dell'interesse*, N. De Vecchi (al cuidado de), Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma 1983, p. 129, nota 33. Pero, como es sabido, Schumpeter (*Storia dell'analisi economica*, trad. it., cit., vol. III, p. 1.041, nota 8) refiere este posterior y duro juicio de Menger: «Llegará el día en que la gente se dé cuenta de que la teoría de Böhm-Bawerk es uno de los errores más grandes jamás cometidos.» Corresponderá a Mises, sin descuidar los méritos de Böhm-Bawerk, prolongar la herencia de Menger.

Para una completa exposición de la teoría austriaca del capital y del interés, exposición que excede los límites y propósitos de este ensayo, remito a L.M. Lachmann, *Capital and Its Structure*, London School of Economics and Political Science, 1956; I.M. Kirzner, *Essays on Capital and Interest*, Elgar, Cheltenham, 1996. Véase también K.H. Hennings, *The Austrian*

Theory of Value and Capital, Elgar, Cheltenham 1997, donde el autor utiliza también las cartas de Böhm-Bawerk a Wicksell para «releer» la teoría austriaca del capital.

[47] Véase I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1997 [trad. esp.: *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial, 2.ª ed., 1998].

[48] J.A. Schumpeter, *Teoria dello sviluppo economico*, trad. it., Sansoni, Florencia, 1971, p. 31. A pesar de lo que aquí se afirma, Schumpeter («L'opera scientifica di Böhm-Bawerk», cit., p. 84 [en español, «La obra científica de Eugen von Böhm-Bawerk», en E. Böhm-Bawerk, *Ensayos de teoría económica*, vol. I, Unión Editorial, 1999, p. 123], y más explícitamente en «Eugen von Böhm-Bawerk», cit., p. 133) tratará de asociar la obra böhm-bawerkiana a la teoría del equilibrio económico de Walras.

[49] J.A. Schumpeter, «L'opera scientifica di E. von Böhm-Bawerk», cit., p. 9 [trad. esp. cit. p. 51].

[50] E. von Böhm-Bawerk, *Capitale, valore, interesse*, cit., p. 130.

[51] *Op. cit.*, p. 155.

[52] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 506 [trad. esp., p. 462].

[53] Citado por F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, trad. it., Rusconi, Milán 1997, p. 237 [trad. esp., *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, Madrid 1990; ahora en *Hayek sobre Hayek. La Fatal Arrogancia*, vol. I de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, Madrid 1997, p. 225]. El juicio de Joaquín Reig se halla en su introducción a la edición española de *La teoría de la explotación* de Böhm-Bawerk, Unión Editorial, Madrid 1976, pp. 33-34.

[54] J.A. Schumpeter, «L'opera scientifica di Böhm-Bawerk», cit., p. 26 [trad. esp., cit., p. 67].

[55] *Op. cit.*, p. 7 [trad. esp., p. 49].

[56] *Op. cit.*, p. 21 [trad. esp., p. 63].

[57] E. von Böhm-Bawerk, «La conclusione del sistema marxiano», trad. it., en AA.AA., *Economia borghese ed economia marxista*, La Nuova Italia, Florencia 1975, pp. 59-60 [trad. esp.: Eugen von Böhm-Bawerk, *La conclusión del sistema marxiano*, Unión Editorial, 2000, pp. 104-05]. Böhm-Bawerk se plantea un interrogante: ¿Por qué sólo el trabajo obrero debería generar valor? Y responde: Marx se comporta «como quien desea intensamente que de la urna salga una bola blanca y, para obtener este resultado, sabiamente pone en la urna sólo bolas blancas» (*op. cit.*, p. 64

[trad. esp., p. 110]).

[58] *Op. cit.*, p. 25 [trad. esp., p. 57].

[59] E. von Böhm-Bawerk, *Teoria positiva del capitale*, cit., pp. 412-13.

[60] F. von Wieser, *Il valore naturale*, trad. it., en *Opere*, Utet, Turín 1982, pp. 698-702. La imposibilidad del cálculo económico en un régimen de planificación es una idea que, como es sabido, será más tarde desarrollada por L. von Mises, *Socialismo*, cit., pp. 140-150 [trad. esp., cit, pp. 120-129].

[61] S.F. Cohen, *Bucharin e la rivoluzione bolscevica*, trad. it., Feltrinelli, Milán, p. 30. Conviene en todo caso recordar que Bujarin consideraba a Böhm-Bawerk «el representante más eminente» de la Escuela austriaca (*L'économie politique du rentier*, cit., p. 33).

[62] N. Boukharine, *L'économie politique du rentier*, trad. fr., Edi, París 1967. La edición original se publicó en ruso en 1919.

[63] N. Boukharine, *L'économie politique du rentier*, cit., p. 36.

[64] En algunos pasajes el propio Marx confiesa la ineliminabilidad del problema económico: «el reino de la libertad empieza solamente allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la finalidad externa; está pues por su naturaleza más allá del ámbito de la producción material en sentido propio. Así como el salvaje debe luchar contra la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para conservar y reproducir su vida, así también debe hacerlo el hombre civilizado, *y debe hacerlo en todas las formas de sociedad y bajo todos los posibles modos de producción. A medida que se va desarrollando, el reino de las necesidades naturales se amplía, porque se amplían sus exigencias*» (*El Capital*, Editori Riuniti, Roma 1974, vol. III, 2, p. 933, la cursiva es nuestra); véase además *Marx-Engels: lettere sul Capitale*, G. Bedeschi, al cuidado de, Laterza, Bari 1971, pp. 119-20, y *Critica al programma di Gotha*, en Marx-Engels, *Opere scelte*, Editori Riuniti, Roma 1974, p. 959. Sobre el tema, véase S. Ricossa, *La fine dell'economia. Saggio sulla perfezione*, SugarCo, Milán 1986.

[65] N. Boukharine, *L'économie politique du rentier*, cit., p. 35. Poco después (*Economia del periodo di trasformazione*, trad. it., Jaka Books, 1971, p. 11), Bujarin escribirá aún: «Marx [...] con la doctrina del fetichismo de las mercancías ha proporcionado una brillante introducción sociológica a la economía teórica, fundamentando esta última como disciplina *históricamente limitada*. En efecto, apenas se pasa a considerar una economía social organizada, desaparecen todos los “problemas” basados en la economía

política: el problema del valor, del precio, del beneficio, etc.»

[66] Como es sabido, sobre el problema de los precios insistirá particularmente Ludwig von Mises (véase *supra* nota 60) y, sobre el de la dispersión del conocimiento dentro de la sociedad, Hayek. Véase en particular, de este último, «L'uso de la conoscenza nella società», trad. it., en *Conoscenza, mercato, pianificazione*, F. Donzelli (al cuidado de), Il Mulino, Bolonia 1988, pp. 277-292. Es oportuno añadir que Benedetto Croce debe contarse entre quienes no comprendieron el carácter devastador de la crítica que, a través de la teoría austriaca y, en el caso específico, a través de la obra de Böhm-Bawerk, puede lanzarse contra la urdimbre teórica marxiana. Véase B. Croce, *Materialismo storico ed economia marxistica*, Laterza, Bari, 1978, pp. 31-32, nota. Para una visión más profunda del tema, véase R. Cubeddu, «Francesco Saverio Merlino e gli "Austriaci"», en *Pensiero Economico Italiano*, VII/1999/1.

[67] F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, cit. [trad. esp., *La fatal arrogancia*, cit.].

[68] Sobre esta cuestión, merece la pena recordar las ejemplares palabras de Ludwig von Mises: «El significado político del trabajo de la Escuela histórica consistió en que hizo que Alemania se imbuyera en ideas cuya aceptación hizo populares aquellas desastrosas políticas que culminaron en grandes catástrofes. La agresividad imperialista que por dos veces llevó a la guerra y la derrota [...], la economía imperativa (la *Zwangswirtschaft*) y todos los horrores del régimen nazi fueron resultados conseguidos por hombres políticos que obraron siguiendo las enseñanzas de los campeones de la Escuela histórica» (*Autobiografia di un liberale*, cit., p. 197 [trad. esp., p. 196]).

[69] Este es el lugar indicado para mencionar el desafío metodológico lanzado por Carl Menger y su afirmación de la primacía de lo teórico en la construcción de la ciencia. Véase C. Menger, *Sul metodo delle scienze sociali*, trad. it., al cuidado de R. Cubeddu, Liberilibri, Macerata 1996 [trad. esp.: *El método de las ciencias sociales*, edición de Dario Antiseri y Juan Marcos de la Fuente, Unión Editorial, 2006]; Id., *Gli errori dello storicismo*, trad. it. de Dario Antiseri, Rusconi, Milán 1991 [trad. esp.: *Los errores del historicismo en la economía alemana*, en *El método de las ciencias sociales*, cit., pp. 321-382]. Aun tratando sólo de pasada de cuestiones metodológicas, Böhm-Bawerk sostuvo, como pronto veremos, las posiciones de Menger.

[70] Véase sobre el tema F.A. von Hayek, *Studi di filosofia, politica ed*

economia, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 1998, pp. 205-20 [trad. esp.: F.A. Hayek, *Estudios de filosofía, política y economía*, Unión Editorial, 2007, pp. 165-184].

[71] A. Smith, *Teoria dei sentimenti morali*, trad. it., Istituto Enciclopedia Italiana, Roma 1991, p. 470.

[72] *Op. cit.*, p. 4. Sobre la relación entre derecho y economía insiste particularmente F. Bastiat, *The Law*, trad. ingl., Free, Nueva York 1996 [trad. esp.: «La Ley», en F. Bastiat, *Obras escogidas*, Unión Editorial, 2004].

[73] F. von Wieser, «Carl Menger», en *Neue Österreichische Biographie*, I. Abt., Viena, Wiener Drucke, 1923, p. 96.

[74] Así lo enuncia explícitamente Böhm-Bawerk cuando dice que desea indagar sobre el «derecho entendido como estructura económica» (*Rechte und Verhältnisse*, cit., p. 34).

[75] Trad. it. de Enzo Grillo, *Potere o legge economica?*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1999 [trad. esp.: E. von Böhm-Bawerk, *Ensayos de teoría económica*, vol I, pp. 233-308].

[76] Véase, por ejemplo, «Unsere Aufgaben» [trad. esp.: «Nuestra tarea», en *Ensayos de teoría económica*, pp. 132-33] o *Teoria positiva del capitale*, cit., p. LXV.

[77] *Macht oder ökonomisches Gesetz?* se publicó en junio de 1914. Böhm-Bawerk murió el 27 de agosto del mismo año.

[78] *Potere o legge económica?*, p. 45, nota 4 [trad. esp., *op. cit.*, p. 238 n].

[79] *Op. cit.*, pp. 67-68 [trad. esp., *op. cit.*, pp. 254-55].

[80] *Op. cit.*, p. 39 [trad. esp., *op. cit.*, p. 233].

[81] *Op. cit.*, p. 40 [trad. esp., *op. cit.*, p. 234]. Un tratamiento completo de las interferencias del gobierno en la economía, desde el punto de vista austriaco, en Ludwig von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 1997 [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001].

[82] *Potere o legge económica?*, p. 126 [trad. esp., *op. cit.*, p. 301].

[83] *Op. cit.*, p. 39 [trad. esp., *op. cit.*, p. 233].

[84] *Op. cit.*, p. 95 [trad. esp., *op. cit.*, p. 276].

[85] *Ibidem*.

[86] *Op. cit.*, p. 99 [trad. esp., *op. cit.*, p. 279].

[87] *Op. cit.*, p. 100 [trad. esp., *op. cit.*, p. 280].

[88] *Op. cit., Ibidem.*

[89] *Op. cit.*, p. 116 [trad. esp., *op. cit.*, pp. 293-94]. Ante todo, los obreros se dividen en dos sectores: «una parte empleada con salarios altos, y otra parte en paro que no gana nada. Esta última aumentará tanto más respecto a la primera cuanto más fuerte sea el aumento salarial impuesto» (*op. cit.*, p. 112 [trad. esp., *op. cit.*, p. 290]).

[90] *Op. cit.*, pp. 128-32 [trad. esp., *op. cit.*, pp. 302-303, 306].

[91] J.A. Schumpeter, *L'opera scientifica di Eugen von Böhm-Bawerk*, cit., p. 25 [trad. esp., cit., p. 66].

* Esta sección, inserta anteriormente en un ensayo dedicado a la metodología de Mises (*Metodo e mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1998, pp. 79-139), tiene aquí una colocación más propia.

[92] E. von Böhm-Bawerk. *Teoria positiva del capitale*, trad. it., cit., p. 252.

[93] E. von Böhm-Bawerk, «Zur Literatur der Staats- und Sozialwissenschaften», en *Conrad Jahrbücher*, nueva serie, vol. 20 (1980), ahora en *Gesammelte Schriften*, Verlag Sauer & Auvermann, Frankfurt a. M., 1968, vol. I, p. 161.

[94] *Op. cit.*, p. 176.

[95] *Ibidem.*

[96] *Op. cit.*, p. 175.

[97] *Op. cit.*, pp. 174-75.

[98] *Op. cit.*, pp. 176-77.

[99] *Op. cit.*, p. 177.

[100] *Ibidem.*

[101] *Op. cit.*, p. 174.

[102] E. von Böhm-Bawerk, *Rechte und Verhältnisse vom Standpunkte der volkswirtschaftlichen Güterlehre*, en *Gesammelte Schriften*, cit., p. 22.

[103] *Op. cit.*, p. 41.

6. Ludwig von Mises y las ciencias sociales del siglo XX

* Una redacción anterior de este ensayo se publicó en L. Infantino, Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises e le scienze sociali nella Grande*

Viena, Rubbettino, Soveria Mannelli 2004, pp. 11-50.

[1] F.A. Hayek, *L'abuso della ragione*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1967, p. 262, nota 24 [trad. esp.: *La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón*, Unión Editorial, 2003, p. 58, nota 7].

[2] *Op. cit.*, p. 34 [p. 58].

[3] *Ibidem.*

[4] E. Antonelli, «Léon Walras et Carl Menger á travers leur correspondance», en *Économie Appliquée*, vol. 6, 1953, pp. 269-87. Véase también E. Kauder, *A History of Marginal Utility Theory*, Princeton U.P., Princeton 1965, p. 100; I.M. Kirzner, Introducción a *Classics in Austrian Economics*, Pickering, Londres 1995, vol. 2, pp. vii-xix.

[5] J.-J. Rousseau, *Il contratto sociale*, trad. it., en *Scritti Politici*, Utet, Turín 1970, p. 773.

[6] *Op. cit.*, p. 752.

[7] *Ibidem.*

[8] J.-J. Rousseau, *Manoscritto di Ginevra*, trad. it., en *Scritti politici*, Laterza, Bari 1994, vol. 2, pp. 6-7, cursivo añadido.

[9] E. Durkheim, *La scienza sociale e l'azione*, trad. it., Il Saggiatore, Milán 1972, p. 96.

[10] W. Roscher, *Grundlagen der Nationalökonomie*, trad. fr., Guillaumin, París 1857, vol. 1, p. 23.

[11] G. Schmoller, *Grundfragen der Sozialpolitik und Volkswirtschaftslehre*, trad. fr., Girard & Briere, París 1902, pp. 329-30.

[12] C. Menger, *Sul metodo delle scienze sociali*, trad. it., Liberilibri, Mace-rata 1996, p. 79 [trad. esp.: *El método de las ciencias sociales*, Unión Editorial, 2006, p. 164].

[13] *Op. cit.*, p. 270, nota 129 [p. 278, nota 2].

[14] E. von Böhm-Bawerk, *Rechte und Verhältnisse vom Standpunkt der Volkswirtschaftlichen Güterlehre*, en *Gesammelte Schriften*, vol. 1, Sauer & Auvermann, Frankfurt am M. 1969, p. 41.

[15] Para un tratamiento amplio de este punto, remito a L. Infantino, *L'ordine senza piano*, Armando, Roma 1998 y a la bibliografía allí citada [trad. esp.: *El orden sin plan*, Unión Editorial, 2000.

[16] *Ibidem.*

[17] L. von Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, trad. it., Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1999, p. 82 [trad. esp.: *La teoría*

del dinero y del crédito, Unión Editorial, 1997, p. 107].

[18] *Ibidem*.

[19] *Op. cit.*, p. 87 [p. 113].

[20] *Op. cit.*, p. 88 [p. 114].

[21] *Ibidem*.

[22] L. von Mises, «My Contributions to Economic Theory», en *Planning for Freedom*, Libertarian Press, South Holland 1980, pp. 225-26.

[23] L. von Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, cit., p. 88 [p. 114].

[24] *Ibidem*.

[25] *Ibidem*.

[26] R. Cantillon, *Saggio sulla natura del commercio in generale*, trad. it., Einaudi, Turín 1955, pp. 96-7.

[27] D. Hume, *Della moneta*, en *Saggi e trattati, morali, letterari, politici ed economici*, trad. it., Utet, Turín 1974, p. 480.

[28] D. Hume, *Dell'interesse*, en *Saggi e trattati, morali, letterari, politici ed economici*, cit., p. 491.

[29] J.S. Mill, *Principi di economia politica*, trad. it., Utet, Turín 1983, vol. 2, p. 696.

[30] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1996, pp. 89-90 [trad. esp: *Autobiografía de un liberal*, Unión Editorial, 2001, pp. 93-94].

[31] *Op. cit.*, p. 89 [p. 93].

[32] *Op. cit.*, pp. 86-87 [p. 90].

[33] F.A. Hayek, «Possiamo ancora evitare l'inflazione?», trad. it., en *Governi distruttori di ricchezza*, Armando, Roma 1997, p. 78.

[34] Véase ampliamente en K.H. Hennings, *The Austrian Theory of Value and Capital: Studies in the Life and Work of Eugen von Böhm-Bawerk*, Elgar, Cheltenham 1997 [trad. esp.: *La teoría austriaca del valor, el capital y el interés*, Ediciones Aosta 2001].

[35] K. Wicksell, K., trad. it., Utet, Turín 1977, p. 277 [trad. esp.: *La tasa de interés y el nivel de los precios*, Ediciones Aosta].

[36] L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959, pp. 53233 [trad. esp: *La acción humana*, Unión Editorial, 8.ª ed. 2007, p. 659]. Hay que añadir en todo caso que otro punto de diferenciación entre Wicksell y Mises

es que el primero limita su propio análisis al nivel general de los precios, mientras que el segundo, como correcto individualista metodológico, se detiene sobre el cambio de los precios relativos y sobre el consiguiente «efecto Cantillon» (véase también F.A. Hayek, *Monetary Theory and Trade Cycle*, trad. ing., Cape, Londres 1933, pp. 113-21).

[37] L. von Mises, «La teoría “austriaca” del ciclo económico», trad. it., en AA.VV., *Governi distruttori di ricchezza*, cit., p. 21.

[38] *Ibidem*.

[39] *Op. cit.*, p. 20.

[40] J.A. de Aguirre, Introducción a L. von Mises, *La teoría del dinero y del crédito*, trad. esp., Unión Editorial, Madrid 1997, p. LXIII. Para un tratamiento detallado de la teoría austriaca del ciclo, remito a M.N. Rothbard, *La Grande Depressione*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 2006; véase también E. Colombatto, «Sulle dinamiche del ciclo misesiano», en L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises e le scienze sociali nella Grande Viena*, cit., pp. 87-114.

[41] L. von Mises, *Liberalismo*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1997, pp. 233-38 [trad. esp.: *Liberalismo (La tradición clásica)*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, pp. 230-36].

[42] En *Economic Journal*, vol. 24, 1914, p. 419.

[43] J.M. Keynes, *A Treatise on Money*, Macmillan, Londres 1930, vol. 1, p. 199, n. 2.

[44] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, trad. it., cit., p. 93 [trad. esp., p. 96].

[45] La reseña de Knut Wicksell se publicó en *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, 1914, vol. 23, pp. 144-49, ahora en apéndice a Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, cit., pp. 315-19.

[46] B.A. Anderson, *The Value of Money*, Macmillan, Nueva York 1917.

[47] En *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. vol. 53, trad. it., en apéndice a L. von Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, cit., pp. 321-28.

[48] L. Lachmann, «Attacco all'economía austriaca. Lo scontro Hayek-Sraffa in retrospectiva», trad. it., en AA.VV., *La Scuola austriaca contro Keynes e Cambridge*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2000, pp. 203-28 [en español: «Polémicas de Hayek con Keynes y Sraffa», en *Contra Keynes y*

Cambridge, vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 1995, pp. 221-229].

[49] Aun sin hacer explícita referencia a los nombres, A.C. Pigou (*Economics in Practice*, Macmillan, Londres 1935) lamentó el modo en que Keynes y Sraffa atacaron a Hayek. A. Roncaglia (*Sraffa e la teoria dei prezzi*, Laterza, Bari-Roma 1980, p. 179) refiere: «se perfilaba un traslado de Hayek a Cambridge, que habría transformado resueltamente en sentido conservador el desarrollo cultural de la facultad de economía, y la intervención de Sraffa, apoyado por Keynes, contribuyó a evitar esa emergencia».

[50] F.A. Hayek, *Nuovi studi di filosofia, politica, economia e storia delle idee*, trad. it., Armando, Roma, 1988, p. 235 [trad. esp.: *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Unión Editorial, 2007, p. 269].

[51] J. Hicks, «Economic Foundations of Wage Policy», en *Economic Journal*, vol. 65, 1955, p. 391.

[52] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 87 [trad. esp., cit., p. 91].

[53] L. von Mises, *Problemi epistemologici dell'economia*, trad. it., Armando, Roma 1988, p. 169.

[54] C. Menger, *Sul metodo delle scienze sociali*, cit., p. 73 [trad. esp., cit., p. 158].

[55] E. von Böhm-Bawerk, *Teoria positiva del capitale*, trad. it., Utet, Turín 1957, p. 257.

[56] *Ibidem*.

[57] J.S. Mill, *Saggi su alcuni problema insoluti dell'economia politica*, trad. it., Isedi, Milán 1976, p. 115.

[58] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 143 [trad. esp., cit., p. 143].

[59] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 139 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, p. 119].

[60] *Op. cit.*, p. 154 [p. 133].

[61] *Ibidem*. Véase también *Problemi epistemologici dell'economia*, cit., pp. 159-61.

[62] *Ibidem*.

[63] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., p. 143 [p. 143].

[64] H.H. Gossen, «Sviluppo delle leggi del comportamento umano e

delle regole d'azione che ne derivano», trad. it., en *Marginalisti matematici*, Utet, Turín 1975, pp. 372-73.

[65] F. von Wieser, *Il valore naturale*, trad. it., Utet, Turín 1889, pp. 695-96.

[66] *Op. cit.*, pp. 700-01.

[67] *Op. cit.*, p. 702.

[68] Véase lo que al respecto declara Mises en *Autobiografía di un liberale*, cit., p. 143, [p. 143]; véase además N.G. Pierson, «Das Wertproblem in der sozialistischen Gesellschaft», en *Zeitschrift für Volkswirtschaft*, vol. 4, 1925.

[69] N.G. Pierson, *Problemi odierni fondamentali dell'economia e delle finanze*, trad. it., Roux e Viarengo, Turín 1901, pp. 111-38.

[70] Véase K. Kautsky, «Le lendemain de la révolution», en *La révolution sociale*, Riviere, París 1912. Para un comentario sobre las tesis expuestas por Kautsky, remito a L. Infantino (al cuidado de) *Il mito del collettivismo*, Sugarco, Milán 1982, pp. 18-19.

[71] N.G. Pierson, «Il problema del valore nella società socialista», trad. it., en AA.VV., *Pianificazione economica collettivista*, Einaudi, Turín 1946, p. 73.

[72] N.G. Pierson, *Trattato di economia politica*, trad. it., Bocca, Turín 1905, vol. 2, p. 518.

[73] L. von Mises, *Socialismo*, cit., pp. 149-50 [trad. esp., cit., pp. 128-29].

[74] B. Brutzkus, *Economic Planning in Soviet Russia*, trad. ingl., Routledge, Londres 1935, p. 13.

[75] *Op. cit.*, p. 15.

[76] M. Weber, *Economia e società*, trad. it., Comunità, Milán 1968, vol. 1, pp. 103-04.

[77] V. Pareto, *Manuale di economia politica*, Cedam, Papua 1974, p. 170.

[78] E. Barone, «Il ministro della produzione nello Stato collettivista», en *Giornale degli Economisti*, vol. 37, 1908, p. 411.

[79] Véase *Zur Einführung* a la edición alemana de los *Principi di economia politica* de Barone (*Grundzüge der theoretischen Nationalökonomie*, Dümmlers Verlag, Berlín 1935, p. 10); véase además, *Capitalismo, socialismo, democrazia*, trad. it., Etas Compás, Milán 1973, p.

168.

[80] O. Lange, «Sulla teoria economica del socialismo», trad. it., en AA.VV., *Teoria economica e economia socialista*, Savelli, Roma 1975, pp. 61-62.

[81] L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 1997, p. 33 [trad. esp.: *Critica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001, p. 35].

[82] *Op. cit.*, p. 34 [p. 35]

[83] *Ibidem*.

[84] *Op. cit.*, p. 36 [p. 38]. Este concepto se encuentra también en *op. cit.*, p. 255 [p. 253]. Véase también *Socialismo*, cit., p. 579 [trad. esp., cit., p. 521] y en *Lo Stato onnipotente*, trad. it., Rusconi, Milán 1995, p. 85 [trad. esp.: *El Estado onnipotente*, Unión Editorial, 2002, p. 96].

[85] O. Spann, *Il vero Stato. Lezioni sulla dissoluzione e ricostruzione della società*, tra. it., Edizioni di Ar, Padua 1987, vol. 3, p. 88.

[86] G. Schmoller, *The Mercantile System and Its Historical Significance*, trad. ing., Macmillan, Nueva York 1897, p. 60.

[87] *Op. cit.*, p. 73. Aquí es oportuno señalar el muy distinto juicio que expresa Adam Smith (*La ricchezza delle nazioni*, trad. it., Utet, Turín 1975, pp. 596-97 y 824-25) sobre Colbert: «Los franceses fueron los primeros en favorecer sus manufacturas limitando las importaciones de las mercancías extranjeras que pudieran competir con las suyas. En esto consistía en gran parte la política de Colbert, el cual [...] parece que en este caso fue dominado por los razonamientos sofistas de los comerciantes y de los industriales, que exigen siempre un monopolio contra sus conciudadanos [...]. Este ministro había abrazado por desgracia todos los prejuicios del sistema mercantil, sistema que por su naturaleza y esencia era un sistema de restricciones y regulaciones.»

[88] L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, cit., p. 255 [trad. esp., cit., p. 253].

[89] L. von Mises, *Lo Stato onnipotente*, cit., p. 90 [trad. esp., cit., p. 86].

[90] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 583 [trad. esp., cit., 524].

[91] C. Menger, *Sul metodo delle scienze sociali*, cit., p. 90 [trad. esp., cit., p. 162].

[92] L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, cit., p. 177 [trad. esp., cit., pp. 172-73].

- [93] *Op. cit.*, p. 159 [p. 182].
- [94] O. Spengler, *Il socialismo prussiano*, trad. it., Edizioni all'insegna del Veltro, Padua, 1980, p. 13, cursivo añadido.
- [95] *Op. cit.*, p. 15.
- [96] *Op. cit.*, p. 12. Véase también sobre esto F.A. Hayek, *La via della schiavitù*, trad. it., Rusconi, Milán 1995, p. 223 [trad. esp.: *Camino de servidumbre*, nueva edición en Unión Editorial, *Obras Completas de F.A. Hayek*, vol. II, 2008, p. 266].
- [97] D. Settembrini, *Fascismo, controrivoluzione imperfetta*, Sansoni, Florencia. 1978. Existe una reimpresión, con prefacio de L. Pellicani, en Edizioni Seam, Roma 2001.
- [98] Z. Sternhell, M. Sznajder, M. Asheri, *Nascita dell'ideologia fascista*, trad. it., Baldini & Castoldi, Milán 1993, p. 9.
- [99] Véase en particular L. Pellicani, *Dalla società chiusa alla società aperta*, Rubbettino, Soveria Manelli, 2002, pp. 227-52 y la copiosa literatura allí citada.
- [100] J.M. Keynes, *Teoria generale dell'occupazione, dell'interesse e della moneta*, trad. it., Utet, Turín 1971, p. 522.
- [101] J.M. Keynes, *Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zinses und des Geldes*, Duncker & Humblot, Munich 1936. Debo la indicación del prefacio a la cortesía de Nicola Iannello.
- [102] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 18 [trad. esp., cit., p. 24].
- [103] *Op. cit.*, p. 21 [p. 27].
- [104] *Op. cit.*, pp. 21-22 [p. 27].
- [105] *Op. cit.*, p. 22 [p. 28].
- [106] *Ibidem*.
- [107] L. von Mises, *Problemi epistemologici dell'economia*, cit., p. 439.
- [108] M. Weber, «L'«oggettività» conoscitiva della scienza sociale e della politica sociale», trad. it., en *Il metodo delle scienze sociali*. Einaudi, Turín 1967, p. 128.
- [109] M. Weber, «La teoria dell'utilità marginale e la «legge fondamentale della psicofisica»», trad. it., en *Saggi sulla dottrina della scienza*, De Donato, Bari 1980, p. 154.
- [110] L. von Mises, *Problemi epistemologici dell'economia*, cit., p. 108.
- [111] *Ibidem*. Para una comparación articulada de la posición de Mises

con la de Weber, remito a L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 176-93 [trad. esp.: *El orden sin plan*, cit., pp. 238-260]; Id., *Metodo e mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1998, pp. 123-31.

[112] Véase más ampliamente L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 200-07 [trad. esp.: pp. 268-276]

[113] V. Pareto, *Trattato di sociologia generale*, Comunità, Milán 1964, vol. 1, p. 81.

[114] L. Robbins, *Saggio sulla natura e l'importanza della scienza economica*, trad. it., Utet, Turín 1947, pp. 114-15. Sobre el tema, véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., p. 201-2 [trad. esp., cit., pp. 269-70].

[115] I.M. Kirzner, *The Meaning of the Market Process*, Routledge, Londres 1992, p. 126.

[116] *Op. cit.*, p. 127.

[117] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 247 [trad. esp., cit., p. 307].

[118] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1997 [trad. esp.: *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial (1975), 2.^a ed. 1998].

[119] L. von Mises, *Autobiografia di un liberale*, cit., pp. 145-46 [trad. esp., cit., p. 145].

[120] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 388 [trad. esp., cit., p. 488]. Sin embargo, esto no quita que Mises fuera el más racionalista de los representantes de la Escuela austriaca de economía. Véase D. Antiseri, «Mises e il mestiere dello scienziato sociale», en L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises : le scienze sociali nella Grande Viena*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2004, pp. 131-68; J.T. Salerno, «Ludwig von Mises as Social Rationalist», en *Review of Austrian Economics*, vol. 4, 1990.

[121] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 439 [trad. esp., cit., p. 397].

[122] R. Boudon, *Il posto del disordine*, trad. it., il Mulino, Bolonia 1985, p. 43.

[123] R. Boudon, «Teoria della scelta rationale o individualismo metodologico?», en AA.VV., *Teorie della racionalita e scienze sociali*, LUIS Edizioni, Roma 2002, p. 55.

[124] L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 203-4 [trad. esp., cit., pp. 270-71]; Id., «L'idea di scienza sociale nei moralisti scozzesi e nella Scuola austriaca di economia», en E. Colombatto, M. Mingardi (al cuidado de), *Il coraggio della libertà. Saggi in onore di Sergio Ricossa*, Rubbettino,

Soveria Mannelli 2002, pp. 285-98.

[125] L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1999, p. 150 [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004, p. 180].

[126] L. von Mises, *Problemi metodologici dell'economia*, cit., 32, cursivo añadido.

[127] F.A. Hayek, «Economia e conoscenza», trad. it., en *Conoscenza, mercato, pianificazione*, il Mulino, Bolonia 1988, p. 241.

[128] L. von Mises, *Problemi metodologici dell'economia*, cit., 241

[129] *Op. cit.*, 52. Entre la epistemología de Mises y la de Popper hay concordancias y disonancias. En todo caso, dominan las primeras. Séase sobre el tema L. Infantino, «Mises e la metodología delle scienze sociali», en *Metodo e mercato*, cit., pp. 79-139; D. Antiseri, «Mises e il mestiere dello scienziato sociale», cit., pp. 131-68. Merece la pena recordar aquí lo que Popper dice sobre Mises: «Respecto a Mises, que era bastante mayor que yo, demasiado para que iniciara una comparación más allá de alguna alusión a nuestras diferencias: en realidad, él no abrió nunca una discusión basada en una crítica directa. Como yo, él valoraba positivamente que entre nosotros hubiera importantes concordancias, sabía que yo aceptaba sus teorías fundamentales y que, por tales teorías, le admiraba mucho» (K.R. Popper, «The Communist Road to Self-Eslavement», en *Cato Policy Report*, vol. 14, 1992, p. 10. Popper se refiere a los encuentros que tuvo con Mises después de la segunda guerra mundial.

[130] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 505 [trad. esp., cit., p. 627].

[131] *Op. cit.*, p. 467 [p. 584], donde Mises añade que el «periodo medio de producción» de Böhm-Bawerk es una «expresión vacía».

[132] L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, cit., p. 96 [trad. esp., cit., p. 96].

[133] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 264 [trad. esp., cit., p. 330].

[134] Bruno Leoni, *Lezioni di dottrina dello Stato*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2004, p. 231.

[135] T. Bagiotti, Presentación a L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959, p. vii.

[136] T. Bagiotti, Presentación a E. von Böhm-Bawerk, *Teoria positiva del capitale*, trad. it., Utet, Turín 1957, p. xxxix.

[137] *Ibidem*.

[138] R. Boudon, F. Bourricaud, *Dizionario critico di sociologia*, trad. it.,

Armando, Roma 1991, p. 443.

[139] F. Crespi (*Azione sociale e potere*, il Mulino, Bologna 1989, p. 26) se refiere al «llamado individualismo metodológico derivado de autores como von Mises, von Hayek, Popper». No cita en la bibliografía ninguna obra de los tres autores mencionados, y en el índice de nombre Mises es *Richard*. G. Statera («Individualismo metodológico, ermeneutica, ricerca sociale. Della (scarsa) rilevanza del postulato individualistico per l'indagine», en *Sociologia e Ricerca Sociale*, 1994, vol. 15, n. 43, p. 53) presenta a Mises como «neopositivista», una cualificación que identifica exactamente a Mises como *Richard* von Mises.

[140] E. Cannan, *An Economist Protest*, Londres, King 1927.

[141] M. Weber, «La política como profesión», trad. it., en *Il lavoro intellettuale come professione*, Einaudi, Turín 1976, p. 77.

[142] Para un ulterior análisis de la obra de Mises, mencionaremos, además de la bibliografía ya citada, los siguientes volúmenes: M. Sennholz (ed.), *On Freedom and Free Enterprise. Essays in honor of Ludwig von Mises*, Van Nostrand, Princeton 1956; L.S. Moss (ed.), *The Economics of L. von Mises*, Sheed & Ward, Kansas City 1974; J.M. Herbener (ed.), *The Meaning of Ludwig von Mises*, Norwell (Mass.), Kluwer 1993; P.J. Boettke, P.T. Leeson (eds.), *The Legacy of Ludwig von Mises*, Elgar, Cheltenham 2006.

7. Hayek: la disputa con Keynes y el hábitat de la libertad

* Publicado como Prefacio a Friedrich A. von Hayek, *La società libera*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2007, pp. 5-40.

[1] F.A. Hayek, *Studi di filosofia, politica ed economia*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1998, p. 354 [trad. esp.: *Estudios de filosofía, política y economía*, Unión Editorial, 2007, p. 277]. Hayek recuerda en particular a Edwin Cannan, Ludwig von Mises, Frank H. Knight, Walter Eucken.

[2] *Op. cit.*, p. 271 [p. 215].

[3] Empleo aquí una conocida expresión de M. Weber, *La política como profesión*, trad. it., en *Il lavoro intellettuale come professione*, Einaudi, Turín 1976, p. 77.

[4] Véase lo escrito por Hayek sobre la aportación teórica de su maestro, *Friedrich von Wieser*, trad. it., en A. Quadrio Curzio, R. Scazzieri (al cuidado de), *Protagonisti del pensiero economico*, il Mulino, Bolonia 1977, vol. 1, pp. 145-61 [en español: «Friedrich von Wieser», en F.A. Hayek, *Las vicisitudes del liberalismo*, vol. IV de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 1996, pp. 117-135].

[5] F.A. Hayek, *Hayek on Hayek. An Autobiographical Dialogue* (al cuidado de S. Kresge y L. Wenar), Routledge, Londres 1994, p. 68 [trad. esp.: *Hayek sobre Hayek. Un diálogo autobiográfico*, Unión Editorial, 1997, p. 70].

[6] *Op. cit.*, p. 66 [ed. esp., p. 68].

[7] *Ibidem*.

[8] En *Weltwirtschaftliches Archiv*, 28 (1928); trad. ing. en *Money Capital and Fluctuations: Early Essays*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1984 [trad. esp.: «El equilibrio intertemporal de los precios y los movimientos en el valor del dinero», en F.A. Hayek, *Ensayos de teoría monetaria*, vol. I, *Obras Completas de F.A. Hayek*, vol. V, Unión Editorial, 2000, pp. 267-316].

[9] Hölder, Pichler Tempsky, Viena-Leipzig 1929; trad. ing.: *Monetary Theory and Trade Cycle*, Cape, Londres 1933.

[10] En *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1 (1929; trad. ing.: «The Paradox of Saving», en *Economica*, 11 (1931), publicado de nuevo con algunas modificaciones en F.A. Hayek, *Profits, Interest and Investment*, Routledge, Londres 1939, ahora también en traducción italiana, en AA.VV., *La Scuola austriaca contra Keynes e Cambridge*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2000, pp. 57-118 [trad. esp.: «La “paradoja” del ahorro», en F.A. Hayek, *Contra Keynes y Cambridge*, vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 1996, pp. 85-134].

[11] Es el propio Hayek (*Hayek on Hayek*, cit., p. 77 [trad. esp.: *Hayek sobre Hayek*, cit., p. 77]) quien lo reconoce: «Robbins podía leer alemán. Eso es tener suerte, que encima fuera a parar sobre mi tema.»

[12] L. Robbins, *Autobiography of an Economist*, Macmillan, Londres 1971, p. 127.

[13] Véase F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, trad. it., Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles 1990, p. 22 (traducción ejemplarmente cuidada por Marina Colonna) [trad. esp.: *Precios y producción*, Ediciones

Aosta/Unión Editorial, 1996, p. 32]. Véase además, más ampliamente, F.A. Hayek, «Henry Thornton (1760-1815)», en *The Trend of Economic Thinking*, vol. 3 de *The Collected Works of F.A. Hayek*, Routledge, Londres 1991, pp. 295-344) [trad. esp.: «Henry Thornton (1760-1815)», en *La tendencia del pensamiento económico*, vol. III de *Obras Completas de F.A. Hayek*, pp. 305-354]. Este ensayo es la introducción a una reedición de H. Thornton, *An Enquiry into Nature and Effects of the Paper Credit of Great Britain*, Allen & Unwin, Londres 1939).

[14] D. Ricardo, *Principi di economia politica e dell'imposta*, trad. it, en *Opere*, Utet, Turín 1986, vol. 1, p. 492; Ricardo había tratado ya el tema en *L'alto prezzo dei metalli preziosi*, trad. it., en *Opere*, cit., vol. 2, p. 567.

[15] Véase J.A. de Aguirre, «La tasa natural de interés de Knut Wicksell», en apéndice a Knut Wicksell, *La tasa de interés y el nivel de los precios*, trad. esp., Ediciones Aosta, Madrid 2000, p. 279.

[16] K. Wicksell, *Interesse monetario e prezzi dei beni*, trad. it., Utet, Turín 1977, p. 277.

[17] *Op. cit.*, p. 242. Como es sabido, por interés natural del capital, Wicksell entendía «aquel tipo de interés que estaría determinado por la oferta y la demanda en la hipótesis de que capitales se prestaran en especie, sin mediación del dinero» (*op. cit.*, p. 99). Pero podríamos entenderlo aquí como aquel tipo de interés que se determinaría en ausencia de «manipulaciones monetarias».

[18] F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, cit., p. 29 [trad. esp., p. 39].

[19] *Op. cit.*, p. 20 [pp. 39-40].

[20] F.A. Hayek, *Monetary Theory and Trade Cycle*, cit., p. 123.

[21] *Ibidem*.

[22] L. von Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, trad. it., Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles 1999, p. 129 [trad. esp.: *Teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, 1997, p. 114].

[23] R. Cantillon, *Saggio sulla natura del commercio in generale*, trad. it., Einaudi, Turín 1955, pp. 96-106. Los efectos redistributivos que, a través de la variación de los precios relativos, producen las manipulaciones monetarias indujeron a Hayek a sostener que el nivel general de precios debería arrojarse por la borda (*Prezzi e produzione*, p. 33 [trad. esp., p. 43]. Comentando esto, Piero Sraffa escribe: «Hayek ha decidido evitar el concepto de “valor del dinero” y al mismo tiempo debe convencernos de los

beneficios del ahorro voluntario y de los males de la inflación.» Sraffa añade que lo que sucede puede resumirse en el hecho de que «una clase ha robado a otra clase una parte de sus ingresos y ha puesto a buen recaudo el botín» («Dr. Hayek on Money and Capital», en *Economic Journal*, 42, pp. 47-48). Como veremos en seguida, su mentor, Keynes, había llegado ya a cuestionar los «derechos adquiridos».

[24] D. Hume, *Della moneta*, trad. it., en *Saggi e trattati morali, letterari, politici e economici*, Utet, Turín 1974, p. 480.

[25] F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, cit., p. 32 [trad. esp., p. 42].

[26] *Op. cit.*, p. 67, cursivo añadido.

[27] *Op. cit.*, p. 49.

[28] *Op. cit.*, p. 71.

[29] *Ibidem*.

[30] *Il consumo di capitale*, trad. it., en *Prezzi e produzione*, cit., p. 122.

[31] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1990, p. 543 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, p. 496].

[32] F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, cit., p. 75.

[33] *Ibidem*.

[34] *Ibidem*.

[35] *Ibidem*, cursivo añadido.

[36] *Op. cit.*, p. 76.

[37] *Op. cit.*, p. 96.

[38] F.A. Hayek, «Reflections on the Pure Theory of Money of Mr. J.M. Keynes», en *Economica*, 11 (1931), ahora en *Collected Works*, cit., vol. 9, p. 130 [trad. esp., en *Contra Keynes y Cambridge*, vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 1995, pp. 147-48].

[39] J.M. Keynes, *Trattato della moneta*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1979, vol. 2, p. 333.

[40] A. Hayek, «Reflections on the Pure Theory of Money of Mr. J.M. Keynes», cit. pp. 130-31 [trad. esp., *op. cit.*, p. 147], donde se le reprocha a Keynes haberse ocupado solamente del «verdadero fondo de salarios».

[41] J.M. Keynes, «The Pure Theory of Money. A Reply to Dr. Hayek», en *Economica*, 11 (1931), ahora en *Collected Works of F.A. Hayek*, cit., vol. 9, p. 155 [trad. esp., *op. cit.*, p. 174].

[42] J.M. Keynes, *Le conseguenze economiche della pace*, trad. it.,

Rosemberg & Sellier, Turín 1983, p. 32.

[43] *Op. cit.*, p. 35.

[44] *Op. cit.*, p. 36.

[45] *Op. cit.*, p. 35.

[46] *Op. cit.*, p. 36, cursivo añadido.

[47] J.M. Keynes, *La riforma monetaria*, trad. it., Feltrinelli, Milán 1978, pp. 13-14.

[48] *Op. cit.*, p. 55.

[49] *Ibidem.*

[50] J.M. Keynes, *Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zines und des Geldes*, trad. alem., Duncker & Humblot, Munich 1936.

[51] Aun no reclamando la supresión de la propiedad privada, Keynes escribía: «Si el Estado está en condiciones de determinar el montante total de los medios destinados a incrementar los instrumentos de producción y el tipo base de remuneración para quienes los poseen, habrá realizado todo lo necesario» (*Teoria generale dell'occupazione, dell'interesse e della moneta*, trad. it., Utet, Turín 1971, p. 522).

[52] Mantoux, «La Teoria generale di Keynes», trad. it., en AA.VV., *La Scuola austriaca contro Keynes e Cambridge*, cit., p. 135. En cuanto a la «trampa de la liquidez», la misma es el «último baluarte de los keynesianos para defender sus “inquietudes” inflacionistas». Supone que la preferencia por la liquidez (la demanda monetaria) puede «perdurar tanto que no permita que el tipo de interés descienda lo suficiente para estimular las inversiones». Supone que «el tipo de interés está determinado por la preferencia de liquidez, en lugar de por las preferencias temporales», y que «la relación entre ahorros e inversiones es más bien débil y que [...] sólo se concreta a través del tipo de interés» (M.N. Rothbard, *La Grande Depressione*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 2006, p. 126). En un régimen de libre cambio y de libre circulación de los capitales, el *inflacionismo* va acompañado necesariamente de continuas variaciones del tipo de cambio. Sobre esto y sobre las correspondientes consecuencias, véase F.A. Hayek, *Monetary Nazionalism*, Longmans & Green, Londres 1937, pp. 35-53 [trad. esp.: «El nacionalismo monetario y la estabilidad internacional», en F.A. Hayek, *Ensayos de teoría monetaria*, vol. VI de *Obras completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, 2001, pp. 87-160].

Para más extensos comentarios de algunos de los mayores economistas

del siglo xx a la teoría keynesiana, remito a H. Hazlitt (al cuidado de), *The Critics of Keynesian Economics*, Arlington House, New Rochelle 1977.

[53] Merece la pena recordar que la hostilidad hacia el ahorro es típica de pensadores contrarios al mercado. Véase W. Sombart, *Il borghese*, trad. it., Longanesi, Milán 1978. Max Scheler (*Il risentimento nella edificazione delle morali*, trad. it., Vita e Pensiero, Milán 1975, p. 166) escribe: «La “parsimonia”, estimada parcialmente [...] sobre la base de la idea del beneficio [...] ahora se eleva al rango de “virtud” y —¡hecho decisivo!— de virtud de los ricos.»

[54] J.M. Keynes, *La reforma monetaria*, cit., p. 65.

[55] *Ibidem*.

[56] F.A. Hayek, *The Pure Theory of Capital*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1941, p. 409.

[57] L. von Mises, *Autobiografía di un liberale*, cit., p. 182 [trad. esp., p. 182].

[58] *Ibidem*.

[59] F.A. Hayek, *The Pure Theory of Capital*, cit., p. 410.

[60] F.A. Hayek, *Hayek on Hayek*, cit., pp. 79-80 [trad. esp., cit., p. 79].

[61] F.A. Hayek, «Economia e conoscenza», trad. it., en *Conoscenza, mercato, pianificazione* (al cuidado de F. Donzelli), il Mulino, Bolonia 1988, pp. 240-41.

[62] *Op. cit.*, p. 241.

[63] *Ibidem*.

[64] F.A. Hayek, *Hayek on Hayek*, cit., p. 80.

[65] F.A. Hayek, «Economia e conoscenza», *op. cit.*, p. 246.

[66] Para un extenso tratamiento de este punto, remito a L. Infantino, *Ignoranza e libertà* (Rubbettino, Soveria Mannelli 1999 [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004]), donde se considera el apoyo que Edmund Burke da a la misma idea.

[67] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, trad. it., Utet, Turín 1975, pp. 851-52, cursiva añadida [trad. esp., *La riqueza de las naciones*, cit., II, p. 454].

[68] Dario Antiseri, *Liberi perché fallibili*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1995.

[69] A. Smith, *La ricchezza delle nazioni*, cit., p. 584; [trad. esp., cit., vol. II, p. 192].

[70] *Ibidem* [trad. esp., cit., II, p. 191]. Para detallar los lugares en que Smith recurre a la «mano invisible», véase Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., p. 39 [trad. esp., p. 61].

[71] F.A. Hayek, *L'abuso della ragione*, trad. it., Vallecchi, Florencia 1967, p. 111 [trad. esp.: *La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón*, Unión Editorial, 2003, p. 146].

[72] *Ibidem*.

[73] La «mano invisible» se libera así de un cierto providencialismo. Indica tan sólo que cada uno actúa para conseguir sus propios fines y que, precisando de la colaboración de otros, debe proporcionar a éstos los medios requeridos como contrapartida.

[74] Véase, más extensamente, L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 60-63 [trad. esp., cit., pp. 82-85].

[75] F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, Rusconi, Milán 1995, p. 136.

[76] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, trad. it., Il saggiatore, Milán 1986, p. 316 [trad. esp.: *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, 2006, p. 411].

[77] *Op. cit.*, p. 317 [trad. esp., p. 312].

[78] Véase la clásica obra de L. Díez del Corral, *El liberalismo doctrinario*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1956.

[79] L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, cit., pp. 147-48 [trad. esp., cit., p. 178].

[80] Véase el testimonio de F. von Wieser: «llegamos a la economía política a través del derecho y recordamos siempre con gratitud el impulso que recibió nuestro conocimiento de la economía de la rigurosa disciplina jurídica. El derecho privado, este modelo insuperado de elaboración conceptual, es derecho patrimonial, derecho de la economía [...]. Nosotros nos apoderamos ávidamente de todo este rico material, pero precisamente el orden nítido en que se nos ofrecía incitaba nuestro ardor juvenil [...]. Y entonces dejamos a un lado los códigos escritos y nos dirigimos a las leyes [...] no escritas, que regulan la vida de la sociedad» (*Necrologio de Carl Menger*, trad. it., en apéndice a E. von Böhm-Bawerk, *Sulla genesi di capitale e interesse*, Archivio Guido Izzi, Roma 2002, pp. 326-27).

[81] F. von Savigny, *Sistema del diritto romano attuale*, trad. it. parc., en F. de Marini (al cuidado de), *Savigny*, il Mulino, Bolonia 1980, p. 184.

[82] *Op. cit.*, p. 183, cursiva añadida.

[83] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 73 [trad. esp. cit., p. 79].

[84] *Op. cit.*, p. 139; véase también pp. 225-226 [trad. esp., p. 141, 224-25].

[85] Véase también M. Weber, *Economia e società*, trad. it., Comunità, Milán 1968, vol. 2, pp. 117-18. Un comentario sobre Weber en L. Infantino, *Metodo e mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 1999, pp. 57-58.

[86] F.A. Hayek, *La via della schiavitù*, trad. it., Rusconi, Milán 1995, p. 144 [una nueva edición española publicada recientemente por Unión Editorial (2008): *Camino de servidumbre. Edición definitiva*, en *Obras completas de F.A. Hayek*, vol. II, p. 181].

[87] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 236 [trad. esp., cit., p. 237].

[88] *Ibidem.*

[89] Es oportuno recordar cuanto escribe Smith a este respecto: «la mera justicia es sólo una virtud negativa, que nos impide perjudicar al prójimo. Quien simplemente se abstiene de violar la persona, la propiedad o la reputación de sus propios semejantes tiene ciertamente muy escaso mérito efectivo. Y sin embargo obedece a todas las reglas de aquello a lo que propiamente se llama justicia y hace todo aquello a lo que sus semejantes podrían propiamente obligarle o por cuya omisión podrían castigarle. Con frecuencia se puede obedecer a todas las reglas de justicia manteniéndose firmes sentados sin hacer nada» (*Teoria dei sentimenti morali*, trad. it., Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma 1991, p. 109).

[90] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 323 [trad. esp., cit., p. 318].

[91] *Ibidem.*

[92] F.A. Hayek, *Nuovi studi di filosofia, politica, economia e storia delle idee*, trad. it., Armando, Roma 1988, p. 197 [trad. esp.: *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Unión Editorial, 2007, p. 227].

[93] *Op. cit.*, p. 198 [trad. esp., p. 228].

[94] Véase L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 73-76 [trad. esp., p. 97].

[95] F.A. Hayek, *Individualismo: vero e falso*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli, 1977.

[96] F. A. Hayek, *L'ordine sensoriale*, trad. it., Rusconi, Milán 1990 [trad. esp.: *El orden sensorial*, Unión Editorial, 2004]. Es oportuno recordar aquí lo que escribe A. Smith (*Teoria dei sentimenti sociali*, cit., p. 150): si un ser humano «pudiera hacerse adulto en un lugar solitario, sin comunicarse con criaturas de la propia especie, entonces no podría pensar en su propia carácter, en el mérito o demérito de sus propios sentimientos y de su propia conducta, en la perfección o en los defectos de su propia mente, en la belleza o deformidad de su propio rostro. Son éstos objetos que él no puede descubrir naturalmente, porque no dispone de un espejo que se los pueda ofrecer». El yo se forma dentro de la sociedad, a través de las relaciones intersubjetivas. Tal es la razón de que Popper escriba que «debemos aprender a ser yos» (*L'io e il suo cervello*, trad. it., Armando, Roma 1981, vol. 1, p. 136).

[97] Como es sabido, este es un tema común a la reflexión de Hayek y de Bruno Leoni. Véase R. Cubeddu, *Il liberalismo di Bruno Leoni*, introducción a B. Leoni, *La libertà e la legge*, Liberilibri, Macerata 1995; A. Masala, *Il liberalismo di Bruno Leoni*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2003; C. Lottieri, *Le ragioni del diritto. Libertà individuale e ordine giuridico nel pensiero di Bruno Leoni*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2006.

[98] F.A. Hayek, *Legge, legislazione e libertà*, cit., p. 75 [trad. esp., cit., p. 81].

[99] *Op. cit.*, p. 413 [trad. esp., p. 406].

[100] *Op. cit.*, p. 429 [trad. esp., p. 422].

[101] F.A. Hayek, *Hayek on Hayek*, cit., pp. 129-30 [trad. esp.: *Hayek sobre Hayek*, cit., pp. 125-26].

[102] Para una enumeración completa de las obras y una biografía detallada de Hayek, remito a D. Antiseri, L. Infantino (al cuidado de), *Conoscenza, competizione e libertà*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1998. Una bibliografía en italiano en L. Infantino, prólogo a F.A. Hayek, *Studi de filosofia, poli-tica ed economia*, cit., p. 28.

8. Kirzner: la empresarialidad como exploración de lo desconocido

* Una redacción anterior de este ensayo se publicó como Prefacio a Israel M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, Rubbettino, Soveria

Mannelli 1997, pp. 5-25 [trad. esp.: *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial (1975), 2.ª ed., 1998].

[1] J.A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, trad. it., Bollati Boringhieri, Turín 1990, vol. 2, p. 672 [trad. esp.: *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona 1971, p. 618].

[2] *Op. cit.*, p. 673 [trad. esp., pp. 618-19].

[3] R. Cantillon, *Saggio sulla natura del commercio in generale*, trad. it., Einaudi, Turín 1955, p. 34. Es oportuno señalar aquí que la edición italiana del ensayo de Cantillon fue promovida por Luigi Einaudi, quien también había apreciado el prólogo de Hayek a la edición alemana del mismo.

[4] *Ibidem*.

[5] *Op. cit.*, p. 35.

[6] J.A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, cit., vol. 2, p. 789 [trad. esp., p. 618].

[7] J.A. Schumpeter, *Teoria dello sviluppo economico*, trad. it., Sansoni, Florencia 1971 (ed. original, 1911); F.H. Knight, *Rischio, incertezza, profitto*, trad. it., La Nuova Italia, Florencia 1960 (ed. original, 1921).

[8] Véase la nota 1 anterior.

[9] Véase J.A. Schumpeter, *L'essenza e i principi dell'economia teorica*, trad. it., Laterza, Bari 1982, p. 84.

[10] Para un amplio tratamiento de estos temas, remito a L. Infantino, *L'ordine senza piano*, La Nuova Italia Scientifica, Roma 1995, Armando, Roma 1998 [trad. esp.: *El orden sin plan*, Unión Editorial, 2000].

[11] Véase *op. cit.*, pp. 141-69 [trad. esp., pp. 205-16]. Comparto, pues, la afirmación de W. Jaffé («Menger, Jevons, and Walras De-Homogeneized», en *Economic Inquiry*, vol. 14, diciembre de 1876, p. 521, según la cual el hombre descrito por Menger, lejos de ser un «iluminado calculador», es una criatura «mal informada, que se equivoca, atormentada por la incertidumbre, siempre dudando entre atractivas esperanzas y temores recurrentes, congénitamente incapaz de tomar decisiones bien calibradas para la consecución de sus propios objetivos».

[12] C. Menger, *Principi fondamentali di economia*, trad. it., Galeati, Ímola 1909, pp. 19-20 [trad. esp.: C. Menger, *Principios de economía política*, Unión Editorial (1983), 2.ª ed., 1997, p. 121].

[13] *Op. cit.*, p. 21 [trad. esp., p. 122].

[14] E. von Böhm-Bawerk, *Teoria positiva del capitale*, trad. it., Utet,

Turín 1957.

[15] Schumpeter, *Teoria dello sviluppo economico*, cit., p. 31.

[16] L. von Mises, *Socialismo*, trad. it., Rusconi, Milán 1989, p. 230 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2007, p. 203].

[17] *Op. cit.*, pp. 239-40 [trad. esp., pp. 211-12].

[18] *Op. cit.*, p. 193 [trad. esp., p. 169].

[19] F.A. Hayek, «Economía e conoscenza», trad. it. en F.A. Hayek, *Conoscenza, mercato, pianificazione* (al cuidado de F. Donzelli), il Mulino, Bolonia 1988, p. 246, cursivo añadido.

[20] *Op. cit.*, p. 236. Véase también F.A. Hayek, *The Pure Theory of Capital*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1941, pp. 18-19.

[21] F.A. Hayek, «Il significato della concorrenza», en *Conoscenza, mercato, pianificazione*, cit., p. 296.

[22] *Op. cit.*, p. 297.

[23] *Op. cit.*, p. 303.

[24] L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959, pp. 241-42 [trad. esp.: *La acción humana*, 8.ª ed., Unión Editorial, 2007, pp. 300-01].

[25] *Op. cit.*, p. 243 [trad. esp., p. 302].

[26] *Ibidem*.

[27] *Op. cit.*, p. 286 [trad. esp., p. 361].

[28] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit., pp. 39-40 [trad. esp., p. 24].

[29] F.A. Hayek, «Economía e conoscenza», *op. cit.*, p. 241.

[30] *Ibidem*.

[31] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit., p. 43 [trad. esp., p. 26].

[32] F.A. Hayek, «Economía e conoscenza», *op. cit.*, p. 241.

[33] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit., p. 41 [trad. esp., p. 25].

[34] *Ibidem* [trad. esp., pp. 25-26].

[35] *Ibidem*, cursivo añadido [trad. esp., p. 26].

[36] *Op. cit.*, p. 46 [trad. esp., p. 29].

[37] *Op. cit.*, p. 47 [trad. esp., pp. 29-30].

[38] *Op. cit.*, pp. 47-48 [trad. esp., p. 30].

[39] *Op. cit.*, pp. 49-50 [trad. esp., p. 31]. Con razón afirma Mises: «La

ganancia no es función ni depende de la cantidad de capital empleado por el empresario. El capital no “genera” beneficio. Las pérdidas y las ganancias dependen exclusivamente de la capacidad o incapacidad del empresario para adaptar la producción a la demanda de los consumidores» (*L'azione umana*, cit., p. 286 [trad. esp., p. 360]). Y por eso Einaudi hablaba del capital como de un «siervo tonto de algún otro» («Che cosa ha detto Cantillon?»), en R. Cantillon, *Saggio sulla natura del commercio in generle*, cit., p. XVI.

[40] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit.

[41] *Op. cit.*, p. 50 [trad. esp., p. 31].

[42] *Op. cit.*, pp. 48-49 [trad. esp., p. 31]. Por eso Mises no duda en escribir: «La economía, al hablar de empresarios, no se refiere a personas sino a una determinada función. Esta función no es patrimonio exclusivo de una clase o grupo; se halla presente en toda acción y acompaña a todo actor. Al incorporar esta función en una figura imaginaria, empleamos un recurso metodológico. El término empresario, tal como lo emplea la teoría cataláctica, significa: individuo actuante contemplado exclusivamente a la luz de la incertidumbre inherente a toda actividad» (*L'azione umana*, cit., p. 247 [trad. esp., *op. cit.*, pp. 307-08]).

[43] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit. [trad. esp., pp. 32-33].

[44] *Op. cit.*, p. 77.

[45] *Op. cit.*, p. 303 [trad. esp., p. 232].

[46] *Ibidem*.

[47] En realidad, el robinsiano *Essay on the Nature and Significance of Economic Science* nació en parte bajo la influencia «vienesas». Pero Robbins importó de Viena sólo el aspecto «estático» del subjetivismo. Véase I.M. Kirzner, *The Meaning of Market Process*, Routledge, Londres 1992, pp. 126-27; L. Infantino, *L'ordine senza piano*, cit., pp. 187-88 [trad. esp., cit., pp. 269-70].

[48] I.M. Kirzner, *Conoscenza e imprenditorialità*, cit., p. 72, cursivo añadido [trad. esp., pp. 47-48]. Es, pues, cierto que la ignorancia de todo operador hace imposible la maximización de la eficiencia, porque no son conocidos los *datos* que deberían ser maximizados. Sin embargo, al movilizar conocimientos ampliamente dispersos, el mercado tiende a maximizar el conocimiento (véase F.A. Hayek, *La presunzione fatale*, Rusconi, Milán 1997, p. 139).

[49] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., pp. 11-68 [trad. esp., cit., pp. 15-83].

[50] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit., pp. 73-74 [trad. esp., p. 45].

[51] F.A. Hayek, *Nuovi studi di filosofia, politica, economia e storia delle idee*, trad. it., Armando, Roma 1988, pp. 197-98 [trad. esp.: *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Unión Editorial, 2007, pp. 227 y 230].

[52] Sobre la diferencia entre *ejercicio y problema*, véase D. Antiseri, *Teoria e pratica della ricerca nella scuola di base*, La Scuola, Brescia 1985, pp. 186-87.

[53] K.R. Popper, *Scienza e filosofia*, trad. it., Einaudi, Turín, p. 146.

[54] I.M. Kirzner, *Concorrenza e imprenditorialità*, cit., pp. 132-33 [trad. esp., p. 94].

[55] M. Weber, *Sociologia delle religioni*, trad. it., Utet, Turín, vol. 1, pp. 95-96.

[56] J.A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo, democrazia*, trad. it., Etas Kompas, Milán 1973, p. 130.

9. Rothbard: la explicación austriaca de la Gran Depresión

* Publicado como Prefacio a Murray N. Rothbard, *La Grande Depressione*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2006, pp. 7-29, 2.^a ed. 2008.

** Deseo vivamente agradecer a Enrico Colombatto su comprensión por las largas conversaciones que con él mantuve sobre la teoría austriaca del ciclo económico. También agradezco particularmente a Jesús Huerta de Soto, Miguel Ángel Alonso Neira, Juan Marcos de la Fuente, José Antonio de Aguirre, con los cuales he podido discutir sobre la tradición «austriaca», durante el tiempo que permanecí, como profesor visitante, en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Por supuesto, la responsabilidad de lo que aquí se sostiene es exclusivamente mía.

[1] Sobre el tema véase: L.M. Basan, «L'anarco-capitalismo di Murray N. Rothbard», publicado como introducción a M.N. Rothbard, *L'etica della libertà*, trad. it., Liberilibri, Macerata 1996; [trad., esp.: *La ética de la*

libertad, Unión Editorial, 1995]; R. Cubeddu, *Atlante del liberalismo*, Ideazione, Roma 1997 [trad. esp.: *Atlas del liberalismo*, Unión Editorial, 1999]; Id., «Murray N. Rothbard», en *Enciclopedia del pensiero politico*, Laterza, Roma-Bari 2000; C. Lottieri, «Anarchici per il capitalismo», en *Ideazione*, n.º 5, 1996; Id., *Il pensiero libertario americano*, Liberilibri, Macerata 2001; N. Iannelli, «“Consepite in Libertà”. Le nazioni libertarie nel modello di Murray Rothbard», en N. Iannello, C. Lottieri (al cuidado de), *Nazione, cos'è?*, Facco, Treviglio 1996; N. Iannello (al cuidado de), *La società senza Stato*, Rubbettino-Facco, Soveria Mannelli, 2004; R.A. Modugno, *Murray N. Rothbard e l'anarco-capitalismo contemporaneo*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1998; S. Mazzone, *Stato e anarchia. Il pensiero politico del liberertarismo americano*, Giuffrè, Milán 2000; P. Zanotto, *Il movimento libertario americano dagli anni Sessanta ad oggi: radici storico-dottrinali e discriminanti ideologico-politiche*, Università di Siena, Siena 2001; P. Vernaglione, *Il libertarismo*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2003.

^[2] L. von Mises, *L'azione umana*, trad. it., Utet, Turín 1959 [trad. esp.: *La acción humana*, Unión Editorial, 8.ª ed., 2007].

^[3] M.N. Rothbard, *Ludwig von Mises: Scholar, Creator, Hero*, Ludwig von Mises Institute, Auburn 1988, p. 64 [trad. esp.: *Lo esencial de Ludwig von Mises*, Unión Editorial, 2.ª ed. 1985, p. 35].

^[4] Sobre las relaciones entre Mises y Rothbard, he aquí un testimonio directo: «Murray era el joven estudiante que Mises cuidaba más intensamente. Murray y Lu[dwig] Mises tenían personalidades opuestas, pero se comprendían y respetaban recíprocamente [...]. Rothbard no veía su anarquismo como algo contrario a la posición de Mises. Y, a lo que entiendo, Lu no intentó nunca disuadir a Murray y apartarle del anarquismo. Para Mises, lo importante era tener un estudiante brillante que llevaría adelante el mensaje del mercado libre» («A Life among Austrians. An Interview with George Koether», en *Austrian Economics New Letter*, otoño de 2000, p. 6).

^[5] La obra está casi enteramente disponible en italiano; la primera parte, *Storia e critica delle teorie dell'interesse del capitale*, ha sido traducida por Enzo Grillo, en tres volúmenes (Archivio Guido Izzi, Roma 1986-96). Como es sabido, en fecha muy anterior había sido publicada la segunda parte, *Teoria positiva del capitale* (Utet, Turín 1957), que contiene algunos de los *excursos* con que Böhm-Bawerk completara la obra y que constituyen la tercera parte de la misma. [En español, la primera parte, *Historia y crítica*

sobre las teorías del interés, fue publicada en 1947 por Fondo de Cultura Económica, México; ha segunda parte, *Teoría positiva del capital*, fue publicada en 1996 por Ediciones Aosta, en traducción del inglés y con una introducción de José A. de Aguirre.]

[6] K. Wicksell, *Valore, capitale e rendita*, trad. it., Isedi, Milán 1976, p. 105. Sobre las estrechas relaciones entre Böhm-Bawerk y Wicksell, véase K.H. Hennings, *The Austrian Theory of Value and Capital*, Elgar, Cheltenham 1997 [trad. esp.: *La teoría austriaca del valor, el interés y el capital*, Ediciones Aosta, 2001] cuyo apéndice contiene una amplia selección de cartas.

[7] K. Wicksell, *Interesse monetario e prezzi dei beni*, trad. it., Utet, Turín 1977, p. 277.

[8] *Ivi*, p. 99.

[9] *Ivi*, p. 242. Como confirmación de la postura de Wicksell, es oportuno recordar que, en su recensión del *Treatise on Money* de Keynes, Hayek reprochaba al economista de Cambridge haber ignorado «completamente» las bases teóricas del análisis de Wicksell («Reflections on the Pure Theory of Money of Mr. J.M. Keynes», en *Economica*, agosto de 1931, ahora en *Collected Works*, Routledge, Londres, vol. 9, pp. 130-31 [trad. esp. en *Obras Completas de F.A. Hayek*, vol. IX, cit., cap. III]). En su respuesta, Keynes afirmó simplemente que un tratamiento del problema llevaría «demasiado lejos» («The Pure Theory of Money. A Reply to Dr. Hayek», en *Economica*, noviembre de 1931, ahora en F.A. Hayek, *Collected Works*, cit., vol. 9, p. 155 [trad. esp.: *Obras Completas de F.A. Hayek*, vol. IX, cit., cap. IV]). Es interesante observar que Gunnar Myrdall juzgó el *Treatise* de Keynes como un ejemplo de «ese seductor tipo de no necesaria originalidad anglosajona, que tiene sus raíces en ciertas lagunas sistemáticas en el conocimiento del alemán por parte de la mayoría de los economistas ingleses» (*L'equilibrio monetario*, trad. it., Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma 1987, p. 162). Véase también D. Patinkin, *Keynes' Monetary Thought*, Duke U.P., Durham 1976, pp. 48-49.

[10] L. von Mises, *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, trad. it., Esi, Nápoles 1999, p. 88 [trad. esp.: *Teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, 1997, p. 114].

[11] *Ibidem*.

[12] Lo cual produce el llamado «efecto Cantillon». Véase R. Cantillon,

Saggio sulla natura del commercio in generale, trad. it., Einaudi, Turín 1955, pp. 96-97. Sobre la cuestión, véase también D. Hume, *Della moneta*, en *Saggi e Trattati morali, letterari, politici e economici*, trad. it., Utet, Turín 1974, p. 480.

[13] L. von Mises, «La teoría “austriaca” del ciclo económico», trad. it., en AA.VV., *Governi distruttori di ricchezza. La teoria austriaca del ciclo economico*, Armando, Roma 1997, p. 21. Conviene seguir aquí más directamente a Mises: «Cuando, bajo una expansión crediticia, la totalidad de los sustitutos monetarios adicionales se invierten en préstamos a los negocios, la actividad mercantil se incrementa. Los empresarios amplían lateralmente la producción (es decir, no alargan el periodo de producción de ninguna industria) o la amplían longitudinalmente (o sea, dilatando el periodo de producción). Las nuevas explotaciones, en cualquiera de los casos, exigen la inversión de factores de producción adicionales. Sin embargo, la cuantía de los bienes de capital existentes no ha aumentado. Por otra parte, la expansión crediticia no provoca una tendencia hacia la restricción del consumo» (*L'azione umana*, cit., pp. 532-33 [trad. esp., *op. cit.*, p. 659]).

[14] L. von Mises, *La teoria austriaca del ciclo economico*, trad. it., cit., p. 21.

[15] La traducción inglesa de *Geldtheorie und Konjunkturtheorie* (*Monetary Theory and Trade Cycle*, cape, Londres 1933) se debe a N. Kaldor y H.M. Croom. Kaldor, entonces hayekiano, ya había traducido (con G. Tugendhat) «Gibt es einen Widersinn des Sparens?» («The “Paradox” of Saving»), en *Economica*, 1931, pp. 125-69). Véase trad. it., en AA.VV., *La Scuola austriaca contro Keynes e Cambridge*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2000, pp. 57-118 [trad. esp.: «La “paradoja” del ahorro», en *Contra Keynes y Cambridge* (Unión Editorial 1995), vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek*, cit., cap. II, pp. 85-134].

[16] L. Robbins, *Di chi la colpa della Grande Crisi?*, trad. it., Einaudi, Turín 1935.

[17] F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, trad. it., Esi, Nápoles 1988-90 [trad. esp.: *Precios y producción*, Ediciones Aosta/Unión Editorial, 1996].

[18] *The Theory of Money and Credit*, Cape, Londres 1934; trad. it.: *Teoria della moneta e dei mezzi di circolazione*, cit. [trad. esp.: *Teoría del dinero y del crédito*, cit.].

[19] *Socialism*, Cape, Londres 1936; trad. it.: *Socialismo*, Rusconi, Milán

1989 [trad. esp.: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.^a ed., 2007].

[20] L. Robbins, *Saggio sulla natura e l'importanza della scienza economica*, trad. it., Utet, Turín 1947. Pero Robbins importó de Viena sólo el aspecto estático del subjetivismo austriaco (I.M. Kirzner, *The Meaning of Market Process*, Routledge, Londres 1992, p. 126).

[21] R.M. Ebeling, «Economic Calculation under Socialism: Ludwig von Mises and His Predecessors», en J.M. Herbener (al cuidado de), *The Meaning of Ludwig von Mises*, Kluwer, Norwell 1993, p. 59.

[22] G.L.S. Shackle, *Gli anni dell'alta teoria*, trad. it., Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma 1984.

[23] L. Robbins, *Autobiography of an Economist*, Macmillan, Londres 1971, p. 154.

[24] L. Robbins, *Di chi la colpa della Grande Crisi?*, cit., p. 50.

[25] *Op. cit.*, p. 55.

[26] *Ibidem.*

[27] *Op. cit.*, p. 59. Robbins añade: «La idea de que un auge de la bolsa arrebate dinero a la industria es sin duda lo contrario de la verdad. El aumento de los precios de los títulos hace más fácil para las empresas existentes obtener créditos de los bancos. Al mismo tiempo es un incentivo directo a nuevas emisiones» (*op. cit.*, p. 60). Véase también F. Machlup, *The Stock Market, Credit and Capital Formation*, Macmillan, Londres 1940, pp. 256-61; Mises no dudó en escribir: «E totalmente absurdo suponer que pueda hacerse expansión crediticia sin provocar al mismo tiempo euforias bursátiles o incrementos de los activos inmovilizados» (*L'azione umana*, cit., p. 763 [trad. esp., cit., p. 939]).

[28] L. Robbins, *Di chi la colpa della Grande Crisi?*, cit., pp. 57-58.

[29] *Op. cit.*, p. 58.

[30] *Op. cit.*, pp. 72-73.

[31] *Op. cit.*, p. 34.

[32] *Op. cit.*, p. 68. Bajo el mismo deslumbramiento que sufrieron esos observadores, encontramos a Keynes, que posteriormente tuvo que desdecirse: «Por mi parte, a su tiempo formulé la observación de que en el periodo considerado no hubo inflación [...]. Volviendo al problema a la luz de datos estadísticos más completos de los entonces disponibles, opino que probablemente, mientras no hubo, hasta finales de 1927, ninguna inflación notable, se fue desarrollando una auténtica inflación de beneficios entre esa

fecha y el verano de 1929» (*Treatise on Money*, Macmillan, Londres 1930, vol. 2, p. 190).

[33] L. von Mises, «Stabilizzazione del potere d'acquisto della moneta», trad. it. en G.U. Papi (al cuidado de), *Mercato monetario*, Utet, Turín 1935. Una traducción parcial del ensayo de Mises puede encontrarse en AA.VV., *La Scuola austriaca contro Keynes e Cambridge*, cit., pp. 17-56.

[34] L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 1997 [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001].

[35] M.N. Rothbard, *Diritto, natura e ragione*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 2005, pp. 89-92.

[36] C.A. Phillips, T.F. Macmanus, R.W. Nelson, *Banking and the Business Cycle*, Macmillan, Nueva York 1937; B.M. Anderson, *Economics and the Public Welfare*, Van Nostrand, Nueva York 1949.

[37] No es casual que la *General Theory* contenga sobre este punto una crítica a Mises (y Hayek). Véase J.M. Keynes, *Teoria generale dell'occupazione, dell'interesse e della moneta*, trad. it., Utet, Turín 1971, pp. 333-35.

[38] L. von Mises, *L'azione umana*, cit., p. 528 [trad. esp., cit., p. 654].

[39] Véase más ampliamente, L. Infantino, *Ignoranza e libertà*, Rubbettino, Soveria Mannelli 1999 y la bibliografía que allí se cita [trad. esp.: *Ignorancia y libertad*, Unión Editorial, 2004].

[40] K.N. Rothbard, «The Austrian Theory of Money», en R.G. Dolan (al cuidado de), *The Foundations of Modern Austrian Economics*, Sheed & Ward, Kansas City 1976, p. 174. Tal vez sea útil recordar que, en su recensión de *Prices and Production*, Piero Sraffa decía: «Hayek ha decidido evitar el concepto de “valor del dinero” y al mismo tiempo debe convencernos de los beneficios del ahorro voluntario y de los males de la inflación.» Y añadía que lo que sucede puede resumirse en el hecho de que «una clase ha robado a otra clase una parte de sus rentas y ha puesto a buen recaudo el botín» («Dr. Hayek on Money and Capital», en *Economic Journal*, marzo de 1932, pp. 47-48). Pero esto no creaba a Sraffa preocupación alguna.

[41] *Ibidem*, p. 277.

[42] Tal es la tesis a la que, partiendo originariamente de posiciones misianas, llega Gottfried Haberler, en la introducción a una nueva edición de *Prosperity and Depression* (Allen & Unwin, Londres 1964, pp. viii-xi. Véase

también M. Friedman, *Dollars and Deficit*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs 1969, pp. 72-96. A propósito de Friedman, el lector notará la crítica de Rothbard, debida a las profundas diferencias metodológicas que separan a los «austriacos» de los monetaristas de Chicago. A estos últimos se les reprocha, además de la epistemología positivista, un planteamiento totalmente holístico. Véase F.A. Hayek, *La denazionalizzazione della moneta*, trad. it., Etas, Milán 2001, pp. 82-85 [trad. esp.: *La desnacionalización del dinero*, Unión Editorial (1983), ahora en F.A. Hayek, *Ensayos de teoría monetaria*, volumen II, *Obras Completas de F.A. Hayek*, vol. VI (Unión Editorial, 2001), pp. 249-54]; G.P. O’Driscoll, S.R. Shenoy, «Inflation, Recession and Stagflation», en E.G. Dolan (al cuidado de), *The Foundations of Modern Austrian Economics*, cit., pp. 204-07.

[43] F.A. Hayek, *La denazionalizzazione della moneta*, cit., p. 123 [trad. esp., *op. cit.*, p. 280]. Sobre la reintroducción del depósito regular y un desarrollo de la posición de Rothbard, puede verse J. Huerta de Soto, *Money, Bank Credit and Economic Cycle*, Ludwig von Mises Institute, Auburn 2006 [la edición original: *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, en Unión Editorial, 4.^a ed., 2009]. Sobre la teoría austriaca del ciclo en general, véase además: G.P. O’Driscoll, *Economics as a Coordination Problem*, Sheed Andrews & MacMeell, Kansas City 1977; G.P. O’Driscoll, M.J.Rizzo, *L’economia del tempo e dell’ignoranza*, trad. it., Rubbettino, Soveria Mannelli 2002; C.W. Weinhouse, *Hayek’s Theory of Trade Cycle: the Evidence from Time Series*, Ph. D. Dissertation, New York University, 1982; R.W. Garrison, *Time and Money*, Routledge, Londres 2001 [trad. esp.: *Tiempo y dinero*, Unión Editorial, 2005]; J.A. Aguirre, Introducción a L. von Mises, *La teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, Madrid 1997; E. Colombatto, «Sulle dinamiche del ciclo misesiano», en L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises: Le scienze sociali nella Grande Vienna*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2004; M. Neri, «Applicazioni della teoria austriaca del ciclo economico all’Internet Bubble», en L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises: Le scienze sociali nella Grande Vienna*, cit.; M.A. Alonso Neira, «Una guía para el estudio de la macroeconomía del capital», en *Procesos de mercado*, primavera de 2004.

[44] L. von Mises, *Socialismo*, cit., pp. 76-77 [trad. esp., cit., p. 64].

[45] *Op. cit.*, p. 77 [trad. esp., p. 64].

[46] *Ibidem.* En beneficio del lector, conviene recordar que, a diferencia de Mises que defendió la idea de un Estado mínimo, Hayek teorizó una

articulación «ligera», pero más amplia de las funciones del Estado. Y también escribió que la anarquía es «la consecuencia lógica de la doctrina racionalista del *laissez-faire*» (*La società libera*, trad. it., Rubbettino, Soveria Manelli 2007, p. 163 [trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, 8.^a ed., 2008, p. 91]. Como se dirá enseguida en el texto, Mises fue el más racionalista de los representantes de la Escuela austriaca.

[47] D. Antiseri, «Mises e il mestiere dello scienziato sociale», en L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises: Le scienze sociali nella Grande Vienna*, cit., pp. 131-68. Véase también J.T. Salerno, «Ludwig von Mises as Social Rationalist», en *Review of Austrian Economics*, 1990, vol. 4.

[48] L. von Mises, *Socialismo*, cit., p. 62 [trad. esp., p. 51].

[49] Valga por todas la siguiente afirmación: «Desde un punto de vista filosófico, creo que el libertarismo [...] debe basarse en el absolutismo de los valores» (*Diritto, natura e ragione*, cit., pp. 125-26).

[50] D. Hume, *Trattato sulla natura umana*, trad. it., Laterza, Roma-Bari 1982, p. 483.

[51] Véase L. Infantino, N. Iannello (al cuidado de), *Ludwig von Mises: Le scienze sociali nella Grande Viena*, cit.

[52] D. Ricardo, *Principi di economia politica e dell'imposta*, trad. it., en *Opere*, Utet, Turín 1986, vol. 1, p. 492; Ricardo ya había tratado el tema en *L'alto prezzo dei metalli preziosi*, trad. it., en *Opere*, cit., vol. 2, p. 567.

[53] Merece la pena recordar que, bajo la influencia de Wicksell, Gunnar Myrdall (*L'equilibrio monetario*, cit., p. 178) escribe: «El incremento de los valores de capital es sólo una expresión de las mayores posibilidades de beneficio que ofrecen los procesos de producción más largos e indirectos, consecuencia inmediata del tipo de interés monetario relativamente bajo.»

[54] M.N. Rothbard, *La Grande Depressione*, cit., p. 7.

[55] Y los grupos menos organizados y más alejados del poder político son los que sufren las peores consecuencias.

[56] M.N. Rothbard, *La Grande Depressione*, cit., p. 154.

[57] F.A. Hayek, *Prezzi e produzione*, cit., p. 75, cursiva añadida.

[58] Para una crítica completa del intervencionismo, remitimos a E. von Böhm-Bawerk, *Potere o legge economica*, cit. [trad. esp.: «¿Poder o ley económica?», en *op. cit.*]; L. von Mises, *I fallimenti dello Stato interventista*, cit. [trad. esp.: *Critica del intervencionismo*, cit.].

^[59] M. Weber, *Sociologia delle religioni*, trad. it., Utet, Turín 1976, vol. 1, pp. 95-96.

Apéndice

10. *Liberalismo*

* Publicado en *Enciclopedia filosofica*, Bompiani, Milán 2006, vol. 7, pp. 6.380-85.

Table of Contents

Prefacio

1. El individualismo metodológico en las páginas de sus fundadores

1. El yo nace siempre en medio de los otros
2. Contra el contractualismo y el psicologismo
3. La norma social como relación de prestaciones
4. El orden no intencionado
5. Contra el «constructivismo» social: ignorancia y libertad
6. El «constructivismo» de la sociología positivista
7. Los errores de Durkheim
8. El mundo «objetivo» y la función de las ciencias sociales

2. Ecología de la racionalidad: en economía, en política y en la investigación científica

1. Anarquía feudal y mercado
2. La política no puede hacer de variable independiente
3. Derecho y libertad
4. Intercambio monetario, libertad, innovación
5. El «bien común» es la posibilidad de un proceso abierto
6. La difícil comprensión de la cultura de la Gran Sociedad
7. Algunos interrogantes

3. John Stuart Mill: economía y ciencias sociales

1. Las ciencias sociales son ciencias hipotético-deductivas
2. Contra el método geométrico
3. De Adam Smith a la Escuela del Oriel
4. Psicología asociacionista y «orden sensorial»
5. La definición de la economía política
6. Observaciones finales

4. Tocqueville: problemas gnoseológicos y democracia liberal

1. La herencia de la Revolución Francesa y la «vocación» de

Tocqueville

2. Tocqueville contra la Restauración

3. La lección de Constant y Guizot

4. Contra la «tiranía de la mayoría»: el falibilismo gnoseológico

5. La doctrina del interés «bien entendido» y la autonomía de la sociedad civil

6. La cuestión del individualismo

7. Tocqueville y Stuart Mill

8. La Revolución francesa y el nacimiento de los «revolucionarios profesionales»

5. Eugen von Böhm-Bawerk: su lugar en la Escuela austriaca

1. Böhm-Bawerk: académico, estadista, maestro

2. El problema del interés del capital

3. La crítica a la teoría de Marx

4. ¿Poder o ley económica?

5. Böhm-Bawerk en defensa de Menger

6. Ludwig von Mises y las ciencias sociales del siglo XX

1. Introducción

2. Contra el «punto de vista privilegiado sobre el mundo». La crítica de Carl Menger

3. Individualismo metodológico y teoría monetaria

4. La escasez de los medios y la crítica a la economía planificada

5. Del intervencionismo económico al socialismo

6. La teoría de la acción

7. Ulteriores aportaciones

7. Hayek: la disputa con Keynes y el hábitat de la libertad

1. Las condiciones de la libertad

2. De Viena a Londres

3. Hayek y Keynes

4. La dispersión del conocimiento

5. El hábitat normativo

6. La sociedad libre

8. Kirzner: la empresarialidad como exploración de lo desconocido

1. El problema

2. La tradición austriaca

3. Ignorancia, desequilibrio, mercado

4. El empresario

5. Lógica de mercado y lógica de la investigación científica

6. La crítica de otras teorías

7. El empresario y el Estado de Derecho

9. Rothbard: la explicación austriaca de la Gran Depresión

1. En la escuela de Mises

2. La teoría austriaca del ciclo económico

3. Robbins: La primera explicación «austriaca» de la Gran Depresión

4. La Gran Depresión y el intervencionismo

5. Mises y Rothbard: puntos de desacuerdo

6. En busca de un chivo expiatorio

7. Los aventureros del capital

Apéndice

10. Liberalismo

1. Definición y referencias históricas

2. Mandeville y los moralistas escoceses

3. El origen no-intencionado de las normas y de las instituciones sociales

4. Justicia y orden social

5. El problema de los bienes públicos

6. Derechos naturales y separación de poderes

7. Liberalismo y liberismo

Bibliografía

Notas